

Vita Sackville-West

LOS EDUARDIANOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Nota de la autora
I. Chevron
II. Anquetil
III. Sylvia
IV. Sylvia
V. Teresa
VI. Teresa
VII. Anquetil
Notas
Créditos

Sinopsis

Sebastian y Viola, dos jóvenes hermanos que heredarán en un futuro no muy lejano la mansión de Chevron, con todas sus deslumbrantes pero envaradas costumbres, están a punto de dejar atrás la adolescencia y adentrarse en los entresijos de la alta sociedad inglesa bajo la atenta mirada de su aristocrática y severa madre, Lucy. Sin embargo, la irrupción de un impetuoso aventurero llamado Leonard Anquetil en una de las recepciones familiares trastocará irremediable y definitivamente sus vidas. El mundo que les espera promete amantes, exquisitas fiestas y entrañables tradiciones ligadas a la mansión rural y al servicio, pero también dobleces e hipocresías, reclusión y artificialidad.

Todavía están a tiempo de tomar las riendas de su existencia, les recuerda Anquetil, pero ¿sabrán elegir sabiamente su camino?

VITA SACKVILLE-WEST
LOS EDUARDIANOS

Traducción de María Luisa Balseiro

TUSQUETS
EDITORES

NOTA DE LA AUTORA

Ninguno de los personajes de este libro es enteramente ficticio.

I

Chevron

Entre los muchos quebraderos de cabeza del novelista no es el menor el de escoger el momento en que ha de comenzar su novela. Es necesario, es de hecho inevitable, que entrecruce las vidas de sus *dramatis personae* a una hora determinada; lo que hay que decidir es qué hora sea ésa, y en qué situación deberán ser descubiertos. La misma razón hay para que aparezcan tendidos en un moisés —donde se les acaba de depositar por vez primera— como para que el lector los conozca en su desalentada madurez, recién sacados de un canal. La vida, considerada de este modo desde el punto de vista del novelista, es una larga extensión llena de variedad, en la que cada hora y cada circunstancia poseen su mérito particular, y podrían servir de adecuado trampolín para iniciar un relato. La vida, además, según seguimos considerándola desde el punto de vista del novelista, aunque variada, se aparece continua; no hay más que un comienzo y no hay más que un final, no hay comienzos ni finales intermedios, como los que el pobre novelista ha de imponer arbitrariamente; lo cual quizá explique por qué tantas novelas, esquivando el desagradable recordatorio de la muerte, acaban en el matrimonio, como única ruptura admisible y efectiva de la continuidad. Esto en cuanto al final; pero el poner en marcha al protagonista en el momento de su nacimiento encierra inconvenientes obvios. De una parte, está ya rodeado de personas adultas, que en razón de su tierna y muda edad deben desempeñar algún papel en la novela, o cuando menos en los primeros capítulos, y cuyas vidas están ya de tal manera complicadas que no hay para ellas comienzo real si se las mete así, tal cual, en el relato. De otra parte..., pero basta lo dicho. Ya

queda suficientemente claro que la elección es arbitraria, y no hacen falta más justificaciones para explicar que irrumpamos en la vida de nuestro héroe (pues así habrá que llamarle, me figuro) a la edad de diecinueve años, y le encontremos encima del tejado poco después del mediodía de un domingo, 23 de julio de 1905.

Se había subido al tejado no sólo porque ese ejercicio fuera de años atrás su entretenimiento favorito, sino porque en aquel momento era para él la única forma cierta de escapar. Había que escapar; si no, su madre esperaba que hiciera de anfitrión, lo que significaba que los hombres bromearan a su costa y que las mujeres le revolvieran el pelo. Ya a aquella temprana edad le gustaba llevar el pelo bien peinado y brillantado. Ya a aquella temprana edad le molestaba cualquier intrusión, por simpática que fuese, en su intimidad. Así que escapó; atravesando la opulenta confusión de escaleras y salones, corrió al último piso; y, al llegar por fin a los desvanes, salió por una puertecilla que daba al emplomado. Con ágiles pies —calzaba zapatos de deporte— remontó la pendiente de un tejado y se sentó a horcajadas en el caballete; se abrió la camisa, se abanicó el rostro acalorado y tomó aire a bocanadas. El entorno componía a su alrededor un marco muy propio. Una nube de palomas blancas volaba en círculos sobre él, en el cielo azul. Le rodeaban acres de tejados pardorrojizos, con pétreas figuras de animales heráldicos en cada esquina de los aguilones. Al otro lado del gran patio, desde una torre, ondeaba lánguida la bandera roja y azul. En el jardín, diseminados sobre el verde brillante del césped, veía a los invitados de su madre, unos sentados bajo los árboles, otros paseándose; oía sus risas y los golpecillos de las mazas de croquet. En torno al jardín se extendía el parque; había un rebaño de ciervos meneando sus breves colas a la sombra de las hayas. Todo esto lo veía desde la despejada altura del tejado. Justamente a sus pies —y muy abajo, según parecía— había un patinillo interior, pavimentado, con un laurel inmenso que crecía pegado al muro gris; y al asomarse, no sin un ligero vértigo, vio salir una comitiva por una puerta y cruzar hasta la puerta de enfrente. Se sonrió de oreja a oreja. Bien sabía él lo que quería decir aquella comitiva. Quería decir que, en un momento dado del almuerzo de la servidumbre, el tropel de criadas había abandonado sus asientos en el comedor del servicio y, portando los

platos de budín sobre la cabeza, se retiraba a su gabinete particular para completar allí la colación. Salió, pues, la comitiva, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, en fila india, todas con vestidos estampados y delantales blancos, portando sus platos, cada plato con una ración de budín y una cuchara atravesada, como cumpliendo el rito de un antiguo y jerárquico protocolo.

Tenía que ser, por lo tanto, la una menos cuarto. La servidumbre empezaba a almorzar a las doce y media, y la puntualidad de aquella casa era tan exacta como el propio sol. Sebastian se sonrió; luego dio un suspiro. Porque la proximidad del almuerzo significaba que tenía que abandonar el tejado y su elevada libertad, con la vista topográfica que le brindaba de casa, jardín y parque, y bajar a sumergirse una vez más en el batallón de los invitados de su madre. Los fines de semana eran siempre así, durante todo el verano, aunque él, Sebastian, que estudiaba en Oxford, los sufría únicamente en vacaciones. El caso de su hermana era distinto; estaba siempre en casa, y en aquellos momentos probablemente le estarían rizando y ensortijando el pelo, hasta dejarla, como decía su hermano, casi imposibilitada de cerrar la boca. El lunes y el martes —a no ser que lloviera— tendría todavía el pelo rizado; para el miércoles lo tendría lacio otra vez.

Pero, aunque subir fuera fácil, bajar no lo era tanto, según descubrió Sebastian, y según seguiría descubriendo en el transcurso de la vida. Pasó un rato suspendido, en peligrosa vacilación, sobre el hueco del patinillo. No se decidía a saltar. ¿Y si resbalaba? ¿Y si se precipitaba entre las almenas y se estampaba allá abajo? El aire era agradable, al calor del sol; y el suelo era agradable, cuando se tenían los pies en él; pero ahora Sebastian pendía en una posición falsa entre los dos; un movimiento tentativo hizo que una teja se saliera de su sitio. Resbaló con un único repiqueteo cauteloso. Los leopardos heráldicos le contemplaban sarcásticos, asiendo sus escudos. Más arriba, el reloj dio de pronto la una, y el sonido reverberó por todos los tejados, y volvió a descansar en la torre del reloj, tras su viaje de aviso en aquella solitaria puntuación del tiempo. Las palomas se alzaron en bandada, para en seguida acomodarse otra vez en los aguilonos y reanudar allí sus galanteos. No había más remedio que saltar. Sebastian saltó.

Llegó al almuerzo con retraso, y su madre le dirigió una mirada de desaprobación mientras él ocupaba su sitio en una de las mesitas. Su madre estaba contrariada, pero idolatraba a su hijo, y no podía negar que le encontraba muy apuesto. Era una apostura que no dejaba de sorprenderla cada vez que le veía entrar. Era tan esbelto, tan moreno, tan aceitunado. Tan atractivo. Potini, aquel italiano astuto, agradable y sensual, había dado en el clavo aquella vez que le dijo en voz baja que Sebastian poseía todo el encanto de la adolescencia patricia. ¡Adolescencia patricia! Sí, pensó su madre, a la que nunca se le habría ocurrido esa expresión; sí, ése es Sebastian. Podía llegar a almorzar con media hora de retraso, y aun así se le perdonaba.

Había treinta comensales; pero dos sitios permanecían vacíos; eran los destinados a dos personas que debían venir de Londres en automóvil y que, naturalmente, no habían llegado aún. La duquesa no esperaba nunca por los automovilistas. Allá ellos. Y aquel día, por ser domingo, no podrían mandar el telegrama de costumbre anunciando la avería.

La conversación cesó por un instante con la entrada de Sebastian, y sonaron un par de risas. Eran de buen humor; no malévolas. El almuerzo se servía en la sala de banquetes, en mesitas de cuatro y de seis; la solemnidad de una mesa larga se reservaba para la cena. La sala era grande y alta de techo, embaldosada; las ventanas lucían vidrieras con escudos de armas, y los leopardos heráldicos se recortaban rampantes, en madera tallada y pintada, sobre el empanelado; astas de ciervo ornaban las paredes, frente a los Van Dycks de cuerpo entero; a un lado y otro de la puerta, en sendas cubas de oro, se alzaban dos bacanales viñas enanas, que sin embargo daban racimos de uvas de tamaño natural; eran una famosa especialidad de Chevron. Sebastian se encontró sentado a la mesa con sir Harry Tremaine, lady Roehampton y la anciana duquesa de Hull. Lady Roehampton le gustaba, y su presencia le turbaba débilmente; con su ancho sombrero de paja de Italia, guarnecido de rosas y cintas de terciopelo azul, y un fichú de muselina como el de María Antonieta, parecía exactamente el retrato que le había hecho Sargent, que causó sensación en la academia de ese año, y no costaba trabajo creer que el vulgo la tuviese por beldad profesional. A la anciana duquesa de Hull no la aguantaba Sebastian. Iba siempre muy maquillada pero mal, con un triángulo de rojo en cada mejilla, y, como su sentido de la dirección ya no era muy certero, a fuerza de errar el tiro con el tenedor se iba quitando el esmalte de

la cara alrededor de la boca y dejando al descubierto la piel vieja y amarilla. Pero la lengua la conservaba tan afilada y ocurrente como siempre, y además era una extraordinaria jugadora de *bridge*. No había anfitriona que pudiera prescindir de ella en las reuniones. «¿Qué pasa, jovencito?», ladró dirigiéndose a Sebastian; pero lady Roehampton murmuró: «¿Qué pasa, Sebastian?», y le sonrió como si supiera exactamente lo que había estado haciendo.

Lady Roehampton, aunque nadie al verla lo habría imaginado, tenía una hija casadera.

Y ahora había que soportar el resto del día de alguna manera; pero los miembros de la reunión, aunque sin duda malacostumbrados por los empachos de entretenimiento que la vida les había ofrecido siempre, no mostraban ninguna disposición a aburrirse los unos con la familiar compañía de los otros, ni ninguna inclinación a variar el programa que seguramente venían siguiendo en innumerables tardes de domingo desde que salieran de la angostura de la escuela o del cuarto de estudio para ocupar su lugar en un mundo en el que el placer caía como un melocotón maduro con sólo extender la mano. Leonard Anquetil, contemplándolos desde fuera, se maravillaba de verlos complacidos con tan poco. He aquí una veintena o más de personas, pensaba, que por su posición están acostumbradas a tratar de cerca con príncipes, políticos, financieros, hombres de genio, beldades y otros forjadores de la historia, y que sin embargo parecen contentarse con chácharas deshilvanadas y ocupaciones fingidas para pasar las largas horas de un día de ocio. No cabía tampoco engañarse pensando que otros días se divirtieran de modo distinto, ni que el fin de semana les deparase un reposo merecido de otra vida más plena y ardorosa. Todos sus días eran iguales; venían siendo iguales desde una eternidad; no sólo para ellos, pensaba Anquetil, sino para una larga y decreciente sucesión de antepasados. Cielos, pensó Anquetil, despertando a una verdad que hasta entonces no se le había ocurrido, la alta sociedad ha existido siempre. ¡Extraña trapisonda, que otorga preeminencia a ciertos personajes, de suerte que su aspecto le resulta conocido a la mujer del empleado de banca, y sus actividades son motivo de envidia para la hija del droguero de South Kensington! ¡De cuánta aureola se rodea el tinglado, la insolente impostura! ¿Y en qué fundamenta sus

pretensiones? Porque Anquetil, por más que lo intentase, no veía que aquellas gentes fueran notables en ningún aspecto, ni que su conversación fuera digna de suscitar el interés de un hombre serio. Escuchaba atentamente, tabulando sus temas. Les interesaban más, observó, los hechos que las ideas. Buena parte de su conversación parecía consistir en preguntarse unos a otros qué les había parecido tal o cual diversión, y si pensaban ir a tal o cual otra. «¿Cómo fue la reunión en casa de Miriam, Lucy? ¿Incómoda, como de costumbre?» «No», decía Lucy, «la reunión estuvo bien, por una vez, pero desde luego la pobre Miriam no sabrá nunca ser buena anfitriona.» «Un salón no se hace sólo con millones.» «¿Vas a comer en casa de Celia mañana, Lucy?» «Sí; ¿tú también? Qué divertido. ¿Y sabes quién más va?» «Tommy, tú vas a ir, ¿no? Qué divino. Así podremos reírnos todos de Celia desde una esquina. Y, vamos a ver, mañana por la noche es lo de Stafford House, ¿no? Son divinas las fiestas de Stafford House. Millie, que parece una diosa, con una cola dorada hasta mitad de la escalera. ¡Qué encanto tiene esa mujer! Estará todo el mundo.» «Pues a Violet no le deberían dejar que dé fiestas. Debería prohibirlo el Parlamento. Lo del viernes fue espantoso.» «¡Espantoso! ¡Horribilino! Y la comida, una porquería.» «¿Y dónde os vais a alojar en Ascot?»... Anquetil estuvo a punto de ponerse en pie y marcharse, pero estaba fascinado y divertido. Las fiestas de aquella gente, pensó, eran como fumar sin parar, encendiendo cada cigarrillo con la esperanza de que guste más que el anterior. Aparte de esto, las inversiones ocupaban mucho espacio en su charla, y las rentas ajenas, y las ventajas de distintos títulos y acciones; como también la astucia financiera de Romola Cheyne, una dama a la que Anquetil no conocía sino de oídas, pero que salía continuamente en la conversación; Romola Cheyne, al parecer, había hecho el gran negocio en cauchos la semana anterior: pero este tema se acompañó de algunos sarcasmos velados, porque ¿cómo iba a equivocarse Romola, se preguntó, teniendo las fuentes de información que tenía? Romola, encantadora: qué mujer tan inteligente. Y nunca maliciosa, dijo alguien. No, dijo otro; demasiado inteligente para ser maliciosa. Después pasaron a otras reuniones de fin de semana, y Anquetil se enteró de que la pobre Constance se había tirado la plancha de su vida al invitar juntas a Sophie y Verena; pero de quiénes eran Sophie y Verena, ni de por qué no se las podía invitar juntas, de eso no se enteró. Y la niña de Constance, ¿no se iba a casar con el hijo de Ambermere? Tonta sería si le

rechazaba, porque a la muerte de Ambermere el chico tendría treinta mil libras al año; otra vez rentas, pensó Anquetil, que casualmente conocía al hijo de Ambermere y una vez había tenido el gusto de decirle exactamente lo que pensaba de él. Le dio lástima la niña de Constance. Luego, por un ratito, les pareció conveniente jugar a ponerse serios. Revoloteó la política sobre la conversación, y aquellas damas y aquellos caballeros hablaron con sencilla familiaridad de propietarios, un poco como si la política fueran unos niños que ellos confiaban al cuidado de niñeras y preceptores, acordándose de su existencia de cuando en cuando, principalmente para quejarse de la ineficiencia con que niñeras y preceptores desempeñaban sus cometidos; pero, aunque cuidaban de dar la impresión de estar al tanto, como padres que suben a la *nursery* una vez al día, su conocimiento seguía siendo extrañamente remoto, y no más convincente que un hábil farol. Se fundamentaba, según descubrió Anquetil, en el contacto personal con políticos: «Henry me contó la semana pasada que...», o «Cenaba yo con A.J.B., y dijo que...»; pero el deseo primordial de cada cual era demostrar que su información era mejor que la de los demás. Con que esto es el gran mundo, pensó Anquetil; el mundo de la élite; y empezó a preguntarse qué cualidades darían acceso a él, pues ya había observado que la selección no parecía responder a ningún principio definido. No era que la cuestión le interesara mucho, pero su estudio bien podía servir de distracción para una tarde de domingo bajo los árboles de Chevron, escuchando una cháchara en la que no podía tomar parte. La organización le intrigaba, porque hasta el momento no había podido descubrir ningún factor común a toda aquella gente; ni la alta cuna, ni la riqueza, ni la inteligencia parecían ser esenciales —como Anquetil había creído ingenuamente—, pues sir Adam era fabulosamente rico, pero Tommy Brand era correspondientemente pobre; y la duquesa de Hull era duquesa, pero la señora Levison no era nadie, ni por su familia ni por su matrimonio; y lord Robert Gore era un joven listo y ambicioso, pero sir Harry Tremaine era sin duda un necio. Cada uno de ellos, sin embargo, ocupaba su puesto con el mismo aplomo y con el mismo derecho. Anquetil sabía que ellos y sus amigos formaban una falange de la que los intrusos estaban rigurosamente excluidos; pero por qué unos podían entrar en ella y otros no, eso se le escapaba. Algunas de aquellas mujeres eran duras de gesto, y tan carentes de encanto como de ingenio; su única virtud era una parlanchina familiaridad con los temas que salían a colación y una

manera de expresarse como si lo que decían fuera la última palabra. Si esto es la alta sociedad, pensó Anquetil, Dios nos tenga de su mano; porque seguramente nunca se ha visto estafa igual. Esta es la gente, o una muestra de la gente, que ordena la temporada londinense, que da gloria a Ascot, que hace o deshace las fortunas de los pequeños balnearios del continente, que inspira envidia, emulación y esnobismo; bueno, pensó Anquetil encogiéndose de hombros, gasta dinero, y es lo mejor que se puede decir de ella. Recostado en su tumbona de mimbre, veía a algunos pasearse por el césped, y los veía desde tan abajo que la verde hierba parecía alzarse tras ellos, como un telón verde tendido en una pared, sirviendo de fondo al movimiento de las cupulitas de las sombrillas, y a los elegantes talles, recortados como relojes de arena sobre la expansión de la falda.

Abajo, en el oficio, el mayordomo ofreció su brazo gravemente a la doncella de la duquesa de Hull, y la condujo a su sitio, a la derecha del suyo. El ayuda de cámara de lord Roehampton hizo lo propio con el ama de llaves, la señora Wickenden. Huelga decir que la señora Wickenden no estaba casada; sólo por cortesía se le daba ese tratamiento. El orden de precedencia se observaba con toda escrupulosidad, porque las doncellas y los ayudas de cámara visitantes tenían la misma jerarquía que sus señores; en caso de coincidencia de rangos era preciso considerar la antigüedad del título, y a tal efecto había siempre un ejemplar del Debrett* en el cuarto del ama de llaves: el Debrett del año pasado, del que la señora Wickenden tomaba posesión tan pronto como llegaba el nuevo al *boudoir* de la señora duquesa. Las doncellas y los ayudas de cámara no ostentaban solamente el grado de precedencia de sus amos, sino también sus nombres. Por lo tanto, aunque la doncella de la duquesa de Hull había pernoctado muchas veces en Chevron, y era incluso muy amiga de la señora Wickenden, que la invitaba a sesiones privadas en su cuarto, donde las dos viejas cotillas tomaban juntas el té, nunca se la llamó de otra manera que «señorita Hull», y ninguno de sus colegas del oficio habría reconocido nunca tener conocimiento de cuál pudiera ser su nombre real. Es dudoso que ni la propia señora Wickenden lo hubiera empleado jamás. La señora Wickenden y Vigeon, el mayordomo, entre quienes existía una alianza ligeramente hostil, se

enorgullecían de que en el oficio de Chevron no se hubiera cometido jamás un error, y por consiguiente no hubieran surgido disputas, como se sabía que había ocurrido, lamentablemente, en otras casas. La servidumbre de Chevron estaba, en efecto, admirablemente organizada. Por ejemplo, al criado que llevase en Chevron menos de diez años se le miraba como advenedizo; cuando cumplía diez años de servicio, comparecía ante la señora duquesa y recibía un reloj grabado por detrás con su nombre y la fecha; la señora duquesa le dirigía unas palabras de aliento, y a partir de entonces se le aceptaba como miembro de la casa. Salvo en esa ocasión, breve e intimidante, la servidumbre inferior rara vez se rozaba con la señora duquesa. Era dudoso que todos los criados la conocieran de vista, y absolutamente cierto que ella desconocía a muchos. Sobre esto se contaban varias anécdotas; una era que la señora, al encontrarse un día con la quinta doncella al pie de la escalera, le había preguntado si lady Viola estaba en su habitación, y se había quedado absolutamente chafada por esta respuesta: «Voy a ver, señora; ¿a quién debo anunciar?». Y hubo también aquel horrible incidente de un domingo por la mañana, en que la señora duquesa, paseando por el parque a hora más temprana de lo que en ella era habitual, presencié la partida hacia la iglesia de la comitiva vestida y tocada de negro, y en uno de los sombreros divisó el adorno coquetón de una rosa blanca. La rosa blanca subía y bajaba sobre la hierba. Era una florecilla alegre, pese a la pureza de su color, y para los ojos escandalizados de la duquesa representaba una insubordinación. La señora Wickenden, llamada a capítulo a su vuelta de la iglesia, se mostró igualmente escandalizada. A guisa de explicación de todo el asunto hizo una alusión desaprobatoria a «estas chicas de Londres», y la culpable salió de Chevron en el tren de la tarde.

Era raro, sin embargo, que un total desconocido se colocase en Chevron. Reinaba el nepotismo como sistema. La señora Wickenden, por ejemplo, era hermana de Wickenden, el carpintero mayor; antes fue carpintero mayor su padre, y antes su abuelo; varias doncellas eran sobrinas de la señora Wickenden, y el tercer lacayo era sobrino de Vigeon. Era lo natural que familias enteras, de generación en generación, encontraran empleo en la hacienda. A los de fuera se los miraba con recelo y desdén. Por este procedimiento se creaba una red y se aseguraba una oferta continuada de jóvenes aspirantes. Sus salarios podían oscilar entre doce y veinticuatro libras al año. Hay que decir en justicia que el

servicio que todos y cada uno de ellos prestaban a Chevron era esforzado y hasta apasionado. Consideraban la mansión como casa en cierto grado suya; su amor propio estaba ligado a ella, y su vida estaba completa entre sus paredes. Wickenden sabía más cosas del edificio que el propio Sebastian, y de la señora Wickenden se sabía que en una ocasión había corregido a su señora —con la mayor delicadeza y respeto— sobre un detalle histórico. Cualesquiera disputas pudieran brotar entre ellos —y, lógicamente, la servidumbre estaba dividida en facciones— se archivaban al instante frente a una cuestión que tocara los intereses de Chevron. Se archivaban, quizá, tan sólo para resurgir después con animosidad acrecentada, pero siempre decorosa. Una pelea vulgar era algo desconocido, y de hecho sólo entre la servidumbre superior existían celos o fricciones. De gentecillas como las doncellas auxiliares y ayudantes de cocina no se esperaba que tuvieran sentimientos; únicamente que hicieran lo que se les mandaba. Se observaba la más severa disciplina. Pero se sabía que de vez en cuando la señora Wickenden chocaba con el señor Vigeon; y cuando eso ocurría, aunque fuera en la más decorosa intimidad, la repercusión se dejaba sentir en toda la casa, la chusma correteaba por vestíbulos y pasillos atendiendo a sus tareas con mayor diligencia, y quizá más de una lágrima se enjugaba furtivamente de resultas de una regañina inmerecida.

Pero cuando el oficio se llenaba de invitados, y la mesa se ampliaba por adición de varios tableros, entonces no se dejaban traslucir indicios de cisma alguno. La señora Wickenden y el señor Vigeon, presidiendo a uno y otro extremo de la mesa, aparecían como modelos de su profesión. Se trataban mutuamente con grandísima ceremonia; un extranjero que los viera, ignorante de las costumbres del servicio inglés de gran clase, se habría resistido a creer que llevaran veinticinco años viviendo en la misma casa. La señora Wickenden era menuda, tiesa y pajaril; se movía con energía. En tiempo frío llevaba un chal negro bien ceñido sobre los hombros; sus pasos eran rápidos y precisos; tenía la nariz afilada, y ademanes levemente contrariados, lastimeros incluso. Vigeon, en cambio, a pesar de ser la corrección en persona en el desempeño de su trabajo, tendía a bromista en la vida privada. Esto no lo sabía la duquesa, pero Sebastian y Viola sí. De niños habían tenido, lógicamente, un trato familiar con los criados, sobre todo cuando su madre no estaba en casa, y Sebastian había contado entre los lujos de su infancia con un juego particular con Vigeon. No siempre estaba

Vigeon dispuesto a jugar —«No, ahora no me puedo entretener», decía—, pero a veces condescendía, y tomando en brazos a Sebastian le alzaba hasta un cuadro que había en la despensa. Sebastian, vestido de marinero, chillaba y se retorció de emoción. El cuadro era un bodegón de uvas y limones junto a una fuente de ostras. Vigeon daba unos pases de prestidigitador por delante del cuadro, y al fin hacía ademán de coger una uva del lienzo; y, ¡oh, maravilla!, entre sus dedos aparecía una uva de verdad, que con un último aspaviento triunfal metía en la boca de Sebastian. «¡Saca una ostra, Vigeon!», chillaba Sebastian, «¡saca una ostra!»; pero sólo en una ocasión, inolvidable, la había sacado Vigeon.

Ahora había uvas en la mesa del oficio, porque la señora Wickenden controlaba «la fruta» desde su guarida de detrás de la antecocina, y nadie se molestaba en calcular el número exacto de racimos que se pedían del huerto cada día. Todo formaba parte del sistema de suntuoso y despreocupado derroche que imperaba en la casa. Todos, de Sebastian abajo, obtenían exactamente lo que querían; no tenían más que pedirlo, y la petición quedaba satisfecha como por arte de magia. La mansión era, en realidad, tan autónoma como un pueblecito: el taller de carpintería, el de pintura, la forja, la serrería, los invernaderos, estaban para suministrar lo que pudiera hacer falta en un santiamén. Así que en el oficio, lo mismo que en el comedor y en el cuarto de estudio, no faltaban nunca la fruta ni las golosinas. Menos aún cuando las deidades domésticas de Chevron tenían que hacer los honores a doncellas y ayudas de cámara visitantes, porque había que cultivar la ostentación, y sólo a base de lujo y despilfarro se podía mantener el prestigio de Chevron, a juicio de Vigeon y la señora Wickenden. No iban a permitir que la señorita Hull y el señor Roehampton se fueran el lunes por la mañana para contar al siguiente fin de semana que en Chevron no se estaba a la altura.

La madre de Sebastian llamó a la puerta de lady Roehampton una hora antes de la cena. No recordaba exactamente qué habitación se le había asignado a lady Roehampton, pues había transcurrido por lo menos una semana desde que fijara esos detalles con la señorita Wace; pero sabía que la encontraría en una de las mejores, y de todos modos el nombre de cada invitado figuraba en la puerta de su alcoba, bien escrito en una tarjeta inserta en un marquito de latón. Este asunto

de la disposición de los dormitorios era siempre materia de hondas cavilaciones para la duquesa, como para toda anfitriona de su clase. Era muy necesario hacerlo con tacto, y al mismo tiempo con discreción. El Lotario profesional se enfurecería si se encontrara en una habitación rodeada de señoras acompañadas de sus maridos. Se sabía que Tommy Brand, viéndose una vez en semejante situación, había abandonado la casa el domingo por la mañana. ¡Gracias sean dadas, pensaba la duquesa, porque no fue en Chevron! Romola Cheyne, que siempre tenía la frase esclarecedora y conveniente para retratar a cada persona, decía que el lema de Tommy era *Chacun à sa chacune*. También había que considerar a los amantes reconocidos; a la propia duquesa le habría molestado mucho verse invitada a una misma reunión con Harry Tremaine y descubrir que la habían colocado al otro extremo de la casa. (Pero ya se estaba cansando de Harry Tremaine.) Estaba entre las obligaciones de una buena anfitriona el ocuparse de esas cosas; hacer que fueran fáciles, aunque no demasiado obvias. Por eso ella siempre atendía cuidadosamente al reparto de las habitaciones con la señorita Wace, y a veces se preguntaba si a aquella virgen íntegra y virtuosa no le sorprendería la reiteración de ciertos ajustes y coincidencias. Sabía que podía confiar en que Wace cumpliera sus instrucciones; aun así, mientras buscaba la habitación de lady Roehampton, hizo un repaso crítico de los letreritos. Wacey había hecho bien su trabajo. Lord Robert Gore estaba en el Cuarto de la Seda Roja: Julia Levison, cruzando el pasillo. Como debía ser. Julia Levison era íntima amiga de la duquesa; su amistad, de hecho, era en gran parte la razón de que se la admitiera en sociedad. El Cuarto del Arzobispo, el Cuarto de la Reina, el Cuarto de los Tapices, el Cuarto Norte Pequeño, el Cuarto de Jorge III, el Vestidor de Jorge III, por todos fue pasando; todos ostentaban nombres que no eran el que quería. Esos nombres estarían repetidos en tarjetas colgadas junto al cuadro de campanillas que había a la entrada de la despensa, para información de las doncellas y los ayudas de cámara visitantes: Cuarto de los Tapices: señora duquesa de Hull; Cuarto de las Reinas: S.E. el embajador de Italia; así aparecerían en el indicador de la despensa. Cuarto Norte Pequeño —una habitación modesta, de soltero—, señor Leonard Anquetil; pero Anquetil, reflexionó la duquesa, no tendría ayuda de cámara; tendría que servirle un lacayo de Chevron. Anquetil era la celebridad del momento; era un explorador, y había pasado todo un invierno aislado allá por el Polo Sur en un iglú, con cuatro

compañeros, uno de los cuales se había vuelto loco; pero, no se sabía por qué, costaba trabajo hacerle hablar de sus experiencias; una pena, porque habían salido en todos los periódicos; claro que quizá las penalidades polares, en conjunto, fueran un aburrimiento; y, ya que en las fiestas había que tener siempre a la celebridad del día, quizá fuera una suerte que no aburriera con sus historias. Así fue pasando por delante de las habitaciones, y encontró a lady Roehampton en el Cuarto Chino.

—¡Cómo me alegro de verte a solas un momento, Sylvia! —La doncella, experta, se retiró. La beldad de profesión paseaba ociosamente por el cuarto, envuelta en satén gris ribeteado de plumón de cisne—. Qué atractiva estás, Sylvia; no me extraña que se suban a las sillas para mirarte. No me extraña que Romola Cheyne se ponga nerviosa. En serio, nadie diría que tu Margaret tenga ya dieciocho años.

—Ni que tu Sebastian tenga diecinueve, Lucy.

Eran amigas íntimas; desde su juventud estaban al tanto de los hechos incontrovertibles de la vida de cada una, de sus fechas y de las correspondientes habladurías. Lucy se dejó caer en el sofá.

—¡Ay, estas reuniones! Sylvia, hija, qué agradable es poder robar un ratito para estar contigo. Verdaderamente, Octavia Hull se está poniendo insoportable; ¿has visto cómo babeaba el té? Está para que la recluyan. Diecinueve años, Sebastian..., sí. Es absurdo. Pensar que tú podrías ser su madre.

«O su suegra», pensó lady Roehampton; más de una vez se le había ocurrido esa idea. Pero no la formuló en voz alta; ni la observación suplementaria: «O su amante», que por primera vez se le había pasado por la cabeza aquel mismo día. En lugar de eso, dijo:

—Hablando de Romola Cheyne, ¿no la tuviste aquí la semana pasada?

Por el tono supo Lucy que era inminente una revelación; y le bastó ver que lady Roehampton levantaba el bloc de papel secante para comprender al momento de qué se trataba.

—¡Qué barbaridad! —clamó Lucy, con verdadera indignación—. ¿Cuántas veces le habré dicho al camarero que cambie el papel secante para que no llegara a ocurrir esto? Mañana mismo le despido. Bueno, ¿y de qué se trata? No me digas que no es espeluznante pensar en qué manos pueden caer las cartas que escribes. Me figuro que sería una carta a... —y aquí pronunció un nombre tan

augusto que, por deferencia al respeto y lealtad del impresor, debe quedar incógnito.

—No —dijo lady Roehampton—; ahí está la gracia. Es a otra persona. ¡Mira!

Lucy fue a reunirse con ella junto al espejo, y juntas leyeron las palabras indiscretas de Romola Cheyne.

—¡Vaya! —dijo Lucy—. Siempre lo había sospechado, pero está bien tener la seguridad. Lo que no entiendo es que una mujer como Romola haya podido dejar una carta así en el papel secante. ¿No te parece increíble? Sabe perfectamente que esta casa está siempre llena de amigos suyos —dijo Lucy, con ironía inconsciente—. ¿Y qué hacemos con ella? ¡Los hay imprudentes!

Las dos amigas no cabían en sí de gozo. Los pequeños incidentes como aquél eran la chispa de la vida.

Lady Roehampton arrancó cuidadosamente la hoja delatora.

—No tenemos fuego —dijo riendo—; de momento la guardaré bajo llave en el escritorio. Mañana encontraré alguna manera segura de destruirla.

También Lucy se echó a reír, y asintió; bien sabía que lady Roehampton no tenía la menor intención de destruir la carta. Quizá no llegase nunca a utilizarla; quizá le fuera un día de alguna utilidad.

—Pero entretanto, ¿estará a salvo? —preguntó Lucy—. ¿Seguro que tu doncella no tiene llave del escritorio? Los criados no tienen escrúpulos, no se puede confiar en ellos para nada. Por mucho tiempo que lleven contigo, aunque les mires como viejos amigos, nunca sabes cuándo se van a torcer. ¿No sería mejor que me la dieras a mí?

Lucy no esperaba respuesta a esto, ni lady Roehampton se la dio, fiel a su manera habitual de comportarse. Era corriente en ella dejar un tema de pronto; era una estratagema que le venía bien a menudo, y, teniendo como tenía todo el aplomo de una mujer hermosa, siempre podía imponer sus deseos a sus interlocutores. Ahora, pues, podía abandonar el tema de la carta para volver a Sebastian, que había encendido su interés.

—Ese hijo tuyo tan oscuramente romántico, Lucy..., cuéntame algo de él. ¿Cuándo acabará en Oxford? ¿Va a ingresar en la Guardia Real?

Lucy siempre estaba dispuesta a hablar de Sebastian; además, lady Roehampton no tenía hijos varones; no tenía más que una hija, de la que sentía

celos, según se decía.

—¡Oscuramente romántico mi hijo, Sylvia! Qué absurda eres. No es más que un estudiante desaliñado, un potro, como yo le digo; espero que no se le suba a la cabeza si las mujeres como tú hacen demasiado caso de él. Es buen chico, eso sí, aunque tiene sus rachas de mal humor.

—Pero en eso consiste su encanto, querida mía: Sebastian enfurruñado es irresistible. Prométeme que no le vas a echar a perder convenciéndole de que tiene que aparentar buen carácter.

—¡Qué malvada eres, Sylvia! Yo creo que de verdad te gusta que la gente sea desagradable, para así poderles cambiar. Te gustaría tener a Sebastian dándote bufidos durante media hora si al cabo de cuarenta minutos estuvieras segura de tenerle a tus pies.

—No digas tonterías, Lucy; le he visto nacer. Pero tú misma te darás cuenta de que va a tener mucho gancho para las mujeres. Esa forma que tiene de estar, despreocupada y a la vez encantadora... Yo creo que ni sabe cómo me llamo.

—Mi querida Sylvia, eres una de sus personas predilectas; cuando le digo que vas a venir, me dice: «Menos mal».

—Eso significa —dijo lady Roehampton, halagada de que el pez hubiera mordido el anzuelo— que la mayoría de nuestras amistades le aburren.

—Peor que eso, Sylvia —dijo Lucy, dándose a ventilar sus quejas—; a veces pienso que realmente las detesta. Dice unas cosas muy sarcásticas, impropias de un muchacho. Cosas hirientes, que para mí son muy molestas. Otras veces parece que se divierte. Yo no le entiendo.

—La adolescencia —dijo Sylvia, exhalando una larga hebra de humo; porque, aunque nunca fumaba en público, en la intimidad de su alcoba podía darse el gusto de encender un cigarrillo.

—¡Si yo pudiera creer que es eso! —suspiró Lucy—. ¡Si pudiera estar segura de que se le va a pasar! Es una gran responsabilidad, Sylvia.

—Siempre puedes volver a casarte, Lucy —dijo lady Roehampton, mirando a su amiga.

—Sí —dijo Lucy, inmediatamente en guardia—; puedo, pero a fin de cuentas prefiero pechar yo sola con mis problemas. No me faltan ánimos para administrar Chevron para Sebastian hasta que se case. Bueno, Sylvia, hay que vestirse.

—¿La cena a las ocho y media?

—La cena a las ocho y media. ¿Qué te vas a poner? ¿El vestido de tafetán azul Nattier? Siempre pienso que te sienta como ninguno. No tengas prisa, cariño. Yo seguro que llego tarde.

La mitad de Sebastian detestaba a los amigos de su madre; la otra mitad se dejaba atraer por su brillo. Tan pronto quería galopar solo hasta el fin del mundo como rendirse por entero al encanto halagador de las mujeres hermosas. Unas veces deseaba ver a todos sus conocidos arrojados a una hoguera, tal era la reprobación que le inspiraban; otras veces le parecía que habían resuelto el problema de la civilización mejor que los griegos y los romanos. «Ya que la verdad no la podemos tener», exclamó poniéndose la camisa de etiqueta, «tengamos al menos buenos modales». La idea no era suya; su padre se la había metido en la cabeza, años atrás, antes de morir. Pero esto nos lleva a la tribulación secreta de Sebastian: no era capaz de decidirse sobre ninguna cuestión, y eso era molestísimo. Aparentemente no tenía opiniones: no tenía más que estados de ánimo, a cuya intensidad arrolladora sólo igualaba la velocidad con que se sucedían. No se acostumbraba a su impermanencia; cualquiera que fuera su condición mental del momento, al instante creía ver en ella una visión asentada de la vida. Súbitamente alarmado cuando ese estado le abandonaba, en seguida pasaba a otro, con olvidadizo optimismo. Entre medias, cuando no le poseía ningún estado concreto, le preocupaba la inestabilidad de su carácter. Hay algo en mí que no marcha, pensaba. Se comparaba con las personas que conocía: ¡qué tranquilas eran, qué firmes, qué seguras de sí! ¡Con qué resolución inquebrantable parecían haber seguido el camino escogido desde el principio hasta el final! No, hasta el final todavía no. La mayoría de la gente que conocía en casa era de mediana edad; había algunos ancianos, naturalmente; la vieja duquesa de Hull, por ejemplo, que iba camino de la tumba, aunque siguiera siendo indomable; pero era evidente que, igual que habían empezado, así pensaban acabar. El mundo sería para ellos en sus postrimerías lo mismo que había sido en sus inicios. Habían sabido lo que querían; se habían mantenido en sus opiniones. Habían elegido. ¡Qué envidia! Habían tenido un esquema fijo de valores. ¡Qué descanso! Pero la elección, se preguntó, ¿había sido tan buena?

Esos valores, ¿eran tan valiosos? Su estado de ánimo experimentó una revulsión violenta. De pronto quiso volver a estar subido al tejado, esta vez bajo las estrellas. Enfurruñado y crítico, encerró en el dormitorio a sus decepcionados *spaniels* y bajó a satisfacer la llamada de su madre.

Tras separarse de lady Roehampton, Lucy se dirigió a su habitación. En la mansión reinaba el silencio; todos los invitados estaban bien encerrados en sus cuartos hasta la hora de la cena; no había nadie a la vista, salvo una doncella sacudiendo los almohadones o un lacayo vaciando la papelera. Las ventanas de los pasillos estaban abiertas, porque era una tarde cálida de julio, y el arrullo de las palomas en las almenas hacía rumoroso el silencio, como si la propia piedra gris de los muros hubiera cobrado voz. Lucy atravesó deprisa las estancias vacías. Detestaba la soledad, aunque sólo fuera por media hora; la costumbre de estar siempre en compañía —aunque no siempre fuera estar acompañada— la había incapacitado para tratar consigo misma, y ahora flaqueaba su ánimo y se sentía abandonada. Debería asomarse al cuarto de estudio, pensó, y darle las buenas noches a Viola, que estaría, en bata y con coletas, tomando su cena; pero esa idea, apenas alumbrada, la llenó de tedio. Sería mejor llamar a Sebastian, su predilecto. En su habitación encontró a Button, la doncella, extendiendo su vestido. «Button, envía a decir al señor duque», dijo, «que quiero que venga un momento».

Ay, qué cansancio de vida, pensó al sentarse delante del tocador; y entonces recordó cómo la había mirado Leonard Anquetil cuando después del té le enseñó el jardín, y recobró un poco las ganas de vivir. Sentada, con los ojos bajos y una sonrisa descendente, dejó vagar sus pensamientos en torno a Leonard Anquetil mientras sus dedos jugueteaban con las joyas extendidas sobre el tocador. Recientemente había hecho reformar en Cartier las joyas de la familia, prefiriendo la moda del día a los pesados engarces de oro de la época victoriana. El tablero del tocador era de espejo, de tal modo que las joyas aparecían duplicadas; esta noche rubíes, pensó distraídamente, cogiendo un broche y volviéndolo a dejar; la noche anterior se había puesto las esmeraldas, y su depresión retornó al pensar que algún día tendría que pasarle las alhajas a la mujer de Sebastian. No tenía ganas de ser ni duquesa madre ni abuela; no tenía

ganas de renunciar a su posición de señora de Chevron. El lujo y el esplendor de aquella casa le eran muy gratos. A lo mejor acababa casándose con sir Adam, antes de que Sebastian y su esposa la pudieran echar; casarse con un judío sería bajar de nivel, y carnalmente sir Adam no era apetecible, pero sus millones eran fabulosos, y ella le podría hacer comprar otra mansión tan imponente como Chevron. No tan bonita, quizá, pero igual de imponente. Sus manos vagaron sobre los rubíes; sí, y también le compraría joyas para ella; que fueran suyas; nada de herencias de familia. Además, sir Adam hacía lo que quería con el rey. Si no estuviese físicamente enamorado de ella, se podría plantear en serio esa posibilidad.

Entró Sebastian, y Lucy recuperó la animación.

—Dame una bata, Button. Ya puedes empezar a peinarme. Sebastian, dame el plan de la cena. Está ahí sobre la mesa. No, bobo. Button, dáselo a su señoría. Ahora, Sebastian, vete leyéndomelo mientras me peinan. ¿Ah, sí?, ¿me va a acompañar George Roehampton? ¿Tiene que ser él? Es aburridísimo ese hombre. Y sir Adam al otro lado. No me des esos tirones, Button; desde luego, no he visto mujer más torpe; ya me has dejado con dolor de cabeza para toda la noche. Haz el favor de tener más cuidado. Bueno, pues ya veo que no me voy a divertir mucho: sir Adam y George Roehampton. Pero, en fin, es inevitable. O no, déjame ver. Esta Wace es tan necia que lo mismo se ha hecho un lío. Ven acá y sostén el plan para que yo lo vea, Sebastian. ¡Button, me has vuelto a tirar! ¿Cuántas veces te tengo que decir que tengas cuidado? Una más y te doy la cuenta, no te quepa duda. Inclínalo, Sebastian; así no lo veo.

Sebastian, de pie junto a su madre, sostuvo la carpeta de piel roja con ranuras donde se insertaban tarjetas con los nombres de los invitados. Mientras tanto contempló la imagen de su madre en el espejo. El cabello rubio y la carilla fruncida y vivaracha le daban, por regla general, un aspecto extraordinariamente juvenil para su edad; pero ahora estaba muy atareada en aplicarse cremas y cosméticos y quitárselos con un pañuelo, a la vez que Button le retiraba las almohadillas de debajo del pelo y las depositaba sobre el tocador. «Las ratas» las llamaban sus hijos. Eran unos objetos muy poco apetecibles, como nidos de pájaro del año anterior, calurosos y agobiantes para la cabeza; pero no se podía prescindir de ellas, porque eran la base sobre la que se tendía y levantaba el peinado, y en la que se prendían las innumerables horquillas. Para las señoras era

siempre un motivo de gran preocupación que no se viera nada de la almohadilla a través del pelo natural. Con frecuencia alzaban una mano tentativa para palparse, aun en medio de la conversación más absorbente; y entonces sus rostros ostentaban la expresión que sólo se ve en el rostro de la mujer que está indagando con los dedos el estado de su nuca. Sebastian había contemplado este proceso del peinado cientos de veces, pero ahora, viéndolo desarrollarse en un espejo, lo observaba con otros ojos. Miraba fijamente al reflejo de su madre, con el puñado de rubies en primer término y las feas «ratas», como si fuera una extraña para él, dándose cuenta de que, por debajo del brillo y la animación con que vivían, no tenía el menor conocimiento de ella. Si se le hubiera pedido que describiera a su madre, habría tenido que decir: «Es una anfitriona famosa, con grandes aptitudes para la imitación y un verdadero talento para hacer de cualquier fiesta un éxito. Es encantadora y jovial. En la vida privada se muestra a menudo irritable, y a veces dura. Le gustan el *bridge* y las carreras. No abre jamás un libro, y no soporta estar sola. No tengo la menor idea de cómo es en realidad.» No habría añadido, porque no lo sabía, que era inmisericorde y rapaz.

—¿Por qué me miras así, Sebastian? Me cohíbes. —Ahora tenía el cabello suelto sobre los hombros, y Button estaba atareada con las tenacillas. Las calentaba primero en el infiernillo de alcohol, y luego las acercaba cuidadosamente a su propia mejilla para comprobar la temperatura—. Vaya con el chico, como si nunca me hubiera visto arreglarme. Bueno, esto de la cena, efectivamente, está todo mal; ya me lo suponía yo. Se ha olvidado por completo del embajador. Button, ve a llamar a la señorita Wace; no, tráetela tú, Sebastian. No, tira de la campanilla; no quiero que te vayas. ¿Por qué razón no trabaja la gente como debe? ¿Para qué le pago a Wacey* ciento cincuenta libras al año, quisiera yo saber? Cielos, la hora que es; llegaré tarde a cenar. Te aseguro que con el quehacer que dan los invitados se le estropea a una toda la diversión. Realmente, es un poco duro no poder tener nunca en la vida un placer completo. ¿Quién llama a la puerta? Ve a ver, Button. Y Wace, que venga en seguida.

—Lady Viola pregunta si puede pasar a darle las buenas noches a la señora duquesa.

—Vaya, ahora la niña...; sí, cómo no va a poder pasar si quiere. Venga, Button, ¿te falta mucho para acabar? No me eches el pelo tan atrás, muchacha. Dame el peine de mango. ¿No ves?, hay que darle más cuerpo a los lados. Y yo

que te tenía por peluquera experta, Button. Date por afortunado, Sebastian, de haber nacido hombre. Una mujer, con tanto peinarse y tanto vestirse, acaba agotada antes de tiempo. Ah, está usted ahí, Wace. Esta distribución no vale para nada: es un desastre completo. Yo no entro con lord Roehampton. ¿Y el embajador? Tiene usted que cambiarlo. Hágalo aquí mismo, y dese toda la prisa que pueda. Sebastian la ayudará. Viola también. Pasa, Viola; no pongas cara de susto, niña; no soporto a la gente con cara de susto. Ahora os tengo que dejar a todos para lavarme. No, Button, ahora no te necesito; me atacas los nervios. Cuando te necesite te llamaré. Prepárame el vestido. Niños, ayudad a la señorita Wace. Sí, tú también, Viola; ya va siendo hora de que te molestes un poquito por echarle una mano a tu pobre madre. Y a ver si entre los tres mostráis un poco de inteligencia.

La duquesa se retiró a su vestidor, desde donde siguió enviando un torrente de comentarios.

—Viola, tienes que poner un poco más de interés en arreglarte. Hoy, durante la comida, estabas hecha un horror; me dabas vergüenza. Y hablar más, y no estarte ahí sentada como un pasmarote. Tenías al señor Anquetil, que es una persona agradable, con quien se puede estar tranquilamente. Cualquiera diría que tienes diez años en lugar de diecisiete. Por mí podrías empezar a cenar con nosotros, si no fuera porque nos amargarías a todos. Las chicas sois una lata: pobrecillas, no tenéis la culpa, pero la verdad es que sois un problema. Acabáis con la conversación; ¡hay que tener tanto cuidado! La mujer debería ser casada, o al menos viuda. Se entiende que no lo digo por usted, Wacey. Ya estoy dispuesta, Button.

Button desapareció en el vestidor, y durante unos minutos hubo silencio, roto sólo por las exclamaciones de irritación que salían de allí. Aquellos misterios íntimos de la *toilette* de su madre eran desconocidos para Sebastian, pero Viola sabía muy bien lo que estaba pasando: su madre estaba sentada, ahuecándose el pelo con dedos nerviosos pero experimentados, mientras Button, arrodillada ante ella, le ponía cuidadosamente las medias de seda en los pies y las alisaba bien por la pierna arriba. Después su madre se alzaba y, en camisa, dejaba que la doncella le colocara el largo corsé de cutí rosado, fuertemente armado, en torno a las caderas y al esbelto talle, cerrando las ballenas por delante, luego de muchos ajustes; después se enganchaban las medias en las ligas; a esto seguía la tarea de

atar los cordones, empezando por la cintura y progresando poco a poco hacia arriba y hacia abajo, hasta lograr las proporciones requeridas. Los hábiles dedos de la doncella hacían volar los cordones de seda y sus herretes con la misma ligereza con que un trabajador experto remienda una red. Seguidamente llegaban las almohadillas de satén rosado, que había que situar en las caderas y debajo de los brazos, con el fin de acentuar todavía más la pequeñez del talle. Después, el pantalón; y luego la enagua se tendía en redondo en el suelo, y Lucy entraba en el redondel con sus zapatos de alto tacón, y Button se la subía y ataba las cintas. Después volvía a echar la bata sobre los hombros de su señora; Viola había seguido bien el proceso, porque al llegar ahí la puerta se abrió y salió la duquesa.

—¿Qué?, ¿habéis hecho esa mesa? Leédmela. Más alto. No oigo. Sí, así está mejor. Lo siento, Sebastian, pero vas a tener que hacerte cargo otra vez de la vieja Octavia Hull. Tonterías; es muy entretenida cuando no está abotargada a fuerza de medicinas. Esta noche estará perfectamente, porque no querrá perder mucho dinero frente a sir Adam después de cenar. Vamos, Wacey, andando y a reordenar las tarjetas de la mesa. Y tú también, Viola. Hay demasiada gente en esta habitación. Bueno, bien, quédate hasta que me haya vestido si quieres. Button, ya estoy lista para el vestido. Cuidado ahora. No me enganches el pelo con los corchetes. Sebastian, date la vuelta mientras me quito la bata. Ya, Button.

Button, alzando la exquisita masa de tul y tafetán, sostuvo abierto el cuerpo mientras la duquesa se quitaba la bata y se zambullía con remilgo en las ondas del vestido. Viola contempló arrobada el súbito fulgor de los blancos brazos y hombros de su madre. Button dio un suspiro de alivio y empezó a cerrar los innumerables corchetes de la espalda. Pero Lucy no podía estarse quieta ni un momento, y vagaba por toda la habitación con Button detrás, prendiendo corchetes. «Pero ¿todavía no has acabado, Button? Qué tontería, no me aprieta. Ahora me vas a decir que me estoy poniendo gorda.» Lucy estaba orgullosa de su cintura, que ciertamente era pequeña, y que desde su temprana juventud sólo había aumentado de dieciocho a veinte pulgadas. «Sólo cuando la señora duquesa se agacha», se disculpó Button, porque en aquel momento Lucy se había inclinado para mirarse en el espejo y redondearse más la forma del pelo. «Ea, ya está», dijo la duquesa enderezándose. Sin doblarse tomó el mayor de sus rubíes, y probó su efecto sobre un hombro, pero al fin se lo prendió en un nudo del talle. Luego se rodeó el cuello con la gargantilla alta de rubíes y brillantes,

atada por detrás con un gran lazo de tul blanco.

—La mujer que elijas tiene que saber lucir las alhajas, Sebastian —dijo colocándose un pendiente—; porque lógicamente llegará el día en que tu pobre madre tenga que pasárselas todas a su nuera, y eso no nos gustará, ¿verdad, Button? —pues, ya de nuevo adornada y vestida de pies a cabeza, estaba de mejor humor—; pero lo aceptaremos a cambio de la alegría de ver entrar en Chevron a una novia, ¿verdad, Button? ¿Verdad, Wacey? Ah, no, que Wacey se ha ido a hacer lo de la mesa. Y tú y yo, Button, nos retiraremos a la casa materna y viviremos humildemente el resto de nuestros días, y a lo mejor su señoría nos invita a alguna fiesta en el jardín, ¿eh, Sebastian, bribón? ¿Nos invitarás, con el permiso de tu mujer?

Lucy volvía a ser la misma de siempre, ajustándose el vestido, cerrándose los brazaletes, empolvándose el cuello —porque era de las que usaban polvos, pese a la desaprobación de sus mayores—, y todos los presentes, a excepción de Sebastian, se sonrieron viéndola. La duquesa rozó los labios de Sebastian con su pañuelo.

—¡Mal genio! Sylvia Roehampton dice que te pones todavía más guapo cuando estás de malas que cuando estás simpático, así que habrá que creerla. Viola, hija mía, tengo que salir corriendo. Dame un beso y vete derecha a la cama. ¿Estoy bien?

—¡Estás preciosa, mamá!

—Así me gusta. —Para Lucy todas las admiraciones eran pocas—. Ahora te vas corriendo a la cama, ¿verdad que sí? Ay, hija, te envidio la tranquilidad del cuarto de estudio en vez del guirigay de la cena. ¿No te pasa a ti lo mismo, Sebastian? Buenas noches, cariño. Vamos, Sebastian. Button, ni que decir tiene que quiero que me esperes levantada. Ve tú delante, Sebastian, para abrir las puertas. Ay, hijos, cuánto me habéis retrasado. Sebastian, tienes que pedirle disculpas a Octavia en la cena, y decirle que todo ha sido por tu culpa. ¡El abanico, Button! Santo Dios, muchacha, ¿para qué estás ahí? Tiene una que pensar en todo.

¡Qué comidas! ¡Todo el año con aquellas comidas interminables y desorbitadas! Sebastian se preguntó cómo podría resistirlas aquella gente sin perder la salud y

el físico; pero recordó que en verano solían ir a Homburg o Marienbad, para desembarazarse del exceso acumulado antes de iniciar otro año de vida opulenta. Verdaderamente había muy poca diferencia, en lo esencial, entre Marienbad y el *vomitorium* de los romanos. ¡Qué extraño que el comer desempeñara un papel tan importante en la vida social! Estaban comiendo codornices y haciendo chistes. Aquella especialidad del *chef* de Chevron era famosa: dentro de la codorniz un hortolano, dentro del hortolano una trufa, y dentro de la trufa *paté de foie gras*; una vez vaciado cada uno de los componentes, no era mucho lo que quedaba de ninguno de ellos. Desde su puesto en la cabecera de la mesa, Sebastian contemplaba el sube y baja de las mandíbulas, y pensaba que le gustaría no ver siempre a la gente como si fueran caricaturas. Allí estaban sir Harry Tremaine, el perfecto cortesano, con su cabello blanco ondulado, girando la cabeza tiesa sobre el cuello alto, con cierto aire de pájaro; y Julia Levison, con su voz ronca y su pelo rizado que era como una esponja amarilla. Los nombres de todos ellos le eran familiares a cualquier lector de las notas de sociedad de los periódicos. Sebastian los vio de repente como la caja de títeres de un ventrílocuo. Catorce a un lado de la mesa, catorce al otro; sumados con su madre y él en los extremos, treinta. Entonces varió su visión, y tuvo que reconocer que eran muy decorativos. Casaban perfectamente con el entorno, como si no tuvieran la menor preocupación en la vida; refulgían las alhajas, resplandecían las pecheras; los criados iban de acá para allá, sirviendo los platos y escanciando el vino a la luz de las muchas bujías. Las frondas de esparraguera ponían verdes guirnaldas entre los pesados candelabros y las fuentes de uvas y melocotones. Sí, tenía que reconocer que los amigos de su madre eran decorativos; le gustaban los hombros desnudos y los altos peinados de las mujeres, sus bonitas manos, y los brazaletes que ceñían sus muñecas; las nubes de tul, y las rosas prendidas al pecho con un broche. Su propia madre, a la que poco antes viera en el espejo como una máscara, ahora, allá al otro extremo de la mesa, parecía joven y bella; por un curioso instante la imaginó no como madre, sino como esposa. Luego vio que la larga nariz del judío se inclinaba hacia ella. «¡Un consejo para la Bolsa!», pensó; pues su madre le había explicado, con desusada franqueza, exactamente por qué quería que Sebastian fuera amable con sir Adam. Esa pasión por el dinero era algo que Sebastian no podía entender; él era rico; su madre prácticamente controlaría el gasto de su fortuna hasta que él cumpliera los

veintiún años; ¿qué necesidad había de más? Era, sencillamente, parte del ideario de su madre y de sus amigos. Ideario rimaba con pecuniario. No estaba prestando atención a lo que decía su vecina. Y eso que Sebastian pasaba por tener unos modales excelentes.

Después de la cena, obedeciendo a las señales discretas de su madre, se acercó a hablar con el embajador de Italia. Sentía cierta simpatía por el bueno de Potini, un maniático del tema del carácter inglés. A Sebastian, ahora deprimido y asqueado —porque sufría agudamente sus cambios de ánimo—, le vendría bien discutir sobre cualquier cosa, y sabía que podía esperar entretenimiento del bueno de Potini, que siempre rebosaba cosas que decir. Entre las ruinas de la mesa, Sebastian se le acercó con una silla, sosteniendo a la luz una copa de oporto, y el viejo Potini comenzó de inmediato, frotando su puro entre los dedos:

—¡Ah, muchacho! ¡Afortunado muchacho! ¿De vuelta de Oxford, me figuro? Oxford, sí, esa extraña universidad donde los jóvenes viven segregados; una población de ciudadanos del sexo masculino. —El embajador hablaba un inglés impecable, aunque una pizca rebuscado; lo único que le traicionaba era su pronunciación fuerte de las erres—. Pues una cosa así, mi estimado señor duque —dijo, acercando más su silla a la de Sebastian y hablando en tono confidencial—, sería impensable en Italia. O en cualquier país latino. A los ingleses no les interesan las mujeres; es decir, la mujer. ¿Qué les importa a ustedes un tobillo bonito? Ustedes se fijan mucho en las cernejas de sus ponies de polo, pero a una mujer pocas veces la miran de la cara para abajo. Ah, sí, como le digo. Usted mismo, ¿qué edad tiene: diecinueve años, veinte? ¿Y qué papel desempeñan las mujeres en su vida? ¿Qué hace usted en Oxford por las noches? Estar con sus amigos, abrazándose las rodillas y fumando en pipa, y hablando de..., ¿de qué? De deportes, de política. La mujer, como si no existiera; es de mal gusto. Alguna noche en Londres, de vez en cuando, me figuro —y Sebastian sintió su risilla como si el embajador le hubiera clavado un dedo entre las costillas—, y luego vuelta a esa vida masculina entre otros mil muchachos, como si no hubiera pasado nada. Sí, son ustedes una raza extraña, una raza secreta, que se avergüenza de la naturalidad. En cambio en Italia, a su edad...

Las palabras del embajador pusieron de mal humor a Sebastian; le irritaban,

le molestaban; se avergonzaba de su virginidad. Las personas no eran muy reales para él, y si eran mujeres, menos aún. Poco se imaginaba entonces, mirando al vino con cara de pocos amigos, la aventura que estaba a punto de acaecerle. Lo único que se preguntaba era en qué momento podría interrumpir a Potini para sugerirle que subieran a reunirse con las señoras.

—Nunca pasa nada —dijo Sebastian violentamente—; pasa un día y otro día, y siempre es lo mismo.

—Las cosas pasan en serie —dijo lady Roehampton—; no pasa nada, como tú dices; y luego pasan una serie de cosas en extraña y rápida sucesión. Como si la vida hubiera estado acumulando energías durante mucho tiempo para un esfuerzo. Ya lo verás tú mismo. De nada sirve que yo te lo diga. Nunca nos creemos las experiencias de los demás, y las nuestras sólo muy paulatinamente nos convencen. Ay, querido Sebastian —y al decir esto dejó de citar a Romola Cheyne, y habló por una vez con toda sinceridad, acordándose de un amante joven que había muerto—: piensa en todos los que han muerto sin haber tenido tiempo de adquirir la sabiduría por sí solos.

Estaban paseando por el jardín después de la cena, recorriendo de un extremo a otro el largo sendero que corría paralelo a la casa. Las ventanas derramaban luz amarilla y música. Arriba el cielo estaba negro y estrellado, y los árboles del jardín formaban masas oscuras sobre la débil claridad que aún perduraba en el horizonte. El aire estival era cálido y fragante. Sebastian la había obligado a salir; todavía perturbado por los velados sarcasmos de Potini, había sentido la necesidad de hacer un gesto decidido, y en aquella compañía regida por cánones extrañamente artificiales no se le ocurrió nada más drástico que privar a las mesas de *bridge* de su madre de la presencia de lady Roehampton. Se sonrió irónicamente, para sus adentros, de lo inoportuno de su capricho; había provocado mucha contrariedad, una contrariedad, pensó, que entre otras personas se habría reservado para algo de verdadera importancia emocional; pero fue una contrariedad discretamente controlada, con los modales perfectos de aquellas gentes bien educadas. La propia lady Roehampton fue la única que respondió con gesto amable, sonriendo al muchacho que, súbitamente imperioso, demandaba su compañía. Se había levantado con un gran despliegue de tafetanes

azules: con airosa y cálida exhibición de su belleza, consciente de que muchos ojos se volvían hacia ella con curiosidad e interés. Sebastian era intensamente consciente de la calidad de la dama mientras paseaba a su lado; su calidad de mujer hermosa y exquisitamente pulida, con un dominio perfecto del mundo, imperturbable, astuta, madura, secreta, sin descubrir a nadie su verdadero ser. En comparación con ella, él se sentía borroso e inexperto, incapaz de adaptarse al mundo. Sin embargo, sentía que podía hablar con ella. Era encantadora, peligrosa; podía hablar con ella. El saber que era totalmente indigna de su confianza añadía un toque de dolor placentero a la humillación de confesarse. Porque a Sebastian le gustaba ponerse vinagre en las heridas.

II

Anquetil

El lunes por la mañana se libraron de todos; acudieron los coches a la puerta principal, y cada cual fue acomodado en el suyo: los hombres en el ómnibus de la estación, con su olor a cerrado, sus ventanillas ruidosas y el estrépito de sus ruedas sin llanta sobre la gravilla; las mujeres en los *broughams* con llantas de goma y ventanillas que servían de marco a los hermosos rostros velados y las manos diciendo adiós. Sebastian salió a la puerta, sonriente, con los dos pequeños *spaniels* a los pies y la bandera flameando en la torre como flamearía hasta el día en que ondease a media asta por la muerte de Sebastian. Se fueron todos, pues; todos menos Leonard Anquetil, a quien se había pedido que se quedase hasta después del almuerzo. Sebastian dio media vuelta y cruzó hasta el patio interior, silbando; le agradaba la sensación de la casa nuevamente vacía. Se obligaría a olvidar a lady Roehampton. Aquellas reuniones le gustarían a su madre, pero a él no le gustaban. Él disfrutaba con otra vida: la vida de Chevron. A su madre no le hacía mucha gracia que se tomase tanto interés por la hacienda; pero Sebastian no lo podía evitar. La hacienda era suya, y la quería. En aquellos momentos tenía olvidado lo de que «nunca pasaba nada». Sentía, por el contrario, que en la plácida continuidad de Chevron había una vitalidad de otro orden que en la brillante agitación del mundo de su madre.

Ahora le llegaba como un zumbido audible. La comunidad entera de la mansión zumbaba al trabajar. En las cuadras, los mozos atendían a los caballos; en los «talleres», el cepillo del carpintero lanzaba al aire las virutas y el diamante del vidriero chirriaba sobre el cristal; en la forja, el martillo resonaba sobre el

yunque y el fuelle exhalaba ventosos suspiros; en el matadero, el guardabosques colgaba un ciervo atado con las cuatro patas juntas; en la leñera, un viejo cortaba astillas. Sebastian oía la música y veía la visión. Era un tapiz lo que veía, y oía los sonos de una orquesta de viento, procedentes de unos intérpretes invisibles, ocultos tras los árboles. Sus pensamientos se orientaron a la propia casa, y allí también hallaron lo que buscaban, porque allí también había actividad: el almirez repicaba en la cocina; el pato giraba en la espita crepitante; las lavanderas restregaban la ropa en los barreños; el aprendiz de jardinero vaciaba una cesta de fruta sobre la mesa de la cocina, y en la antecocina la doncella removía un caldero de mermelada sobre el fuego; la señora Wickenden contaba las sábanas del armario de la ropa blanca, poniendo una bolsita de espliego entre cada dos; Vigeon, acabada de guardar la vajilla, giraba la llave en la cerradura de la cámara. Los pensamientos de Sebastian divagaron nuevamente, pasando por el parque, donde se estaban desenroscando las frondas de los helechos; y llegaron más allá, corriendo por los senderos, hasta aquella granja a la que había prometido un cobertizo nuevo, aquella casita de cuyo tejado se habían retirado ya la mitad de las tejas estropeadas. Escaleras y mazos, y hombres lanzando las tejas arriba: Sebastian era un buen propietario. Aquella tarde iría andando a casa de Bassett, para ver cómo iba la obra. O iría a caballo. Tenía tiempo, toda la semana por delante. Hasta su madre se iba a Londres. El sábado siguiente, la casa se volvería a llenar de gente: gente tan bien provista, tan segura de sí, tan suficiente, que le descomponía y le aturdía, y le hacía decir aquellas cosas mordaces que tanto desconcertaban a su madre; pero hasta entonces no había más que tiempo libre, rodeado de tapices y de sonidos que eran como música.

Todo era tibieza y seguridad, ocio y continuidad. Un orden de cosas que parecía inalterable para la mente de 1905. ¿Por qué iban a cambiar, si nunca habían cambiado? Había unos pocos cambios de poca monta, quizá; ningún armero martillaba en un par de grebas nuevas para su joven señor; pero en sus rasgos generales, el tapiz había cambiado muy poco. Las figuras eran las mismas, y el fondo era el mismo: los muros grises, la bandera en la torre, el verdor de los árboles, las liebres y los ciervos pastando en los claros; hasta la lavandera tendiendo la colada. *Court-baron y audit, heriot y peppercorn*;* la bandera batía indolente contra el mástil. Sebastian se dio cuenta de que seguía parado en mitad del patio. Miró, más allá del césped, a la réplica de bronce del

gladiador moribundo, en cuyo escudo uno de sus antepasados había hecho grabar en relieve su blasón. ¡Soberbia insolencia, imponer a una estatua clásica la heráldica de un milord inglés! Y no reparó Sebastian en que esa insolencia tenía un equivalente en su propia juventud y en su señorial seguridad. Simplemente se despezó de un sueño, y entrando en la casa se dirigió a su habitación. *Sarah* y *Henry* trotaron tras él.

Allí nadie le molestaba; era el centro de toda la vida que zumbaba a su alrededor. Tenía mucho trabajo esperándole, porque estando en casa insistía en atender personalmente a todos los asuntos de la hacienda. Era lo único que le hacía realmente feliz. Sólo conocía tres clases de personas: sus amigos de Oxford, que le consideraban distante y poco simpático; los amigos de su madre, y sus dependientes. Entre sus dependientes y él existía el mejor de los entendimientos, un entendimiento debido en parte a que Sebastian había crecido entre ellos, cuando de pequeño se arrimaba a los leñadores para ver cómo talaban un árbol, o mendigaba de Wickenden una conejera nueva, o llevaba él mismo a su poni a la forja para herrarle; en otra parte debido al sentido de la tradición innato en ellos, y en otra más, hay que reconocerlo, a la propia manera de ser de Sebastian, que en esas relaciones era sencilla y a la vez encantadora. Podía desconcertar a su madre y a los amigos de su madre; podía incluso desconcertarse a sí mismo, con las revulsiones de sus estados de ánimo; pero su propia gente, que únicamente le veía en uno de sus estados, el más sereno, no encontraba en él ningún enigma. Además, era generoso; y bien podía serlo, porque el dinero era una de las cosas en las que nunca tenía que pensar. Siempre había habido mucho dinero en Chevron, y seguía habiéndolo, aunque el impuesto sobre la renta hubiera subido de dos peniques a un chelín por libra; esa abundancia era otra de las cosas que no habían cambiado nunca y que tenían todas las trazas de ser inalterables. Se contaba con ella, pero Sebastian miraba por que sus colonos se beneficiaran lo mismo que él. «Es un señor excelente; ojalá hubiera muchos así», decían, olvidando que había, efectivamente, muchos como él; muchos que, sin hacerse notar, distribuían su fortuna pensando no sólo en su propio provecho; callados *squires* ingleses que, menos favorecidos que Sebastian, sin embargo estaban imbuidos del mismo espíritu, y tradicionalmente y como lo más natural dedicaban su tiempo y una buena proporción de sus bienes a quienes de ellos dependían. Era un sistema discrecional, en tanto en

cuanto dependía del temperamento del señor; pero que, con todo y con eso, tenía una cierta dignidad agradable de la que carecían otros sistemas más compulsivos. Pero se preguntaba Sebastian, sosteniendo la pluma sobre el talonario de cheques, ¿no llevaba consigo un desagradable olor a limosna? Él pensaba que no, porque sabía que a él le daba tanta satisfacción la idea de que Bassett ya no tuviera que aguantar goteras como podía darle a Bassett, al invierno siguiente, el hecho de que su techumbre ya no se calase. Tenía que acercarse, sí, a hablar con el Bassett. El Bassett vería que se tomaba en ello un interés personal. Juntos verían clavar las estaquillas de madera a las flamantes tejas nuevas. «Muy reconocido a su señoría, sinceramente», diría el Bassett — todo el mundo le llamaba el Bassett, no se sabía por qué—, pero lo que menos quería Sebastian era gratitud. Al instante pensaría con vergüenza en su propio techo, en los tejados de Chevron, siete acres de tejados, en los que no se permitiría que ni una pulgada se siguiera calando una hora después de que Wickenden lo hubiese descubierto. Wickenden. Tenía que ver a Wickenden. Había una nota encima de su mesa: «Wickenden agradecería que su señoría le concediera unos minutos». Tiró de la campanilla y mandó llamar a Wickenden.

Llegó Wickenden, un hombrecillo con cara de manzana y agudos ojos azules, y una regla asomando del bolsillo de su delantal de bayeta. Había sido aprendiz en los talleres de Chevron con su padre, y de él heredó el puesto de carpintero mayor. Empezó desbastando postes para las cercas, y ahora delegaba en sus subordinados todo lo que no fuera el trabajo más delicado. Ocho pequeños Wickenden acudían cada año al árbol de Navidad, para recibir allí un juguete, una manzana y una naranja; pero Wickenden no tenía otra pasión en su vida que Chevron. «Bien, Wickenden, ¿en qué puedo ayudarle?»

Sebastian había imaginado alguna preocupación por una chimenea insegura, un aguilón ruinoso: la estructura que venía resistiendo a la intemperie desde los tiempos de Enrique VII necesitaba cuidados y reparaciones constantes; pero Wickenden daba vueltas a la gorra, con los ojos bajos y clavados en ella, de una manera que indicaba tribulaciones más hondas. Era evidente que le iba a costar trabajo hablar.

—Bueno, Wickenden, ¿qué es lo que se está cayendo a pedazos esta vez?

Wickenden alzó la vista.

—¡Todo! O así me lo parece a mí, señor duque.

Sebastian se sobresaltó; el carpintero tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se trata de mi chico, señor duque; Frank, el mayor. Su señoría sabe que este año tenía yo que meterle en los talleres. Pero no quiere. Lo que él quiere... Casi no sé cómo decírselo a su señoría. Lo que él quiere es ser mecánico de automóviles. Dice que el futuro está ahí. Bien sabe el señor duque —Wickenden iba animándose— que mi padre y mi abuelo trabajaron en los talleres, y yo contaba con que el chico ocupase mi puesto el día en que yo falte. Lo mismo que el hijo que tenga el señor duque, si se me permite la comparación. Nunca pensé que un hijo mío saliera de Chevron teniendo capacidad para quedarse aquí. Y capacidad tiene; pocos chicos he visto yo con tan buenas manos. Por eso le he dado por los motores. Pero, señor duque, yo le pregunto a usted: ¿y qué tiene un motor? ¿Qué tiene apretar una tuerca que se pueda comparar con trabajar una buena pieza de madera? Y tan buenas como las tengo yo en el almacén, que dentro de cuarenta años estarán de dulce. ¡Qué no podría hacer con ellas Frank cuando tenga sesenta años: revestimientos, lo que quisiera! Yo elegí el roble por la veta; el señor Reynolds quería cortarlo para leña, pero yo no se lo permití. Sería un crimen, le dije. El roble aquel que derribó la tormenta hace tres inviernos. Yo lo aserré y lo puse a secar en el almacén. Se lo enseñé a Frank y le dije: «Frank, cuando tú tengas sesenta años y necesites una buena pieza de madera, aquí la tendrás, y no se te olvide que fue tu padre el que la dejó aquí para ti». Y ahora quiere ser mecánico de automóviles. Ya no sé si serviría de algo que su señoría hablara con él; que le dijera que sería abandonar un trabajo seguro a cambio de una sombra. Que le dijera que a su padre le va a romper el corazón. Yo no sé, no estoy seguro. ¡Cuando a los jóvenes se les mete una cosa en la cabeza! Pero para mí que mi chico mayor quiera dejar los talleres para ser mecánico de automóviles es como si se hundiera el mundo.

Leonard Anquetil se despertó tarde y permaneció un rato tumbado con las manos detrás de la nuca, muy divertido de hallarse en semejante entorno. Le hacía muchísima gracia que por el hecho de haber intentado llegar al Polo Sur le invitaran a Chevron. ¡Chevron, qué anacronismo! ¡Los invitados de la duquesa, qué figuras de cartón piedra! Anquetil no se dejaba impresionar por tales cosas. Sin embargo, reconocía —tenía que reconocer— que lo uno y lo otro era

pintoresco, a su manera. Más le gustaba, como pintoresco, Chevron; Anquetil no tenía un gran sentido de la historia, pero el poco que tenía le bastaba para apreciar aquel resto del pasado de Inglaterra. Pero Chevron estaba muerto, pensaba; o, en todo caso, moribundo; o, por no decir más, paralizado. Era una roca que las aguas iban desgastando. Anquetil no estaba nada seguro de que los invitados de la duquesa, pese a toda su fantástica irrealidad, no fueran más permanentes como tipo en el mundo, no estuvieran llamados a durar más que la grandeza de Chevron y a seguir existiendo con independencia de ella; próspera o arruinada, una sociedad esnobista, pensó sarcásticamente, era un componente inevitable del sistema humano. Podían seguir siendo lo que eran hasta en harapos; aun así siempre existiría un grupo que presumiera de elegancia y superioridad, que preservara su jerga propia y estableciera su masonería interna, que excluyera al aspirante indeseado y admitiera, por poco tiempo y según el capricho convenido del momento, a extraños como él. Él se hacía pocas ilusiones; tan pocas que ni siquiera se despreciaba a sí mismo por estar allí. Había querido ver la crema de la sociedad inglesa por dentro; pues bien, ya la había visto. No quería volverla a ver, y le proporcionaría un entretenimiento mínimo esquivar su persecución en el futuro.

No tenía nada de fatuo, y no podía por menos de sentir con desagrado el interés que por él había demostrado la duquesa. Al principio no había hecho más que darle su turno de adulación; había hecho el papel de empresario: «Imagínese, sir Adam, al señor Anquetil le depositó su barco en el Círculo Polar Ártico, y ha estado todo un invierno viviendo en un iglú, alimentándose de galletas»; había intentado hacerle hablar; le había pedido que les contara de qué era la cicatriz que tenía en la mejilla; después, considerando haberle dedicado suficiente atención, había tenido la bondad de pasar a otra persona; pero en un momento dado, después del té, mientras paseaba con él por el césped, Anquetil había notado que de pronto dejaba de mirarle como pieza de museo y empezaba a verle como hombre. Lo había sentido tan claramente como si hubiera oído un clic. Iba él contemplándola absorto, fascinado por la increíble necedad de los comentarios que salían en torrente de su boca, y ella casualmente se volvió a mirarle, y halló fijos en ella sus ojos. A partir de entonces, y con no poco incomodo para él, la duquesa había insinuado —sin decir una palabra, naturalmente— que existiera entre ellos algún entendimiento. Gracias a que él se

había andado con mucho tiento, sin seguir el juego de ninguna manera. Lo que menos falta le hacía a él, Leonard Anquetil, era tener un lío con una señora del mundo elegante. No era hombre que se dejara domesticar por ninguna mujer. Pero aquel incidente, si incidente se le podía llamar, había sugerido diversas especulaciones a su mente sorprendentemente vacía de sospechas, y le había hecho mirar a los demás invitados con otros ojos, llenos de irónica curiosidad. De los cotilleos de moda era totalmente ignorante, así que para llegar a algún descubrimiento no podía sino observar y sacar sus deducciones. «Inmoral»: recordó haber oído decir que esta camarilla en particular era «inmoral». Había que reconocer que por fuera se comportaban con absoluta corrección. Aunque entre todos reinaba una estrecha amistad, y aunque daban la impresión de estar viéndose constantemente todo el año, unos en casa de otros, ni siquiera el llamarse por el nombre de pila parecía estar muy generalizado entre ellos; las mujeres sí, lógicamente, pero no era ésa la norma, ni mucho menos, entre hombres y mujeres. Incluso habría dicho Anquetil que observaban bastantes formalidades. Sin embargo, una vez despierto su interés muy pasajero y despectivo, había detectado muchas corrientes subterráneas cuya significación no pudo desentrañar. Medias sonrisas y destellos de conchabanza; sintió agudamente que era el único extraño en una congregación cada uno de cuyos integrantes estaba al tanto del origen, el desarrollo y el estado actual de sus tejemanejes. Se preguntó cuántas indiscreciones habría cometido, y confió en haber cometido muchísimas. Seguro que los demás invitados estaban informados más que de sobra para no cometer ni una sola en toda su vida.

¿Por qué diablos, se preguntó volviendo al presente, había aceptado la invitación de la duquesa para quedarse a almorzar?

Entonces se acordó: por los chicos. Le gustaba la gente joven, y además había sentido curiosidad por ver aquella casa dejada a sí misma una vez que se hubiera retirado la nube de urracas y papagayos. Empezó a apetecerle el almuerzo a solas con la duquesa y sus dos hijos. Ayer le habían sentado al lado de la chica y, aunque no fue capaz de sacarle muchas palabras, le había llamado la atención por la expresión tímida, de criatura atrapada, que se veía en sus ojos. El chico también: un chico guapo y con mal genio. Había un parecido entre los hermanos. Pero era sólo cosa de juventud, pensó; en seguida estarían domados. Habría sobre ellos una presión demasiado fuerte. ¿Qué otra cosa se podía

esperar? Tendido en su cómodo lecho, Anquetil se dejó impregnar hasta los huesos por el silencio cálido y lujoso de Chevron.

La duquesa, también en la cama, estaba pensando gratamente en Leonard Anquetil. Hacía ya algunos meses que empezara a decirle a Harry Tremaine que estaba cansada de él, y se preguntaba si Anquetil sería un buen sustituto. Pero ¿podría imponer a Anquetil a sus amistades? Sí, sin duda; protestarían, pero sabían que Lucy tenía poder; le tolerarían cualquier capricho, aunque al principio pusieran mala cara. (El que Anquetil pudiera rehusar ni se le pasó por la cabeza.) Se alegraba de haberle invitado a Chevron. Era más bien un diamante en bruto; había llevado una vida terrible, el pobrecillo, y tenía que ser un cambio agradable para él (después del iglú) venir a una casa con todas las comodidades y disfrutar de la compañía de personas civilizadas. Era bonito agasajar a la gente. Lucy se llenó de súbita benevolencia. Podía hacer muy feliz a Anquetil. Le mimaría. Seguro que no había ido nunca a la ópera; si acaso, al paraíso nada más. Seguro que no tenía gemelos de camisa; o los tendría sólo de hueso. Verdad era que no tenía una conversación brillante, pero lo compensaba con esa clase de personalidad que hace sentir su presencia continuamente. Tampoco era guapo: aunque le recordaba un poco uno de los cuadros de arriba, no era una cara moderna, lo cual, en sí, ya confería una cierta distinción; tenía que preguntarle a Sebastian qué cuadro era, para poder señalarlo si alguien hacía comentarios despectivos. Era muy moreno, cetrino incluso, con dos tufos de pelo negro y rizado en las sienes, brillantes ojos negros y un tajo de sable de la barbilla a una oreja. Un rostro llamativo; acribillado, además, de pintitas azules, por la explosión de una carga de pólvora, como si un tatuador aficionado se hubiera vuelto loco y hubiera hecho puntitos con su aguja en vez de un ancla, o un monograma, o unos alfanjes cruzados, o lo que hicieran. Su fama de originalidad aumentaría si introdujera con toda tranquilidad a Anquetil en el mundo, en su mundo, como su amante. *Amant de cœur*, murmuró, estirando sus miembros entre las sábanas de lino y olvidando su impulso de benevolencia original.

Rara vez bajaba Lucy antes del almuerzo, pero aquella mañana salió al jardín a

mediodía, con una sombrilla de encajes sesgada entre su rubia cabeza y el sol. El silencio de la casa la oprimía. No había encontrado a Anquetil ni en las habitaciones de uso ni en la biblioteca, y, mimosa, estaba ya enfadada por no haberle encontrado donde esperaba encontrarle. Sus tacones dejaban marquitas redondas en el césped. La señorita Wace la contemplaba desde una ventana de arriba, con un sentimiento mixto de rencor y adoración. Qué elegante está la duquesa esta mañana, reflexionó, con ese traje sastre que destaca tan bien su figura, y que indica que se va a ir a Londres, después de las muselinas del domingo; pero todavía conserva el toque campestre en la sombrilla, y aún no se ha colocado un sombrero sobre las curvas del peinado. La señorita Wace, que llevaba un vestido de sarga color heliotropo con un tieso cinturón de cordón trenzado, y que solía estirarse violentamente el pelo por detrás de las orejas, vivía en un constante dilema entre la desaprobación de la frivolidad de Lucy y la fascinación arrobada ante su femineidad. Jamás se acostumbraría a aquel ser que tan pronto la ponía en un paroxismo tal de indignación que sólo podía desembocar en pedir la cuenta inmediatamente, tan pronto la hechizaba hasta un estado tal de sumisión que con gusto se habría pasado en pie toda la noche, calentando un vaso de leche hasta la hora en que una Lucy cansada tuviera a bien irse a acostar. Hay gente, pensaba exasperada la señorita Wace, que se cree con derecho a todo; pues, aunque hallaba gran satisfacción en las frases hechas, no había llegado a asumir la de que cada uno juzga a su manera. Era imposible enojarse seriamente por nada que dijera la duquesa, pensaba ahora, viendo a Lucy dar vueltas a la sombrilla, como una mariposa de colores revoloteando sobre la hierba; imposible ofenderse de verdad; pero entonces recordó también cómo se había puesto Lucy con ella por algo que en realidad no era culpa suya, y decidió que antes o después tenía que llegar el día de empaquetar sus cosas y marcharse. «Hay una cosa que se llama amor propio» era una de sus frases favoritas. En el fondo de su alma sabía perfectamente que apartada de la emocionante y peligrosa excitación que le daba la proximidad de Lucy habría dejado de existir, se habría apagado lentamente; y, además, sabía con la misma certeza que nunca se resolvería a abandonar una casa que el rey visitaba tan a menudo. «Yo no soy esnob, hija mía», le gustaba decir en confianza a una amiga íntima; «lo tengo a gala, yo sencillamente no sé lo que es el esnobismo; yo lo que soy es republicana, y a mucha honra»; y únicamente entre grandes muestras

de desgana se avenía a describir la última visita del monarca. «Para mí lo que significa es muchísimo más trabajo», suspiraba, y de ahí pasaba a relatar cómo tenía que estar pendiente de todos los detalles, hasta de que la alfombra roja estuviera debidamente extendida de lado a lado del patio y el estandarte real listo para sustituir a la bandera corriente en la torre. «A estas alturas la servidumbre ya debería estar acostumbrada (el año pasado fueron seis las visitas, si no me equivoco); pero es increíble, siempre se les olvida alguna cosa.» Era razonable suponer, sin embargo, que alguna compensación tenían sus trabajos extra, porque al lado izquierdo de su pecho flaco y republicano pendía un reloj de esmalte color malva, colgado de un lazo y cinta del mismo material y color. «Tengo que llevarlo vuelto del derecho», explicaba, «por las iniciales que lleva por detrás. Una tontería. Una lástima. Mucho más bonito habría sido liso», y entonces le daba la vuelta, y se veían en el anverso las iniciales E.R. VII entrelazadas y la corona. «Por supuesto que a mí no me *gusta*», decía, «pero anda bien, y por eso me lo pongo.» De hecho todo el mundo sabía que no andaba nada bien, antes al contrario, adelantaba cerca de una hora al día.

Lucy desapareció al volver la esquina de la casa, y la señorita Wace retornó severamente a sus cuentas. Lucy no estaba buscando a Anquetil, o por lo menos no reconocía ante sí misma estar buscándole; únicamente paseaba por el jardín. Pero encontró a Anquetil donde menos le esperaba: en la pérgola, hablando con Viola. La pérgola servía de cuarto de estudio exterior; las paredes estaban garrapateadas de sumas y dibujos infantiles, y el borde de la mesa festoneado por un cortaplumas ocioso. Lucy sintió una ola de fastidio, que rápidamente atribuyó al hecho de que Viola estuviera tan fea. Para la manera de pensar de Lucy, la chica presentaba su peor aspecto, porque a Lucy le gustaba verla con el pelo rizado y recogido con un gran lazo negro, y con vestidos de niña, sembrados de frunciditos y requilorios; pero ese día Viola llevaba el pelo liso y brillante, tendido sobre la frente como un negro satén, con lo que su carita parecía todavía más pálida y más ovalada; y llevaba además un severo vestido rojo, que en opinión de Lucy no le sentaba nada bien. Ayer tenía el pelo rizado, pensó Lucy, y el tiempo está seco; será que se ha dado agua. Lucy, con su gusto por los adornos recargados y las gracias femeninas de la mujer coqueta, era incapaz de apreciar los perfiles lisos y la sedeña delicadeza de su hija. La niña tenía bonitos ojos, eso sí; y no estaban mal aquellas cejas altas, que parecían siempre como peinadas

con aceite; pero ¿por qué tenía que estar pálida como una santa y llevar el pelo como una imagen de la Virgen?

Los dos, Anquetil y Viola, alzaron la vista en el momento en que la duquesa doblaba la esquina, porque su sombra les ocultó el sol. Lucy supo al instante que estaba de más. Esa pequeña circunstancia acrecentó su fastidio más allá de toda medida; a otra mujer, pongamos a Sylvia Roehampton, le podría haber perdonado que absorbiera la atención de Anquetil con tanta facilidad y familiaridad en la pérgola, entre las libélulas que pasaban raudas sobre las flores del jardín bajo, porque en ese caso habría podido entrar en liza con la otra mujer, y las dos se habrían puesto a batirse con armas que sabían manejar muy bien; pero a Viola no le podía perdonar que se hubiera colado de rondón, por así decirlo, en la confianza de Anquetil. Era por ser Viola una niña, por supuesto, por lo que Anquetil había cedido ante ella, él, que había estado tan en guardia del sábado al lunes. La inocencia había podido lo que no había podido la habilidad. Pero fingió sorprenderse de verle allí, y dijo:

—¡Bueno, bueno, el señor Anquetil! Yo le creía durmiendo para reponerse del *bridge* de anoche. Qué buena mañana hace, ¿verdad? A mí me gusta mucho dar un paseíto tranquilo antes de almorzar. Viola, espero que no le habrás estado aburriendo al señor Anquetil. ¿Y tus lecciones, hija mía? ¿No tendrías que estar estudiando? Mira todos tus libros repartidos por la mesa. ¿Qué va a decir la señorita Watkins? Tengo que llevármelo, señor Anquetil, para que esta niña siga estudiando, porque si no la pobre lo va a pasar mal. Siempre pienso si la señorita Watkins no será quizá demasiado estricta, pero no es cosa de estar todos los días entrometiéndose; cada institutriz tiene sus métodos, ¿no es verdad? Y no se les debe dar la impresión de no confiar en ellas.

Anquetil había estado esperando la ocasión de tomar la palabra, y ahí la encontró.

—No se inquiete usted, duquesa. Yo soy el culpable. Yo he sobornado a la señorita Watkins, a condición de estarle contando historias a Viola hasta la hora del almuerzo. Le expliqué que sería bueno para sus conocimientos de geografía. Y lo ha sido, ¿no es cierto, Viola? Ahora sabe todo lo que hay que saber sobre el Orinoco. Así es como hay que aprender la geografía —continuó, viendo que Lucy iba a decir algo—; hablando con alguien que haya estado en los lugares, y no aprendiéndose párrafos de un compendio repulsivo como ése. O dedicando

una hora a estudiar el globo terráqueo. Seguro que usted, duquesa, no me sabría decir qué lugares atravesaría una línea que rodease la tierra por la latitud de Madrid. ¡Inténtelo!

La duquesa se quedó asombrada. Este Anquetil era muy distinto del hombre duro y recalcitrante que había intentado exhibir, y a quien había pensado poder conquistar. Estaba chispeante; se estaba riendo de ella. Viola los contemplaba a los dos, entre asustada y fascinada. La presencia de Anquetil le daba un apoyo extraordinario; tenía la certeza, sin saber por qué, de que delante de él su madre no perdería la compostura. Después... Pero su madre se iba a Londres después de comer, y al final de la semana, cuando volviese, ya se le habría olvidado.

Lucy interceptó a Sebastian en la biblioteca, antes del almuerzo. Adoptó la actitud zalamera, alisándole el pelo de una forma que le molestaba especialmente. A pesar de aquella suavidad, su hijo se dio cuenta de que algo había pasado que la había puesto de mal humor; como también de que sus primeras palabras no eran más que un prolegómeno de lo que realmente quería decir. Así que no se sorprendió cuando al cabo le dijo: «Oye, por cierto, a propósito del señor Anquetil...». ¿A cuál de los retratos de arriba, quería saber, se parecía tanto el señor Anquetil? Le había dado pereza subir a averiguarlo. Pero Sebastian se sabía los cuadros mucho mejor que ella. Se sabía mucho mejor todo lo referente a Chevron. ¿Qué cuadro era? Era un hombre feo, el señor Anquetil; pero no dejaba de ser una cara interesante —¿no estaba de acuerdo Sebastian? —, con aquella curiosa cicatriz, aquellas curiosas pecas azules, aquellos curiosos tufos de pelo. No era una cara moderna. Podía ser la de uno de aquellos retratos históricos de la época tudor que había en la Galería Oscura, todos con los marcos iguales y el nombre escrito en un festón corrido de esquina a esquina: Drake, Howard, Raleigh; ¿cuál era? «No es ningún retrato en particular», dijo Sebastian; «lo que parece es un navegante de la época isabelina.» «Un pirata de la época isabelina», dijo Lucy. «Casi todos los navegantes de esa época eran piratas», dijo Sebastian. Lucy soltó su carcajada más argentina, la misma que había hecho creer a varios hombres que entendía lo que decían.

Había dispuesto mentalmente que Anquetil la acompañase a Londres, pero con gran irritación vio frustrado ese plan, no por Viola sino por Sebastian, que inopinadamente le propuso a Anquetil dar un paseo a caballo por la tarde y tomar un tren a última hora. Era la primera vez que Sebastian hacía una cosa así —normalmente no hacía más que manifestar su impaciencia por que todo el mundo se largara de Chevron lo antes posible—, de modo que la consternación de su madre fue tanta como su asombro. Le entró entonces la desagradable sospecha de ser ella la que sobraba; de que Anquetil pudiera tener el mismo interés que sus propios hijos en ver llegar la hora de su partida para quedarse solos los tres. Aun así, no podía reprobar nada que viniese de su amado Sebastian, fueran cuales fuesen las consecuencias; si había de haber un chivo expiatorio, tenía que ser Viola. ¿Qué tal estaría llevarse a Viola con ella a Londres?, se preguntó, diciéndose que de ese modo la tendría a mano como posible válvula de escape de su mal humor —pues hasta ese punto podía ser franca consigo misma—, pero negándose a reconocer que su verdadero deseo era impedir que la amistad de Anquetil con Viola hiciera mayores progresos. Luego pensó que sería demasiado molesto tener a Viola en Londres. A veces la crítica muda de Viola la ponía nerviosa, y en Londres sabía que iba a tener la casa llena de gente a todas las horas del día, gente a la que su hija despacharía con una sola mirada antes de irse de la habitación: que se quedaran juntos; se lavaba las manos de Anquetil; ¡la tonta había sido ella, por pensar siquiera en él! Se llevaría a Wacey. De todos modos, la habían ganado por la mano; y esa idea se llevó consigo a Londres, tan irritante como una chinita en el zapato.

Por la tarde salieron a caballo los tres, con los dos perros, y Anquetil se encontró contento y a sus anchas en la compañía de los dos jóvenes. Más aún, se sintió vigorizado como pocas veces lo estaba, si no era ante la perspectiva de una nueva aventura. Se iba acercando a esa edad en la cual la contemplación de los muy jóvenes constituye por sí sola una fuente de dicha añorante; es decir, se iba acercando a los cuarenta años: veintidós más que Viola, y veinte más que Sebastian. Con la ardua vida que siempre había llevado, no podía por menos de estar en buena forma física, pero aun así veía una diferencia entre su austera resistencia y la sencilla vitalidad de ellos. Si disfrutó del galope inicial fue en

parte porque compensaba de dos días enteros de reblandecimiento en Londres, y podía ponerlo en el haber de su cuenta con la salud corporal; pero para ellos, que dieron rienda suelta a los caballos y se precipitaron valle arriba echando carreras, agitando las gorras como posesos y lanzándose gritos en el duelo del último tramo entre ribazos de helechos, no era más que una expresión natural de exuberancia. Juntos le esperaron sobre sus caballos, con un amplio panorama de campos y colinas lejanas como telón de fondo; pero él dejó al suyo al trote, porque le gustaba mirarlos y pensó que debía llevarse consigo para siempre aquella imagen de los dos jinetes, tan alegres y esbeltos, en el claro de los helechos, con el paisaje inglés detrás y los caballos piafando en la hierba, y *Sarah* y *Henry* tendidos en tierra y jadeantes. Le recordaban un cuadro de Charles Furse. Parecióle a Anquetil apresar un instante al vuelo. Antes, por la mañana, había pensado en Chevron como una cosa muerta, un anacronismo, una supervivencia exquisita, y sus instintos democráticos habían hecho asomar en sus labios una sonrisa ligeramente sardónica; ahora modificó la idea, y volvió a sonreír, pero esta vez también dio un suspiro por la extinción de algo tan característico, tan intrínsecamente real y tan airoso. Tenía que desaparecer, pensó, desaparecer con toda su absurda impedimenta de criados y lujos; pero al irse arrastraría consigo muchas cosas dignas, tradicionales y —aunque la palabra le hacía reír— elegantes. Sus opiniones dieron un vuelco, y sintió de pronto la pena que podría sentir un hombre de letras ante la degradación de la literatura, o un amante de los perros ante la pérdida de finura del galgo. Un anacronismo, ciertamente, pero muchas cosas refinadas, casi todas, eran anacronismos; Anquetil hubiera querido alzar una muralla alrededor del parque, y conservar Chevron con todos sus habitantes como museo nacional, sin que ninguno cambiase ni envejeciese, y menos que ninguno Sebastian y Viola; que todo se transformara en un palacio de la Bella Durmiente, pero sin que nadie se sumiera en un sueño de muerte, antes bien siguieran entregándose, inmortales, a sus inmemoriales actividades. Por su parte, estaba convencido de que no volvería a poner los ojos en Chevron; sería un incidente aislado en su vida; llevaba una existencia demasiado activa para que Inglaterra pudiera retenerle por mucho tiempo, y ya tenía otros planes en preparación. Pero la breve incursión en este mundo extrañamente segregado le había enriquecido inopinadamente, como enriquecen esas experiencias que tenemos por totalmente extrañas a nuestras

inclinaciones, y que cuando menos se espera adquieren vida propia en una extensión nueva de nuestra capacidad de comprender.

Si Anquetil se había sorprendido de quedarse en Chevron a almorzar, y luego todavía más de aceptar la invitación de Sebastian a quedarse hasta la noche, ¡cuánto más y definitivamente se sorprendió de acceder a quedarse hasta la mañana siguiente! Pero ya no era el invitado de la duquesa; ahora lo era de Sebastian y Viola. Ya no era un asistente a una reunión de fin de semana, un extraño, un espectador, alternativamente aburrido, despreciativo y divertido; era parte de un trío feliz, alegre por la ausencia de los adultos. Había advertido el cambio que experimentaron los dos niños (pues como niños los miraba) apenas se marchó su madre. La duquesa se había ido en un revuelo de almohadones, bolsos, batas de casa, docenas de menudencias innecesarias que había que llevar a mano y acomodar en el asiento de atrás del *brougham*; los criados corrían como conejos de acá para allá; en el último minuto pareció como si todo hubieran sido olvidos; Button y la señorita Wace se habían dejado atosigar y martirizar, la primera soportándolo con una imperturbabilidad digna de admiración, la segunda visiblemente nerviosa, porque sus ojos se empañaron de lágrimas, se le enrojeció la nariz y echó mano al bolsillo oculto de la enagua para sacar un pañuelo; la pobre Wace, con una boina plana de *tweed* sobre la cabeza y una larga bata de hilo marrón, lucía un aspecto muy poco agraciado. Sobre toda la escena de la partida se cernió la probabilidad de que la duquesa perdiera el tren. Anquetil se dijo que él podría haber partido para el Polo Sur con menos agitación. Por fin arrancó, sola en el *brougham*, con Button y Wace detrás, dando botes en la ruidosa tartana. «¡Hasta el sábado!», había gritado a los niños por la ventanilla; y «A lo mejor le encuentro aún aquí», había gritado a Anquetil, que no supo a ciencia cierta si interpretarlo como ironía o como invitación. Así que sonrió y meneó la cabeza, pero la duquesa ya había trasladado su atención al rescate de un fardo que se salía de su sitio, y al momento siguiente el *brougham* se la había llevado fuera del alcance de cualquier respuesta. Anquetil se alegró de haber presenciado toda aquella comedieta; le gustaba ver cómo vivían otras personas, siempre que no hubiera obligación de seguir su ejemplo. «¡Al fin!», dijo Sebastian; y Anquetil comprendió que si no añadía muchas cosas más, era

sólo por sus buenos modales innatos.

Qué encantadores eran los dos niños, se dijo; naturales, espontáneos y muy agradables a la vista. ¿Sencillos? Tanto como eso no se atrevería a decir, aunque sin duda lo eran en lo que convenía, según él; esto es, se divertían con poca cosa, tenían la risa pronta y gozaban de los placeres de su bienestar físico. A Anquetil, que tenía opiniones rotundas, no le gustaban los jóvenes hastiados de todo, y no eran así aquellos dos, aunque ciertamente tenían todas las condiciones para poder serlo. Pero ¿sencillos? Volvió sobre esa cuestión, y resolvió con alivio que podía eliminar esa palabra. No le agradaba demasiado la sencillez exagerada, excepto en los hombres que corrían con él las aventuras de sus arriscados viajes. Aquellos hombres, sin embargo, no sabían nada de él más allá de sus cualidades de compañero animoso, fiable y lleno de recursos; era una curiosa relación, en la que se unían una intimidad muy especial, nacida de las penalidades y necesidades comunes, y una completa ignorancia de la vida privada y el carácter de cada cual. Anquetil reservaba esa relación para aquellos hombres, de los que apenas sabría decir si les tenía cariño o no. De otras personas, en sus raros intervalos de vida en Inglaterra —que le parecían casi como de vida en tierra firme—, pedía algo distinto. No habría gastado su tiempo en Sebastian si hubiera pensado que éste se limitaba a ser un joven aristócrata, encantador como fruto de su educación, y muy poco más aparte del toque de romanticismo que apenas podía evitar, y que debía a su linaje, su riqueza, su juventud y su apostura. De hecho, aquel toque de romanticismo obvio casi había bastado para predisponerle contra el muchacho desde el principio. Ni siquiera sus cualidades adicionales de buen propietario, incluso de buen caballero del campo, heredadas pero dignas de respeto, le habrían añadido mucho interés a los ojos de Anquetil. Él habría dado por sentadas esas cualidades; y quiso el azar que tuviera oportunidad de comprobarlas por sí mismo, porque después de la galopada habían pasado por varias granjas y casas donde se estaban haciendo mejoras o reparaciones, y allí Anquetil había tomado buena nota de la afabilidad de Sebastian con sus colonos y su evidente conocimiento de sus asuntos. Todo eso estaba bien, pero no era suficiente. En razón de esos atributos, Anquetil habría podido archivar cómodamente a Sebastian al lado de otros jóvenes de posición igualmente afortunada, y no pensar más en él. Pero, esperando continuamente llegar a una conclusión de esa índole, había observado al muchacho con atención, y aún

seguía sin cumplirse su pronóstico. Este potro no estaba realmente hecho a la brida; quizá nunca llegara a estarlo. Aunque a buen seguro era capaz de llevar dócilmente a su jinete durante un año y más antes de lanzarle por los aires.

Además, aquel día Anquetil, que era sensible a tales cosas, había vislumbrado en Sebastian algo que interpretó como una especial turbulencia. Por supuesto, conocía tan poco al muchacho que le era difícil calibrar una diferencia de matiz entre su manera habitual de estar y una excitación mayor pero reprimida. De todos modos, no podía desprenderse de la idea de que el chico acababa de pasar, o estaba pasando en aquel momento, por una crisis concreta. Se hizo vagas conjeturas sobre la posible naturaleza de esa crisis, únicamente para desembocar con fastidio en la conclusión de que no podía ser más que una relación amorosa. Cuando llegó a esa conclusión, Sebastian descendió varios puntos a sus ojos. A Anquetil no le interesaban las relaciones amorosas. Había tenido demasiada experiencia de su aplastante uniformidad. No podía perdonarles el ser por una parte tan prometedoras y por otra tan monótonas. Para él no eran más que un gasto de ánimos en medio de un desierto de aburrimiento; y cuanto antes acabaran, mejor; así pensaba. Ya estaba dispuesto a catalogar a Sebastian como un muchacho vulgar. Pobre Sebastian, pensó, condenado por las circunstancias mismas de su situación a no ser nada más, nunca, que un muchacho vulgar; tan vulgar como un rey; pues hasta sus rebeliones, caso de que se rebelara, tendrían que seguir sendas prefijadas; no tenía nada contra lo que rebelarse, salvo su buena fortuna, y de eso no se podría librar nunca. Su riqueza estaba segura —aunque Anquetil no tenía más que unas ideas sumamente vagas sobre el mayorazgo—; su casa, aquella Chevron añeja y majestuosa, estaba segura; en cuanto a su gran apellido, lo llevaría hasta la tumba; todas esas cosas las tenía atadas a su persona como otras tantas latas al rabo de un pobre gato. Con ellas iba el romanticismo de su figura entera. ¡Pobre Sebastian, condenado a ser romántico; condenado a ser siempre románticamente vulgar! ¿Qué locuras podía hacer un joven así? Las inevitables, sembradas por el hada mala en su bautizo. Ni siquiera sembradas por su propia mano, sino preparadas para él con antelación. Pobre Sebastian, sus tradiciones no eran sólo heredadas, eran también proféticas. Se extendían en ambos sentidos. Era un *handicap* injusto.

Anquetil no se estaba cambiando de ropa para la cena; únicamente se estaba lavando. El causante de ese estado de cosas era Sebastian, que al volver del

paseo había dicho: «Oíd, vamos a no cambiarnos; ¡hace una noche tan buena! Saldremos después de cenar». Viola había asentido. Anquetil había observado con regocijo que aquella sugerencia tenía todo el carácter de una osada innovación. Sabía muy bien que si Sebastian y Viola hubieran cenado solos, en ausencia de su madre, se habrían cambiado para cenar en su mutua compañía con la misma escrupulosidad que para una cena de treinta invitados. Sabía también que su presencia insólita era lo que incitaba a Sebastian a semejante ruptura de las reglas. Y sintió el regocijo correspondiente. Pero, inhabituado a los usos de casas como Chevron, no se dio cuenta de lo osada que era la innovación de Sebastian hasta que se tropezó con el mayordomo en la biblioteca y le vio echar una ojeada rápida a su chaqueta de *tweed*, seguida de otra ojeada rápida, casi imperceptible, al reloj. Rindió un tributo de admiración al tacto de Vigeon. Nadie más que un mayordomo criado en tan chevronesca tradición, pensó, habría sabido comunicar de una forma tan sutil, tan delicada, la idea de que era hora de subir a cambiarse. Un impulso de explicación se alzó en él, instantánea y traviesamente reprimido. «Su señoría», le dieron ganas de decir, «me ha dicho que no me cambie»; pero meramente por el placer de desconcertar a Vigeon se contuvo a tiempo de decirlo. Prefería dejarle pensar que Anquetil, aquel aventurero bribón que la señora duquesa había tenido a bien recoger por ahí, no sabía comportarse. En ese momento oyó las pisaditas rápidas de *Sarah* y *Henry* sobre el entarimado, y Sebastian entró en la biblioteca, todavía en camisa y briches.

Durante la cena Anquetil revisó su idea de Sebastian y volvió a su segunda impresión. Suspendió el juicio crítico; se dejó prender por el hechizo de la simpatía del muchacho. Vigeon y sus mirmidones adiestrados les servían, y Anquetil tuvo el placer de sentir la desaprobación de Vigeon en todos sus nervios. Vigeon le hacía culpable; culpable no sólo de la inusitada indumentaria de Sebastian —el signo exterior y visible, pensó Anquetil, de una emancipación interior y espiritual, porque ya había tomado sobre sí, aunque de una manera casi inconsciente, el puesto de mentor en la vida espiritual de Sebastian—, sino también de su inusitada conversación y falta de reserva. No era que el propio Sebastian hablara mucho, sino que le forzaba a él, a Anquetil, a hablar.

Sebastian, sentado a la cabecera de la mesa con aire indolente, en el comedor pequeño donde sus antepasados habían recibido a Drake y Frobisher, a Pope y Dryden, como atestiguaban los cuadros de las paredes; Sebastian, sentado con aire indolente, en camisa azul, jugando con una copa de vino, ridículamente apuesto y romántico, incitaba a Anquetil a hablar de cosas de las que no hablaba nunca: la exploración de ríos tropicales, el naufragio entre bancos de hielo, hasta que Anquetil (perdiendo un poco la cabeza por influencia del vino y de los retratos históricos, y también de la personalidad de Sebastian, allí sentado con aire indolente, mitad joven inexperto y mitad mecenas) se explayó como nunca se había explayado, ni ante amigos íntimos ni ante mujeres aduladoras. No podía explicarse satisfactoriamente el porqué de aquella respuesta al reclamo de Sebastian. ¿Era algo atávico en él, se preguntó, que respondía al potencial mecenas? Caramba, se dijo mirando al retrato silencioso de Frobisher, ¿será posible que yo pretenda que Sebastian me financie el próximo proyecto? Su relación con Sebastian se hizo de pronto demasiado complicada, imposible de desenredar. ¿Era interesada o desinteresada? ¿Era cínica o imparcial? ¿Era a medias maliciosa o enteramente benévola? ¿Quería confundir al muchacho, o liberarle, o meramente utilizarle? ¿Eran puros sus motivos o mezclados? ¿Acaso los motivos no eran siempre mezclados? ¿Por qué, en definitiva, había adquirido Sebastian tanta importancia para él? Bah, se dijo, me podría ser útil; y a continuación se dijo: le estaría bien empleado a su madre que yo le empujara a romper con todo esto; y por último se dijo: me gusta el muchacho, y si puedo salvarlo de echarse a perder lo haré.

Viola aportó muy poco a la conversación, y sólo un par de veces se paró Anquetil a pensar qué estaría pasando por su cabeza. No se había fijado mucho en ella, más allá de anotar brevemente que estaba en la edad de la esbeltez cimbreante, trémula como una planta en la corriente. Era una edad que tenía su hermosura propia, pero la apreciación de Anquetil era impersonal; su gusto en materia de mujeres era algo más sofisticado. No era que le gustasen las mujeres de mundo, ¡no!, se dijo recordando a la duquesa. Pero había mujeres profundas, sabias, con las que se podía hablar; mujeres que conocían la vida; ésas eran las mujeres que le gustaban a Anquetil.

Fue sugerencia de Sebastian que subieran al tejado.

Encerró a *Sarah* y *Henry* en la biblioteca, y tomando una vela alumbró el camino. A Anquetil le conmovió aquella visión del paso del muchacho, con la vela en la mano, por las sombras y esplendores de su herencia. Porque las grandes estancias yacían en oscuridad hasta que la vela las turbaba; las grandes salas de ceremonia, que ya no se usaban nunca, pero conservaban sus antiguos ajuares, sus doraduras y sus terciopelos, y a la luz de la vela parecían palpitar aún con una vida que apenas habían perdido. Esa iluminación era mucho más sugerente que la luz del día con que primero las había visto Anquetil. Entonces las peanas de plata, los retratos, la tapicería, los suelos largos y brillantados, le parecían claramente visibles, silenciosos e inmóviles, sin ningún misterio: nada salvo el interés muy evidente de su edad, su supervivencia, su estado de conservación y su belleza intrínseca. Muertos como un museo, había pensado Anquetil, desde la actitud de rechazo que entonces le poseía. Había mirado y admirado por obligación; sin sentimiento. Ahora veía las viejas estancias estremecidas a la luz incierta que tan inopinadamente llegaba hasta ellas, y reparaba en que algunas cosas ganaban vistas indistintamente, cosas que eran demasiado delicadas y frágiles para soportar la plena verdad del día. Porque no ver es medio creer. Que él llegara a admitir eso era prueba de que había recorrido un largo trecho desde la mañana, cuando creía ser un hombre realista, atento sólo a los contornos firmes (como él los concebía) de los objetos, las relaciones y las situaciones. Ahora se daba cuenta de que había aspectos alterables, y de que la realidad era una ficción, exclusivamente dependiente del observador, su estado de ánimo y sus prejuicios. Las viejas estancias, a la luz de la vela, le inspiraron una ternura que de día no habría imaginado. Su belleza, que había juzgado exterior, se hizo significativa; estaban animadas por el hálito de una existencia que disfrutaran en tiempos, cuando ninguna mirada las contemplaba como un museo, antes bien las tomaba sin pensar como entorno natural de la vida de todos los días; y eso valía también para sus ajuares, para los espejos, estanques sombríos donde las mujeres habían hurtado más de una mirada franca o furtiva; para las sillas cuyos terciopelos ahora descoloridos habían recibido el peso de miembros sin protestar por el barro de las botas. Con todo, Anquetil aún se defendía. No se iba a dejar arrastrar al sentimentalismo por cosas que estaban muertas sólo porque fuera posible convencerse de que en otro tiempo estuvieron

vivas. Esta belleza muerta volvió a inspirarle casi horror, tan pronto como reaccionó contra su debilidad momentánea y reafirmó su resolución de salvar a Sebastian si podía. Este chico, pensó, está ya tendido de cuerpo presente en una tumba espléndida. Veremos si no podemos hacer que la efigie se alce de pronto y eche a correr.

El resplandor de la vela subió por las oscuras escaleras y removi6 las sombras de los desvanes, largos y bajos de techo. Allá arriba no había color, ni terciopelos ni doraduras; no había más que yeso y roble gris, del color de la ceniza. Anquetil prefirió esa desnudez a la suntuosidad de los salones de abajo; le pareció ver los huesos de la casa descarnados; y, en efecto, aquellas plateadas galerías recordaban la lividez de un esqueleto. En algunas sepulturas, pensó —su mente seguía discurriendo sobre la disolución—, en algunas sepulturas el esqueleto yace expuesto bajo el monumento, como recordatorio a la vez humilde y terrible; pero aquí es al contrario; la casa se está muriendo desde arriba; este último piso está totalmente deshabitado, y todo el alegre ajeteo ha huido de él; yace tendido con las tonalidades cenicientas de la mortalidad, inmediatamente debajo del tejado que lo separa apenas del cielo. Las tejas son finas como el papel. Y pensó Anquetil que cuando volviera abajo, y se viera en los salones con sus ventanas profundas guarnecidas de cortinajes y sus cómodos sofás, aposentos un grado menos muertos que las estancias de ceremonia del piso intermedio, se acordaría de los desvanes de lo alto de la casa, silenciosos, blanqueados y vacíos, con la sombra de la celosía ajedrezando débilmente las tarimas, tendidos horizontalmente bajo la línea del tejado, como un viejo esqueleto que reposa oculto a la vista y cuya presencia todos se han conjurado para olvidar.

Era evidente que ni Sebastian ni Viola sentían así su casa. Eso atemorizó a Anquetil, elevado a un nivel inusual de sensibilidad: sentía que *debían* rebelarse contra la opresión del pasado. Para su manera de pensar, no estaban en condiciones de salud si no se rebelaban. Él mismo se hallaba en un estado de resistencia violenta y alarmada; le desgarraban emociones antagónicas; estaba resuelto a no sucumbir al hechizo, pero para mantenerse a salvo tenía que tener todas sus facultades críticamente despiertas: era el único habitante del palacio de la Bella Durmiente capaz de clavarse alfileres en la carne y espabilarse del sueño

devorador. ¡En dos días había actuado el embrujo hasta ese punto! Y recordó el estado de ánimo que le había sobrevenido en la cena, cuando alzó los ojos al retrato de Frobisher y se vio con los rasgos del aventurero indigente, y vio a Sebastian con los rasgos del potencial mecenas, de cuyas caprichosas simpatías podía sacarse provecho. ¡Tal revolución habían obrado en él tan sólo dos días! ¡Tal era el hechizo de Chevron y del pasado! Pero Sebastian y Viola llevaban en ello, respectivamente, diecinueve y diecisiete años, añadidos a los siglos acumulados en su sangre: era un prodigio que siguieran de algún modo vivos, despiertos.

Iba entre los dos, Sebastian adelantado con la vela, Viola detrás. Eran los dos habitantes naturales de aquel sepulcro exquisito; se movían libremente entre sus sombras, como visitantes nocturnos entre lápidas, y Anquetil se revolvió contra su suposición de libertad, su tranquilidad, en aquel entorno que él veía sofocante, letal a pesar de toda su belleza.

Salieron al tejado y Sebastian apagó la vela. La brisa de la noche les revolvió el pelo. Arriba las estrellas tachonaban apretadas un cielo negro. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Anquetil distinguió los perfiles cuadrangulares de las almenas y las cúbicas formas de las torres que se alzaban más allá de las simas de los patios. No era posible ver nada con plena nitidez, pero tuvo la impresión de un panorama de tejados vasto y quebrado, y de estar a gran altura sobre las praderas y las copas de los árboles del jardín dormido. Vio que las aristas cortas de las almenas y las más largas de los tejados se recortaban con una claridad que no podía llamarse luz, pero que bastaba para distinguirlas de la masa de tinieblas que insinuaba, sin revelarlos del todo, los recovecos y la masa del edificio. Su resentimiento contra la casa volvió a desvanecerse, ahora que se había hecho parte del aire nocturno que le refrescaba y que era una cosa que podía entender. Miró a Sebastian con más aprecio, y con menos complicación, por haberle subido hasta allá. Pero ardientemente habría deseado no tener allí a Viola.

Estaban sobre una azotea plana, pero Sebastian le invitó con un gesto a trepar; él ya estaba saltando a la vertiente del tejado como un joven felino. Anquetil le siguió. Le gustaba que Sebastian no pensara en los veintitantos años que separaban sus edades. Le gustaba esta aventura del tejado, con las posibilidades que encerraba un paso en falso. Le gustaba el espíritu infantil de

Sebastian libre de su madre. Conque allá subieron los dos, no queriendo Anquetil reconocerse menos ágil que el chico ni menos práctico en esa clase de ejercicio, porque la personalidad de Sebastian de tal modo le había inspirado ideas románticas que ahora sentía que como navegante y aventurero se esperaba de él una agilidad adquirida entre las jarcias. Fue escalando tejados, gateando para subir y deslizándose para bajar, bajo la guía de alguien que conocía íntimamente la intrincada geografía de la casa, hasta que perdió todo sentido de la orientación entre las chimeneas, las almenas y los aguilones, y hubiera sido incapaz de volver a bajar si Sebastian desapareciese dejándole allá arriba hasta el amanecer. Ni una sola vez volvió la vista Sebastian para ver si aún le seguía su acompañante; trepaba, saltaba, corría como poseído por un genio, o como el que quiere poner a prueba a otro hombre, travieso, implacable y burlón. A Anquetil le costaba trabajo no quedarse atrás, pero antes se habría roto el espinazo que dar una voz. Era un duelo entre ellos; de simple juego se había convertido en cuestión de honor. ¿O era una huida y una persecución? Porque en aquellos momentos, bajo las estrellas, en la cabeza de Anquetil se agolpaban las ideas más fantásticas. ¿Estaba Sebastian huyendo de él, consciente de alguna conspiración? ¿Había tomado por aliada a la casa, y se servía del laberinto de sus tejados como protección frente a su perseguidor? Y, como si Anquetil hubiera expresado en alto sus pensamientos, Sebastian se volvió de pronto para gritarle: «Aún no me ha alcanzado».

Era invisible en la oscuridad, pero un instante después apareció, sentado a horcajadas sobre un largo caballete, saludando alegremente con la mano desde allá arriba. Ante ese desafío, Anquetil subió, ayudándose con las dos manos, trepando a gatas por las inclinadas tejas. Con cuidado se montó en el caballete y empezó a avanzar, pero Sebastian, entre sonoras risas, se apartó de él, incitándole a seguir. La determinación de salir triunfante se adueñó entonces de Anquetil; sentía que algo de extraordinaria importancia dependía de ello. Pero Sebastian, viéndose alcanzado, se alzó en pie, se tambaleó un instante sobre el fondo de estrellas, y Anquetil, horrorizado, le vio caer.

Le atrapó, aunque nunca supo cómo. Le atrapó y le sujetó, suspendido sobre el pozo negro del patio de abajo.

—Bueno —dijo, mirando al rostro vuelto del muchacho—; ahora, por lo menos, te tengo a mi merced. ¿Qué pasaría si te soltara?

—Que me estamparía, sencillamente —dijo Sebastian—; súbame. ¿Cuánto tiempo me va a tener colgando?

—Eso depende —dijo Anquetil, afianzándose mejor. Tenía agarrado a Sebastian por ambas muñecas—. Tú, mi joven amigo, ya te has divertido conmigo; ahora creo que me toca a mí. Permíteme que te diga que tienes un aspecto muy risible, ahí despatarrado sobre las tejas de tu hogar ancestral. La soberbia ha sufrido una caída, que a punto ha estado de ser un batacazo. Pero se te ve muy tranquilo. Veo que el patricio es capaz de enfrentarse a la muerte con dignidad..., aunque sea una muerte ridícula. Te felicito.

—Es usted un tipo bien raro —dijo Sebastian.

—¿Te parezco raro? Te aseguro que igual de raro me pareces tú a mí. Hay varias cosas que quisiera decirte. ¿Hablamos?

—¿Así? —dijo Sebastian.

—No, así no —dijo Anquetil, y tiro de él, de modo que quedaron sentados frente a frente—. Pero nos quedaremos aquí, si no te molesta. Al fin y al cabo, date cuenta: el azar de tu nacimiento te ha dado muchísimas ventajas sobre mí, así que es justo que yo aproveche al máximo la única ocasión en que probablemente vamos a estar de igual a igual. Tu seguridad personal queda garantizada, y mi vanidad personal queda satisfecha. No te aburrirás. Te voy a entretener con algunos comentarios sobre tu vida y la mía.

—Evidentemente, es usted un bromista —dijo Sebastian—, pero me gusta su sentido del humor. Hable todo lo que quiera.

—Yo soy un hombre del pueblo —dijo Anquetil—. Mi padre tenía un barco de pesca en un pueblecito del Devonshire. Yo quise ser marino, pero en vez de eso me enviaron a la escuela, y tuve la sensatez de no escaparme. Soy, ya ves, eminentemente sensato y práctico. Trabajé mucho; era listo; conseguí una beca; acabé yendo a Oxford. Todo el tiempo seguía pensando en embarcarme, pero fui lo bastante paciente para esperar y lo bastante astuto para no subestimar el valor de la educación. Cuando salí de Oxford conocí a un hombre que preparaba una expedición a Siberia; me pidió que fuese con él. Íbamos a buscar mamuts. Encontramos mamuts fósiles a orillas de ríos helados, y por los restos de comida que todavía tenían entre los dientes pudimos averiguar algunas cosas interesantes sobre su régimen alimenticio. Estuvimos en eso año y medio; y, como nuestras investigaciones tuvieron cierto éxito, desde entonces nunca me ha faltado

trabajo. Tú ya sabes bastante acerca de mis diversas empresas, así que no hay necesidad de que ahora te las relate. Únicamente quería subrayar la diferencia que hay entre nuestras vidas.

—Un momento —dijo Sebastian—. Yo estoy ahora en Oxford. Estoy donde usted estaba hace veintitantos años. ¿Cómo sabe lo que va a ser mi vida cuando termine?

Anquetil se echó a reír.

—Hijo mío, tu vida está programada desde el día en que naciste. Fuiste a una escuela preparatoria; fuiste a Eton; ahora estás en Oxford; entrarás en la Guardia Real; tendrás varios amoríos, casi todos con casadas del gran mundo; frecuentarás las casas opulentas de la alta sociedad; participarás en el ceremonial de la corte; vestirás un uniforme blanco y rojo, y estarás muy guapo con él; serás adulado y perseguido por todas las madres de Londres; al cabo te comprometerás con una señorita conveniente; te casarás con ella en la capilla de aquí, y oficiará el obispo de la diócesis; engendrarás un heredero y varios niños más, dignos de ser retratados por Hoppner; después tomarás la costumbre de ser infiel a tu mujer, y ella a ti; los dos lo sabréis y los dos, por educación y por la fuerza de la civilización, acordaréis tácitamente desconocer vuestras mutuas infidelidades; pronunciarás algún que otro discurso en la Cámara de los Lores; te concederán la Jarretera; enviarás a tus hijos varones a una escuela preparatoria, Eton, Oxford y la Guardia Real; después de cenar hablarás sobre el socialismo y el desarrollo de la democracia; tendrás preocupaciones, pero no aflicciones serias; el doce de agosto te irás al norte a cazar el lagópodo, el uno de octubre cazarás faisanes; saldrás fotografiado en la prensa ilustrada, apoyado en una horquilla, con dos perros y un cargador; celebrarás tus bodas de oro; portarás una espuela o un casco en la siguiente coronación; empezarás a preguntarte si tu hijo (de cincuenta y un años de edad) querrá que te mueras; le darás gusto muriéndote por fin, y tu ataúd será llevado al mausoleo de la familia sobre un carretón, acompañado de un cortejo de tus empleados y colonos. Y durante todos esos años, jamás escaparás de Chevron.

—Es que yo no quiero escapar de Chevron —dijo Sebastian.

—No —dijo Anquetil, variando un poco de postura—, tú no quieres escapar de Chevron. Crees que le tienes cariño, que le sirves con contento y alegría, pero en realidad eres su víctima. Un lugar como Chevron es, en realidad, un déspota

de los más siniestros: de los que ocultan su tiranía tras una máscara de amor. ¿Te gustaría saber lo que piensa un hombre como yo de un sitio como Chevron? Me fascina, me horroriza y me escandaliza. Recuerda que yo vengo de una casa humilde, y desde que tengo uso de razón estoy acostumbrado a ver familias que viven pobremente y hacinadas. Pero no es el contraste lo que me escandaliza. No es el hecho de que tú tengas cincuenta criados a sueldo y puedas elegir tu dormitorio entre trescientas o cuatrocientas habitaciones, cuando en otras partes hay padres e hijos durmiendo juntos en una cama. No. Es el efecto de eso sobre ti. A ti no se te permite ser un agente libre. Tu vida está programada desde el primer día. Te voy a dar el beneficio de la duda. Voy a conceder que probablemente cumplas con tus deberes según tu recto entender, que seas amigo de tus colonos, mandes con justicia sobre tus servidores, presidas asambleas, te ganes el respeto de tus iguales (todo esto una vez que hayas dejado de ser un joven botarate), pero estarás muerto, serás una imagen disecada.

—Es usted muy elocuente —dijo Sebastian—, y su sarcasmo me inquieta, pero ¿está en lo cierto? Qué duda cabe de que se podría llevar una vida peor.

—Además —prosiguió Anquetil, haciendo oídos sordos—, existe otro peligro del que difícilmente vas a poder escapar. El peso del pasado. No sólo estimarás los objetos materiales porque sean viejos (no soy tan superficial como para reprocharte una debilidad tan inofensiva); sino que, y esto sí que es dañino, venerarás ciertas ideas e instituciones porque llevan mucho tiempo existiendo; tanto como para que te parezcan absolutas e inalterables. Eso es una verdadera atrofia del alma. Heredas tu código ya hecho. Esa figura de museo de cera llamada *El Caballero* estará continuamente haciéndote visajes. Así, no podrás nunca olvidar las buenas maneras, pero sí destrozar un corazón, y creerte más bien importante por eso. No podrás defraudar a los demás, pero te defraudarás a ti mismo, y jamás harás pedazos tus convencionalismos. No dirás nunca mentiras (mentiras evitables), pero siempre le tendrás miedo a la verdad. No te preguntarás nunca por qué sigues determinada conducta; la seguirás porque es lo que hay que hacer. Y de todo eso tiene la culpa el pasado: la herencia, la tradición, la educación; tu nodriza, tu padre, tu preceptor, tu colegio, Chevron, tus antepasados, todo. Estás condenado, mi pobre Sebastian; no hay quien te salve. Aunque intentaras desatarte, sería en vano. Tus peores excesos encajarán en algún casillero. La cómoda expresión «locuras de juventud» te cubrirá de los

veinte años a los treinta. La cómoda palabra «excéntrico» te cubrirá de los treinta hasta la muerte. «Un noble excéntrico.» Eso es lo más a que puedes aspirar. Pero, aunque cabecees en tu órbita, escapar de ella no podrás nunca.

—Ni pueden los planetas —dijo Sebastian, alzando la vista a Júpiter.

—Otra analogía engañosa —dijo Anquetil, mirando también a Júpiter—; el firmamento tiene a su favor la magnitud y posiblemente la organización, pero la humanidad, aunque sea insignificante, tiene la independencia y una osadía innegable. A mí me gusta la humanidad. Yo prefiero un astrónomo pequeño y osado antes que una estrella grande y decorosa. Pero nos estamos alejando de ti y de Chevron y vuestro pasado común; más de lo que tú te vas a alejar en la vida. Tú no saltarás nunca hasta un planeta; ni más allá de los límites de tu parque. Estás cercado: cercado con tablones de roble cortados de árboles varias veces centenarios.

—Otra analogía engañosa —dijo Sebastian—; no hace usted más que perderse en un torrente de palabras.

—Ah, pero recuerda —dijo Anquetil— que me han trastornado la cabeza. No sólo te retengo aquí en esta situación tan peculiar, sino que he sido invitado por tu madre a un ambiente bien pensado para trastornarme la cabeza. Piensa en mi pasado. Procedo de una casa de las más humildes; mi cena dependía de la captura de unos cuantos arenques miserables; muchas veces no sabía si mi padre se había ahogado o seguía vivo; mi inteligencia era mi única fortuna; cuando ahora, de vez en cuando, vuelvo a mi casa, tengo que reajustar mis ideas, incluso mi manera de hablar, hasta que ya casi no sé quién soy ni cuál es mi sitio. Pero el fin de semana que he pasado en Chevron me ha enseñado una cosa: que mi sitio no es éste. No tengo reparo en reconocer ante ti que estos dos días me han alterado como no podía imaginar. He percibido una cierta belleza donde sólo esperaba encontrar una farsa. Ha habido momentos, incluso, en los que he estado aturdido y acobardado, e inclinado a repudiar mis convicciones más ardientes. Tu Chevron me sosegaba y me hechizaba. Tú mismo eras algo nuevo en mi experiencia. Tú y tu Chevron erais distintos de tu madre y su mundo; teníais otra cualidad distinta. Trato de ser abierto, como ves; reconozco esa pequeña cualidad particular que es tu especialidad. La exhalas como un aroma. No supongo que sea privativa de tu personalidad. Me figuro que la reconocería en muchos jóvenes de tu clase. No te gusta oírme decir esto —continuó Anquetil—;

te resulta incómodo, me crees clasista. Ése es uno de tus tabúes, no mencionar nunca la clase; estoy pecando contra tus buenas maneras. No me importa. Es mi momento y lo aprovecho; y en lo que a ti respecta, tienes que aguantar oír la verdad, aunque sólo sea una vez en la vida. Además, no te estoy ofendiendo. Estoy diciendo que percibo el encanto de un hombre joven como tú, dueño de una gran hacienda, desenvuelto, lleno de finura, con siglos de antepasados finos y desenvueltos a sus espaldas. Me produces una impresión muy fuerte, a mí, que creía estar de vuelta de esa clase de impresiones; tan fuerte que hubo un instante durante la cena en que nos imaginé a ti y a mí en los papeles que tu personalidad (;de la manera más inconsciente, claro!) estaba creando para los dos. Te vi como el mecenas y me vi a mí como el parásito. Tú, por supuesto, no tienes conciencia del efecto que produces; tú no tienes conciencia de tus propias presunciones; eso forma parte del encanto, pero también ahí está tu peligro. Siendo un hombre como eres, de altas miras, distinguido e insolente, nunca se te ha metido ningún desasosiego como un piojo entre la piel y la camisa. Recuerda siempre, para mi honra, que yo hice todo lo posible por metértelo.

—Muy bien, ¿y qué quiere que haga con él? —dijo al cabo Sebastian.

Anquetil le estudió. A los ojos de Sebastian, acostumbrados ya a la oscuridad, se aparecía casi diabólico, con aquellos dos tufos de pelo negro y rizado saliéndole a los lados de la cara, y aquella cicatriz que le corría desde la boca hasta la oreja. Sabía, sin embargo, que Anquetil le gustaba más que ninguna persona de cuantas había conocido en toda su vida.

—¿Qué quiere que haga con él? —repitió.

—Vente conmigo —dijo Anquetil—. Embarco la semana que viene, y es posible que no vuelva a Inglaterra hasta dentro de un par de años o más. Vente con nosotros y olvídate de quién eres, olvídate de Chevron, olvídate de tus carpinteros y tus herreros, olvídate de la sociedad, olvídate de tu seguridad, olvídate de todo el tinglado. Conoce otro punto de vista. Aquí tienes la ocasión. Mira, estás colgando sobre una sima. Ahí abajo, te mueres; pero aquí arriba, a mi lado, respiras y vives. ¿Qué eliges?

—¿Quiere decir que me tirará abajo si me niego? —preguntó Sebastian. No estaba asustado, sino interesado; pensaba que Anquetil, en aquel estado de exaltación, era capaz de cualquier cosa.

—No, no —dijo Anquetil desdeñosamente—, no te voy a tirar abajo. No

cometería un asesinato en aras de una alegoría. Pero metafóricamente te caerás si te niegas. Yo miraré hacia abajo, y veré una motita negra bajar dando vueltas y vueltas hasta desaparecer en una negrura mayor, y será que el espíritu libre de Sebastian se ha esfumado para siempre. Luego, un cuerpo que será una cáscara vacía me volverá a guiar amablemente por el laberinto de estos tejados.

—Y usted me despreciará.

Anquetil no respondió.

—No puedo —dijo Sebastian desesperadamente, tras una larga pausa—. ¿Por qué no me dijo todo eso ayer? Entonces podría haberle hecho caso; hoy no puedo. No hace usted más que atormentarme, y para nada. Es demasiado tarde.

—Ah, ¿sí? —dijo Anquetil—. Entonces estaba yo en lo cierto. Te ha ocurrido algo; llevo todo el día notándolo. Supongo que te imaginarás que te has enamorado.

—Sí me he enamorado —dijo Sebastian con acritud.

Anquetil se echó a reír.

—¡Qué anticlímax! Pobre hijo mío, es evidente que tienes maestría para lo vulgar. Veo que estaba equivocado contigo. Olvida todo lo que he dicho. —Seguían allí sentados, hostiles, absurdos, frente a frente—. He sido verdaderamente desafortunado —dijo Anquetil— en llegar con veinticuatro horas de retraso. Pero puesto que me dices que ayer podrías haberme hecho caso, no puedo por menos de pensar que ese cataclismo te alcanzó a última hora de la noche de ayer. ¿Qué ocurrió? ¿Alguna hermosa dama se presentó en tu dormitorio? ¿Acaso...?

—¡Cállese! —gritó Sebastian—. No se lo permito.

—Por supuesto que no —dijo Anquetil—; olvidaba que eres un caballero. Me excuso; ya lo ves, yo no soy más que un hombre corriente, y más bien me arrepiento de haber estado poniéndome en evidencia como he estado haciendo en esta hora. Pero mira cómo una de mis profecías sobre ti ya se ha cumplido: te dije que tendrías una serie de amoríos con casadas del gran mundo. Ya estás en los inicios de uno, según parece; ¿quizá el primero? Espero que lo disfrutes. Espero que tardes mucho tiempo en descubrir la espantosa uniformidad de todas esas aventuras. Espero...

—¿Bajamos ya? —dijo Sebastian con una voz de hielo.

—Desde luego —dijo Anquetil al instante—; bajemos.

III

Sylvia

Anquetil se fue de Inglaterra y no se volvió a saber de él, pero se fue sin la compañía de Sebastian. Su imagen se desvaneció muy deprisa de la memoria de Lucy, ya fuera como causa de fastidio o de pesar. Por otra parte, empezó a notar un cambio en su hijo, y, cuando un día le preguntó con cariño qué le había ocurrido, él le contestó que podía atribuir lo que quisiera a Leonard Anquetil. Lucy se quedó sorprendida ante esto, y no convencida, porque ella habría supuesto que la influencia de Anquetil, de haberla, obrase en otra dirección totalmente distinta. Le habría gustado que Sebastian no fuera siempre tan poco comunicativo. Ella, que se deleitaba en las confidencias, no podía nunca dar gusto a esa afición con su hijo, probablemente el único ser del mundo que le imponía cierto respeto, porque no era persona que admitiera muchas preguntas, y de hecho sabía ella muy bien que era perder el tiempo hacerle preguntas que desde el primer momento él no pensaba contestar. Además, cada día era más severo y más dominante, y organizaba su vida como se le antojaba, sin buscar consejo ni alentar la intervención de los demás. Lucy suspiraba, pero había una cosa que mitigaba mucho su disgusto, y era que su hijo estaba evolucionando exactamente según sus deseos. Para la forma de pensar de su madre, se estaba haciendo un hijo ejemplar, y su conducta era talmente la que correspondía a un joven de su posición. Hacía amistad con los jóvenes con quienes debía hacerla, les invitaba a Chevron, y así ellos conocían a Viola; frecuentaba los bailes de Londres y bailaba con las debutantes con quienes debía bailar, coqueteaba con las casadas jóvenes con quienes debía coquetear; organizaba fiestas él, en

Chevron y fuera de Chevron —¿no había alquilado un vapor de línea y pasado un turbulento fin de semana con cuarenta amigos, navegando por el río de Londres a Gravesend y de Gravesend a Londres, mientras la orquesta asombraba con sus acordes a las multitudes de las orillas?—; se compró el automóvil más veloz del mercado y lo conducía él mismo, gastaba dinero a manos llenas, era pintoresco, extravagante, alocado. Pero también era cauto, y no mostraba la menor inclinación a casarse, aunque todas las madres de Londres hacían lo posible por atraparlo. Por fin apareció un día en Chevron diciendo que le habían echado de Oxford, que no tenía intenciones de volver y que se proponía ingresar lo antes posible en la Caballería Real.

Para sus adentros, Lucy pensaba que Leonard Anquetil era menos culpable que Sylvia Roehampton. No podía imaginarse a Anquetil —«ese hombre tan tosco, hijo mío»— alentando a Sebastian en su presente carrera de disipación. Las relaciones de Sebastian con lady Roehampton eran notorias, por supuesto. En todas partes se la veía con él, y, aunque según algunos era una lástima, Lucy no estaba enteramente de acuerdo con esa opinión; Sylvia le enseñaría al chico muchas cosas, y entretanto le tenía alejado de otros líos menos deseables; además, por intermedio de Sylvia podía Lucy dejar caer al oído de Sebastian sugerencias que ciertamente no le habría podido hacer por otro sistema más directo. Sylvia, soberbia y triunfante, era admirablemente manejable, aunque a veces molestara a Lucy con su aire de superior intimidad. (La pasión de Lucy por su hijo, que probablemente era lo más estimable de su persona, no podía por menos de llevar aparejada una cierta dosis de celos.) Muchos y largos coloquios tuvo Lucy con Sylvia, porque ésta, aunque no aportara gran cosa aparte de un «¡Ah!» o un «Desde luego», gustosamente le dejaba hablar mientras ella, recostada en un sofá, cosía una labor interminable que ponía bien de manifiesto la gracia de sus manos pequeñas, blancas, exquisitas. Eran unas manos diminutas, que al cogerlas se plegaban, blandas y sin hueso como las de un gatito. Lucy, que hasta entonces apenas se había fijado en ellas, ahora las miraba a menudo, y pensaba, con una curiosa y complicada punzada de dolor, cuánto debía quererlas Sebastian. Ella, que por regla general no apreciaba de las mujeres más que su ropa, en esa época aprendió a valorar a Sylvia con mucha precisión. Miraba a la otra mujer ayudándose de toda su propia experiencia femenina. Siempre había pensado que Sylvia, la hermosa Sylvia, era algo así

como una rosa llamativa, suelta, generosa, cautivadora; ahora veía en ella una opulencia añadida, como si la rosa estuviera desplegando toda su magnificencia antes de que sus pétalos revolotearan finalmente hasta el suelo. Había un color en sus mejillas, una luz en sus ojos, una blandura en su boca, que hasta Lucy tenía que atribuir a alguna influencia operante desde dentro. Entonces, inmediatamente, empezó a hacerse cábalas. ¿Estaría Sylvia realmente enamorada de Sebastian, o aquello no era más que un último florecer de su vanidad? ¡Imposible decidirlo! Y ni que decir tiene que entre las dos amigas no se hizo nunca ninguna alusión a lo que realmente había entre Sebastian y Sylvia. «Qué amable eres con mi chico», decía Lucy, haciendo de madre agradecida; «es una gran bondad por tu parte, querida Sylvia, molestarte por un muchacho que podría ser tu hijo; tan salvaje y destemplado, además; tan incivilizado. Yo no sé nunca por dónde va a salir. No parece tener el menor seso. No sé cómo George no protesta por tenerle continuamente en vuestra casa. Mándamelo si da mucho la lata.»

Pero no estaba disgustada, sino complacida. Era enteramente *de rigueur* que un joven iniciara sus andanzas con un idilio con una mujer mayor, y al optar por Sylvia Sebastian había demostrado que sabía escoger. Lucy respetaba el instinto que va derechamente a lo mejor. No le afligía en absoluto que se exhibieran juntos como lo hacían, porque lo veía con el mayor cinismo: Sebastian *affiché* con la mujer más bella de Londres, Sylvia *affichée* con el joven más gallardo y codiciable. Hasta donde llegaba su sentido estético, aquella asociación lo gratificaba. No debía prolongarse demasiado, naturalmente. Una cosa es un aprendizaje y otra una carrera. Entretanto, veía con satisfacción que Sebastian se broncease al sol del veranillo de Sylvia.

Sobre Sylvia, su querida amiga, no sentía la menor preocupación. Tenía suficiente experiencia y sabía cuidarse. De todos modos, cavilaba. ¿Estaba sólo pasando el rato con el chico, o estaba realmente enamorada de él? En cualquier caso, por muy enamorada que estuviese, tratándose de Sylvia se podía confiar en que no hubiera consecuencias desagradables. Suponiendo que George, por ejemplo, abriera de repente los ojos que durante todos aquellos años había tenido tan oportunamente cerrados, y pusiera el grito en el cielo, como seguramente lo pondría, ¿qué haría Sylvia entonces? El conocimiento que Lucy tenía de su amiga y de su mundo daba la respuesta inmediata: evitar el escándalo. El código

era inflexible. Dentro del círculo cerrado de su mundillo, cada cual podía hacer lo que gustase, pero no se podía dar escándalo ante los no iniciados. Se podía hacer caso omiso de la moral, pero las apariencias había que respetarlas. Sylvia conocía esa ley consuetudinaria, y siempre la había acatado. Lucy no tenía motivos para inquietarse, aunque quizá habría sentido un temblor si hubiera sabido con cuánta pasión se había enamorado Sylvia de Sebastian.

La forma en que Lucy había descubierto la chifladura de su hijo merece quizá ser anotada y comentada.

Las casas como Chevron tienen no sólo sus tradiciones, sino también sus pequeñas costumbres. Las pasas y las almendras aparecen en Adviento, cuando los últimos racimos de uvas blancas amarillean como la piel de una vieja y dejan de ser decorativos, aunque sigan siendo comestibles; las pasas y las almendras, junto con las naranjas y los plátanos, son típicos de la estación invernal, cuando se acaban los productos de la tierra a excepción de la humilde manzana; pero hay ciertas frutas importadas que perduran todo el año, en cualquier estación. Una de esas extranjeras es la ciruela francesa. Negra y lustrosa, en Inglaterra se la llama *plum* siempre que venga metida en un tarro con etiqueta de J. & C. Clark de Burdeos, esto es, en su forma más cara y lujosa; en las casas más modestas se compra al peso en la tienda de comestibles, se cuece, se sirve con flan y se la llama *prune*, de la misma manera que el cordero cambia de nombre una vez muerto, o que la viuda fallecida de un *baronet*, en la columna titulada «Últimas voluntades», recibe el nombre de *dame*. Así que las personas sensibles a esos matices no deben pasar por alto la distinción entre la ciruela francesa y la ciruela cocida. Las ciruelas francesas, decíamos, eran un acompañamiento constante de la mesa de Chevron, pero las ciruelas cocidas no lo eran jamás. Las ciruelas francesas aparecían asiduamente, dentro de su rechoncho tarrito con etiqueta de J. & C. Clark de Burdeos, y a Viola, que las aborrecía, se le había mandado comerlas desde la infancia —«Te convienen mucho, cariño; anda, cómete otra por mamá»—; pero, por esas ironías de la vida, Sebastian, cuyo cutis preocupaba menos, siempre las había consumido en grandes cantidades por su propia voluntad. Se comentaba, en efecto, que alguna vez despachó un tarro de una sentada, y que los huesos colocados en el plato a modo de orla le daban para recitar varias veces el «Calderero, marinero...».* ¿Qué más natural, pues, sino que su madre advirtiese que ahora no comía nunca más de cuatro, o que, si se le

insistía, todo lo más llevaba la cifra a nueve? Más de una vez le puso a prueba, cenando a solas con él y con Viola en Chevron: siempre cuatro huesos, o nueve. «¿Este año, al otro, ahora o nunca?», le decía guasona; eso explicaba el cuatro, pero no el nueve. Hasta que se le hizo la luz: *Elle m'aime, un peu, beaucoup, passionnément*; y vio la aritmética que de ahí conducía al *pas du tout*. Y a partir de ahí, ¿cómo no atar cabos? El secreto de Sebastian era suyo.

También era propiedad de los criados de Chevron. Correctos, distantes, reservados, no era de suponer que no tuvieran ojos en la cara, y cabe también imaginar que tuvieran sus opiniones sobre el tema. En realidad, ese extraño mundo doméstico entre bastidores, no por tajantemente segregado menos íntimamente interesado, había quedado sumido en el desconcierto al observar la nueva complicación de los asuntos de su señor. Los criados de más alto rango, que se tenían por guardianes discretos de la casa y la familia, fueron quienes más sufrieron por esa confusión de sus sentimientos, porque en su consideración del asunto entraban en juego dos sistemas de opinión, cada uno en sí completo, pero contrapuestos: uno aprendido en la juventud, en un hogar decentemente respetuoso de las virtudes morales, el otro adquirido en años de experiencia en un ambiente en el que concederse todos los gustos era ley natural. ¿Qué era su propia existencia sino un largo servicio a esos gustos? En los dormitorios de toda la baja servidumbre había colgadas unas tarjetas impresas con una lista y horario de obligaciones. Había que cortar y acarrear la leña, poner botellas de agua caliente en las camas, llenar los tinteros, preparar las bandejas del desayuno, subir o bajar las persianas; las doncellas sorprendidas en sus tareas debían desvanecerse sin hacer ruido, los chicos de recados tenían prohibido silbar. Vigeon debía vestir en el campo igual que en Londres, en ninguna parte se podía hacer ningún ruido, no fuera a ser que llegara hasta la señora duquesa y la molestara: todo ese largo código se transmitía de unos a otros, y su observancia era absolutamente inexcusable. En una palabra, había que hacerles la vida lo más agradable posible a los grandes y pudientes. Sus placeres entraban bajo la misma rúbrica; tradicionalmente, desde hacía cientos de años, los señores de Chevron habían tenido sus amantes, y la encantadora cohorte de los fantasmas de aquellas damas poblaba los corredores e insinuaba sus sugerencias a oídos bien dispuestos a escucharlas. Si el quinto duque había protagonizado un escándalo en tiempos de la reina Ana, ¿por qué ahora no iba a hacer lo propio su señoría, si

tenía ese capricho? Así pensaba con aplomo la señora Wickenden; y trataba de ahogar la vocecita que le decía que no era ésa precisamente la enseñanza aprendida en las rodillas de su madre. Su madre había dado a entender que las señoras casadas bajaban los ojos en presencia de otros señores que no fueran sus maridos, y que los hombres jóvenes reservaban sus atenciones para las señoritas con las que querían casarse; y, aunque toda una vida de experiencia le había enseñado a la señora Wickenden que eran muy otros los principios vigentes en la sociedad a la que tenía el privilegio de servir, su primera educación conservaba aún la suficiente fuerza para arrancarle un suspiro de vez en cuando. Lady Roehampton era una gran beldad, desde luego, y ya se sabe cómo son los hombres jóvenes, se decía la señora Wickenden, que jamás en su vida había estado a menos de tres metros de un hombre joven; de todos modos, cuánto mejor habría sido que su señoría hubiera puesto los ojos en una señorita como es debido, y así les cabría a todos la ilusión de esperar una boda en la capilla y, andando el tiempo —aunque era muy refinada la señora Wickenden para decir esas cosas—, que volviera a haber una *nursery* en Chevron.

Más o menos en ese sentido se desahogó la señora Wickenden ante su cuñada, la esposa de Wickenden el carpintero, que había ido a tomar el té con ella. En tiempos fue dispensera de Chevron, y ahora era la única amiga y confidente de la señora Wickenden. Juntas, mientras removían el té, las dos señoras discutían los asuntos de Chevron de arriba abajo, del derecho y del revés. Porque la señora Wickenden no podía hacer amistades dentro de la casa. Las doncellas, incluso la jefa de doncellas, estaban por debajo de su nivel; no había cocinera sino *chef*, y en cualquier caso «los de las cocinas» eran tan lejanos como los hotentotes; con la señorita Wace mantenía una hostilidad reconocida pero incómoda, demasiado complicada en sus orígenes y ramificaciones como para que aquí la detallemos; Button le parecía descarada y poco de fiar; con la señora Vigeon estaba en guerra; a las doncellas visitantes no se les podía hacer confidencias íntimas, ni siquiera a su comadre la señorita Hull, porque no formaban parte de Chevron, y la señora Wickenden tenía un sentido del círculo cerrado tan firme o más que el de la señora duquesa; su cuñada, en cambio, reunía las condiciones ideales. Aunque ya no fuera de la casa, lo había sido, y conocía al dedillo su funcionamiento; además, era aliada por matrimonio, y seguía todos los acontecimientos, grandes y pequeños, con un interés leal y

apasionado; su discreción hacia el mundo exterior, en fin, estaba garantizada. Únicamente dejaba ver que ningún secreto de Chevron le estaba oculto; pero más allá de eso no pasaba nunca. De ahí que la señora Wickenden le dijese cosas que casi ni se permitía pensar en la intimidad de su propia alcoba.

Era muy agradable tomar el té en el cuarto del ama de llaves. Era un buen té: bollos, *plumcake*, bizcocho al Madeira y mermelada de varias clases, todo ello servido y convenientemente dispuesto por una doncella eficiente de las de menos categoría. (La señora Wickenden era mucho más altanera y exigente con la doncella asignada a su servicio de lo que jamás osara ser Lucy con la señora Wickenden.) Martha Wickenden disfrutaba grandemente con el té semanal al que la invitaba su gloriosa cuñada; no sólo le encantaba el *plumcake*, sino que le gustaba sentirse asociada a las maneras imperiosas con que el ama de llaves hacía sonar la campanilla, decía: «Trae más carbón», volvía a hacerla sonar para pedir más agua caliente, y por último la hacía sonar para mandar correr las cortinas. Le gustaba recostarse cómodamente en el sofá y mirar las fotografías enmarcadas: Lucy en traje de novia; el finado duque con el manto de la Jarretera; un grupo de la familia real con el rey en el centro, tocado con sombrero de fieltro, y Lucy sentada a su lado; Sebastian de pequeño; Sebastian y Viola de pequeños, riéndose en un tobogán rodeado de nieve; Sebastian ahora, de uniforme. El ama de llaves no se recostaba nunca. Se sentaba muy tiesa y estirada, cerrándose el chal sobre los hombros, porque siempre tenía frío: era un gesto suyo característico, que interrumpía su constante meter y sacar el ganchillo en una labor de encaje que se alargaba con increíble rapidez. A veces tenía «uno de mis dolores de cabeza» —porque así era como siempre aludía a ellos, precedidos del pronombre posesivo y casi afectuoso—, y entonces suspendía las lanzadas del ganchillo para restregarse la frente con una barrita de mentol que vivía en su cestillo de costura, metida a rosca en un tubo de madera amarilla. La señora Wickenden no permitía que esas distracciones cortaran el hilo de la conversación: seguía hablando con aquella voz baja, pausada y dolorida, que parecía no tener otra función que el lamento. Oyéndola cualquiera habría pensado que hasta la propia belleza de Chevron estaba teñida de una tristeza mortal, y que Sebastian y Viola estaban condenados a la tragedia desde la cuna. Sebastian era su predilecto. De Viola hablaba, cómo no, con el debido respeto, pero también con una ligera reserva; porque para sí la tenía por altanera. ¡Pero

Sebastian! Cuántas veces había entrado de puntillas en la habitación del niño, a pesar de las miradas torvas del aya, cuando un resfriado le retenía en la cama, y había estado las horas muertas entreteniéndole, haciéndole muñecos con huesos de la suerte, cabezas de lacre y capas de franela gris. Siempre había estado convencida de que no llegaría a mayor, y aun ahora mantenía que no duraría mucho en este mundo. En más de una ocasión la esposa del carpintero, que era más recia de temperamento (y que, además, estaba tomándose el té con mucho gusto), la había atajado con palabras de protesta: «Pues yo te digo, Jane, que no he conocido un señorito más sano que el señor duque»; pero a Jane le daba igual. «Eso será lo que a ti te parece, Martha», replicaba, «pero tú no le has oído toser en el cuarto de los niños como le he oído yo, un invierno tras otro, que daba pena; y entre las corrientes que hay por estos pasillos, y el frío que dan esos suelos de piedra; pero claro, antiguamente no se pensaba en esas cosas; y ahora, con esa vida disipada», añadía oscuramente, y Martha fruncía los labios y meneaba la cabeza al tiempo que removía el té, porque sabía a qué venía la alusión. Era el preludio al momento más sabroso de toda la tarde. Significaba que Jane, con muchos y sonoros suspiros, iba a embarcarse en el tema de la chifladura de su señoría.

Lady Roehampton no era una mujer joven; pero todavía era hermosa, aunque a costa de ciertos trabajos. Esta cuestión de la belleza y la deseabilidad de la mujer madura no ha sido nunca lo bastante explotada por los novelistas. Es uno de los pequeños dramas de la vida; pero ¿quiénes somos nosotros para calificarlo de pequeño, cuando para las interesadas encierra todo el sentido de su existencia? Lady Roehampton, por ejemplo, ciertamente pensaba no conocer otras maneras de expresarse y creía no desear ninguna, aunque, como hemos de ver, iba a descubrir en sí una debilidad humana que chocaba incómodamente con su esquema; pero esa historia ya vendrá por sus pasos. Entretanto, lo único que nos interesa es la lady Roehampton que venía siendo una beldad profesional desde los dieciocho años, cortejada por algunos hombres a impulsos de una pasión sincera, y por otros a impulsos de un sincero esnobismo, la más sugestionable de las flaquezas humanas; la lady Roehampton asediada por multitudes en Rotten Row,* y que de pura saciedad había llegado a hastiarse de unas lisonjas que, a fuerza de oírlas, le resultaban tan naturales como la salida y la puesta del sol. Ahora estaba ya en la edad madura; y las lisonjas, aunque

seguían surgiendo automáticamente, tenían un matiz un poco distinto; las mujeres —las mujeres ingeniosas— decían: «Nadie diría que tu Margaret tiene ya dieciocho años»; y los hombres —los hombres ingeniosos— decían: «Ninguna de nuestras jóvenes bellas se puede comparar con usted»; y ella, sonriendo distraídamente, sentía una punzada de dolor. Aquel nuevo matiz de asombro que se había insinuado en las expresiones de admiración no era ni agradable ni halagador. Una cosa era ser admirada por ser tan guapa, y otra muy distinta ser admirada por seguir siéndolo. Ella no pertenecía a la clase de mujer que en la mitad de la vida puede cambiar de maneras y comenzar una nueva existencia; tenía su arte personal, pero ese arte en concreto estaba fuera de su alcance. Si hubiera muerto a los treinta años, la gente habría lamentado vivamente la tragedia; pero más habrían acertado lamentando la tragedia de que llegase a los cuarenta y dos años, la edad en que tan malamente se pilló los dedos en la trampa que había dispuesto para Sebastian.

Fue la última llamarada de la juventud que se iba, mezclada de dulces delirios y terrores desbocados. Hubo momentos, durante aquella temporada londinense de 1906, en que fue más feliz o más desgraciada que nunca. Parecía como si sus relaciones con Sebastian hubieran llegado a la cima de la perfección, hasta que, como cuando se asciende por terreno montuoso, otra cima se ofrecía a la vista y otra más allá, y aún no se vislumbraba el límite. Y todo aquello que más la deleitaba se le brindaba a la vez: el vistoso espectáculo de la temporada social, toda la agitada existencia londinense, las multitudes, el color, las calles calurosas por el día, las frescas balconadas por la noche, los salones llenos de flores y las floristas con sus cestos en las esquinas, las fiestas interminables que eran un hervidero de gente entrando y saliendo por las puertas, subiendo y bajando por las escaleras; la ostentación, el lujo, la riqueza, la elegancia que la halagaban y la complacían, y, como remate de todo, el saber que en todas partes encontraría a Sebastian, y que él estaría a su lado, vigilante, poseedor, guardando, por supuesto, un perfecto decoro, pero mirándola de tanto en tanto a los ojos con una mirada larga, cargada con todo el mensaje de su intimidad. No deseaba nada más. Intelectualmente, su cabeza era tan vacía como hermosa. Para Sylvia, como para la mayoría de sus conocidos, la vida de placer lo era todo; ni los libros, ni el arte, ni la música significaban nada para ella salvo en la medida en que como temas de conversación formaban parte del bagaje social. A veces

visitaba alguna exposición de pintura, y se la veía con frecuencia en su palco de la ópera; pero la atención que prestaba a los cuadros y a la música venía a ser la misma que concedía en Ascot a los caballos. Libros no leía ninguno, y entre sus amigos pocas veces se comentaban. Pudiera ser que se hablara de una biografía, sobre todo si era de alguien que hubieran conocido; pero no era difícil recoger alguna información de lo que hablaban los demás, y luego decir que, en tu opinión, Winston había exagerado un poco en su estimación de lord Randolph, o que realmente lady F. era demasiado aficionada al escándalo, y que se debería haber prohibido la publicación de sus memorias. Se podía leer sin demasiado esfuerzo la última novela de H.G. Wells. Pero para contar chismes, afortunadamente, no se requerían mayores dotes que una cierta agudeza para los asuntos humanos. Además, los chismes eran siempre del género más deleitable, porque no sólo se referían a personas conocidas muy de cerca, sino que daban ocasión de saborear el goce de pertenecer al reducidísimo círculo de los iniciados. El secretismo del mundillo particular de Sylvia, como justamente le recordara Lucy para su tranquilidad, era celosamente guardado. Según todas las apariencias, por ejemplo, los Templecombe se llevaban maravillosamente bien, pero no había nadie del mundillo que no supiera que lord Templecombe había encontrado una vez a Harry Tremaine en la alcoba de lady Templecombe, y durante veinte años no había dirigido la palabra a su esposa más que en público. Aquello había sido terrible, y todavía se recordaba como el peor escándalo de los años ochenta. Lord Templecombe perdió la cabeza por completo, y se comportó de una manera insólita: amenazó con el divorcio, y se decía que habría llevado a cabo sus amenazas de no haber sido por la intervención personal del príncipe de Gales. También las grandes damas de la época, aterradas —en particular lady L. y la duquesa de D., las dos dictadoras de la alta sociedad—, habían echado su cuarto a espadas: habían convocado a Templecombe cada una por separado, y en la penumbra de sus salones le habían hecho ver que, cualesquiera que fuesen sus sentimientos personales, no podía sacrificar a su clase con semejante revelación. «*Noblesse oblige*, querido Eadred», le habían dicho; «la gente como nosotros no pregona sus sentimientos; no se divorcia. Sólo las personas vulgares se divorcian.» Le habían manifestado sus condolencias; lo sentían mucho por él, pero tenían un deber que cumplir, y él también lo tenía. Él se inclinó ante ellas y lo cumplió. Los Templecombe siguieron juntos, y nadie del mundo exterior se

enteró de nada; qué vida privada llevasen, nadie se molestó en averiguarlo, mientras lady L. y la duquesa de D. quedaran satisfechas. Algo se habían relajado las normas desde aquellos severos tiempos, pero el código seguía en vigor; un único mandamiento era importante, y ese mandamiento era el undécimo. Análogamente, nadie ignoraba que cuando delante de cierta puerta estaba esperando un discreto *brougham* de un caballo no se debía tirar de la campanilla, porque la señora de la casa tenía otras ocupaciones. Para el que aceptaba esas cosas, y Sylvia las aceptaba de muy buen talante, era muy grato moverse a diario entre personas igualmente enteradas.

Una idea inoportuna le metieron en la cabeza: ¿qué pensaba Sebastian de todo aquello? Fue Julia Levison quien se la metió, porque además de ser una de las mejores amigas de Sylvia era también famosa por poseer las garras más afiladas de todo Londres. Sylvia se turbó, aunque no lo dejó ver. ¿Qué pensaría Sebastian? Hasta entonces no se había hecho esa pregunta. «¿Será posible», pensó, «que yo no sepa cómo es en realidad?»; y Sebastian, con su encanto, y su *chic*, y su desmesura, se le apareció de pronto como un ser absolutamente inescrutable. Recordó aquella forma que tenía de mirarla intensamente; ella siempre le había atribuido un significado a la medida de sus deseos; pero entonces le entró la duda. ¿Qué era lo que rumiaba Sebastian? ¿Alguna traición, alguna hostilidad? Recordó haber tenido con él pequeños tropiezos, en los que todas sus astucias se habían estrellado contra un muro de obstinación; y, para el credo de Sylvia, sólo un muchacho verdaderamente intratable oponía resistencia a los deseos de su querida. Por ejemplo, cada vez que Sebastian le decía con toda tranquilidad que iba a pasar unos días en Chevron, ella sabía por experiencia que tenía la batalla perdida de antemano; si Sebastian quería irse, se iba. Y Sylvia tenía que aceptarlo. Acordándose de esto, se consoló un tanto pensando en la perspicacia con que había adivinado su pasión por Chevron. «O sea, que en el fondo», pensó con el patetismo de una humildad desacostumbrada, «no debo de ser tan tonta». Pero su orgullo volvió a flaquear al reconocer que jamás conseguía hacerle hablar de Chevron. Y si eso se lo guardaba, ¿qué otras cosas no se guardaría?

Al cabo desechó sus inquietudes, porque eran de un género que no solía cultivar, y sólo habían surgido artificialmente, por obra de Julia Levison; las ideas que Sylvia se hacía de las personas eran más toscas y menos profundas. De

todos modos, se había visto obligada a pensar, lo que era una ocupación desusada en ella; se había visto obligada a fijarse. A partir de entonces, en todas las riñas de enamorados, por fácil y deliciosa que fuera la reconciliación, hubo un elemento lo bastante acerado para mantenerla en guardia, un elemento que aumentaba el atractivo de Sebastian a sus ojos y añadía un riesgo personal a la incertidumbre de aquellos días temerarios. Una vez que hubo reconocido para sí que Sebastian era un hombre insatisfecho y peligroso por temperamento, supo que, aun en los momentos en que le veía más entregado, no le tenía sujeto por una soga, sino por una hebra de algodón; y esa conciencia la estimulaba, a la par que la aterrorizaba. Ah, así es como hay que vivir, exclamaba, y se elevaba a tales alturas de excitación que sentía la urgencia de gritar y cantar; luego, despeñándose a los abismos, recordaba que cualquier día podía arrebatarse a Sebastian, como cualquier año podía borrar la belleza de su rostro.

Sólo una nube seguía ensombreciendo su cielo, y era el leve matiz de desaprobación con que la miraban las anfitrionas verdaderamente exigentes. Ella fingía, naturalmente, reírse de aquellas señoronas, y decía que no habían cambiado el calendario de su escritorio desde 1880; pero le escocía. Ni la duquesa de D. ni lady L. podían olvidarse totalmente de lady Roehampton, aunque sólo fuera en atención al pobre George Roehampton; pero sí limitar sus invitaciones a las fiestas de mayor concurrencia, y abstenerse de invitarla a las más íntimas, esas que sólo reunían a veinte personas en vez de mil, y que constituían el pequeño paraíso de todos aquellos para quienes la corona de la impecabilidad mundana resplandecía como la alhaja suprema. Para ser admitido en ellas eran necesarios ciertos requisitos. Linaje: ni que decir tiene. Dignidad: entendiendo por dignidad virtud. Reserva: entendiendo por reserva una conveniente abstinencia de publicidad. Lady Roehampton sólo satisfacía la primera de esas condiciones. En lo referente a la virtud, era verdad que se había mantenido estrictamente dentro de los límites, y nunca se había dejado comprometer más allá de unas pocas habladurías que hasta entonces no habían saltado la empalizada de una intimidad permisible; pero, por otra parte, se relacionaba con un círculo que sólo por su lealtad al Trono quedaba a salvo de la crítica abierta, por lo que la indignación de aquellas dictadoras se desahogaba en

críticas de carácter más personal: Sylvia Roehampton se da polvos en la cara, decían; a Sylvia Roehampton se la ha visto con los labios pintados, sin lugar a dudas; a Sylvia Roehampton se la vio una vez sola en un *hansom* con Tommy Brand, ese descarado libertino; Sylvia Roehampton no es persona a la que sinceramente podamos conceder nuestro beneplácito. En cuanto a la reserva, las calificaciones de Sylvia en ese campo eran lastimosamente insuficientes. Cierto que la pobre no tenía la culpa de que la aclamasen como beldad profesional; no tenía la culpa de que la gente se pusiera en pie para mirarla cuando entraba en un palco del Covent Garden; pero *sí* era culpa suya prestarse a exhibiciones tan vulgares como la personificación de la reina Etheldreda en un desfile que hubo en Earl's Court.* Una cosa así no se había oído nunca, y para lady L. y la duquesa de D. selló la condena de Sylvia. Lady L. y la duquesa de D. decidieron que debía estar loca. Siempre habían desconfiado de ella, y desde entonces tuvieron un pretexto incontrovertible para la desaprobación expresa. En su fuero interno, aquellas austeras tiranas acogieron con regocijo una excusa tan estimable para censurar a un miembro del mundillo que despreciaban. Era muy fácil para ellas desentenderse de gente como Julia Levison, a quien descartaban por aventurera, o sir Adam, a quien descartaban por judío. Era difícil, incluso para ellas, ostracizar a alguien como Lucy, por intensa que fuera su desaprobación; les había sido bastante difícil marcar una leve diferencia en su cordialidad hacia Sylvia, sin otra cosa que la tenue película de sus polvos faciales interpuesta entre ellas y una aceptación natural de su posición como lady Roehampton. Su problema más agudo se personificaba en gentes como Lucy y Silvia: verdaderas apóstatas de un código más estricto, pero que todavía, a fuerza de hábiles acrobacias, se mantenían sobre la cuerda floja social. Lady L. y la duquesa de D., autoelegidas y autoimpuestas, asumían ciertas responsabilidades hacia la sociedad, aunque los tiempos estuvieran cambiando; y no olvidaban nunca que debían sostener ciertos cánones de conducta. Eran lo bastante sinceras para deplorar que un personaje con el título de lady Roehampton transgrediera esos cánones. Eran lo bastante humanas para saborear la ocasión que con ello les brindaba.

La propia Sylvia se dio cuenta del error que había cometido al aparecer de reina Etheldreda. El desfile público era cosa muy distinta del majestuoso baile de máscaras que algún tiempo atrás diera una de esas grandes anfitrionas, y que

todavía era tema de conversación, o de las fiestas de disfraces en casas particulares. Sylvia había arruinado para siempre la frágil esperanza que todavía abrigaba de asistir a las fiestas más selectas de la casa L. de Park Lane o de la casa D. de Piccadilly. Seguiría yendo a una y otra en montón, pero de las reuniones más rigurosas sería excluida más rigurosamente que nunca. La reina Etheldreda: la Reina de la Belleza; acaso su vanidad femenina saliera gananciosa, pero su vanidad social salió herida; había recibido un golpe mortal. Lo supo cuando se encontró con la duquesa de D. en una cena con Lucy, y la duquesa le dio dos dedos en vez de tres —cinco no le había dado nunca—, y no la llamó «Sylvia», sino lady Roehampton. «¡Qué éxito ha tenido usted!», dijo la duquesa, alzando los impertinentes como para someter a examen los restos de la belleza de Sylvia; «el *Daily Mail* de hoy no hacía más que cantar sus alabanzas. Ya es usted todo un personaje público.» Lo único que le extrañó a Sylvia fue que la duquesa condescendiera a nombrar el *Daily Mail*. Por otra parte, sin embargo, no lamentaba haber participado en el espectáculo. A lomos de un caballo negro del regimiento de Sebastian, había desfilado como Reina de la Belleza; había desmontado sólo para subir por una escalinata hasta un estrado, rodeada de las debutantes más bellas de la temporada como damas de honor —entre las cuales estaban Viola, muy desdeñosa, y la pobre Margaret a la fuerza, como hija de la Reina de la Belleza, aunque a la pobre Margaret ni con toda la imaginación del mundo se la podía calificar de bella—, y abajo estaban formados los jóvenes del gran mundo, vestidos de heraldos con tabardo y trompeta, viva estampa de las sotas de la baraja. Uno de ellos había sido Sebastian, por insistencia de Sylvia. El traje le sentaba de maravilla. Las líneas rectas del tabardo y sus brillantes colores, rojo, negro y oro, entonaban maravillosamente con su cabello negro y su tez aceitunada. Se había apoyado la trompeta en la cadera con un ademán que ninguno de los otros jóvenes podía igualar. Cuando llegó el momento de que los heraldos tocasen una fanfarria —una fanfarria de mentira, porque el sonido real lo hacían los trompetas del regimiento, escondidos detrás del estrado—, se había llevado la trompeta a los labios como si quisiera proclamar la hermosura de su dama ante todo el Londres medieval. Ese solo momento, sentía Sylvia, había valido por todas las críticas de todos los duques y duquesas de D. desde la creación del título en 1694.

Aun así, en momentos de mayor cordura, le irritaba que Sebastian fuera

invitado a cenas de pocos comensales en la casa D. y ella no. Como el orgullo le impedía manifestar el verdadero origen de su irritación, se refugiaba en agravios inventados. La duquesa quería pescarle para una de sus hijas, o de sus nietas, clamaba; era tonto por no darse cuenta de maniobras tan transparentes. Luego su temperamento podía más que ella, y le censuraba a las claras que fuera a fiestas en las que ella no estaba invitada. «Tú les pareces bien, porque eres un buen partido», decía; «yo no les parezco bien, porque me he puesto en evidencia contigo; no sé cómo toleras que me desairen de esa manera por ti.» Sebastian, que ya era lo bastante avisado como para desenmarañar la verdad de la mentira, se limitaba a sonreír de la forma que más enfurecía a Sylvia. «¡Muy bien, pues vete!», decía ella; «vete, que vas a llegar tarde. Ve a divertirte en tus círculos respetables; yo voy a cenar con Julia y sir Adam, y seguro que lo pasamos mejor que tú. No te envidio: eres un anticuado, un puritano. Ése es tu ambiente natural...» Y de ese modo se separaban; pero Sylvia, al volver por la noche a casa, se quitaba las joyas con ira y las tiraba sobre el tocador, rabiando en su interior por la tiranía que ejercían aquellas viejas, y ladraba a su soñolienta doncella, que en general estaba acostumbrada a ver a su señora alegre y de buen humor, aunque tuviera sus caprichos. ¡Viejos sepulcros asfixiantes!, pensaba Sylvia; ¡viejos sepulcros asfixiantes, empecinados en que todo siguiera siendo como había sido siempre! Pero rabiaba en vano, y lo sabía. Bastaban sus sonrisas o sus malas caras para acoger o desterrar. Eran los últimos supervivientes del antiguo régimen, y jamás se habían apartado un ápice de sus cánones iniciales. Su arrogancia era tan augusta como insoportable. Se negaban incluso a ser presentadas a personas que la mayoría de la gente habría dado los ojos por conocer. Su insolencia era intolerable; pero no se podía prescindir de ellas. Los ambientes mundanos no eran nada en comparación con su magnificencia de catafalco. Por muy brillante que fuera una trayectoria social, más tarde o más temprano se chocaba siempre con el muro de su severidad. Pocos de los amigos personales de Sylvia pasaban la barrera; y ella misma, en momentos de franqueza, reconocía que, frente a ellas, algunos de sus amigos parecían vulgares; no sólo los que eran judíos o americanos, sino personas como...; y Sylvia no se atrevía a pronunciar los nombres que le venían a la cabeza. Era una confesión poco agradable. Sylvia se consolaba pensando que no tardarían en morir, y que no había nadie del mismo calibre que pudiera ocupar el sitio de

aquellas viejas incorruptibles, cargadas de encajes negros y diamantes, capaces de oponer su desaprobación hasta a las preferencias del rey.

A lord Roehampton no se le consideraba pareja adecuada para su bella esposa. Se le toleraba únicamente en atención a ella, porque en verdad era un hombre tedioso y pesado; con toda razón se aburría Lucy de tenerle al lado en las cenas. Las únicas personas con las que realmente disfrutaba lord Roehampton eran el entrenador de su cuadra en Newmarket* y el guardabosques de su finca de Norfolk. En esa compañía podía tratar con las únicas cosas —aparte de su mujer— que reconocía como hermosas. Él, naturalmente, habría rehuido esa palabra con recelo; pero era cierto que le daba una satisfacción particular ver a sus potras corriendo a medio galope por el *paddock*, y a sus faisanes corriendo por las lindes de sus bosques. En esos momentos, junto al entrenador o al guardabosques, limitaba sus comentarios a las ventajas que probablemente le reportarían los animales. «Una buena ocasión para los Robles», decía; o: «Este año podríamos igualar el número de piezas del pasado. Pero ¿y esas malditas zorras?» De todos modos, cuantos estimen a los lord Roehampton de Inglaterra admitirán sin esfuerzo que aquellos breves gruñidos y frases sueltas al entrenador y al guardabosques no representaban más que una décima parte del placer que le proporcionaba un día pasado en el *paddock* o pateando sus campos. Aunque era incapaz de decirlo, le gustaban el prado verde con sus postes blancos, las sensibles yeguas; la unión de bosque y trigal, las hojas de la nabiza cargadas de lluvia. Aquellas cosas le producían una satisfacción muda que nunca se le ocurrió confiar a nadie.

Si su capacidad de disfrute era así de tácita y limitada, no menos simples e inexpresos eran sus principios. Había cosas que no se hacían, y punto. No se ocupaba el mejor puesto en la propia cacería, no se miraban las cartas del vecino en la mesa de juego, ni se abría su correspondencia, ni se toleraba que cometiese adulterio con tu mujer. Esas cosas las sabía todo el mundo, y por lo tanto se daban por supuestas. Sobre su esposa tenía lord Roehampton unas ideas muy definidas. Estaba orgulloso de haberse casado con la mujer más bella de Londres, y, viendo en la afición de Sylvia a las fiestas y la vida social la debilidad natural de un ser creado por la naturaleza para ser la admiración de todos los hombres, se complacía en concederle cuantos lujos hicieran falta. Joyas, vestidos, pieles: todo lo que quisiera. Que nadie dijera que no apreciaba él

su trofeo. Y hasta se sometía a pasar la temporada en Londres, aunque en su corazón sintiera la nostalgia de Norfolk y el trigo verde en los días soleados de mayo y junio. Sylvia, sin embargo, repagaba su indulgencia con una gran consideración, porque muchas veces le instaba a prolongar su fin de semana en la hacienda aunque ella regresara a Londres para volver a zarpar, soberbia, en aquel océano de festejos que para él eran un fastidio y una carga. Y aun había insistido en ir sola al baile de la corte, para que él no tuviera que renunciar a una importante venta de ganado que había en Norfolk. Pocas mujeres, pensó él con verdadera gratitud, estarían dispuestas a hacer eso. Sí, Sylvia era buena con él, pensó, con su aburrido George; y mientras estaba en el islote, esperando para cruzar Park Lane, la había visto salir de Stanhope Gate en su victoria, con sus finas jacas de paso alegre y James, el lacayo de librea, sentado muy derecho y cruzado de brazos sobre el pescante, y el corazón se le había desbordado al saludar quitándose el sombrero. Buen coche, había pensado, siguiendo con los ojos su marcha por Great Stanhope Street; y qué bonito resulta, pensó, ver a una mujer hermosa ir en coche por Londres, detrás de un tronco bien compuesto. A lord Roehampton no le hacían gracia los automóviles que empezaban a invadir las calles. Cruzó al parque y siguió caminando; se sentía como nuevo. El parque estaba cuajado de tulipanes, y todos los lilos de Rotten Row estaban en flor; la gente paseaba o contemplaba el paso de los coches sentada a la sombra; le parecía a lord Roehampton que todo tenía una animación y una alegría especial, que las mujeres, con sus vestidos ligeros, eran como flores en movimiento, y que los hombres ponían una admirable nota de contraste con sus levitas negras; que sus botines eran más blancos que de costumbre y sus chisteras más lustrosas. ¡Y todo este buen humor, reflexionó, por haber visto salir a Sylvia de Stanhope Gate! Pensó que era un hombre muy afortunado; ¿cuántos podrían decir lo mismo al cabo de veinte años de matrimonio? Casi no le importaba estar en Londres; empezó a gozar de la sensación de toda aquella vida que discurría a su lado; y, apoyado en la barandilla, contempló el paso de una escolta de la Guardia Real que venía doblando la esquina con sus caballos negros, sus arreos brillantes y sonoros, sus luminosas capas rojas sobre el blanco inmaculado de los briches. Cabalgaba con ellos un joven oficial, con el sable al hombro; lord Roehampton reconoció en él a Sebastian. Un gran chico, pensó; un gran chico; y suspiró, porque él no tenía un hijo varón.

Fue un engorro para Sylvia que «el veranillo de Sebastian» coincidiera con la presentación en sociedad de su hija. Había meditado en busca de alguna excusa inventada que le permitiera retrasar esa ceremonia hasta el año siguiente, pero no la halló: Margaret tenía dieciocho años, todo el mundo lo sabía, y lady Roehampton, por osada que fuese, no podía quebrantar la norma según la cual una muchacha de dieciocho años había llegado a la edad de lanzarse a las fiestas y batallas del mundo. Antes habría intentado alterar la fecha de la Navidad. Así que suspiró y se resignó. De todos modos, estaba resuelta a que Margaret la entorpeciera lo menos posible, sin que ello significara dejar de mantener todas las apariencias de una madre consciente de sus deberes; y a tal fin decidió dedicar una tarde a establecer buenas relaciones entre Margaret y varias de sus tías que tenían hijas, y de quienes se podía esperar que la invitasen a sus fiestas, donde no sería necesaria la tutela de su madre. Afortunadamente, George miraba con buenos ojos a sus hermanas —que ciertamente eran señoras de irreprochable respetabilidad—, y podía ser fácil convencerle de que en compañía de ellas y de sus primas Margaret conocería a personas de principios y costumbres más adecuadas a su inocente edad que las que prevalecían entre las amistades de su madre. Sylvia le sondeó para ver si su actitud al respecto era tan sensata como ella esperaba y suponía.

—Mira, George, creo que he sido un poco egoísta. Debería haberme dado cuenta de que Margaret iba haciéndose mayor. Debería haberme puesto en relación con personas como los Wexford, buena gente, chapados a la antigua, serios, que viven en Cadogan Square y dan un baile una vez al año para poner en órbita a otra hija, ya pierdo la cuenta; me parece que la que presentan este año es la novena. ¿O es la octava? Sólo tienen una casada, y encima con un clérigo. Bueno, el caso es que personas como los Wexford son las que interesan cuando hay que presentar a una chica en sociedad. A los chicos jóvenes les da igual quién dé las fiestas, quiero decir que les da igual lo sosos que sean los señores de la casa con tal de tener fiestas donde ir y poder bailar; y yo, desde luego, preferiría que Margaret viera a sus amigos en casa de los Wexford, aunque sean un poco aburridos, a que los viera siempre en casa de Julia Levison o de Romola Cheyne. Por cierto que Romola es muy cuidadosa con lo que dice delante de las

chicas, pero nunca se sabe qué podrán oír y ver que no sea propio para ellas. Además, lo que cuenta es el ambiente general. Tú ya me entiendes, George. Y tus hermanas, que son tan buenas, seguro que echarían una mano llevándose a Margaret cuando tú y yo no tengamos más remedio que ir a cenar a sitios que no le divertirían. Esta tarde tengo que salir a dejar tarjetas, y cuando acabe la voy a llevar a tomar el té con Clemmie.

—Pero, cariño —dijo George suavemente—, el otro día decías que hace cinco años que no ves a Clemmie.

—Y así es; precisamente por eso debo llevar hoy a Margaret a tomar el té con ella. La hija de Clemmie es de la edad de Margaret. Por cierto, George, ¿cómo se llama?

—Agatha —dijo George, que visitaba a sus hermanas a menudo, cuando no tenía nada mejor que hacer.

—Agatha, claro. La pecosa. Será mejor que no me dé polvos —dijo lady Roehampton echándose a reír—, para que Clemmie no se escandalice. ¿Verdad que tú piensas, George, que sería mejor que Margaret saliera con Clemmie a llevarla siempre detrás de nosotros a casas como la de Romola o la de sir Adam? Yo creo que tienes razón. Con una chica joven todo cuidado es poco. No le voy a decir a Clemmie lo que tú dices con las mismas palabras, no sea que piense que pretendo disculparme por nuestras amistades, pero si me propone hacerse cargo de Margaret esta temporada, no le voy a decir que no. George, cariño, tú siempre eres muy sensato. Qué haría yo sin ti. Toca la campanilla, que voy a pedir el coche.

Una hora después, lady Roehampton partía en su elegante victoria, con Margaret a su lado. George le había comprado un *brougham* eléctrico, no sin hacerse rogar, porque él seguía prefiriendo los caballos a la maquinaria; pero Sylvia, una vez que lo consiguió, lo usaba poco. No tenía ni la velocidad de un automóvil de motor ni la distinción de un coche de caballos, y tenía otras desventajas. Ir con él a Ranelagh era exponerse a que se le agotara la batería y se quedara tirado en mitad de Kingston Hill. Además, después de cada parada volvía a arrancar con un tirón violento que no sólo dislocaba las vértebras, sino también el ángulo del sombrero; y, puesto que el sombrero iba posado y prendido de forma un tanto precaria en lo alto del peinado, ladeado sobre uno de los ojos, la cosa tenía su importancia. No era frecuente que Sylvia coincidiera

con George en sus puntos de vista —aunque a veces, por razones tácticas, fingía coincidir—, pero en esto del *brougham* eléctrico frente al victoria sin duda concordaban plenamente. Es verdad que enfocaban el asunto desde ópticas levemente distintas. George pensaba en primer lugar en su coche y sus caballos, después en su mujer y después en lo uno y lo otro como conjunto armónico. Sylvia pensaba en sí misma como un cuadro en su marco. Sabía que una mujer dentro de un coche de caballos hacía muy bien al coche; mientras que George habría dicho que un coche de caballos era sumamente favorecedor para la mujer que lo ocupase. Sylvia sabía, además, que las señoras más serias y alcorniosas, que, aunque ella se las diera de moderna, suscitaban su envidia y su emulación, se aferraban tercamente al birlocho. A Sylvia se le atragantaba el birlocho. Era capaz de admirar los birlochos en los que salían ciertas grandes damas, pero no se imaginaba a sí misma dentro. El victoria era un buen término medio.

Era innegable que lady Roehampton, sentada en su victoria con su hija a su lado, ofrecía una imagen hermosísima. Sostenía una sombrilla sobre su cabeza; en el asiento de enfrente estaban el estuche de las tarjetas y un libro de direcciones de Dreyfous, encuadernado en piel color de rosa. Durante la veloz travesía del parque sacó tres tarjetas para tenerlas preparadas, dejando que la tirilla de papel de seda saliera volando sobre el costado del coche. Dobló una esquina de cada una y las puso en orden. La tarjeta de mayor tamaño llevaba la inscripción: La condesa de Roehampton, Lady Margaret Cairn; y abajo, en un ángulo, la dirección: Roehampton House, Curzon Street. Las más pequeñas decían: El conde de Roehampton, y abajo, en un ángulo: Carlton Club. Sylvia iba muy satisfecha. Gozaba con aquel descansado quehacer de ir en coche por el parque, pararse en diversas casas, recibir la respuesta: «Ha salido»; hacer entrega de las tarjetas a James, el lacayo, tras escribir rápidamente: «Lamento no haberla hallado en casa»; buscar en la lista la dirección siguiente, y nuevamente echar a rodar sobre las silenciosas llantas de goma, al trote ligero de las dos jacas. Le gustaba la inclinación con que llevaba el sombrero Bond, el cochero, y la delicadeza con que hacía girar la fusta antes de doblar las esquinas. Y aquel día disfrutó más que en otras ocasiones, porque ¿no tenía ciertas perspectivas de dejar a Margaret con sus tías y así quedar más libre para Sebastian?

Lord Roehampton tenía cinco hermanas, y las cinco parecían cortadas por el mismo patrón. Todas eran angulosas, tiesas, planas, con aspecto de haber nacido para estar sentadas tras la mesita del té sirviendo tazas y rellenando la tetera con agua de una pava de plata. Todas tenían el rostro largo, distinguido, y muy bonitas manos. En el vestir adoptaban un estilo severo, cuyo efecto quedaba deslucido por la incorregible tendencia de sus cabellos a soltarse por atrás; no había redcillas ni pasadores que les garantizaran una nuca bien peinada. Más bien cáusticas en su modo de hablar, saltaba a la vista que eran mujeres capaces y enérgicas, tan competentes para intimidar a una junta municipal como para controlar la economía doméstica de sus casas. No se andaban con bromas, ni las toleraban. Lo que pensaran de su bella cuñada no lo expresaron nunca, porque su código no permitía críticas externas de la esposa de su hermano, pero estaba suficientemente claro; y Sylvia, en las raras ocasiones en que había estado reunida con todas ellas, se había sentido como en medio de cinco granaderos armados de tiesas alabardas de desaprobación. Afortunadamente para ella, pocas veces tenía que soportar su escrutinio, porque sus órbitas sociales apenas coincidían; todo lo más veía pasar a alguna en las grandes ocasiones, por ejemplo en los bailes de Devonshire House, y riendo tras el abanico señalaba a su acompañante el satén gris acero y el «guardafuego» de diamantes con que lady Blanche o lady Clementina discurría muy derecha por entre el gentío; pero en las reuniones más íntimas que eran la gracia de la temporada londinense —las partiditas de *bridge* en casa de sir Adam, las cenas informales donde el rey asistía casi de incógnito, muy risueño tras un grueso puro— podía estar segura de no toparse con una censora adusta que amargase su alegre irresponsabilidad.

Había acertado Sylvia en su diagnóstico al imaginar que estarían en su elemento en el mundo de los Wexford. Todas ellas pertenecían a la misma aristocracia territorial y sólida que seguía su camino y mantenía su dignidad con el peso y el traqueteo de una tartana familiar, sin cuidarse de círculos ni advenedizos, de jergas ni modas. Se sabían los árboles genealógicos de carrerilla; tenían en mayor consideración a una familia antigua y pequeña que a una fortuna nueva y grande; miraban con escándalo profundo y sincero la admisión de judíos en la vida social; el mundillo frívolo, en tanto en cuanto figuraban en él algunas personas que por su nacimiento tenían derecho a ser incluidas en su propia facción, les parecía una verdadera traición a las

tradiciones del *esprit de corps*. Su solidaridad era tremenda. Tenían una forma de hablar unas de otras que reducía al resto del mundo a la categoría de pordiosero. Demasiado educadas para la arrogancia, demasiado carentes de imaginación para el sarcasmo, estaban, sencillamente, tan convencidas de su propia inatacabilidad que no había por qué pregonar ese convencimiento: se traslucía calladamente en miradas, en temas de conversación, en la manera de llevar los hombros y cruzar las manos, y en la serena presunción de ciertos criterios y valores particulares como cosa universal. Se movían todas a una, formando un bloque cuadrado en el corazón de la alta sociedad inglesa, imponente, majestuoso y gris. Eran, a su manera, tan exclusivistas y tan críticas como las incorruptibles *grandes dames* que tanto mortificaban a Sylvia; la única diferencia entre unas y otras era una diferencia de caudal y posición; la mentalidad era la misma. Sólo el azar de la fortuna distinguía a lady Blanche o lady Clementina de lady L. y la duquesa de D. Porque, lógicamente, no todas las hijas de este mundo podían aspirar a un matrimonio deslumbrante; algunas tenían que contentarse con aquellos caballeros respetables que Inglaterra producía, por fortuna en cantidad suficiente. Unos veinte años atrás, las hermanas de lord Roehampton, dándose cuenta de que los títulos nobiliarios y las casas más linajudas no eran para ellas, habían seguido el ejemplo de muchas hermanas de buena familia pero sobrantes en posición similar, y una por una habían concedido su mano a una serie de *squires* que no desdeñaban adquirir una esposa con apellido ilustre, y que a cambio podían hacerla señora de una espaciosa mansión georgiana con su parque alrededor, y de una casa en la ciudad, posiblemente con pórtico dórico. A partir de ahí la vida de la dama quedaba delimitada, por así decirlo, entre blancos postes enlazados por cadenas, lo mismo que el paseo de coches de su mansión campestre; el futuro que se abría ante ella era tranquilizadamente previsible; los primeros años de su vida de casada transcurrían en reclusión, dedicados a la producción de un heredero, otro varón más joven o dos si fuera posible, y probablemente varias niñas cuyo correspondiente futuro, en aquellas fechas, no parecía muy difícil adivinar; cumplido ese deber, podía contar con un período de esparcimiento anual en Londres, ordenado y cada vez más solemne, a medida que la frivolidad natural de la mujer joven maduraba en la sobriedad de la matrona completa; hasta el momento en que la encontramos encarnada en la persona de lady Clementina Burbidge, atrincherada tras la mesita del té y la pava

humeante, llenando tazas para sus visitantes de la tarde, con una hija debutante en funciones de acólita para ir pasando platitos de galletas, rollitos de pan y mantequilla o bollitos que supuestamente debían conservarse calientes por el vapor de un chorro de agua hirviendo echado en el cuenquito donde se iban depositando las hojas de té.

Los propios salones que habitaban diferían de los de Sylvia o sus amigos. En éstos empezaba a hacerse sentir una cierta moda de sencillez costosa; iba surgiendo un cierto gusto, que tendía a eliminar los objetos innecesarios. En aquéllos, las estancias recargadas conservaban la desdichada confusión de otros tiempos. Adornitos de plata en forma de carruajes y sillas de manos, esencieros de plata, abanicos diminutos de plata, cestillos de filigrana de plata llenaban las mesas bajo la rotunda presidencia de la lámpara. (Sylvia observó, con regocijo, que entre toda aquella pacotilla no había ningún cenicero.) Había palmas en todas las esquinas de la sala, y entre las hojas de las palmas anidaban fotografías de la familia, sin marco, montadas en cartulinas de imperecedera rigidez; una sola sacudida, pensó Sylvia mientras su mirada tomaba nota de todos los detalles del corto espacio entre la puerta y la mesa del té, una sola sacudida haría caer cascadas de parientes: la tía Fanny con polisón, George vestido de marinero, Ernestine en el momento de echar a rodar el aro; y una fotografía de sorprendente belleza, de Daisy, la depositaria actual del título familiar, que fue una celebrada beldad irlandesa, vestida de armiño de la cabeza a los pies, con sus dos niños sobre un trineo, en un bosque de abetos nevados, allá por los Cárpatos; y después, ya más cerca del presente, la propia Sylvia con Margaret, Sylvia con boina y falda sastre de *tweed* y corbata marinera, Margaret en su cochecito, con un gorrito atado por debajo de la barbilla y manoplas. Le sorprendió a Sylvia figurar en un encuadre tan íntimo dentro de un salón tan ajeno. Sabía que si estaba allí retratada, no era porque su cuñada sintiera hacia ella ningún cariño, sino por ser un miembro más (aunque bastante inaceptable) de la familia. Era lo correcto que la esposa del pobre George tuviera su sitio entre las palmas.

Sí, ciertamente, había un exceso de cosas en aquel salón. Había demasiadas sillas, demasiados almohadones, demasiadas mesitas, demasiado carrizo de las pampas en jarrones de largo cuello, demasiadas persianas y cortinas fruncidas y festoneadas enmarcando las ventanas. El efecto general era rancio, mohoso,

polvoriento. Estaba pidiendo destrucción, estaba pidiendo aire. Hasta el satén de los asientos se sujetaba con botones agresivos. No había nada que no tuviera otra cosa encima: el manto de la chimenea soportaba su carga de adornos en cada repisa, la repisa misma estaba engalanada con una banda de damasco de la que pendían pesados flecos, el piano se cubría con un tapete de terciopelo adamascado, en el que más fotografías y más adornos se sostenían en precario equilibrio. En el centro de la habitación había un confidente, de tapicería también abotonada; un confidente que brindaba asiento a dos personas frente a frente, pero convenientemente separadas por el brazo y la sinuosidad de la ese. Sylvia recordó que en una ocasión Romola Cheyne había dicho que la ese de un confidente era la ese de Sexo. Esa clase de chistes eran los que servían para hacer reír al rey y tenerle de buen humor.

Cuando lady Clementina oyó anunciar: «¡Lady Roehampton!», alzó los ojos esperando ver a su madre; pero no fue una dama viuda la que entró en el salón, sino una Sylvia radiante con Margaret detrás. De tal modo era el encanto en Sylvia una segunda naturaleza que ni en el salón de su cuñada podía dejar de ejercerlo. Avanzó ligera, sorteando los obstáculos, esparciendo en el aire un aroma desacostumbrado, voluptuosa como una paloma arrulladora; casi rozando con sus curvas blandas y generosas las huesudas protuberancias de las señoras reunidas. Porque se estaba celebrando un té de señoras. Sylvia tomó nota de todas ellas con mirada rápida y experta: la propia Clementina; Ernestine; Blanche; lady Wexford, vestida de terciopelo marrón; lady Porteviot; y media docena de jovencitas, todas muy desmañadas pero muy atentas, que inmediatamente se pusieron de pie en señal de respeto, pero volvieron a replegarse con alivio alrededor de la mesita dispuesta a un lado para su uso particular, donde sus murmullos y sus risas ahogadas daban testimonio del excelente entendimiento que reinaba entre ellas. Sylvia se abatió sobre la reunión como un ave del paraíso que descendiera sobre una asamblea de gallinas. Sabía muy bien que la recibían con sorpresa y hostilidad, sabía también que eran duras de pelar —¡allí no cabía un sentimentalismo ingenuo que se dejara conmover directamente por su belleza!—, y tampoco la conquista era muy interesante; pero ella llevaba el hábito de conquista muy metido dentro, y allí había que movilizar todas las fuerzas contra la derrota, por razones estéticas y por orgullo legítimo, aparte del acuciante motivo práctico que la animaba. De modo que empezó

dando por supuesto que lady Clementina estaba encantada de verla; envolvió la rígida figura de su cuñada en un abrazo voluminoso y prolongado; lo repitió, con ligeras modificaciones, para Ernestine y Blanche; tendió una mano cordial, impávida ante la frialdad con que se la recibía, a lady Wexford y lady Porteviot; derramó su mejor sonrisa sobre el círculo de jovencitas; distinguió entre ellas a sus sobrinas y les tiró un beso; y se hundió en el sofá junto a lady Clementina, reteniendo la mano de esta dama en la suya y palmeándola suavemente sobre su rodilla.

Ese contacto físico con lady Roehampton le resultó sumamente desagradable a lady Clementina; a través de la mano de Sylvia notó la extrema blandura de sus muslos bajo la fina seda del vestido, y eso le transmitió una insinuación de indecencia que su espíritu relacionó inmediatamente con las consabidas historias de Sylvia y del círculo de gente de vida alegre en que vivía. ¿Cómo era como la llamaba siempre lady Porteviot, pronunciando débiles las *aes*, con su acento del norte? «Esa fresca perdida, hija mía; será la mujer de tu hermano, pero lo siento, qué le vamos a hacer, es una fresca perdida.» Lady Porteviot, desde las alturas que coronaban su busto embutido en prietas telas, se consideraba autorizada para emitir dictámenes rotundos, y de hecho adoptaba la posición de dictadora en el círculo de señoras que frecuentaba. Estaba acostumbrada a que se la escuchara con respeto; sus íntimas sabían cuándo tenían que dejar de hablar para atender a sus palabras; y hete aquí a Sylvia monopolizando la conversación, parloteando radiante, solicitando el asentimiento ora de Ernestine, ora de lady Wexford —«Yo sé que usted me comprende, querida lady Wexford; claro que me comprende»—, volviendo su hermosa cabeza tan pronto a una como a otra de las damas, riendo, bromeando, y todo sin soltar la mano de lady Clementina y volviendo los ojos a ella para mirarla como si fuera el único objeto de su cariño en el mundo. Las chicas habían dejado de bisbisear entre ellas; miraban boquiabiertas a lady Roehampton, pensando que nunca habían visto una persona más fascinante, más animada, más dueña de sí y envidiable en general. Fue un verdadero golpe para ellas que lady Clementina aprovechara la primera ocasión para lanzar una mirada taladrante sobre su hija Agatha y decir que sin duda les apetecería irse todas arriba, al gabinete de Agatha.

Se fueron en tropel, por supuesto, sumisamente; y con su marcha supo Sylvia que perdía a sus únicas aliadas. Había tenido plena conciencia de poder jugar

con sus admiraciones lo mismo que con las de los hombres jóvenes. Pero se fueron, y Sylvia se vio frente a aquella estacada de senos insensibles. Había salido airoso de situaciones difíciles en su vida; había vuelto a poner al rey de buen humor cuando estaba de malo; había convertido coincidencias fortuitas de amantes resentidos en oasis de mutua cortesía; ese género de situaciones entraban dentro de sus posibilidades, pero una falange de mujeres era otra cosa. No había hostilidad como la de las mujeres hacia otra mujer. Pero todavía tenía asida la mano de Clemmie. Clemmie estaba intentando liberarla. Toda la malicia de lady Roehampton se concentró en la determinación de retenerla. Mientras la tuviera asida, Clemmie no podía servir el té; y, según la visión que tenía de ella lady Roehampton, la función de Clemmie consistía en sentarse detrás de una tetera y llenar tazas; así que, so capa de cariño fraternal, iba a frustrar a Clemmie. Siguió reteniendo su mano y palmeándola, sin dejar de soltar un torrente de amigables tontunas. «Y pensar, lady Porteviot», exclamó, «que la última vez que vi a Agatha estaba en el cuarto de estudio haciendo escalas, con sabañones y un par de trenzas; y ahora ya ha entrado en sociedad, ¡y qué buena figura tiene, Clemmie! A su lado mi pobre Margaret es un retaco.» Su pobre Margaret, continuó, no estaba disfrutando como debía en su primera temporada; «y de todo tengo yo la culpa», dijo con un suspiro; «debería haberme tratado más con la nueva generación, pero a medida que nos hacemos viejos nuestros amigos se hacen viejos también, y el resultado es que Margaret conoce a muy poca gente de su edad». Lady Clemmie miró cínicamente a su cuñada, pero una majadería de tal calibre no merecía comentarios, y pasó sin ellos. Lady Roehampton procedió a pintar un triste cuadro de los apuros de la pobre Margaret en un baile: «Yo no conozco a chicos jóvenes que le pueda presentar; lo que necesita una chica es un *empujoncito*, ¿verdad, Ernestine?, pero no teniendo hermanos ni hermanas es muy difícil. Esta noche la llevo conmigo al baile de la corte, pero no hará más que ir detrás de mí todo el tiempo; antes estoy invitada a una cena, pero a la pobrecita no la han invitado, y tendrá que cenar en casa ella sola. Un filete en una bandeja. Luego pasaré a recogerla, naturalmente». Y volvió a suspirar.

Lady Clementina empezó a sentir lástima de Margaret; sin duda, Sylvia no perdonaba ocasión de hacerla sentirse un estorbo. No tenía ninguna gana de dar gusto a Sylvia, pero había que pensar en la chica. Además, era preciso evitar que

la hija del pobre George (para sus hermanas, lord Roehampton era siempre «el pobre George») no tuviera otro ambiente que el de las temibles amistades de Sylvia. ¡Una madre que a todas horas llevaba al lado a su joven amante! Había que pensar en la familia; ¿qué dirían Susan Darlington, y Julia Keswick, y Charlotte Grantham si supieran que Clementina, Blanche, Ernestine, Ermyntrude y Ada no habían movido un dedo para rescatar y redimir a su sobrina? Y seguro que lo sabrían, aquellas viejas matriarcas tiránicas que no pisaban Londres jamás, pero estaban informadas de todo lo que sucedía y mandaban sobre la familia con ese poderío y esa severidad que sólo se encuentran en la gran dama viuda, depuesta pero tenaz. Lady Clementina, que iba camino de lo mismo, no lo pasaría nada bien soportando el escrutinio de Charlotte Grantham a través de sus impertinentes, ni el gruñido de su voz cascada y rasposa: «Bueno, bueno, Clemmie, ¿y qué es esto que oigo? ¿Que la niña de George anda dejada en manos de judíos y de personas como esa mujer que creo que llaman señora Cheyne? ¿Y cómo es eso, Clemmie? ¿En qué estabais pensando?».

Así que lady Clementina invitó a Margaret a pasar una semana en su casa. Lo hizo con la menor elegancia posible —con muy poca elegancia, en efecto—, pero lo hizo. Ella llevaría a Margaret a palacio con Agatha esa noche. Se haría cargo de Margaret en lugar de Sylvia. Por una semana.

Sylvia la recompensó liberando su mano al instante. Dio muestras profusas de agradecimiento, lo que Clemmie llamaba «efusivas». Ahora tenía que irse, exclamó —confiando en que su partida no pareciera indecorosamente precipitada, pero una vez conseguido el tanto ya no podía soportar ni un minuto más la compañía de aquellos vetustos granaderos—; mandaría el coche con las cosas de Margaret, dijo, y con la doncella de Margaret; «Clemmie, cariño, qué buena eres», clamó abrazando de nuevo la flaca figura y apelando al testimonio de lady Wexford y lady Porteviot: ¿verdad que era buena Clemmie?, a lo que esas señoras asintieron adustamente; y luego, bajándose el velo y recogiendo sus pertenencias, los guantes, el boa, la capa, se llegó a la puerta sin dejar de repartir sonrisas radiantes a diestro y siniestro. «Y ahora que digan de mí lo que quieran», pensó mientras bajaba la escalera; «ya les he dado a esas viejas cotillas materia de conversación para una semana por lo menos»; y mirando el reloj vio que iba a llegar con sólo una hora de retraso a la cita con la peluquera.

Sí, efectivamente, era una mujer hermosa, se dijo al sorprender su imagen en un espejo alto según salía del guardarropa del palacio de Buckingham. Estaba sola en el corredor, salvo por la presencia de los *beef-eaters*, que para el caso eran otras tantas piezas de mobiliario. Podía contemplarse a sus anchas en el espejo sin sentir sobre sí la mirada de ningún hombre; los *beef-eaters* no eran hombres, eran efigies pegadas de trecho en trecho; como no eran hombres los centinelas, ni los maniqués revestidos de armadura. Así que Sylvia se demoró, porque al salir del guardarropa se había topado con un inesperado espejo que le devolvía, de arriba abajo, la imagen de la mujer completa que cabía deducir del busto revelado por el espejo colocado en la mesa del guardarropa. Allí había escrutado una cabeza hermosa, un poco al estilo de Lely, pensó —se lo habían dicho tantísimas veces—, y los hombros desnudos, el satén nacarado y las perlas de Lely, cosas todas que lucía en las grandes ocasiones porque sabía que iban bien con su tipo de belleza. Aquí, en el espejo largo, se veía no sólo de hombros para arriba, sino de cuerpo entero: satén nacarado tendido en ondas a sus pies, perlas que desaparecían en el valle abierto entre sus senos, cercos de perlas en torno a las muñecas, un echarpe rosado sobre los hombros. No llevaba diadema. El hecho de que lady Roehampton no llevara diadema en los bailes de la corte hacía decir a otras mujeres, con risa medio despectiva medio envidiosa, que lady Roehampton era una mujer original. Era un atrevimiento casi insolente. Era casi una grosería. Pero la Orden de San Juan de Jerusalén prendía y sujetaba el rosado echarpe.

Satisfecha con la imagen que el espejo le devolvía, se dirigió una pequeña sonrisa. La sonrisa de lady Roehampton era famosa: separaba los labios despacio, como desganadamente, pero con suma dulzura; y, cuando la sonrisa se desvanecía, sus admiradores decían que había muerto como los últimos acordes de una música. Sobre ella habían escrito los poetas; Browning, con quien coincidió una vez en el mismo palco de la ópera, le había escrito un elegante elogio en el reverso del programa. «Cuando Sylvia sonrío», empezaba. Cuando Sylvia sonreía era, en efecto, imposible creer que Sylvia fuera un ángel caído del Cielo. Diríase que todo el mundo de la voluptuosidad femenina se concentraba y estallaba en aquella sola y divina curvatura de los labios relajados. No había humor en aquella sonrisa, pero había una caricia indescriptible. Indicaba que

Sylvia conocía perfectamente su quehacer más femenino, y ahora cuando Sylvia sonreía el pensamiento de los presentes se volvía, no sin envidia, hacia Sebastian. Ahora nadie veía a Sylvia sin pensar inmediatamente en Sebastian, porque era una de esas mujeres cuya presencia evoca al momento la imagen de su amante como poseedor. ¿La conservaría? ¿Le conservaría ella? ¿Le era fiel?: de ese género eran las preguntas que se hacía la gente, no sólo cada vez que los veían juntos, sino cada vez que veía a lady Roehampton sola. Su pasado había sido populoso; a lord Roehampton —eso creían, pero se equivocaban— no le interesaban más que las carreras de caballos; ahora había atrapado al joven más famoso de Londres. ¿Cómo acabaría aquello? Pero entretanto tenemos esperando a la dama en el corredor.

Su avance hacia el salón de baile era tan digno de ver como su sonrisa; lástima que sólo hubiera *beef-eaters* para verlo. Pero los *beef-eaters* tenían la vista petrificada en sus alabardas. Los sones de un vals dictaban el ritmo de sus pasos, porque Sylvia se movía siempre armoniosamente, con el porte de la mujer acostumbrada a atraer todas las miradas. Se movía sin prisa, y con aparente inconsciencia, erguida como una egipcia que portase fardos sobre la cabeza, pero con la majestuosidad de la mujer cuyo único fardo ha sido una corona. Ahora se movía por el corredor, entre los *beef-eaters*, como en su ambiente propio y natural, avanzando hacia un salón de baile real atestado del gran mundo de Londres y las dignidades del Imperio, un salón de baile en el que se abriría una avenida a su paso, en atención no tanto a su posición mundana cuanto a su prerrogativa personal; pero ésa era su peculiaridad, moverse siempre como en su ambiente propio y natural, lo mismo al avanzar envuelta en satén y perlas por un corredor del palacio de Buckingham que al salir, con un traje de *tweed* y botas gruesas, de una casita de campesinos, agachándose bajo el dintel, para ocupar su puesto (apoyada en una horquilla, rodeada de armas) en la foto de sobremesa de la montería de lord Tomnoddy en su coto del Perthshire. Hiciera lo que hiciera daba un aire singularmente apropiado y favorecedor a sus circunstancias. Otro tanto ocurría con su vestuario, pues gozaba de la envidiable cualidad de prestar un carácter nuevo a todo color que se pusiera encima; el azul parecía un azul más vívido, el gris un gris más sutil, el negro un negro más intenso cuando ella los lucía; y el *tweed* o el tafetán parecían lo único que una mujer debía vestir, según que lady Roehampton se vistiera de tafetán o de *tweed*. Tenía sus

imitadoras, que se sorprendían y se disgustaban al descubrir que la misma indumentaria no producía el mismo efecto sobre ellas.

Una familia provinciana que en ese momento entraba en el corredor la vio, y murmuró su nombre con un leve temblor de emoción. Padre, madre e hija habían «llegado» al caserón de Belgrave Square para pasar la temporada. Así se había anunciado en las páginas del *Times*, aunque sin decir que lord y lady O. se estaban dando martirio por lo que consideraban su deber para con su hija. Personas de impecable respetabilidad y linaje histórico, de tiempo atrás venían esperando con horror este año en el que forzosamente tendrían que trasladarse a Londres en el mes de mayo, con toda su casa, sus coches y su vajilla, para consagrarse durante tres meses a la tarea de «sacar» a su Alice, lo que suponía no sólo cansancio para ellos, sino también un constante e irritante temor de posibles contactos con cosas y personas que no les iban a gustar. Por mucho cuidado que pusieran en elegir las casas donde permitirían ir a su Alice, la sociedad y las costumbres se habían relajado tanto —en su opinión— que hasta las mejores casas podían verse invadidas por gente indeseable. Aquí, sin ir más lejos, nada menos que en el palacio de Buckingham, nada menos que en el baile de la corte, la primera persona que veían era una persona con la que, ciertamente, lady O. no podía dejar hablar a su Alice. ¡La célebre lady Roehampton! Que su sola presencia era pervertidora lo demostraba el efecto que produjo en dos de los tres miembros de la familia provinciana. Alice se dejó materialmente estremecer por un terrible arrebató de envidia, como ante posibilidades súbitamente reveladas; lord O. la miró embobado, se ajustó la ancha banda roja y pensó: «¡Eso es una mujer de bandera, qué caramba!». Sólo lady O. se mantuvo fiel a los principios de la familia, y se irguió muy derecha, de modo que uno de los brillantes de su diadema se puso en línea con una cornucopia y lanzó al ojo de un *beef-eater* un prismático punto de luz que le hizo parpadear. ¡Jamás, pensó, jamás! Ni aunque el mismísimo rey la presentara.

La entrada de lady Roehampton en el salón de baile suscitó el revuelo al que ya estaba acostumbrada. El embajador extranjero que se inclinó para besar su mano simbolizó con ese gesto la disposición de todos los hombres que la miraban y se apartaban ligeramente, abriendo paso. Ese homenaje, como siempre, realzó su

encanto. Aunque el salón estaba atestado de figuras brillantes y diversas, lady Roehampton fue en seguida uno de sus focos, llenando el espacio inmediato de un aroma de gentileza que se desprendía de su personalidad entera. Caminaba muy despacio, solícitamente atendida, como si apenas se fijase en quienes reclamaban su atención, y sin embargo retribuyéndoles a todos, al cabo, con una sonrisa que singularizaba a cada uno como objeto especial de su favor. Pero ¿sería lícito que nos preguntásemos, acogiéndonos al privilegio del novelista, qué era lo que realmente ocupaba su pensamiento tras una fachada de seguridad tan exquisita? ¿Estaba tan habituada al espíritu de tales reuniones que ya no tenían ningún hechizo para ella, como lo tenían para la Alice de lord y lady O., venida del campo? Uniformes, alhajas, condecoraciones; apellidos famosos por la historia pasada o el logro presente; riqueza, gobierno, representación, realeza: ¿no tenía fuerza ese espectáculo para encender su imaginación? ¿Estaba demasiado inmersa en él? ¿Sería posible, en efecto, que le diera dos dedos al nuevo virrey sin pensar en la India que iba a gobernar? ¿Sería posible que al saludar con la cabeza al primer lord de la Marina no se le pasara por la mente más que «¡El bueno de Jacky!»? ¿Ni siquiera se formulaba para sí el pensamiento: «Aquí estoy yo, la bella Sylvia Roehampton, tan famosa en París como en Londres, retratada por todos los pintores de moda desde Carolus Duran hasta Sargent, entrando en el salón del baile de la corte?»). ¿Lo tomaba como si tal cosa, junto con todo lo demás?

Son, quizá, preguntas sin respuesta; principalmente porque la propia interesada, aun con buena disposición y voluntad de colaborar, no habría podido dársela. No cabe ninguna duda de que la bella Sylvia Roehampton se habría quedado muda ante el interrogante novelista. ¿Cómo se responde a quien te pregunta si eres consciente de estar hablando en tu propia lengua? «Me habla en mi lengua; yo le contesto en mi lengua; es el virrey de la India; yo soy la mujer más bella de Londres»: el paralelismo parece obvio e innecesario. Está claro que Sylvia no pensaba nunca en esas cosas; con el propio reconocimiento de pensar en ellas, la pregunta habría quedado automáticamente contestada; el hablante se habría señalado como extranjero.

Entretanto, majestuosa y deslumbrante (M. de Soveral decía siempre que no conocía a ninguna otra mujer capaz de mostrarse a la vez majestuosa y voluptuosa, de modo que no se sabía decir si era más *grande dame* o *grande*

amoureuse), se entregó a los brazos del hijo de Ambermere y al ritmo de un vals. Consciente o no, no tenía la menor intención de quedarse entre el gentío cuando la parte más deseable del salón estaba al fondo, cerca del estrado real; y entrar en el baile parecía la manera más rápida de acercarse a donde quería estar. Bailó, pues, y le dio resultado, porque en seguida se encontró de charla con el rey, que al verla la había llamado por señas para aliviar su aburrimiento, y que ahora se reía con ella mientras el hijo de Ambermere se mantenía a un lado y el resto del salón los observaba por el rabillo de un ojo —el ojo obsequioso siempre vuelto hacia la realeza—, aunque fingiera no estar haciendo nada semejante. Era bien sabido que lady Roehampton se contaba entre los íntimos del rey, y muchas fueron las miradas de envidia, desdén y censura que se le lanzaron mientras, moviendo con donaire el abanico, conversaba con el rey y le hacía reír. Muchas mujeres habrían querido estar en su lugar —esposas de funcionarios, esposas jóvenes de miembros de la nobleza territorial más distinguidas por su cuna que por su elegancia, esposas de secretarios chilenos de embajada—, pero las que consigo mismas eran sinceras tenían que reconocer que no sabían hacerlo tan bien como lo estaba haciendo lady Roehampton. En realidad, cara a cara con el rey habrían caído en una azaramiento extremo. Era una situación embriagadora pero temible; porque el rey, aunque sabía ser muy jovial, se desinteresaba fácilmente, y tamborileaba con dedos irritables en el brazo del sillón o sobre el mantel. ¡Qué abismo había entre distraer al rey y aburrirle! Y, para una mujer, todo dependía de en qué lado del abismo se estuviera. La vida y la muerte iban en ello. Quizá más de una de las presentes esa noche se creyera capaz de hacer una reverencia tan opulenta como la de lady Roehampton; pero ¿qué mujer habría respondido de poder sostener ese gesto inicial con igual acierto y desenvoltura? No es extraño que mirasen con envidia y comentasen con sarcasmo. Lady Roehampton, consciente de sus miradas, podía darse el lujo de saborear el sarcasmo.

El embajador de Italia y la marquesa Potini, llegados al alcance de la mirada real, debían recibir el saludo de Su Majestad; ante sus excelencias italianas, las reglas de la cortesía no exigían menos que un paso impulsivo hacia delante y la mano extendida. Lady Roehampton se apartó discretamente, quizá un poco aliviada por esa intervención. La etiqueta no le permitía retirarse del todo, pero podía quedarse en reserva, por así decirlo, hablando en voz baja con el hijo de

Ambermere, a la espera de ser de nuevo solicitada, una vez cumplidas las cortesías diplomáticas, o despedida. Pero la marquesa Potini, una romana bien plantada, dominante, con el cabello recogido hacia arriba, a la manera dieciochesca, para dejar al descubierto las orejas, que eran notables por su pequeñez y su exquisito modelado, no parecía nada inclinada a soltar al rey; su voz ronca seguía sonando con gran aplomo, y la mirada experta de lady Roehampton empezó a discernir signos de aburrimiento bajo la perfección de los modales regios. No podía decirse que el rey estuviera pensando en otras cosas; no, pero había empezado a jugar con la pulsera de plata que llevaba en la muñeca. Sylvia no tuvo otro remedio que llevarse con mucho tacto a los Potini.

Los tres se sentaron un momento en un sofá, y Sebastian se acercó, saludó a la embajadora con una inclinación y solicitó un baile de lady Roehampton. Sus ojos chispeaban por debajo de su gesto grave. La marquesa, nada insensible a los encantos de los jóvenes de buen ver —y ciertamente estaba guapo Sebastian, de uniforme azul y oro con el cuello rojo—, la marquesa, juguetona, le dio unos golpecillos con el abanico. «Conque aquí está nuestro réprobo», dijo; «¿cuál será la siguiente locura que oigamos de él? ¿Va usted a volver a jugarse la vida, o a destrozarse otro corazón?»

A Sebastian no le gustaba ese género de conversación; le aburría y le azaraba. Permaneció callado, sonriendo cortésmente. Entonces dijo Sylvia:

—Se tiene que casar, ¿verdad, marquesa? Yo no hago más que decirle que se tiene que casar, aunque sólo sea para fastidiar a sus herederos. Su anciano tío, que vive envenenado por la duda de si Chevron llegará a ser suyo o no. Sus primos, que aún cavilan más sobre el asunto, porque son más jóvenes y tendrían más tiempo para disfrutarlo. Únicamente con que Sebastian se casara y tuviera un heredero directo, toda esa gente dejaría de hacer cábalas y podría pensar en otra cosa. Podrían empezar a buscarse la vida por su cuenta, al margen de Chevron. Tienes que buscar novia —dijo dirigiéndose a Sebastian, y mirándole con esa mezcla de picardía y ternura burlona que sólo puede darse entre amantes en la presencia restrictiva y estimulante de personas extrañas.

—¡Novia! —dijo la marquesa, arrastrando la *o* y mirando a Sebastian con cariño, exactamente con el talante con que mucha gente mira una foto de una pareja de novios en el periódico y se proyecta en un estado de indignación sexual en pro de una u otra de las partes, un estado de ánimo que cabe resumir en la

exclamación: «¡No vale él ni la mitad que ella», o: «¿Qué habrá podido ver un hombre tan atractivo en esa birria de mujer?»; un estado de ánimo que sólo encuentra una cierta satisfacción lujuriosa en la contemplación de una pareja perfectamente igualada en los ingredientes básicos de juventud, presunción y belleza física—. ¡Novia! —dijo la marquesa—; ¿y dónde le encuentra usted novia al duque, lady Roehampton? ¿Qué prisas tiene de casarle? Espere, espere; a lo mejor su futura está todavía en el colegio, peinando trenzas. ¿Con cuál de nuestras jovencitas le querría usted casar?

—Yo le quiero casar con mi hija —dijo lady Roehampton con desparpajo—, pero es un testarudo: no se deja atrapar. Nos tiene desesperadas a su madre y a mí. Con lo amigas que somos, y lo que nos gustaría tener nietos en común. Pero ¿usted cree que este muchachito hace caso? Quiá. Se ríe y me mira como si yo fuera otra de esas madres intrigantes. Ésa es toda la recompensa que recibo por mis esfuerzos.

Se echó a reír mirando a Sebastian, y captó la expresión de su mirada. Un estremecimiento de placer la recorrió. No le pedía más a la vida que lo que le estaba dando en aquel momento, aquella combinación de brillantez, coqueteo, pasión; y por un instante olvidó el pensamiento que la consumía a toda hora: ¡Por qué no seré más joven! Era totalmente feliz. En seguida le diría a Sebastian que esa noche estaría sola. Ni George ni Margaret. Pero aún no. Le tendría en vilo un poco más. Prolongaría esta hora en que él la buscaría y ella le esquivaría. Con esa idea se alejó en compañía del viejo lord Wensleydale, que la rondaba derretido; lanzó a Sebastian, según se iba, una mirada que era casi una mueca; y durante la media hora siguiente, cada vez que le veía acercarse, se apresuró a aceptar la invitación al baile de otro; con lo cual, en el primer baile de palacio de la temporada, proporcionó un placer inesperado a muchos hombres con quienes su política habitual era el desaire.

Él la atrapó al fin; y la Alice de lady O., que estaba sentada al lado de su madre —pues nadie parecía inclinado a sacarla a bailar—, murmuró al oído de esa dama que aquél era el joven de quien tanto habían oído hablar. Parecía muy malcriado y muy desdeñoso. Pero ¡qué romántico, tan moreno, con aquel uniforme de cuello rojo! ¡Y qué buen tipo tenía, y qué piernas tan largas, con

aqueños pantalones ceñidos con una raya dorada al costado! La cabeza de Alice rebosaba ideas. Pero lady O. miró a Sebastian con desaprobación, e instintivamente buscó con los ojos a lady Roehampton, que estaba coqueteando con otros dos jóvenes, sin apenas dar respuesta a la solicitud apremiante, pero respetuosa, de Sebastian. De pronto, sin embargo, pareció capitular; puso una mano sobre el brazo de Sebastian; abandonó a los dos jóvenes; y en brazos de Sebastian se dejó arrastrar al torbellino de los danzantes. Alice los siguió con la mirada, y se quedó muy asombrada cuando su madre hizo una alusión agria a la decadencia del mundo moderno.

IV Sylvia

Pensando como pensaba, lord Roehampton lógicamente se llevó un disgusto al recibir un paquete con una veintena de cartas dirigidas por Sebastian a su mujer. De la primera ojeada vio lo bastante para entenderlo todo, y con un movimiento rápido metió el paquete en un cajón de su escritorio y cerró el cajón como si le hubiera mordido una serpiente. Luego se sentó y se quedó mirando al cajón. Todas las reflexiones habituales en un caballero en esa desafortunada situación empezaron a correr incontinentes por su cerebro, y no hace falta que aquí las repitamos en detalle; a la incredulidad honorable siguió el convencimiento renuente, al convencimiento renuente la indignación convencional, a la indignación convencional la ira primitiva, y finalmente la ira primitiva quedó cancelada por el simple dolor humano. Lord Roehampton miraba fijamente al cajón, y era un hombre muy desgraciado. Si por casualidad hubiera entrado Sylvia en ese momento, de fijo que él habría alzado el grito, sin esperar a más; pero tuvo tiempo de recobrase, de consultar consigo mismo y de decidir que no debía hacer nada precipitado. Largo rato permaneció hundido en el asiento; luego volvió en sí, sacó lentamente las llaves del bolsillo del pantalón, buscó la correspondiente, se inclinó, insertó la llave, cerró con ella el cajón, volvió a meterse las llaves en el bolsillo y lentamente subió al piso de arriba.

Aunque no era mucho lo que sabía de sí mismo, cincuenta años de vida le habían servido, al menos, para darse cuenta de que su cerebro, considerado como instrumento, trabajaba despacio y con parsimonia. Necesitaba mucho tiempo para absorber una idea nueva o tomar una decisión; de ahí que lord Roehampton

no pudiera dejar de sentir como un grave abuso que de buenas a primeras se le presentara una idea totalmente nueva y particularmente dolorosa, y se le pusiera en el trance de tomar una decisión de la máxima importancia. Deberían haberle prevenido, y nadie le había prevenido. Cuando llegó a lo alto de la escalera también había llegado ya a la decisión de que todavía no debía tomar ninguna decisión. Se tomaría una semana para pensarlo. Antes tenía que acostumbrarse a varias verdades: que Sylvia le era infiel; que probablemente no era la primera vez; que por lo menos una persona —el remitente de las cartas— lo sabía. (Hasta mediada la noche no se le ocurrió que seguramente lo sabría todo el mundo, que todo el mundo lo sabría desde el principio menos él. Se acordó de un chiste que había sobre eso en una comedia de Flers y Caillavet que habían visto en París; el público se había reído, y Romola Cheyne, que estaba con ellos, viéndole desconcertado, porque su dominio del francés era modesto, se la había traducido; en el momento le pareció un detalle amable por su parte, pero ahora le entró la duda.) Buen conservador, tenía bien implantado el principio de no apresurarse en nada. Cuanto mayores fueran las consecuencias, mayor la necesidad de obrar con deliberación. En el mundo ruinoso de su vida privada, ese axioma seguía en pie; a él volvió tras los primeros embates de furia que habían estado a punto de arrastrarle. «Una semana para meditarlo.» Las propias palabras le daban una cierta tranquilidad; de momento era un asunto privado entre él y su cajón; nadie tenía por qué saber lo que pasara entre él, sus principios, su corazón y su conciencia. Estaba acostumbrado a la reserva. Aquella noche, cuando iba con Sylvia en el *brougham* camino de una cena, no le acometió ningún impulso de dar rienda suelta a la verdad, aunque el *brougham* saltara por los aires, como podría haberle acometido a otro hombre menos mesurado.

En la semana siguiente mantuvo su determinación sin demasiado esfuerzo. Dos veces fue Sebastian a comer con ellos; y hasta fue una vez a cenar, y dio el brazo a la anfitriona para entrar en el comedor, como era, de hecho, inevitable. Lord Roehampton, desde su extremo de la mesa, no los observó apenas, como habría observado un hombre obsesionado por los celos, porque su problema era menos cuestión de celos que de principios. No era tanto que amase a Sylvia cuanto que Sylvia era su mujer. Sylvia era lady Roehampton. Llevaba su apellido. Ahora,

repuesto del primer golpe, no pensaba ya en Sebastian en términos personales; Sebastian había pasado a ser un símbolo, una equis. Pero, a medida que el elemento personal perdía importancia en la visión de lord Roehampton, la resolución impersonal se acrecentaba en la misma proporción. «A mí no me toman el pelo» era el soniquete que le martilleaba en la cabeza. «O mi mujer se porta como debe o deja de ser mi mujer» fue otra frase que acuñó para sí en aquellos penosos días, y que le proporcionó mucho apoyo y satisfacción. Al término de la semana ya estaba realmente convencido de que su severidad hacia Sylvia iba enteramente dirigida a lady Roehampton.

A ratos se apoderaba de él un remordimiento sentimental, cuando veía a Sylvia entregada a sus distracciones, ignorante de la tormenta que se le venía encima. Sentía entonces lo que podría sentir un hombre oscuramente apostado entre bastidores con un revólver apuntando hacia la reina del ballet, risueña y triunfante en medio de sus piruetas. Cuando acababa de desayunar y leer el *Times* subía a la alcoba de su mujer, y la encontraba todavía acostada en la ancha cama sembrada de anotaciones y papeles domésticos, dando órdenes a la doncella para que le sacara distintos trajes con sus accesorios, y decidir así qué se ponía ese día. Podía haber, pues, ocho o diez selecciones desplegadas por las sillas de toda la habitación, cada una con sus zapatos, medias, sombrero, velo, boa y sombrilla, mientras Sylvia, recostada en el lecho como Cleopatra en su trono, desdeñaba unas cosas, dudaba entre otras, se enfurecía con esto y se inclinaba en favor de aquello, manifestando que odiaba el rosa y que no sabía cómo se lo había podido encargar, tan pronto diciendo que Worth era el único modisto que la entendía como que nadie sabía cortar un delantero como Paquin; y, finalmente, que no tenía nada decente que ponerse, pero que hoy tendría que salir del paso con el *shantung*. Era frecuente que, ya completamente vestida, y luego de mirarse y remirarse en el espejo grande, declarase que no podía salir con aquel aspecto y volviera a cambiarse de la cabeza a los pies, porque prefería tener tres cuartos de hora esperando al resto de los invitados a un almuerzo que quedar por debajo de sus propios cánones de perfección. Era un culto, un rito que celebraba al servicio de una doble deidad: su belleza y la sociedad a la que servía de decoración. Su marido, contemplándola, viendo los conocidos gestos

con que se recogía un rizo suelto o se prendía un lazo acomodándolo justo debajo de la oreja, y oyéndola parlotear sobre el baile de la noche anterior — porque en la vida íntima era tan dicharachera como un niño contento—, no sentía más que tolerancia hacia aquella hija de la frivolidad y la vanidad desmedida. Luego recordaba que allí donde fuera seguramente se encontraría con Sebastian, y se reafirmaba en su propósito.

La situación vino a complicarse con un acontecimiento en la vida de Margaret. Margaret había conocido a un joven pintor que se había enamorado de ella; ella también se había enamorado, y se quería casar con él. «¿Pero dónde ha podido conocer a semejante tipo?», dijo lady Roehampton, retorciéndose las manos; «yo creí que estaba a salvo con Clemmie y Ernestine.» Al parecer no lo estaba. Un día llegó a casa de sus padres radiante, transformada. Dijo que Adrian tenía un gran futuro por delante y la que hasta entonces fuera una chica torpe argumentó con verdadera inspiración. Aquella excentricidad de su hija fue muy útil para acercar a lord y lady Roehampton; Sylvia sintió verdadera gratitud hacia George por su firmeza, y George casi se olvidó de su mortal desaprobación de Sylvia al ver con cuánto empeño le secundaba. Algunos principios conserva, pensó; no ha perdido del todo el sentido de la decencia. Era manifiestamente imposible permitir que Margaret se casara con aquel tipo. Para empezar, era ilegítimo y manifestó alegremente no poder decir quiénes eran sus padres, porque le habían dejado a la puerta del hospicio envuelto en papel de estraza, con el nombre «Adrian» en un papel prendido al chal. «¡Pero, muchacho...!», dijo George; y aunque se contuvo y no acabó la frase era evidente que quería decir: «No esperará usted que nos contentemos con eso para nuestra hija».

Margaret lloró, y lord Roehampton, que la quería sinceramente, lo sintió mucho. Como habrían hecho casi todos los hombres en esas circunstancias, se marchó de la casa dejando a su hija en manos de Sylvia. Sylvia detestaba todo lo que fueran complicaciones, y más aún si interferían con sus planes; pero tuvo paciencia con la chica y, dándole palmaditas en un hombro, le explicó que a veces había que hacer ciertos sacrificios por haber nacido en cierta posición.

—Mira, Margaret, hija, ése es el precio —dijo—, y todos lo tenemos que pagar, de una manera o de otra. Es terrible quedarse *déclassée* como tú sin duda te quedarías si te casaras con ese pobre chico..., aunque sea una excelente persona —se apresuró a añadir.

—Pero ¿y si a mí no me importa? —dijo la pobre Margaret.

—Tienes que pensar en tu padre y en mí, cariño; sería partirnos el corazón; siempre hemos tenido grandes ambiciones para ti. Además, yo creía que el chico de los Wexford...; eso sí sería un buen matrimonio, que nos haría muy felices a todos.

En ese momento se abrió la puerta para dar paso a la duquesa de Hull: vieja, pintada y dominante.

—¿Qué es lo que oigo, Margaret? —empezó directamente—; ¿que te has prometido con Tony Wexford? Ah, pues te felicito; tengo entendido que la propiedad es preciosa, y aparte de eso tampoco tendréis que estar en Irlanda todo el tiempo.

Esas observaciones desataron en Margaret una nueva riada de lágrimas.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —graznó la duquesa—. ¿No te gusta el muchacho, niña? Bobadas, eso se te pasará en seguida. No seas tontuela, que la ocasión no es de despreciar; ¿verdad que no, Sylvia?

—Margaret cree que quiere casarse con un pintor —dijo Sylvia, mirando a su hija con cierta compasión.

—Pero ¿cómo? —chilló la duquesa—. ¿Un pintor? ¿Qué pintor? Pero ¿dónde se ha visto semejante cosa, casarse la hija de Sylvia Roehampton con un pintor? Por supuesto que no lo hará. Tú cástate con Tony Wexford, que luego ya veremos qué se hace con el pintor —dijo, guiñándole un ojo a Sylvia a espaldas de Margaret.

Margaret, viendo que ni de su padre ni de su madre podía esperar ayuda, se llevó sus penas a otra parte; pero, puesto que a alguien tenía que confiarse, repasó sus amistades en busca de un par de oídos comprensivos. Sus primas no servían; eran excesivamente serias y bien educadas. Hasta este acontecimiento, también Margaret se creía seria y obediente; pero entonces se descubrió en el alma el rumor sordo de la rebelión y, gravemente escandalizada, deseó tener un confidente imparcial que le mostrase dónde estaba la verdad. De nada servía consultar a personas como sus primas, de quienes ya sabía por adelantado lo que le iban a decir. Al fin se decidió por Viola.

No tenía ni idea de qué opinaría Viola. Viola era un misterio. Había

cambiado mucho en los últimos meses. Se dejaba llevar a todas partes como cualquier otra chica de su edad y posición, pero —tal vez porque era silenciosa y observadora— producía en los de alrededor una sensación incómoda de estar únicamente sometándose a algo que despreciaba. Por lo tanto, no despertaba grandes simpatías, a pesar de ser guapa. Además, tenía fama de «lista», y eso, en una chica, era un inconveniente serio; «aunque no sé yo en qué consistirá su listeza», decía Romola Cheyne, «porque prácticamente no habla. Dicky Ambermere dice que no hay quien le saque una palabra del cuerpo». Margaret fue a consultar a Viola casi como se consulta a una bruja. Hizo el camino desde Curzon Street hasta Grosvenor Square a pie, acompañada de su doncella.

Viola estaba en casa. Viendo al instante que Margaret tenía problemas, la llevó a su habitación. Margaret la siguió, sintiéndose torpe al lado de la airosa elegancia de Viola; tosca frente a su calma y su reserva. ¿Cómo habría conseguido Viola pensar tanto a sus dieciocho años? Pero Viola la invitó a sentarse y preguntó directamente qué sucedía.

Margaret hizo una exposición lastimosamente elemental y desmañada. Como casi todas las chicas de su generación, siempre había estado en su lugar, que era creer todo lo que decían sus mayores. Nunca había tenido ninguna libertad de discusión con ellos, ni su madre, a pesar de ser tan animada y liberal, mostró jamás el menor interés en lo que pensara Margaret, dando por sentado que siempre la llevaría detrás de sí como un pequeño remolcador, sumisa, modesta y aquiescente. Desdichadamente para ella, Margaret también lo daba por sentado, considerándose muy afortunada por no tener una madre irritable, como tantas de las chicas que conocía, sino una madre alegre, encantadora, que siempre estaba de broma y no la reprendía nunca, que parecía más joven que las jóvenes de verdad, y sacaba mucho más entretenimiento de la vida cotidiana del que ella habría sabido sacar. Hasta ese momento, Margaret se había sentido muy a gusto. Pero fue una sorpresa para ella ver que Viola, después de escuchar en silencio, se apoderaba de su pobre historieta, la usaba, la inflaba, jugaba con ella, la erigía en símbolo, la interpretaba, la hacía suya; ver, de hecho, con alarma, cómo sus dificultades pasaban a ser propiedad de una mente fuerte.

—Porque, ¿qué han estado pensando nuestras madres de nosotras todos estos años? —dijo Viola—. Que hiciéramos una buena boda, y así poder creer que habían cumplido con su deber hacia nosotras, y librarse de su responsabilidad,

enorgulleciéndose de paso. Una hija triunfadora más un yerno codiciable. Otra posibilidad ni se les ha pasado por la cabeza: que siguiéramos nuestros gustos, por ejemplo. Van como los trenes, sobre raíles; y si tú te fugaras con tu pintor, sería para sus vidas el equivalente de un accidente ferroviario.

—Por eso —dijo Margaret, a voleo— es por lo que no se puede.

—Al revés —dijo Viola—; no se morirá nadie, únicamente se llevarán una sacudida. ¿No ves que sus trenes son de cartón: que están hechos de una mezcla de prejuicios y convencionalismos, decorados con unas cuantas cintas de papel de plata y etiquetados con nombres pomposos? No tienen nada real dentro.

—Claro que sí —dijo Margaret, escandalizada—. Nos quieren. Eso es real.

—¡Nos quieren! ¿De veras? Sí, nos quieren, pero nos sacrifican. Aunque en justicia hay que decir —añadió Viola— que los sacrificados son también ellos. Ni uno solo de nuestros padres o de nuestras madres vacilaría en desgarrarse el corazón si sus deseos llegaran a estar en desacuerdo con sus convicciones. Verdaderamente —dijo—, yo a veces lo encuentro grandioso. Son como mártires camino de la hoguera. Grandioso y absurdo. Pero ¡en aras de qué fe!

Margaret la miraba completamente estupefacta.

—Pero, Viola, ¿qué quieres decir con eso? ¿Acaso no hay que tener principios? ¿Acaso no hay que tener respeto hacia..., sí, hacia la propia clase? Eso es lo que a mí me ha enseñado mi madre, y seguro que a ti también la tuya. A mí siempre me lo han estado repitiendo. Quizá no expresado en esas palabras, pero siempre se ha dado por supuesto. Por eso yo me siento ahora tan mal. A Adrian le encontraron envuelto en unos papeles. No se sabe quiénes eran sus padres, y es lógico que a papá y mamá eso no les guste. Yo lo comprendo. Mi caso es distinto, porque yo le quiero; pero supongo que eso no debe ser determinante. La tía Clemmie dice que no hemos venido a este mundo para hacer lo que nos parezca.

—¿Y tu madre lo dice también?

—Seguro que lo diría. Yo sé que mamá piensa que cada uno debe cumplir con su deber. La semana pasada fue a inaugurar dos bazares.

—¿Y le hicieron fotos, y le dieron un ramo de orquídeas?

—No, de claveles dobles. Pero, Viola, te estás riendo de mí. Me desconciertas muchísimo. Me da la impresión de que estás llena de ideas y sólo

dices la mitad. Es muy inquietante, es como hablar con un socialista —dijo la pobre de Margaret.

—¿Tú has hablado alguna vez con un socialista?

—No, por supuesto. Pero me imagino que sería algo así. Daría la impresión de estar conteniéndose..., dejando pasar sólo unas gotas, aunque por detrás tuviera las cataratas del Niágara. Son horribles..., quieren acabar con todo. Me lo ha estado explicando la tía Clemmie. Todas las cosas en las que creemos las echarían por la borda. Todas las buenas costumbres, todos los principios. ¡Ay, Viola! —dijo Margaret—, yo hago todo lo posible por no perder la cabeza. Pero entre Adrian, y mamá y papá, y ahora tú, todo me da vueltas. Adrian dice que el amor es lo único que importa. Papá y mamá dicen que lo único que importa es el comportamiento. Y tú, yo qué sé lo que dices. Hablas de trenes de cartón, y ya no sé ni dónde estoy. ¿Qué diría Sebastian?

—¿Sebastian? —Viola se quedó como si Margaret le hubiera dado un empujón; hizo una pausa—. No metas en esto a Sebastian; yo creo que Sebastian ni sabe lo que piensa. Hasta ahora lo que ha hecho es darse todos los caprichos, y no sabe por qué no es feliz. Conmigo no habla. Me figuro que no habla con nadie. Se limita a vivir, y trata de no pensar. La gente como nosotros no debe pensar nunca, no vaya a ser que por pensar dejemos de existir. Si Sebastian pensara, se volvería a Chevron.

Viola habría podido decir muchas más cosas de Sebastian, pero no le agradaba hablar de él con la hija de lady Roehampton; porque, a diferencia de la sencilla Margaret, estaba al tanto de las relaciones que había entre los dos. Cambió, pues, de tema; pero, como su resentimiento era intenso y amargo, siguió dándole vueltas para sí, diciendo:

—Al menos digamos, para ser justas con nuestros padres, que no nos exigen nada que no estén dispuestos a exigirse a sí mismos. Tu madre, por ejemplo, apartaría de sí a quien fuera antes que provocar un escándalo. Y la mía también —añadió, porque parecía indelicado señalar a la madre de Margaret; pero ya había lanzado la idea, y Margaret la recogió.

—¿Mi madre, Viola? ¿Un escándalo? Pero ¿a quién iba a apartar? Mi madre no ha dado nunca ningún escándalo. No te puedes imaginar lo bien que trata a mi padre, a pesar de tener gustos tan distintos. De todos modos, ¡qué raro es que haya escándalos entre personas como nosotros! Esos asesinatos horribles pasan

siempre en las clases trabajadoras, o en Nápoles.

—Margaret, eres realmente deliciosa. No pretendía decir nada en contra de tu madre, y creo que la educación que te ha dado es una prueba excelente de su sentido moral. ¿Qué, te tranquiliza eso? No te preocupes, cariño; no quería decir nada, era sólo una hipótesis.

Pero Margaret insistió.

—Querías decir algo, aunque quizá no fuera a propósito de mi madre. ¿Quieres decir que la gente, la gente que conocemos, hace a veces cosas que no debiera? ¿Cosas realmente malas? ¿Las peores? Viola, dímelo. Nunca se me había ocurrido pensarlo, pero ahora veo que a lo mejor están pasando cosas continuamente y yo no me entero, o no me fijo. Tú parece saber muchísimo más que yo. ¡Ay, Señor! —dijo—, ¿qué diría la tía Clemmie?

Viola miró su cara redonda y perpleja. Le dieron muchas ganas de iluminar a Margaret. Le dieron ganas de decir: «Está bien, si quieres saber la verdad, aquí la tienes. La sociedad en la que tú vives está formada por gente que es a la vez disoluta y prudente. Quieren divertirse, y quieren conservar su posición. Brillan por encima, pero por debajo son estúpidos: tan estúpidos que no reconocen sus propias motivaciones. De sí mismos sólo saben muy pocas cosas: que necesitan mucho dinero, y que tienen que dejarse ver en determinados sitios, en relación con determinadas personas. A pesar de sus esfuerzos por convertirse en imágenes pintadas, por algún lado siguen siendo humanos, y tienen que tener sus amoríos, que a veces son artificiales, y otras veces auténticos y por lo tanto incómodos. Pase lo que pase, lo primero es servir al mundo. Con ese credo, necesariamente han de ser ruines y mezquinos, a pesar del brillo exterior. Y además son envidiosos, rencorosos, interesados; arrogantes y fríos. En cuanto a nosotros, sus hijos, nos dejan en la más completa ignorancia de la vida; nos transmiten únicamente las ideas que según ellos deberíamos tener, y nos tratan de la manera más despiadada si nos negamos a pasar por el aro».

Pero Viola se guardó sus acusaciones. Pensó para sus adentros que Margaret tenía muy buenas condiciones para el futuro que lady Roehampton deseaba para ella; haría un papel excelente como esposa de Tony Wexford. Veinte años más, y estaría fraguando muy a gusto en el mismo molde que había dado forma a lady Wexford *mère*, a lady Porteviot y a sus propias tías. Adrian era una anomalía que había entrado en su vida sin saber cómo, y Viola sospechaba, además, que los

pintores jóvenes y ambiciosos no eran reacios a mejorar de posición social; porque no le cabía en la cabeza que un bohemio atractivo como era Adrian se hubiera enamorado realmente de Margaret. No había querido decirle a Margaret que le había visto en el Café Royal, lugar que ella frecuentaba bajo el más estricto incógnito. No, pensó Viola; no estaban hechos el uno para el otro.

Así que intentó reparar el daño que había causado, y Margaret se marchó desconsolada, tras recibir algunos consejos con los que su madre habría estado muy de acuerdo, pero con la sensación de que Viola le había fallado en el último momento. No había esperanza en nadie. Viola había empezado criticando a sus padres —y en unos términos, además, que Margaret no había oído nunca—, pero había acabado poniéndose de su parte. ¿Qué había de creer la pobre Margaret? Nunca había sentido con tanta fuerza su ignorancia y su falta de experiencia. Ahora la jovialidad de su madre la deprimía, y la cháchara habitual sonaba a falso en sus oídos; se sorprendía analizando y juzgando, en lugar de aceptarlo todo con fascinada admiración.

A Leonard Anquetil le habría regocijado saber que su levadura, transmitida a través de Viola, estaba actuando en aquella chica rechoncha que había visto en Chevron, pero con la que no había cruzado palabra. Lo supo unos seis meses después, porque cuando Margaret se marchó, Viola se sentó a escribir su carta semanal; le llegó en Manaos, y le divirtió mucho.

Fiel al programa que se había impuesto, lord Roehampton se presentó en la habitación de Sylvia al cumplirse exactamente la semana. Es decir, había recibido el paquete a las tres de la tarde, y a las tres de la tarde llamó a la puerta de Sylvia. Debía tomar el tren que salía para Newmarket a las cuatro y cuarto. Sylvia estaba sentada frente al espejo, preparándose para salir. Habían tenido media docena de invitados a almorzar; la reunión había sido un éxito; ella había observado vagamente lo simpático que sabía ser George como anfitrión, a su manera sencilla; se sentía bien dispuesta hacia él, principalmente porque había podido convencerle de que acudiera a su cita de Newmarket en vez de acompañarla a la ópera esa noche, y en parte también porque Margaret, oficialmente prometida a Tony Wexford, estaba de visita en casa de su tía Ernestine. George la había ayudado mucho en esa cuestión, y todo contribuía a

que Sylvia estuviera de buen humor. Así que le sonrió desde el espejo al verle entrar. En ese momento se estaba prendiendo el sombrero; a su lado, la doncella le sostenía las horquillas, con cara de preocupación y dando unos respingos y carreritas que quizá la habrían irritado en otro día menos propicio, pero que hoy aceptaba sin fijarse demasiado, simplemente porque se sentía libre y feliz y de buen humor con el mundo entero. Ni George ni Margaret le inspiraban mucho cariño cuando se los quitaba de encima. Su querido George; un buen hombre, convenientemente obtuso, pero buen hombre de todos modos, aunque los cuellos le quedaran siempre altos y el sombrero hongo pequeño.

—George, cariño —dijo.

—Puede usted retirarse, Sheldon —dijo él a la doncella—. La señora la llamará cuando la necesite.

Sylvia se volvió en el asiento y le miró extrañada; era la primera vez que su marido, tan suave, se conducía de una manera tan arbitraria.

—¿Por qué me despides a la doncella, George? Me estoy arreglando para salir. ¿No te ibas tú también? ¿Qué ocurre?

Vio entonces que él tenía un aspecto muy extraño; se había cambiado la ropa de Londres por un traje de *tweed*, pero estaba congestionado y no hacía más que llevarse la mano a la corbata y volverla a bajar. Con la otra, metida en el bolsillo de la chaqueta, manoseaba algo que llevaba en el bolsillo; lo sacaba a medias y luego, pensándolo mejor, lo volvía a guardar. Parecía como si con dar aquella orden a la doncella se le hubiera vaciado temporalmente el depósito de la decisión y estuviera esperando a que se le volviera a llenar para extraer más. Entretanto mantenía una mirada muy fija sobre Sylvia, y tragaba saliva; la nuez se le atascaba en el cuello de la camisa, y tosió un par de veces como si el hacerlo le fastidiara, como si se sintiera ridículo. A Sylvia se le ocurrió una idea absurda: «Va a vomitar», pensó; y luego pensó: «tiene alguna mala noticia que darme», y su pensamiento voló hacia Margaret, porque sabía que George no habría vacilado de ese modo para darle una mala noticia referente a Sebastian. Le habría dicho de sopetón: «Acabo de saber que Sebastian se ha lesionado hoy jugando al polo», o lo que fuera el accidente; así que Sylvia apartó en seguida ese terror de su mente, y al mismo tiempo sintió que la sangre le huía del cuerpo como si de pronto se la hubieran extraído toda, tal había sido su espanto y tal el alivio al darse cuenta de que era infundado.

—¿George? —dijo, y llegándose hasta él le asió por las solapas.

—Es eso —dijo él, apartándose de ella y arrojando sobre el tocador el paquete de cartas.

A ella le bastó una ojeada.

—¿Desde cuándo las tienes?

—Desde hace una semana.

—¿Una semana? ¿Y no has dicho nada? ¿Puedo preguntar de dónde las has sacado?

—Del correo. Un anónimo.

—Bien, ¿y qué vas a hacer?

—Eso depende de ti.

—¿De mí? ¿Quieres que te diga que son falsas?

—No. No son falsas. —El papel de cartas de Chevron yacía abierto sobre la mesa, mostrando bien visibles las palabras ardientes escritas con la letra de Sebastian.

—¿Te vas a divorciar de mí, George? —Absurdamente, su pensamiento voló a los Templecombe.

—Lo he estado pensando. En un principio pensé que debía divorciarme, pero eso significaría un tremendo escándalo. No me creo capaz de afrontarlo. Además, no me agrada la idea de dar publicidad a estas cosas, es dar muy mal ejemplo. He decidido no divorciarme de ti si haces lo que yo te diga.

—¿Qué es...?

—Tú misma lo sabes.

—¿Dejar de ver a Sebastian?

—Naturalmente.

—Pero, George —dijo ella, atemorizada frente a aquella mirada dura, espantada ante aquella catástrofe repentina, buscando desesperadamente una salida—, ¿yo cómo voy a..., no es posible..., me lo encontraré en todas partes..., y qué le voy a decir a Lucy? Puedo prometerte que no haya nada más de..., nada de eso, pero ¿cómo quieres que no le vuelva a ver?

—He pensado en eso. Cerramos esta casa y nos vamos a Wymondham. Ya has tenido veinte años de esta clase de vida. Yo la he aguantado por darte gusto; ahora aguanta tú Wymondham por darme gusto a mí.

—Dios mío, no me has dado tiempo para pensar...; ¿no te basta con que te

jure que renuncio a él como amante?

Lord Roehampton no respondió; la miraba con gesto de odio y desprecio.

—¡George! Ya sería bastante castigo; yo le quiero.

—Eso déjalo fuera, por favor; no quiero saber nada de tus sentimientos.

—¿Ni siquiera quieres saber qué sentiré hacia ti si me destrozas el corazón y me encierras en el campo? ¿Qué clase de vida te parece que iba a ser la nuestra? Nos trataríamos con corrección delante de los criados, delante de Margaret, pero por dentro yo te odiaría. Sé generoso conmigo, George, y no lo lamentarás. Deja que le conserve como amigo.

—Sylvia, ¿cómo puedes proponer algo así de pueril? Con eso no haces más que demostrarme lo vana y lo irresponsable que eres. Podrías ser mi hija más que mi mujer. Ya veo —continuó, con una sensación de agravio creciente— que no aprecias en nada mi generosidad. —Y, en efecto, empezaba a sentirse como quien ve menospreciada y pasada por alto su magnanimidad, en vez de verla reconocida con lágrimas instantáneas de remordimiento y gratitud. Toda la pomposa solemnidad que yacía en él latente se hizo de pronto manifiesta cuando Sylvia, según él lo interpretó, quiso que fuera él quien tuviera que justificarse.

—Ningún otro hombre —siguió diciendo— te habría dado una segunda oportunidad. Otro te habría puesto de patitas en la calle. Y en lugar de agradecerme, en lugar de hincarte casi de rodillas, te atreves a discutir conmigo, te atreves a pedir más favores.

—¡Y tú pareces un marido de la época victoriana! —clamó ella, enfureciéndose a su vez.

—Ah, ya sé que mis principios no son los tuyos —respondió él—; nunca he sido muy moderno. Lo único que he hecho ha sido dejar que te divirtieras sin darme cuenta de que me estabas engañando, y ahora que te descubro y te hago la oferta más generosa que puede hacer un hombre en mi situación, te revuelves contra mí y pretendes insinuar que te trato mal.

—Estás armando un alboroto absurdo —dijo ella, tratando de cambiar el tono de la conversación—; cualquiera que te oyese creería que te has pasado la vida en un claustro. ¿Tú no sabes cómo vive la gente? Por supuesto que lo sabes. Tú no te niegas a ir a Chevron sabiendo que Harry Tremaine es el amante de Lucy, ni te niegas a cenar con... —pero aquí, nuevamente, el nombre es tan augusto que por respeto al impresor hay que dejarlo sin registrar—. Entonces,

¿por qué, cuando se trata de mí, tienes que comportarte como si estuviéramos en 1850? Porque soy tu mujer, supongo —dijo en son de mofa, sintiéndose entretanto como si estuviera dando alaridos de terror en una ratonera.

Algo de la imitación que hacía Sylvia de su pomposidad provocó en él una ira física, una exasperación como la que suscita un golpe en el codo; la agarró por las muñecas y la sacudió atrás y adelante, y al cabo la arrojó sobre la cama. Ella, jadeante, descompuesta, le miró con mudo pavor; la violencia era un elemento que no había entrado nunca en su composición de la vida. La habitación lujosa, el blando lecho, la colcha de seda, todo era incompatible con aquella conducta primitiva. En un mundo en el que los modales lo eran todo, ¿qué quedaba a donde agarrarse si se tiraban los modales por la borda, si los hombres empezaban a tratar a sus mujeres como mujeres y no como damas? El propio George, casi de inmediato, se quedó igualmente horrorizado. Por un instante permaneció erguido sobre ella, temblando de pasión y asustado de su deseo de asesinar; luego su educación volvió a imponerse, y sintió vergüenza y estupor de que pudiera haber una escena así entre personas como él y Sylvia.

—Mira lo que has hecho —dijo—; me conviertes en una bestia, me haces olvidar el decoro que hay que guardar. Pero no voy a disculparme. Probablemente sea la primera vez que hay algo de sinceridad entre nosotros. Hemos vivido en la superficie, jamás hemos sabido nada el uno del otro. Tú no me tratabas mal del todo, y Dios sabe si yo no me he dejado manejar. No llores así —dijo ásperamente, porque Sylvia, desfondada, sollozaba sobre las almohadas—; no voy a retirar nada de lo que he dicho, por mucho que llores. Puedes estar agradecida de que te respete. Y no lo hago por ti, ni por mí siquiera; tú sabes mis motivos. Y está Margaret. Tenemos que mantener la farsa; es un deber hacia la chica.

Hizo una pausa. La ira le había sostenido, pero ahora era como si todo se hubiera desinflado.

—¡Qué diría Clemmie si lo supiera! —dijo, absurda y lastimosamente.

Miró su reloj.

—Sylvia, me tengo que ir. Intenta sobreponerte. Que no vea Sheldon que has estado llorando. ¡Sylvia! —dijo, tocándola en un hombro.

No obtuvo otra respuesta que un murmullo inarticulado.

—Cuento con que estés preparada para salir de Londres al final de la

semana. ¿Me has oído?

—Te he oído —repuso ella.

George se había ido; Sylvia se paseó por la habitación, golpeándose en la frente con los puños; miraba los útiles de su tocador, y lamentaba que sus cepillos del pelo no fueran de madera, en vez de ser de plata repujada, y no ser ella, por la misma providencia, una mujer de origen humilde que pudiera huir con su amante oscuramente, sin que el gong del escándalo sonase en todos los salones de la alta sociedad y reverberase en mil casas suburbanas. Hasta hizo un alto en su vagar para alzar el espejo de mano; lo examinó atentamente, como en momentos de la tensión más aguda se centra la atención en un objeto material que no tiene nada que ver con la preocupación real; era de diseño Reina Ana, y en el reverso ochavado —Sylvia se fijó en los ángulos obtusos, redondeados por el tiempo— llevaba una decoración repujada de pagodas chinas; lo arrojó al suelo con el deseo de hacerlo añicos; pero no se rompió, porque la alfombra de pelo era muy gruesa. Mecánicamente se inclinó para recogerlo y le dio la vuelta, más consternada por que no se hubiera roto que otra mujer igualmente supersticiosa ante un espejo hecho pedazos en un suelo más duro. El vidrio, la alfombra, se le aparecieron como símbolos de una vida de la que no podía escapar. Su solidez y espesor respectivos la derrotaron. Se dejó caer sobre la cama y apoyó la cabeza en las manos.

Esto es el fin, pensó balanceándose atrás y adelante: porque desde el primer momento, cuando George tiró el paquete sobre el tocador, supo que el juego había acabado. El juego maravilloso, embriagador, al que había jugado con Sebastian; en el que habían participado sus pasiones, y no sólo sus pasiones, sino también su último desafío al avance de los años. Había amado a Sebastian; ya nunca volvería a tener un amante. En aquellos primeros momentos que siguieron a la marcha de George, no habría sabido decir si lloraba por Sebastian o por su juventud acabada. Desde los diecisiete años había sido hermosa. Desde los diecisiete años había sido celebrada. Ahora, por primera vez, veía ante sí los años en los que únicamente sería la esposa de lord Roehampton. Norfolk, y el árbol de Navidad de los colonos: su imaginación, desbocada, le pintó el futuro con los colores que eran para ella más repelentes. Pero siguió balanceándose

atrás y adelante, con los puños apretados contra la cabeza; y, al cabo, todo quedó reducido al hecho de haber perdido a Sebastian.

Recogió las cartas y las miró, y en seguida volvió a dejarlas, porque una palabra aquí y otra allá le trajeron a la memoria los días y los incidentes gloriosos del último año. Se preguntó quién sería el causante de aquel desastre: qué mujer celosa o envidiosa había entrado a saco en su escritorio, sobornando quizá a un sirviente para obtener un duplicado de sus llaves. Conocía todos los grandes escándalos: el de los Templecombe, por supuesto, y otras historias; historias de mujeres furiosas que arriesgaban toda su reputación por registrar los bolsillos de un abrigo abandonado con demasiadas prisas; historias de ferocidad y de relaciones deshechas; historias de ilegitimidades brutalmente reveladas; historias de escenas terribles entre amantes infieles, o entre marido y mujer. Todos los integrantes de la alta sociedad sabían de aquellos borrones que oscurecían vidas brillantes; todos sabían de los sacrificios hechos en el sagrado nombre de la *tenue*, y de las sonrisas amigablemente intercambiadas en público entre enemigos mortales. Presumían, ya que no de conciencia moral, de conciencia social. Y ahora la misma tragedia se abatía sobre ella, y tendría que sufrirla del mismo modo que otros la habían sufrido.

Ninguna alternativa se ofrecía a su pensamiento. Estaba demasiado bien educada. Las personas de su posición —la suya, la de Sebastian, la de George— no daban un escándalo público. Era, sencillamente, impensable. La plebe no sabía nada del discreto *brougham* de un caballo que esperaba delante de determinada puerta, ni sabía nada del abismo que durante treinta años había existido entre lord y lady Templecombe, y por la misma razón no tenía que saber nada de la complicación triangular surgida entre Sebastian y lord y lady Roehampton. Cada clase estaba sujeta a distintas obligaciones. Sylvia, balanceándose sobre la cama y debatiéndose contra aquella piedra de desesperación que se había endurecido hasta petrificar su ánimo entero en menos de media hora, recordó el caso reciente de un hombre y una mujer casada que habían planeado un asesinato antes que huir juntos sin medios económicos suficientes. «Medios económicos suficientes»; ésas eran las palabras que había empleado el fiscal. Sylvia se sorprendió de oírse reír. ¡Qué cosa tan ruin era el dinero! ¿Cómo podían unos amantes dejar que eso se cruzara en su camino? ¡Cuán dispuesta habría estado ella a soportar privaciones por Sebastian! (O eso

pensó en aquel momento; pero para Sylvia privaciones eran tres mil libras al año en lugar de cincuenta mil.) Pero ella estaba sujeta a una constricción mucho más rigurosa: el credo, el código de su clase. Ni siquiera Sheldon, a pesar de la intimidad especial, particularísima, que existía entre una señora y su doncella personal, debía saber que allí pasara nada. Se levantó, volvió a colocar el espejo intacto sobre el tocador, reparó cuidadosamente con polvos y carmín los estragos que había sufrido su cara, se ordenó el pelo y tiró de la campanilla.

Acudió Sheldon; fue informada de que su señora había cambiado de plan y no saldría hasta la noche; que cenaría pronto, antes de ir a la ópera, y se vestiría a las seis; que tenía dolor de cabeza y se iba a echar hasta esa hora; que no quería que nadie la molestara.

¿Y si venía el señor duque?

Lady Roehampton miró a Sheldon como si con eso hubiera querido decir una impertinencia; y así era, en efecto.

—No estoy en casa para nadie. Haz el favor de bajar las persianas. Abre la cama. Déjame un pañuelo empapado en agua de colonia. Llévate de aquí esos lirios: me dan más dolor de cabeza. No vuelvas hasta las seis.

Sheldon siguió sus instrucciones, y después corrió al piso de arriba, se plantificó el sombrero y partió a toda velocidad hacia Grosvenor Square, con la esperanza de encontrar a la señorita Button en Chevron House. Sus señores habían tenido una agarrada, eso estaba claro; y Sheldon quería ser la primera en dar la noticia.

A las ocho en punto se alzó el telón sobre *Tristán e Isolda*, ante el teatro ya acallado y puesto en el debido estado de ánimo por la obertura.

Decimos el teatro, y no es exacto. Los pisos altos y el paraíso estaban llenos; el patio de butacas y los palcos estaban apenas ocupados. En el patio iba entrando el público en grupos de dos o de cuatro, avanzando de puntillas en la semioscuridad; en los palcos entraban los grupos con menos circunspección, no habiendo allí pies sensibles en los que tropezar ni disculpas que presentar en voz baja; entraban con un destello de luz al abrirse la puerta, y ocupaban sus asientos entre comentarios y risas apenas contenidas. Ssssh, se oía desde los pisos altos y el paraíso; pero los alborotadores, aun sin ser vistos, paseaban la mirada por el

sombrío anfiteatro como si estuvieran en su propia casa y fuera un intruso el que les llamara la atención. A medida que discurría el primer acto, los destellos y crujidos fueron disminuyendo hasta cesar; el patio se llenó del todo; y el público empezó a esperar los acordes finales de la orquesta y el momento en que se encendieran las luces, y Covent Garden se manifestara en todo su esplendor de alta temporada.

¡Qué oscuros fueron aquellos minutos, llenos del rumor sordo de la tragedia inminente! Una nave cargada de fatalidad, un artificio extraño y convenido sobre la escena, cuando todos sabían que en las butacas del recinto estaba reunida toda la galaxia del gran mundo londinense, gentes alegres y despreocupadas para quienes la ocasión era una más entre las cosas que había que hacer. Los empleados modestos que habían estado apartando media corona de un salario semanal de veinticinco chelines no se sentían quejosos; no hacían sino esperar que se encendieran las luces para admirar un espectáculo no menos importante que la propia música como parte del lujo que se daban aquella noche. El doctor John Spedding, que por fin había llevado al Covent Garden a Teresa, su mujer, porque ella no le dejó en paz hasta que lo consiguió, y que, siendo un melómano sincero, había ocupado su localidad lleno de prejuicios en contra de aquella representación elegante, al cabo se dejó contagiar de la atmósfera general de lujo y refinamiento, y se arrellanó en el asiento disfrutando claramente de la sensación de estar rodeado de cientos de personas consentidas y ociosas, que pronto se exhibirían como animales regios o aves de rico plumaje, habituadas a soportar miradas de admiración con aparente indiferencia.

Junto a él, Teresa apenas podía estarse quieta, tal era su impaciencia. Se apretaba contra él como un gatito, y preguntaba en voz baja cuánto faltaba para el final del acto. El rey Mark la aburría terriblemente. Silencio, decían los de alrededor, y ella se callaba, entregándose de nuevo al calor y a la presencia misteriosa de todos aquellos hombres y mujeres impasibles de los palcos, entre las débiles luces rosadas de las cornucopias que apenas permitían distinguirlos, quietos, silenciosos y atentos. Teresa Spedding sentía una fascinación manifiesta e infantil por el gran mundo. Tenía una buena colección de fotografías que había recortado de los periódicos y pegado en un álbum, para poder reconocer a muchas de aquellas celebridades aunque hasta entonces no las hubiera visto nunca en carne y hueso. Se pasaba muchas horas pensando en ellos: ¿Tendrían

sentimientos? ¿Reñirían los maridos con las mujeres? ¿Sabrían cuántos criados tenían, o todo eso lo dejaban en manos de un secretario? ¿Cómo llamarían al rey, *sir* o *sire*? ¿Serían todos muy malos? Le emocionaba sobre toda medida saber que los tenía a poca distancia, que se rozaría con algunos a la salida, cuando acabase la ópera. Si uno de ellos resbalase y se torciese un tobillo, entonces John podría abrirse paso en su calidad de profesional («Permítame, lady Warwick: soy médico»), y unas semanas después llegaría una invitación con una corona nobiliaria estampada en oro: «Estimada señora Spedding, sería para mí un gran placer que usted y su esposo accedieran a pasar con nosotros el próximo fin de semana en el castillo de Warwick». Así galopó la mente de Teresa, hasta que se dio cuenta de que la orquesta estaba tocando el final, y en unos instantes todo el mundo empezaría a aplaudir y se encenderían las luces.

Cesó la música, estalló el aplauso, y el telón descendió majestuoso; pero fue preciso que volviera a subir, y que los cantantes volvieran a saludar, dos, tres veces. «No aplaudas, John, no aplaudas», imploraba Teresa con angustia, no fuera a ser que el entusiasmo de su marido contribuyera a acrecentar el ruido retardante; pero, como no hay mal que no termine, al cabo se apagaron los aplausos, el telón quedó definitivamente bajado, y en el Covent Garden se hizo de pronto un estallido de luz. Fue como el primer día de la Creación, hágase la luz y la luz fue hecha, pensó Teresa, pero rápidamente apartó de sí la irreverencia. Todo el teatro se llenó de movimiento; la gente se levantaba de las butacas; se alzó un estruendo de conversaciones; los miembros de la orquesta iban desapareciendo por una trampilla. Lo único inmóvil era el gran telón de terciopelo rojo. Teresa devoró los palcos con la mirada; agarró a John de un brazo, le pellizó: «Mira, mira, John, esa del palco real es la princesa Patricia, y el que está hablando con ella es lord Chesterfield...; dicen que es el hombre que mejor viste de Londres...»; pero Teresa no tenía tiempo de detenerse en lord Chesterfield; sus ojos vagaban con avidez; como un niño ante un árbol de Navidad, estaba deslumbrada por el fulgor y la variedad que se ofrecían a su vista. Hilera sobre hilera de palcos, cuadrados oscuros recortados en un muro de luz. En su interior, visibles hasta la cintura, estaban las reinas de la moda y de la belleza —o eso pensaba Teresa, incapaz de distinguir a la gran dama por derecho de la advenediza—, deslumbrantes con sus diademas y *rivières*, resplandecientes con sus satenes y *décolletés*, descansando los brazos, envueltos en largos guantes

blancos, sobre el antepecho de terciopelo, abanicándose lentamente y lentamente recorriendo la sala con la mirada, buscando y descubriendo a un amigo, a muchos amigos; y concediendo, por cortesía, un mínimo de atención a los hombres que, con la galantería debida, se inclinaban sobre el respaldo de sus asientos. Era en verdad el gran mundo, como Teresa lo había imaginado. Lo único que lamentaba era que los hombres vistieran el traje normal de etiqueta; ella se figuraba que irían de uniforme. De todos modos, el negro y el blanco componían un buen elemento de contraste; y en las señoras no halló motivo de queja, tal era la generosidad con que habían vaciado el contenido de sus cajas fuertes sobre sus personas: de la cabeza al talle eran un reguero de brillantes. No eran los brillantes, sin embargo, lo que deslumbraba a Teresa, porque con eso ya contaba; lo que no había previsto era aquel ir y venir, aquel intercambio de posiciones, aquellos signos de familiaridad, como que un joven recién visto en un palco apareciera en otro del lado de enfrente, y se reclinara allí igualmente a su antojo; y lo que le produjo un deleite casi incontenible fue ver a personajes famosos que se detenían a charlar entre ellos, lord Curzon con el señor Balfour en el pasillo, riéndose como si estuvieran celebrando un chiste. Apareció entonces la utilidad de su álbum de fotos, pues fueron muchas las personalidades que pudo señalarle a John: «¿Ves ahí, John?», decía, todavía apretándole el brazo, «ahí en el tercer palco de la izquierda, en el piso principal, están la señora de Asquith y la duquesa de Rutland..., y en el de al lado están lady Savile y sir Ernest Cassel...; mira, ahora están hablando por delante del tabique con la señora de Asquith...; ¿qué dirán? Y ahí está el marqués de Soveral con su perilla...; y ¡mira, John!, esa del palco de enfrente ¿no es lady Roehampton? Sí, tiene que ser; yo la vi una vez, en el parque...»; y la excitación de Teresa llegó a su punto más alto al contemplar a la beldad a través de los gemelos, y pensar que no podía haber cosa más exquisita que aquella aparición de la renombrada lady Roehampton en el marco de un palco del piso principal. ¡Qué gran estilo, pensó, se expresaba en aquella manera de llevar los magníficos hombros, asomando sobre nubes de tul! ¡Qué divina postura de la cabeza, bajo el cerco de brillantes! ¡Qué manera tan regia de estar, contemplando la sala con una débil sonrisa en los labios! ¡Cómo envidiaba Teresa a aquella mujer, serena y lánguida, como una reina, sin ninguna preocupación en la vida! Hasta el impasible John reconoció que era una mujer hermosa. Entonces entró un joven en el palco, un muchacho

moreno, delgado, y se sentó un momento al lado de ella, diciéndole algo, pero no pareció que ella le hiciera mucho caso, sino que se volvió a saludar a otro hombre, evidentemente extranjero, que entró y se inclinó profundamente para besarle la mano; y el joven moreno y delgado se levantó y se marchó.

A partir de aquel instante transcurrido en el palco de Sylvia, sólo hubo dos personas en el teatro para Sebastian: él y ella. Le había arrojado bruscamente a un mar de cólera y deseos de venganza. Estaba verdaderamente furioso, y trastornado por lo sucedido fuera de toda medida, fuera de todo lo imaginable. Era cierto que Sylvia había hablado muy poco; podía haber sido una forma de bromear; pero él sabía que no era eso. No había sido broma, había sido mala intención. ¡Qué ruindad, pensó apretando los puños, elegir un momento en que él no podía pedir explicaciones! Pero ya la atraparía; aquello había que aclararlo entre los dos; insistiría en saber qué había querido decir. Se sentía capaz de matarla, llegado el caso; le poseía la desesperación, como si todo hubiera empezado a deshacerse sin previo aviso. Le embargó una nostalgia apasionada de Anquetil; Anquetil, al que había rechazado por Sylvia. Ese acordarse de Anquetil, allí en el Covent Garden, le resultó muy extraño. ¿Dónde estaba Anquetil en aquellos instantes? Sólo la educación y las tradiciones de Sebastian le salvaron de traicionarse en público; pero, según bajaba las escaleras y regresaba a su sitio en el patio de butacas, alzando la vista a las rosáceas nubes de Sylvia, nadie sospechó que le pasara nada. Su conocida figura mostraba el mismo aspecto de siempre: un hombre esbelto, atractivo, elegante, quizá un poco desdeñoso, salvo cuando bajaba los ojos para sonreír a una mujer con una capacidad de persuasión que era casi inconsciente; pero sus amigos se habrían llevado una sorpresa no pequeña si hubieran podido leer en su corazón. Porque ya estaba descargando una ira complicada sobre aquella visión encantadora que se alzaba justamente encima de él. Había estado drogado —así bramaba en su corazón—, había perdido el tiempo con ella, le había tenido engañado, todas sus necesidades del último año eran obra suya, le había transformado en algo que no era él. Ah, sí, ahora podía esquivarle; pero cuando la tuviera a solas la colmaría de insultos, le diría lo que pensaba realmente de ella y de las de su calaña, y rompería con ella, y ella jamás le volvería a ver. Volvería a Chevron;

emprendería la búsqueda de Anquetil; cortejaría a otras mujeres bajo las propias narices de Sylvia. Ésos eran los fluctuantes planes que le corrían por la cabeza. Ella ya le había degradado; muy bien, pues más se degradaría él. Sabía, sin exceso de vanidad, que podía conseguir a la mujer que se le antojase. Sylvia era celosa, como ya le había dado ocasión de saber; él le haría sufrir todos los tormentos de los celos. Le daría igual que ella le pagase con la misma moneda; su amor por ella había muerto, y en su lugar sólo había sed de venganza.

Oyó sonar el aviso en el *foyer*; todos se pusieron en marcha, irritados por la interrupción de su charla y la perspectiva de tener que volver a conceder una atención más o menos cortés a la música; hubo un movimiento general al buscar cada cual su asiento; las luces empezaron a apagarse como pidiendo disculpas, no repentina y despóticamente, sino de modo que el público tuviese mucho tiempo, si lo deseaba, para volver a sumirse en el otro estado. Sebastian agradeció la oscuridad. Se reunió con el hijo de Ambermere; los últimos murmullos y crujidos se apagaron; el director se irguió ante su atril; lanzó una mirada amenazante sobre las cabezas de la orquesta; dio dos golpecillos secos con la batuta, y la intolerable dulzura de los violines dio comienzo al segundo acto.

Sebastian había agradecido la oscuridad, pero no había contado con la música que iba a oír. El segundo acto de *Tristán* no es alimento adecuado para un joven con penas de amor.

En las sombras del piso principal, Sylvia estaba espantada de lo que había hecho. Había estado muy lejos de su intención iniciar la ruptura con Sebastian de aquella manera. Al contrario, había resuelto —al cabo de aquellas horas terribles que pasó después de que George la dejara— ir a la ópera como si nada hubiera sucedido, forzarse a olvidar; no darle a Sebastian el menor indicio de nada, sino invitarle al palco y pasar una última velada espléndida con él, y al despedirse decirle que tenía que verle a solas al día siguiente por un asunto urgente. La idea, dado su sentido del estilo, no podía por menos de atraerla; había ido a la ópera con la jactancia auténtica del aristócrata camino del patíbulo. Tenía para sí muy claro que, si alguien podía hacer semejante proeza, era ella. Y he aquí que, con sólo ver a Sebastian, se había venido abajo; y le había abofeteado con lo primero

que se le vino a las mientes, simplemente porque ella misma estaba sufriendo. Sebastian significaba mucho para ella, demasiado; sólo podía ser cruel consigo misma siendo cruel con él.

¡Qué insensata había sido! No sólo había estado por debajo de su altura, sino que lo único que había conseguido era poner sobre aviso a un Sebastian inexorable. ¿Y esfumarse a cubierto de la música y de la oscuridad? No, era ella muy orgullosa para eso; no en vano era lady Roehampton. Soportaría hasta el fin. Si únicamente aquella música le permitiera reflexionar un momento, pensó desesperada, tratando de mantener un rumbo en medio de las aguas hirvientes y las rocas que entrechocaban en su mente; pero la música, lejos de dejarla reflexionar, fue creciendo con su insistencia hasta convertirse en un eco de todos sus goces pasados con Sebastian, y reflejar trágicamente la desesperación de su miseria actual. ¿Se atrevería a ponerse las manos sobre los oídos, para cerrar el paso a aquel *crescendo* que se alzaba y se henchía como una ola cada vez más alta, más alta, hasta el momento intolerable en que habría de romper? Había poca luz; pero aun así podían verla. Llevaba el instinto de sostener su dignidad frente al mundo metido en la sangre, en los huesos; aunque sufriera, no podía flaquear.

Él le salió al paso cuando bajaba los escalones, envuelta en su capa color cereza, soberbia aún entre la multitud decorativa que se agolpaba a su alrededor; y, a pesar de su ira, le vinieron a la memoria unos versos de *Cyrano*:

*Elle fait de la grâce avec rien, elle fait
Tenir tout le divin dans un geste quelconque,
Et tu ne saurais pas, Vénus, monter en conque,
Ni toi, Diane, marcher dans les grands bois fleuris,
Comme elle monte en chaise et marche dans Paris!*

Pero a la vez que identificaba la cita apuntó un tanto más contra ella, por ser capaz de sugerirle la azucarada voluptuosidad de *Cyrano* después del fuego grandioso y apasionado de *Tristán*. Se presentó ante ella con perfecto decoro, como el joven que se dispone a acompañar a una dama hasta el coche, correctísimo. «Permítame que le pida el coche», dijo, y le ayudó a colocarse la capa, que se le escurría de los hombros. «El coche de lady Roehampton», dijo al empleado de servicio en la puerta. «En seguida, señor duque», y el nombre salió a la calle voceado por los avisadores: «¡El coche de lady Roehampton! ¡El coche

de lady Roehampton!»; hubo un revuelo en el corro de lacayos, y el James de lady Roehampton salió del grupo y echó a correr, con su chistera y sus resonantes botas altas, para traer el coche de la calle de al lado.

Había otras personas esperando sus coches bajo el pórtico; entre ellas, aunque Sylvia y Sebastian no lo supieran, estaban lord y lady O. con su Alice. Lady O. apartó a un lado la cola de su vestido y le hizo a Alice unas señas que Alice no entendió en absoluto. Por primera vez en su vida, prestaba la mínima atención a su madre y sus señas. ¡Era mucho más interesante mirar a lady Roehampton y al duque! Para ella representaban toda la vida del gran mundo elegante; no tenían otra cosa que hacer que divertir y ser ornamentales. ¡Qué guapa estaba lady Roehampton entre aquellas curvas de terciopelo color cereza! Los envidió a los dos con toda el alma.

Ya llegaba James corriendo y tocándose el sombrero para decir que el coche de la señora era el segundo. Sylvia se recogió la falda y descendió delicadamente a la calle al tiempo que los caballos se detenían, volviendo el cuello contra las falsas riendas, y James se adelantaba presuroso, con la estera encima del brazo, para abrir la puerta. La noche era templada, y la ventanilla del *brougham* estaba bajada. Sebastian se apoyó en ella para asomarse al interior. Estaba destocado y sumamente pálido.

—Sylvia, tengo que verte.

—Vente a comer mañana.

—No, esta noche.

—¡Pero, Sebastian! George...

—Nada de George, George está en Newmarket. Te sigo dentro de un cuarto de hora.

—¡El coche de lady Roehampton obstruye el paso! —gritó el avisador.

—No entrarás —dijo Sylvia—; les diré a los criados que se acuesten.

—Olvidas que tengo llave.

—Echaré la cadena.

—Entonces tiraré de la campanilla.

—¡El coche de lady Roehampton obstruye el paso!

—Esta bien, si te empeñas...; pero, por lo que más quieras, que no te vea nadie.

—Eso es lo único que te preocupa. Está bien, James —dijo, dando un paso

atrás.

Era un espectáculo ver a James izarse al pescante con el coche ya en marcha.

Media hora más tarde entraba Sebastian en el vestíbulo de Roehampton House. Oyó perderse a lo lejos el tintineo del *hansom* y el trote rápido del caballo sobre el pavimento de madera de Curzon Street. Sentía tan pronto frío como calor, y un dolor agudo que continuamente le atravesaba la cabeza. Sylvia salió de la biblioteca al oírle cerrar la puerta suavemente, y con un dedo sobre los labios le indicó que pasara a esa habitación. Había fuego en la chimenea, y una lámpara encendida sobre una mesa. Se quedaron los dos de pie, frente a frente. Sylvia llevaba aún puesta la capa color cereza; su hermosura se alzaba sobre ella como surge un retrato pintado de los paños que lo envuelven, pero Sebastian observó con satisfacción que estaba muy nerviosa. Tenía en la mano un abrecartas, y con él se golpeaba las uñas.

—¿Te has vuelto loco, Sebastian, para venir aquí a estas horas de la noche?

—No es la primera vez —dijo él, mirándola.

—Haz el favor de decir lo que tengas que decir, y márchate en seguida. No hables muy fuerte; creo que todos los criados se han ido a acostar, pero nunca se puede estar seguro. Aunque estés así de susceptible y tonto, puedes mostrar un poco de consideración hacia mí. ¿Qué pasa? ¿Por qué no hablas?

Pero Sebastian permanecía callado. Las palabras se le secaban en los labios. Su sentimiento era tan intenso que las palabras no le servían. En lugar de eso, su mente se había concentrado en un objeto pequeño, insignificante, y parecía como si ese objeto fuera para él lo único importante del mundo: un conejo de cristal, de talla china, que había sobre la mesa justamente debajo de la lámpara. Caían sobre él los rayos de luz, poniendo puntitos de fulgor en el cristal; el hocico, las orejas y una de las patitas eran pequeños prismas, que Sebastian miraba fijamente. Había visto aquel conejo mil veces; él mismo se lo había regalado a Sylvia; le era tan familiar como los muchos otros objetos que había sobre las mesas: los cuencos de celadón, los ceniceros de jade, las tabaqueras de Fabergé o los relojitos de pedrería de Cartier. Desde el conejo su mirada viajó por la habitación, aquella habitación de la que había sido visitante asiduo, y que se parecía a tantas otras habitaciones londinenses que frecuentaba, bonitas a su

manera, pero todas igualmente impersonales, convencionales, correctas, con la alfombra de pelo gris, las sillas de *petit point*, los Romneys y los Raeburns, el gran biombo de Coromandel, las puertas de caoba, y todos aquellos objetos colocados sobre las mesas: obsequios navideños casi siempre, intercambiados entre supuestos amigos que en realidad no se tenían ningún cariño, pero que seguían a rajatabla la costosa costumbre de regalarse aquellas chucherías talladas en piedra tan dura como sus corazones, o montadas en esmalte u *ormolu* tan vano como sus declaraciones de afecto. Recordó que Romola Cheyne alardeaba de haber dado la vuelta al mundo dejando a Leygon el encargo de vestir su nueva casa, y había dado en ella una cena y un baile la noche misma de su regreso. Se acordó de aquello, de nuevo con la mirada fija en el inocente conejo de cristal. Casi había olvidado el motivo que le llevara allí; estaba pensando únicamente que las personas que conocía se parecían a las habitaciones en donde vivían: no vulgares, no ostentosas, no; mesuradas más bien, y de un gusto admirable, pero duras, estereotipadas y vacías de sentido.

¿Acaso sus propias relaciones con Sylvia no habían tenido ese carácter? La miró: estaba de pie junto al fuego, esperando a que hablara, tan hermosa con su capa color cereza, tan exquisitamente conjuntada con el refinamiento de su entorno. Hasta ahí, al menos, la malinterpretó como antes la Alice de lady O. y Teresa Spedding.

—George se ha enterado —dijo ella.

Entonces se desmoronó y se echó a llorar, dejándose caer en el sofá y ocultando la cara entre las manos. Por una vez en su vida se olvidó de su aspecto; se le torció la diadema, de la manera más lamentable y grotesca; sus lágrimas cayeron sobre el terciopelo de su capa. ¡Qué habrían dicho la Alice de lady O. y Teresa Spedding viéndola así! El propio Sebastian se horrorizó; no la había creído capaz de esa desesperación; le había reprochado tantas veces su superficialidad; le había dicho —con harta crueldad— que, en defensa propia, él nunca le entregaría todo su corazón. «Tú no sabes nada del amor», decía; era una broma entre ellos, aunque una broma con su ribete amargo, y él nunca había visto con qué anhelo le miraba ella a veces después de sus pullas. No había querido que supiera lo mucho que le quería, aunque al reservarse ese conocimiento le obligara a juzgarla mal. Había temido que por ella se sintiera preso. Ahora ya no había razón para ocultárselo. Extendió la mano y buscó su

cabeza; estaba arrodillado junto a ella, y Sylvia apretó su cabeza contra el pecho, llorando sobre él.

Cuando se hubo recobrado un poco, hablaron; Sebastian se alzó bruscamente y empezó a dar vueltas por la habitación, porque no soportaba mirar a Sylvia hecha una ruina.

—Pero si es verdad que me quieres tanto —dijo—, manda a George al infierno; dale el divorcio y vente conmigo; viajaremos, nos recluiremos en Chevron; haremos lo que tú quieras. Ahora que ya lo sé, no volveré a dudar de ti jamás —y suplicó, diciendo que la felicidad no era algo que se pudiera desperdiciar ni por todas las consideraciones del mundo. Ella volvió a sollozar, a la vez que se reía de él:

—Sebastian, cariño, ¿qué estás diciendo? Yo soy una vieja...; ¿estás haciéndome proposiciones de matrimonio? ¿O quieres que vivamos juntos en pecado público? ¿No ves que un matrimonio entre nosotros sería absurdo? Yo no podría afrontar el ridículo...

—Entonces vive conmigo —dijo él; pero ella meneó la cabeza.

—Sebastian, tú eres joven, tú estás loco, tú no conoces el mundo; yo no podría afrontar ese escándalo.

—Pero, Sylvia —dijo él, tratando de ser razonable—, me desconciertas totalmente: tan pronto me dices que toda tu vida habrá acabado si renunciamos el uno al otro, como me dices que no puedes afrontar el escándalo. ¿Es que yo valgo menos para ti que tu reputación? No me digas que no estamos por encima de lo social. Las fiestas no lo son todo en la vida. Si a mí el mundo no me importa nada, ¿por qué te ha de importar a ti?

—No lo sé, Sebastian —dijo ella penosamente—. Será que estoy hecha de esa manera. ¿Qué sería de nosotros si viviera contigo? Todo el mundo nos volvería la espalda, y yo no lo podría soportar. Despréciame si quieres. Tú tienes mucho más valor que yo y eres más independiente. Mira cómo te pusiste conmigo por el compromiso de Margaret. Si te hubiera hecho caso, habría tenido que darle un cheque y decirle que se fugase con Adrian. ¡Santo cielo —dijo, con un nuevo estallido de lágrimas—, no me digas que Margaret quería a ese chico como yo te quiero a ti!

Él trató nuevamente de convencerla; le dijo que se estaba haciendo víctima de un sistema creado por ella misma y sus iguales. Le parecía ver algo

incongruente entre su dolor, que evidentemente era auténtico, y el falso credo que la obligaba a sufrirlo.

—El aspecto moral no existe para ti —dijo—; si existiera, me figuro que yo no tendría ningún derecho a insistir. Pero a ti no te preocupa George, lo único que te preocupa es el mundo. Para mí es incomprensible, Sylvia. Yo siempre he pensado que éramos otra cosa. ¿Qué nos puede importar nada, si nos tenemos el uno al otro?

—Sebastian, hablas como un chiquillo.

—Y tú..., tú hablas como la mayor de las cínicas. Te han educado según el principio de la vieja Octavia Hull: no dejes que te descubran.

—Es cierto, lo reconozco, no me avergüenzo de ello. Las personas como nosotros no se pueden dejar descubrir. Es una obligación que tenemos...

—Vamos, Sylvia, no me vengas con esas frases.

—Es que son verdad. Son la base de la sociedad. Los que estamos arriba...

—Nunca pensé que hubiera tanta solidaridad entre tú y las viejas —dijo él sardónicamente.

—Ni yo tampoco..., hasta que llegó el caso —repuso ella—. Tú sabes que yo nunca he sido muy precavida; no estrictamente precavida. He hecho cosas precipitadas, como aquello del desfile, que hasta cierto punto comprometió mi posición, pero corrí el riesgo porque lo quería hacer.

—¡Oh, Sylvia! —dijo él, conmovido de pronto por su puerilidad.

—Bueno, tú mismo lo ves —continuó ella con más confianza, alentada por el tono más blando de él y sintiendo que por fin había dado con algo que podía alegar para justificarse—. No siempre he sido exactamente cobarde, ¿no? He mostrado cierta independencia. Por aquello me enfrenté a George. No es que me lo prohibiera exactamente, pero me dijo que era impropio, y yo sabía que tenía razón. Sabía que mucha gente, gente importante, lo vería mal, pero lo hice de todos modos. Y sufrí por ello —añadió—; ya lo creo que sufrí por ello.

Él la miró dulcemente, no desdeñosamente, pensando que para ella había muy poca diferencia entre una clase de sufrimiento y otra.

—Así que ya lo ves, Sebastian —siguió diciendo—, hasta un cierto punto siempre he estado dispuesta a correr riesgos. Pero se llega a un punto más allá del cual sencillamente no se puede ir. Me parte el alma perderte. Nunca volveré a ser la misma. —Y era sincera.

—Pero seguirás siendo lady Roehampton, y yo calculo que de aquí a unos años a la gente se le habrá olvidado aquello del desfile. ¿No es hora ya de que me marche? Los criados podrían ver la luz de la entrada, y bajar a ver quién hay. Hasta ahora no nos han pillado, y sería una lástima que nos pillaran precisamente la noche que nos decimos adiós.

V

Teresa

Lucy abrió de par en par su corazón a la señorita Wacey. De la lealtad y la discreción de Wacey estaba absolutamente segura, en parte por una costumbre de años, en parte porque jamás se le ocurrió considerar a Wacey como un ser humano, sino como un rebosadero para el mal humor, la irritación mezquina, la jovialidad temporal o cualquier otro estado de ánimo en el que ella, Lucy, pudiera encontrarse. La realidad es que Wacey era totalmente digna de confianza. Toda su vida se cifraba en Chevron y en Lucy, por razones de sentimiento y de esnobismo, y las indiscreciones de Lucy llenaban suficientemente el hueco del rorro que en otras circunstancias podría haber acariciado sobre su regazo. Wacey tenía sus amigas, pero a ellas no les repetía las confidencias de Lucy. No era de esperar que lo hiciera. Ya obtenía harta satisfacción con menear la cabeza, fruncir los labios y poner un aire general de yo-podría-si-quisiera. Un orgullo interior la compensaba de la renuncia a esos alardes exteriores. La llamada a su puerta, la entrada casi subrepticia de Lucy, eran recompensa bastante. Se sentía entonces como la vieja nana en quien acude a refugiarse su pupilo en los momentos de tribulación.

Lucy se sentó a la mesa del cuarto de estudio, que hacía tiempo pasara a ser dominio particular de Wacey, y con expresión afligida retorció sus bellas manitas sobre el mantel rojo oscuro manchado de tinta.

—Yo no entiendo qué le ha pasado, Wacey —ése era su estribillo. Wacey sabía muy bien a qué se refería—. No me deja que le hable, Wacey. No ve a ninguno de sus amigos. Se viene aquí y se pasa todo el tiempo con Wickenden y

con los hombres de la hacienda. ¿Sabes esa sierra circular que ha hecho poner al lado de la forja? Pues ahí se pasa las horas muertas, con las manos metidas en los bolsillos, viendo a los hombres cortar la madera como si fueran seres humanos lo que cortan. Eso decía la señora Cheyne la semana pasada. No sabía que le estábamos mirando. Y eso que en cierto modo parece estar más tranquilo. Ya no hace ninguna de aquellas locuras, aquellas fiestas locas. Yo, en cierto modo, preferiría que las hiciera. Parecía normal en un muchacho joven con mucho dinero. A mí me preocupaba, pero no me preocupaba de verdad, a ver si me entiendes. Me preocupaba porque me daba la sensación de que en el fondo no era realmente feliz. No lo hacía porque le apeteciera. A mí me gustaría que lo volviera a hacer, y porque le apeteciera, como lo más natural —dijo la pobre y desconcertada Lucy.

—Pero no lo haré —dijo sabiamente la señorita Wace—, después de un desengaño amoroso.

—No digas esas bobadas, Wacey —dijo Lucy, irritada—; ¿qué sabes tú de desengaños amorosos? No irás a pensar que realmente le importaba esa raptora de niños. Válgame, si tenía un año cuando nació su hija. Recuerdo haberle llevado conmigo el día que fui a verla recién nacida. —Lucy, por un extraño e innecesario prurito de discreción, pasaba por hacerse un lío de pronombres con tal de evitar los nombres propios—. Su madre y yo (su madre estaba todavía en la cama) bromeábamos sobre casarlos. Recuerdo que discutíamos en qué iglesia se tenían que casar. Eso era (¡santo cielo!) —suspiró Lucy— en 1886. Llevábamos polisón. —Y Lucy, regocijada de pronto, se echó a reír con ganas—. ¡Qué cosas tan extrañas recuerda una! ¡Y cuánto más sensatos nos hemos vuelto desde aquellos tiempos! No te lo querrás creer, Wacey, pero yo tuve una vez unas mangas de terciopelo de colores de Worth, con el cuerpo de satén blanco muy ajustado, y uno que me vio un día intentando pasar por una puerta estrecha me dijo: «Señora duquesa, ¿no debería usted llevar una sola manga de cada vez?». Y después de eso se llevaron las mangas tan estrechas que no te podías poner el sombrero sin desabrocharte el vestido. ¿No es increíble que hayamos podido soportar esos tormentos en aras de la moda?

Ése era el talante de Lucy en que la señorita Wace la adoraba; se habría estado horas y horas escuchando esas reminiscencias. Evocaban un pasado brillante que la señorita Wace conocía sólo de oídas, porque era muy anterior a

su llegada a Chevron; señalaban una época en la que habían tenido lugar los grandes escándalos, como el de Tranby Croft, y en la que el pasatiempo en boga era pasear en bicicleta por el parque de Battersea; una época en la que aún vivía el padre de la señorita Wace, y ella no tenía que salir a ganarse la vida. Adoraba a Lucy por haber llevado, en aquel tiempo, una vida muy semejante a la que ahora llevaba. Últimamente venía observando la señorita Wace que la duquesa era mucho más aficionada a esos recuerdos del pasado. Era como si quisiera aferrar algo que estaba desapareciendo, que había desaparecido: algo que ya era historia.

—¡Imagínanos —dijo Lucy— a Sylvia y a mí con polisón! Pero ¡qué guapa estaba Sylvia! Todos los hombres mayores se volvían locos por ella. Y los jóvenes también. Cada vez que aparecía en un baile, armaba el alboroto.

—Y usted lo armaría también, señora duquesa —dijo lealmente la señorita Wace.

—¡Bueno! —dijo Lucy, a quien no le hacía mucha gracia el «también»—. Salíamos mucho juntas, desde luego. ¡Y pensar —dijo volviendo a su tema— que iba a acabar haciéndole esa jugarreta! ¿Qué te parece a ti eso, Wacey? ¿Qué te parece a ti eso? ¡Cada vez que me acuerdo de él con su abrigo de piel y Margaret en la cuna con su chupete!

—Yo a eso lo llamo quebrantar una amistad —sentenció la señorita Wace.

—Tonterías —dijo Lucy, arremetiendo contra ella—; si una mujer de sus años es capaz de atrapar a un muchacho de los de él, tiene todo el derecho a hacerlo. No lo digo porque a mí me pudiera apetecer; me parecería impropio. Pero estas mujeres que han sido una belleza toda su vida..., no renuncian, Wacey. No se resisten. Tienen en la memoria sus triunfos de antaño. De todos modos, no sabemos qué es lo que ha pasado en realidad, ¿verdad, Wacey? Lo único que sabemos es que ya no se ven, y que ella se ha ido a Norfolk, y que él parece que no sabe qué hacer consigo mismo. Y ahora tengo entendido que lord Roehampton se ha hecho nombrar gobernador de no sé qué provincia de Australia, o quizá sea de África, y que se marchan al día siguiente de la boda de su hija.

—Vamos a ver..., lady Margaret y lord Wexford se casan en la primera semana de noviembre, creo —murmuró la señorita Wace con complacencia—; en la iglesia de San Jorge de Hanover Square; y eso me recuerda —añadió

profesionalmente, poniendo voz de agenda— que Viola está citada el jueves que viene para probarse el vestido de dama de honor.

—Pues estaría bien que fueras tú con ella, Wacey; yo sé que a ti te gustan ese tipo de cosas. La procreación de niños y todo eso. Una boda no es más que una excusa para entregarse a la indecencia so capa de respetabilidad. No pongas esa cara; sabes tan bien como yo que te gustaría ver en Chevron una *nursery* llena de hijos de Sebastian. Sabes que cuando vayas a la boda de Sebastian en la capilla estarás todo el tiempo pensando en la *nursery*.

A la señorita Wace no le agradaban esa clase de comentarios, pero el diagnóstico de Lucy era acertado. La previsión de la boda de Sebastian y sus resultados eran factores constantes en el pensamiento oculto de toda la población femenina de Chevron. La señorita Wace, la señora Wickenden, las doncellas, las ayudantes de cocina, la despensera, las lavanderas y las mujeres de los criados, todas ansiaban secreta y lascivamente que llegase el día del compromiso del señor duque. El carácter esencialmente secreto de su previsión no les impedía hacer comentarios, pero sus comentarios tenían otras bases que no eran las verdaderas. Adoptaban la forma aparente de un interés altruista en el bienestar de Sebastian. La señorita Wace, por supuesto, se mantenía al margen, pero ante sus amigas confesaba su miedo de que Sebastian llegara a ser un soltero empedernido. La señora Wickenden, naturalmente, se acogía a los oídos comprensivos de su cuñada. Las doncellas, las ayudantes de cocina y las lavanderas parloteaban entre sí, sin saber que cada una de ellas se proyectaba en la posición de la novia del señor duque; repasaba el *trousseau* como si fuera el suyo; se veía ante el altar de la capilla y los grandes floreros de oro cargados de azucenas; se imaginaba a solas con Sebastian en un vagón de primera clase, en ruta hacia España o Egipto; vivía la embriagadora extrañeza de la primera noche en el Ritz de París. Cualquiera de las doncellas, ayudantes de cocina o lavanderas habría recibido con sincero y decoroso horror una insinuación en ese sentido. Todas sus visiones eran de una damita joven, bella, inocente y fina, que, rindiéndose tímidamente a los ruegos de su señoría, se dejaba arrastrar deliciosa e inextricablemente a las consecuencias de un «Sí» dicho a media voz; pues eran tales su ignorancia y su humildad que se contentaban con saborear sus propios sueños por persona interpuesta. Sus mentes sencillas pensaban sólo en el matrimonio. Wacey y la señorita Wickenden, ciertamente, estaban más

enteradas, y su conocimiento de las relaciones de Sebastian con lady Roehampton les deparaba una excitación peligrosa pero agradable; degustaban su superioridad de iniciadas en los tejemanejes del gran mundo; mas no por eso dejaban de compartir los anhelos sencillos de la gente menuda, el anhelo de romanticismo, la ambición femenina de casarse, el deseo feudal de un heredero; y, llevando un paso más allá su sentimentalismo primitivo, habrían llorado con gusto el entierro de Sebastian y adorado en la cuna a un amo de Chevron recién nacido. En cuanto a Sebastian, inconsciente de aquella agitación en el hormiguero de Chevron, vivía como le parecía y seguía sin hacer realidad las visiones de su madre y sus dependientes.

Había tenido una experiencia desgraciada; no quería tener otra. (Pero los leones nos acechan a la vuelta del camino.) La pérdida de Sylvia no le hundió, pero sí le dejó triste, desasosegado; lo que más le preocupaba era saber que Sylvia estaba en algún lugar del mundo, mucho más herida que él. Cada vez que podía irse a Chevron disfrutaba de horas de olvido total. Su madre se angustiaba sin necesidad. Cuando Sebastian se ponía a mirar su nueva sierra, pensaba únicamente en la limpieza con que la hoja circular cortaba la madera, con nudos y todo; no pensaba en Sylvia, a la que mentalmente nunca había asociado con serrerías ni nada por el estilo. Chevron y Sylvia habían sido siempre cosas separadas. Sólo estando en Londres volvía a él el pensamiento incómodo de Sylvia; siempre tenía en la conciencia la proximidad de Curzon Street, aun a sabiendas de que las persianas de Roehampton House estaban echadas, como si la casa estuviera de luto. ¡Pobre Sylvia! ¡Qué detestable debía hacersele la reclusión forzosa en Norfolk! ¡Qué insoportablemente campero estaría George! Se preguntaba qué haría Sylvia en todo el día. También se lo preguntaban los amigos de Sylvia, y trataron de sonsacar a Sebastian, pero únicamente Romola Cheyne se atrevió a plantearle la cuestión directamente. Romola Cheyne era una mujer de fuerte personalidad y mucho valor; Sebastian la admiraba y la respetaba, y ella, por su parte, abrigaba un interés casi maternal por el muchacho, interés no aminorado por las circunstancias de que fuera rico, apuesto, descontentadizo, duque y propietario de Chevron. Se entendían muy bien. A él Romola Cheyne se le aparecía como una de las pocas mujeres que

conocía con verdadera amplitud de carácter; una mujer en cuyos errores y ambiciones había una cierta magnificencia. En todo ponía una cualidad superlativa. Si era mundana, lo era a escala grandiosa. Si era interesada, pujaba por las mayores fortunas. Si amaba, era en los lugares más encumbrados. Si reconocía ambición en sí, era por el poder más alto. Si sufría, era en el plano de la tragedia. Romola Cheyne, con toda su dureza y todo su materialismo, no era un alma mezquina.

Tenía, sin embargo, una debilidad: la de no tolerar que hubiera nadie mejor informado que ella. Ya se tratase de política, de finanzas o simplemente de los asuntos de sus amigos, la última palabra, el posible bombazo de información, tenía que salir de ella y de nadie más. En general, prefería que su información fuera de calidad; y, aunque dispuesta a inventar lo que no podía averiguar, empezaba por dar el asalto a la fuente principal y más fiable. Así, si quería saber exactamente qué había ocurrido entre Sylvia y Sebastian, tendría que preguntárselo a Sylvia o a Sebastian; y, puesto que Sylvia no estaba a mano, fue a Sebastian a quien dirigió su acometida una noche, tras invitarle a cenar en su casa.

—Oye, dime, Sebastian —le dijo sin andarse por las ramas—, ¿cómo es eso de que Sylvia se haya ido al campo en mitad de la temporada? Me dijo que necesitaba descansar, pero eso es una tontería evidente; nunca en la vida la he visto con mejor aspecto. Sylvia no se encierra de esa manera con nuestro amigo George si no es por una buena razón. ¿Qué es lo que pasa?

A Sebastian le habría molestado ese interrogatorio en cualquier otra persona, pero había algo en la personalidad de Romola Cheyne que hacía que los demás no sólo soportaran sus preguntas, sino que les dieran respuesta. Además, si se le abría la propia intimidad había más posibilidades de asegurarse su discreción que si, frustrada, se veía reducida a los recursos de su inventiva. Era, además, una mujer de gran experiencia, con quien bastaban pocas explicaciones.

—Pues —dijo Sebastian, desmigando el pan— que George se enteró y se cabreó.

Fue un alivio decirlo. Después de esas ocho palabras, sabía que Romola Cheyne no le pediría más. Eran ocho palabras que no le había dicho a nadie más, pero Romola Cheyne era una mujer capaz de poner ella sola todos los detalles a partir de un bosquejo de ocho palabras.

—Con que ha sido eso —dijo Romola; pero, aunque lo dijo con desenvoltura, Sebastian notó que su desenvoltura no era ni dureza ni indiferencia.

Aquel breve intercambio con Romola Cheyne le dio un consuelo y un apoyo curioso. El vínculo que los unía se había robustecido en un cincuenta por ciento: un vínculo puramente platónico, entre una mujer de mediana edad que tenía una difícil posición que mantener y un joven cuyos problemas eran enteramente fruto de su propio temperamento. De todos modos, pensó Sebastian al alejarse a pie de su casa aquella noche, Romola no le había sugerido ninguna solución. Seguía teniendo que buscarse él mismo la salida. Quizá no hubiera solución alguna. Quizá fuera cierto que desde el principio estaba condenado a aquella vida de insatisfacción, de búsqueda, de improvisación. Se preguntó qué habría sido de Anquetil. Anquetil, un extraño, había dicho muchas verdades que hacían pensar.

Además, precisamente en aquel otoño de 1906 Sebastian era infeliz por otros motivos aparte de los personales. Acaso le hubiera sentado mal la excesiva animación del verano. Muchas veces había envidiado a Sylvia, que era capaz de tomarse las diversiones como si tal cosa, y que, con su costumbre de no analizar, daba por supuesto que él también se las tomaba así, aunque a ratos le angustiara ver en él una taciturnidad que le resultaba totalmente incomprensible. Sylvia se lanzaba a la novedad con un espíritu acrítico que para Sebastian era motivo, a la vez, de envidia y de desagrado. Cada moda del momento entraba en su vida con la impetuosidad de la marea que llena las hoyas de poco fondo; Sebastian recordaba sus muchos entusiasmos: su entusiasmo por el último millonario americano («Pero, cariño, tú no aprecias lo *juvenil* de su espíritu; nosotros le parecemos todos como una colección de figuras de cera; él mismo me lo dijo; yo creo que es una idea muy divertida; y le gustan mucho nuestros cuadros y nuestras casas; va a comprar el *Niño de rojo* de Eadred Templecombe, el sir Joshua, ya sabes;* y la última vez que vino a Wymondham quería comprar toda la casa y llevársela a América ladrillo a ladrillo»); su entusiasmo a propósito del desfile; su entusiasmo por el *boston*, y la energía adolescente con que todas las tardes había ido a D'Egville para aprender. Le maravillaba, aunque fingiera estar de acuerdo. Pero por debajo de todas esas cosas había estado preocupado. Aquella invasión de americanos; aquel gobierno radical que tan inesperadamente ganó las elecciones generales, aquel voto laborista del que tanto se habló;

aquellas caricaturas de John Bull mirando por encima de una tapia a un toro que llevaba el rótulo «Laborismo»; aquel nuevo afán de publicidad entre las personas que conocía; aquel frenesí general; aquella adulteración de la sociedad; aquella tendencia del Wickenden joven a la huida..., todo eso ¿qué quería decir? ¿Quería decir que iban todos camino del batacazo? Y el batacazo, cuando llegase, ¿sería constructivo o destructivo? Pero, como esas especulaciones no eran oportunas, nunca las descargó sobre Sylvia; nunca las descargó sobre nadie; se las había guardado dentro, y se enconaron.

Había momentos en los que la inutilidad de su vida le abrumaba. El flirteo no era desahogo adecuado para la energía de un hombre de veintiún años. Su madre, en una ocasión en que él, incauto, le dijo algo en ese sentido, le miró asombrada y le preguntó qué pretendía decir con eso. «Yo creo que estás haciendo todo lo que se te puede pedir, cariño. Diriges la hacienda; ¡y todo el tiempo que pasas aburriéndote en el cuartel! El otro día mismamente oí que Margot te pedía que la acompañases a Cannes, y le dijiste que no podías porque tenías que estar en Windsor. Yo me llevé un berrinche, sabiendo lo mucho que disfrutarías en Cannes con Margot. Verdaderamente, no veo que tengas motivo para hacerte reproches.» Pero él se los siguió haciendo. Cada vez que pasaba por delante de las dos garitas de Whitehall y veía a los dos guardias inmóviles sobre sus inmóviles monturas, expuestos a la necia mirada de admiración de los transeúntes, se aborrecía por la autoridad que podía ejercer sobre aquellos hombres. Cada vez que se cruzaba con un escuadrón de su regimiento, con sus capas rojas magníficamente extendidas sobre las grupas de los caballos, cabalgando entre la niebla londinense por St. James's Street, se rebelaba contra el vínculo que le unía a aquella pintoresca bufonada. Le gustaba, y se aborrecía porque le gustaba. Se gustaba porque la aborrecía, y se aborrecía porque se sometía a ella. No soportaba verse en una fotografía vestido de uniforme, con las grandes botas negras y los grandes guantes blancos; pero cuando Wacey, a petición de su madre, le puso delante seis copias de la foto para que se las dedicara a la señora Wickenden, a la señora Vigeon, a la señora Diggs, a la señora Hodder, a la otra señora Wickenden y a la propia Wacey, se sentó obedientemente y las firmó todas con el debido ringorrango.

Eso fue a propósito de su mayoría de edad. Entonces vino a Chevron su abuela, y vinieron todos sus tíos con sus esposas. A Sebastian le gustaba su

abuela. Era lo bastante agudo para respetar en ella una realidad de la que su madre y los amigos de su madre conseguían sólo una pobre imitación a costa del mayor esfuerzo. Su madre y los amigos de su madre podrían ser más entretenidos, más modernos; estaban, desde luego, más al día; pero la duquesa viuda portaba sobre sí un sólido aplomo, propio de otra época menos intranquila. Aquella nota ligeramente ronca de desafío estaba ausente de sus pronunciamientos. Ella no protestaba; pasaba por alto, simplemente. Nada desagradable turbaba nunca su serenidad, porque sencillamente no reparaba en ello. Lo mismo Darwin que el Partido Laborista habían pasado inadvertidos bajo el baluarte de su nariz poderosa; el uno en 1871, el otro en 1906. Seguía sin enterarse de que los americanos estaban descubriendo Europa mucho más deprisa de como descubrieran América los europeos. El único suceso del que se sabía que hubiera despertado su indignación fue el impuesto de sucesiones introducido por sir Williams Harcourt en el presupuesto radical de 1894. De eso no había tenido más remedio que enterarse, porque su hijo, el padre de Sebastian, había muerto en la guerra de Sudáfrica en 1900, cuando Sebastian tenía catorce años; y ella leyó en el *Morning Post* que los derechos a pagar por Chevron ascenderían a cien mil libras de beneficio para el Tesoro. En esa ocasión la duquesa viuda había salido de su trance de la manera más abrupta y alarmante: había mandado llamar a su hombre de confianza y le había dictado una carta de protesta al ministro de Hacienda. Era una protesta elegante, pero protesta al fin y al cabo. Ponía de manifiesto la falacia de empobrecer a las grandes haciendas, y señalaba el aumento del desempleo que necesariamente debía seguirse de semejante política tributaria. Llamaba la atención hacia el número de pensionistas que se sostenían de las arcas de Chevron. Insinuaba la posibilidad de que en el futuro esas pensiones pudieran ser suprimidas, reducidas o incluso cargadas a la cuenta del Gobierno. Indicaba la necesidad del mantenimiento de buenas relaciones entre los terratenientes, como eran los señores de Chevron, y su gente. Sugería que todo lo que contribuyera al deterioro de esas buenas relaciones podía acarrear las consecuencias más desastrosas.

La duquesa viuda quedó satisfecha con aquella composición. Mandó llamar a los hijos que le quedaban, lord Geoffrey, lord John y lord Richard, y ordenó a su hombre de confianza que se la leyera en voz alta. El hombre de confianza, que

en la presencia solitaria de la duquesa viuda era el más sumiso y servil de los mortales, recobró un cierto grado de amor propio masculino cuando vio frente a sí a aquellos tres representantes varones de la casa de Chevron. No estaba seguro de cómo se tomarían su participación en el asunto de la carta; cabía incluso que pensarán que no había tenido por qué escribirla. Pero él era un hombre pobre, con tres hijos que mantener, y no se le podía pedir que contrariase los deseos de la duquesa viuda. Así razonó consigo mismo, alimentando la esperanza de que lord Geoffrey, lord John y lord Richard comprendieran su posición. Si la duquesa viuda quería hacer el ridículo, no era de su incumbencia; él estaba allí para hacer lo que le mandaran. Cuáles no serían su sorpresa y su alivio al ver que ni lord Geoffrey, ni lord John, ni lord Richard ponían el menor reparo a su participación. Al contrario, aprobaron totalmente la acción de su madre. La aplaudieron como muy oportuna y justificada. A una con su madre se sentaron a esperar una respuesta satisfactoria. A una con su madre prorrumpieron en momentánea indignación cuando el Tesoro acusó formalmente recibo diciendo que la comunicación de la señora duquesa obraba en su poder y sería trasladada al departamento competente. A una con su madre renovaron su optimismo. A una con su madre descubrieron un motivo de agravio perenne cuando llegó del Tesoro una amable nota diciendo que el señor ministro comprendía perfectamente la preocupación de la señora duquesa, pero lamentaba hondamente que no fuera posible hacer excepciones para casos individuales.

La duquesa viuda no acabó nunca de recuperarse de aquel ultraje, que, por otra parte, tuvo un efecto concreto: el de animarla a tomar a Sebastian bajo su protección. Desde aquel momento se empeñó en considerarle una víctima de la injusticia. En vano le explicó Lucy que Sebastian —sobre todo después de una larga minoría de edad— percibiría rentas más que suficientes; la duquesa viuda seguía meneando su cabeza de blanquísimos cabellos, y consolando a Lucy con la promesa de que a su muerte su viudedad de cinco mil libras al año pasaría a complementar el presupuesto de Sebastian. «Las viejas no servimos para nada», decía pesarosa. En el día del cumpleaños de Sebastian, y al principio de cada curso escolar, le enviaba una libra de oro en una caja de pastillas; y todas las veces la libra iba acompañada de dos notas por separado: una para Sebastian, diciendo que ella, que había tenido cuatro chicos, sabía cuánto le gustaba una propina a un escolar; la otra para Lucy, diciendo que no enviaba más porque era

malo para los chicos disponer de mucho dinero para sus pequeños gastos, pero que no soportaba la idea de que el pobre Sebastian pasara apuros. «Debe estar en condiciones de mantener su posición», escribía, «entre sus condiscípulos.»

Sebastian quería y apreciaba a su abuela, y nunca se permitía ante ella una de sus exhibiciones de taciturnidad o malos modos. En su manera de tratarla manifestaba siempre la mayor consideración y cortesía. Lucy lo tomaba a broma, y lo llamaba sus modales de «El Pequeño Lord»; pero Sebastian, inalterado, se limitaba a sonreír. Los criados decían que era bonito verlos juntos. El brazo de Sebastian era, de hecho, el único que aceptaba la duquesa viuda en sus anuales peregrinaciones alrededor del jardín. Entonces se detenía cada poco rato, porque le faltaba la respiración y no lo quería reconocer, para lanzar sus críticas contra alguna disposición de los arriates que no le parecía bien. «Diggs nunca tuvo gusto más que para las begonias», gruñía, apuntando con la contera de goma del bastón a un agrupamiento de tulipanes y nomeolvides; pero Sebastian, haciendo de paciente escolta, sabía que su abuela estaba pensando en el padre de Diggs, no en el Diggs actual. Nunca se lo hacía notar. Le gustaba alentar sus recuerdos de cincuenta años atrás, cuando se había peleado con un Diggs anterior a causa de las begonias. Lucy le contemplaba, y comentaba con Wacey lo raro que era su hijo. «Dulce como la miel con esa vieja, y arisco como un hurón con todos los demás.» Wacey meneaba la cabeza, diciendo que los jóvenes de ahora eran muy particulares.

Sólo la presencia de su abuela hizo soportable para Sebastian su mayoría de edad. Le gustaban su aspereza, su entrometimiento y sus limitaciones. Era una anciana dura y tajante, que decía lo que sentía y sentía lo que decía, y no pretendía dar un viso agradable, ni siquiera civilizado, a sus opiniones ni a su conducta. Decía sin rodeos que lamentaba la abolición de la esclavitud. Le irritaba saber que un criado impertinente podía pedir la cuenta. Sus hábitos personales eran igualmente primitivos, y su posición le permitía manifestarlos sin disimulo: si quería escupir, escupía; y como el eccema la hacía sufrir cruelmente, se rascaba la espalda a la vista de todos con una manita de marfil provista de largo mango, metiéndosela por debajo del vestido después de cenar; o, por el día, se frotaba los hombros contra el respaldo de la silla, poniendo en ambos gestos la misma inocencia y energía. Sebastian llevaba en su carácter una veta de tosquedad que disfrutaba mucho viendo esas exhibiciones y la

incomodidad que producían en su madre. «Mira, Sebastian, como a ti te adora..., no le podrías insinuar tú que...» «Es que yo no le quiero insinuar nada, madre; ¿no ves que vive en el siglo dieciocho?» «No, no lo veo», decía Lucy enfadada; «lo único que veo es que se pone de lo más desagradable, y me alegro de que estemos en familia, porque así no he tenido que presentársela a nadie.»

Sebastian le habló a su abuela de sus cuitas. Sabía que no tendría su apoyo, pero también sabía que su falta de apoyo brotaría de causas más profundas que la de su madre o sus amigos. ¿De qué servía, por ejemplo, hablar con Ambermere, que estaba en la misma situación que él, pero que no sentía otra preocupación que la de pasar el rato lo mejor posible? ¿De qué servía, incluso, hablar con Romola Cheyne, que se limitaba a decirle que no fuera tonto? Su abuela no le despacharía con evasivas tan ligeras; le daría un buen coscorrón. Eso era exactamente lo que quería Sebastian: un coscorrón que le dejara inconsciente. Pero el instrumento tenía que ser una convicción anticuada y auténtica; no una convicción a medias, apuntalada con cuatro palitroques en un refugio asediado. Quería que le dejaran tirado, inconsciente, sobre la última roca, con la esperanza de morir antes de recobrase lo bastante para sentir la conmoción de los cimientos. En honor a su abuela hay que decir que le propinó los golpes más duros que pudo.

—¡Majaderías! —dijo cuando Sebastian terminó—. En la vida he oído tales majaderías. Los muchachos de mi época no hablaban así. Los muchachos de mi época eran hombres. Cazaban y bebían y cortejaban a las mujeres, y no se preocupaban de si cumplían con su deber. No eran tan delicados. —Se rascó la espalda con la manita de marfil—. No te andes con esos tiquismiquis, hijo. Si has nacido para tener ciertos privilegios, disfrútalos, y alégrate. No es que yo esté de acuerdo con tu madre ni con sus costumbres. Con rey o sin él, a mí no me gustan esos judíos; hoy he visto un montón de esos apellidos horribles, hojeando el libro de visitas. Debería haberlo guardado antes de que yo viniera si no quería que me enterase. No son buena compañía ni para ella ni para ti. Seguro que te han estado metiendo ideas en la cabeza; a lo mejor quieren que entres en negocios con ellos. Tú no hagas caso. Y no tengas ideas. Las ideas lo trastornan todo. Las cosas marchan bastante bien, aún hoy en día. Déjalas estar. No tengas ideas.

—Las cosas marchan bien para nosotros, abuela.

—¡Mira el mocoso este! ¿Y qué otra cosa importa? Nosotros dirigimos el país, ¿no? Los que dirigen se merecen sus privilegios. ¿Qué sería del país, quisiera yo saber, si los de arriba no tuvieran sus comodidades? ¿Qué sería de las modistas si tu madre no se hiciera más vestidos bonitos? Además, al país le gusta. En eso no te engañes. La gente necesita algo que admirar. Es bueno para ellos; les proporciona un ideal. No les gusta ver que un señor se degrada.

¡Bueno, pensó Sebastian, esto es sinceridad! ¡Aquí no duelen prendas! Le gustaba su abuela por ser tan tajante. Se dio cuenta de qué era lo que le desasosegaba de la compañía de su madre y sus amistades. Era que seguían aferrándose, con una especie de obstinación febril, a algo en lo que ya no creían del todo. La diferencia entre ellos y la duquesa madre era que la duquesa madre no admitía fisuras en sus creencias. Ellos no las confesaban tampoco, pero eran conscientes de un murmullo de voces rudas y broncas allá lejos. Por eso intentaban disfrazar de relumbrón su inseguridad. Comparados con aquel sólido y vetusto monumento, eran una pizca vulgares. Su abuela, por mucho que escupiera y se rascase, era menos vulgar que ellos.

Cuando los familiares se marcharon, Lucy proclamó su alivio sin rodeos: se dejó caer en un sofá, se abanicó y exclamó: «¡Uf!». Dijo que no habría podido soportar un día más las anécdotas de Geoffrey, ni el refunfuño y los ladridos de su suegra, ni el encaje de ganchillo de lady John. Gracias a Dios que no había que volver a invitarlos a todos en montón hasta que se casara Sebastian. «O Viola», dijo Sebastian, tirándole a *Sarah* de las orejas. Lucy, en un acceso de depresión, confesó que a veces pensaba que Viola no se casaría nunca, con lo rara que era. Entretanto, la mayoría de edad quedó celebrada y superada, sin dejar otras huellas que —para gran disgusto de Diggs— tres o cuatro señales de chamusquina en el césped, de fuegos de artificio que habían caído chisporroteando; una pieza nueva de platería en la cámara blindada, y un retrato dibujado por Sargent, donde Sebastian aparecía con la camisa abierta, cuello musculoso, cabellos alborotados y mirada impávida. Este dibujo fue un regalo de los colonos a Lucy, y quedó colgado en el saloncito, formando pareja con el aguafuerte, levemente entintado, que había hecho Helleu de Viola, con largos bucles que le caían hasta los hombros y zarcillitos rizados en torno a las orejas. Sebastian había hecho notar que Viola tenía el cabello liso, y que con las tenacillas sólo se conseguía darle un rizado informe, no curvas opulentas y

mórbidas. A Lucy le molestó esa observación: sintió vagamente, a su manera no analítica, que ponía en peligro aquella ficción que tanto prefería a las realidades desagradables. Siempre le intranquilizaba la preferencia de sus hijos por la verdad. No tenía la inteligencia necesaria para oponerse ni para discutir; simplemente hacía constar su desagrado, perdía la paciencia y desechaba su capricho tildándolo de afectación moderna, al estilo de las obras de H.G. Wells, cuyas novelas, tras una sola experiencia, se negó a leer. ¿Para qué estaban los artistas, preguntó mirando al Helleu con cariño, si no era para sacar a las personas más guapas de como Dios había tenido a bien hacerlas? ¿Acaso creía Sebastian que todas las señoras de Gainsborough tenían el cabello ondulado y un busto perfecto? No, dijo Sebastian; y aun se atrevería a afirmar que los caballeros de Vandyck volvían de cazar en día lluvioso con sus bucles hechos una pena, lacios y caídos. ¡Pues entonces, exclamó Lucy triunfante, mejor artista había sido Vandyck al presentar a sus caballeros siempre perfectamente peinados! No, replicó Sebastian; cuánto más interesante, cuánto más veraz, cuánto más íntimo habría sido un retrato de Carlos I sorprendido sin arreglar, en la forma en que se ocultaba a todos menos a sus compañeros de cacería o a su ayuda de cámara, antes de recobrar su aspecto oficial. Estas discusiones enojaban a Lucy, y muy pocas veces cometía Sebastian la imprudencia de embarcarse en ellas. Sabía que únicamente servían para poner de manifiesto el abismo insalvable que separaba a su generación de la de su madre. La verdad era un germen que sólo subrepticamente se podía introducir en un mundo sin vacunar. Entonces podría multiplicarse con provecho, y matar.

Entretanto, la presión era demasiado fuerte para él. Podía atacar a Helleu como símbolo, pero no liberarse del todo.

Teresa Spedding y Sebastian se conocieron de esa manera torpe en que a menudo se producen acontecimientos así de improbables en apariencia, pero indudablemente ordenados por el destino. La vida según la ven los novelistas no deja margen para tales accidentes. Pero en la vida real, como todos tenemos motivos para saber, ocurren. Lady Roehampton decía la verdad al comentar, en aquellos tempranos días, que las cosas ocurrían en sucesión rápida y extraña. Ciertamente Sebastian, en esta época, no sentía ningún deseo de aventuras, ni amorosas ni de ninguna otra especie. Si algo quería era que le dejaran en paz para pensar. Pero esperar que le dejaran en paz era demasiado pedir para un

muchacho de sus atractivos y de su debilidad. La vida se configura sola, indiferente a nuestro control, pero al final queda demostrada su sabiduría. Sin duda Teresa era necesaria para el desarrollo de Sebastian.

Se recordará que, en el curso de una representación de *Tristán e Isolda*, Teresa había deseado que lady Warwick —víctima inocente e inconsciente en este asunto— resbalase a la salida y se torciese un tobillo; lady Warwick, sin embargo, salió ilesa; era a Sebastian a quien le estaba reservado sufrir ese percance, que iba a complicar su vida en un momento peligroso y a depararle una visión tan decepcionante del funcionamiento de un mundo distinto del suyo. Aquí sería ocioso y estaría fuera de lugar que hiciéramos conjeturas sobre qué poderes lanzaron a Sebastian a la puerta de Teresa; los incidentes materiales pocas veces merecen que se reflexione sobre ellos largamente en la ficción, por grandes que, por desdicha, puedan ser sus dimensiones en la vida; el sagaz novelista pasa en seguida a la situación psicológica que de ese modo adventicio se produce, saltándose las explicaciones de un suceso que de hecho no se podría explicar por procesos racionales. He aquí, pues, que Sebastian, al apearse de un *hansom* que aún no se había detenido del todo, tropezó en el bordillo de la acera y cayó al arroyo con un tobillo dislocado. Sin duda tuvo la culpa su impetuosidad. Había visto a una florista con un cesto de gardenias, y, alzando la trampilla del coche, dio orden de parar al cochero; pero, en el mismo instante en que el caballo, respondiendo al súbito tirón de las riendas, juntaba las cuatro patas y resbalaba en el pavimento mojado hasta dar en él con sus cuartos traseros, Sebastian saltó del estribo con el resultado que ya se ha dicho. La sobresaltada florista, oliéndose la propina, se adelantó con mano servicial. Pero Sebastian requería algo más que aquella fácil ayuda; dicho en pocas palabras, no podía tenerse en pie. Sentado desvalidamente en el bordillo, sacó dos soberanos y dijo que se quedaba con todas las gardenias. Cochero y florista, de pie ante él, le contemplaron con una mezcla de admiración y consternación. No todo el mundo era capaz de dislocarse un tobillo y aun así efectuar una compra con tanta esplendidez y frialdad. El cochero ponderó vivamente el valor del señorito. La florista se quedó boquiabierta, y se apresuró a guardarse los soberanos en una bota. Pero estaba claro que la cosa no acababa así: no podían dejar al señorito allí sentado. La calle, además de mojada, estaba vacía; sólo de una placa de latón colocada debajo de una campanilla cabía esperar auxilio. La florista llamó.

Sebastian, sin premonición alguna de lo que se estaba haciendo con su vida, se sintió aupado por los brazos e introducido en la sala de espera del doctor John Spedding.

No era habitual que Teresa se rozase con los pacientes de su marido; antes bien, sobre ese punto John era muy severo. Pero en esta ocasión se decidió a quebrantar la norma, porque mirando aburrída por la ventana del salón había visto el accidente, y ya se precipitaba escaleras abajo cuando oyó la campanilla y se dio cuenta de que a los otros dos testigos se les había ocurrido la solución obvia. Así fue como Teresa en persona le abrió la puerta a Sebastian, y con su talento natural, aunque cultivado, de fisonomista le identificó con el muchacho moreno al que había visto en la ópera, en el palco de lady Roehampton.

Durante la media hora siguiente Teresa sufrió lo indecible. ¡Un amigo de lady Roehampton bajo su techo! ¡Una posible entrada en aquel mundo grandioso, en aquel mundo codiciable! Porque ya hemos visto cómo corría la imaginación de Teresa, y a qué visiones deslumbrantes la conducía en seguida. No importaba que la levita y los pantalones negros del joven —«traje de mañana», murmuró Teresa— se hubieran manchado de barro, ni que su chistera se hubiera convertido en un objeto lastimoso, recogido por el cochero del arroyo por el que había rodado, y cautelosamente depositado por el cochero, de puntillas, sobre la consola del pequeño recibidor de los Spedding, entre las tarjetas de visita y los rótulos de «ENTRADA» y «SALIDA». Los accesorios del joven estarían sucios, pero el joven que los usaba era un miembro del mundo de lady Roehampton. Con eso le bastaba a Teresa, que no vio nada de ridículo en la situación del muchacho. Era un miembro del mundo de lady Roehampton. Pero no sabía su nombre.

John, avisado por la doncella, que respondió con tardía dignidad a la llamada de la campanilla, salió de la consulta con su gesto de aburrimiento más profesional. Teresa corrió a interceptarle en el recibidor. Era necesario, era esencial, intentó explicarle con un susurro ardiente —contenido, porque todavía andaban por allí el cochero y la florista—, que averiguase el nombre de su cliente. Pero John podía ser exasperante en tales ocasiones. No hizo sino apartar a su mujer, benévolo pero imperioso, y desaparecer en la sala de espera, cerrando la puerta tras de sí con firmeza y rotundidad. A Teresa no le quedó sino irse al piso de arriba y, retorciendo los visillos de encaje de las ventanas del salón,

avizorar la partida de su visitante. John, pensaba, un hombre tan sólido, de tanta ayuda en casi todas las emergencias de la vida, para estas cosas no era absolutamente de fiar. No era capaz de comprender su importancia. Cuando ella trataba de explicársela, él solía responder riendo y acariciándola. «Mi querida esnob», le había dicho una vez; y Teresa no lo había olvidado nunca. Eso le había demostrado en qué poco aprecio tenía su marido las ambiciones que ella alimentaba para él. No para ella, naturalmente; tan sólo por transformar a John de médico humilde de South Kensington en el médico del gran mundo londinense, en la tranquilidad de Mayfair. Si John llegaba a ser la tranquilidad de Mayfair, entonces Teresa estaría dispuesta a asistir a las fiestas de Mayfair como la ayuda de John Spedding —sir John Spedding—: «Y lo mucho que le ha ayudado en su carrera esa espléndida mujer que tiene». Todo lo tenía esbozado Teresa, pero John, no se sabía por qué, no la secundaba. Aquel muchacho que estaba en la sala de espera con un tobillo dislocado: seguro que John se lo dejaba escapar entre los dedos. Con súbita determinación, Teresa volvió a bajar corriendo las escaleras y se puso a escuchar por la cerradura hasta que los hombres se dispusieron a salir. Entonces fue descubierta, como se dice en el teatro, enderezando los grabados de deportes del recibidor.

Aquello marcó el comienzo de la amistad de Sebastian con los Spedding. La florista, con sorprendente honradez, antes de marcharse volcó las gardenias sobre la mesa de la sala de espera, entre los números atrasados de *Punch* y del *Illustrated London News*, y Sebastian se las regaló todas a la solícita, simpática y agraciada esposa del doctor. Cuando él se fue, Teresa, que sabía lo que costaban las gardenias, echó la cuenta con ojos de tasadora admirada. En medio de la excitación y la zozobra que sentía, lo único que pudo hacer fue poner las gardenias en agua —pero dos se las prendió al vestido—, porque el muchacho se había ido con John en un coche de punto, y hasta entonces, que ella supiera, no había dado más que su dirección, el 120 de Grosvenor Square; ningún nombre; John, por lo menos, no se había dirigido a él por ningún nombre, ningún título; había dicho lacónicamente: «Le acompaño hasta su casa», y allá se habían marchado los dos, en el *clarence*, el muchacho saltando a la pata coja, incapaz de aparentar que no le hiciera falta la mano que John le tendía. Teresa esperó, sin saber —tampoco es mucho lo que nosotros sabemos, y en todo caso Teresa era una mujer proclive al autoengaño— si era el anonimato del joven o su

personalidad lo que más la atraía.

Pero cuando regresó John, solo, no pudo enterarse de mucho más. Le asedió a preguntas, que John, con su astucia, ya había previsto. Entonces se divirtió traviesamente en decepcionarla. ¿Para qué, preguntó con serena inocencia, pedir el nombre de un cliente casual que pagaba en el momento? Un cliente que entraba en casa ayudado por un cochero y una florista, por haberse dislocado un tobillo prácticamente en la puerta, no era probable que pasase a paciente asiduo si por casualidad contraía unas paperas o un sarampión, o se ponía febril por un resfriado. Llegados al 120 de Grosvenor Square, el muchacho, con decorosa timidez, metió la mano en el bolsillo, hizo sonar las monedas y preguntó al doctor qué le debía. A continuación entró en la casa cojeando, sostenido por dos lacayos y seguido por un mayordomo, todos ellos debidamente contritos por el percance que había sufrido su señor; la puerta se cerró tras él y John dio media vuelta. Teresa agitó sus puñitos ante la cara de su marido. ¿Estaba loco, estaba *loco?*, demandó; ¡perder de vista a semejante paciente sin ni siquiera averiguar su nombre!

Para eso estaba, sin embargo, el Libro Rojo;* y Teresa, una vez que hubo agotado sus iras frente a un John regocijado e impenitente, corrió a consultarlo. Recorriendo la página con el dedo —«aquí está Brook Street», «aquí está Carlos Place»—, descubrió al propietario del número 120. Entonces sí que su indignación hacia John no tuvo límites. ¡Chevron House! ¡Había estado a la puerta de Chevron House, y no había hecho nada ni siquiera por dejar al duque sentado en un sofá! Teresa se retorció las manos, y su desesperación era sincera. Lo sentía tanto por el propio John como por ella; o eso pensaba, y, al menos en parte, lo que pensamos es lo que somos. Si John no quería ayudarse a sí mismo, declaró, ella abandonaría el ingrato trabajo de ayudar a John. Estaba al borde de las lágrimas, pero John no hacía sino tirar de la pipa y sonreírse como si él solo se estuviera contando un chiste. Quería a Teresa, y a sus ojos los caprichos de Teresa formaban parte de su encanto. Le divertía pensar que Teresa había albergado fugazmente a un duque en su casa y, burlada, le había dejado marchar. El propio John había tenido durante todo el rato un astuto atisbo de la identidad de Sebastian. Pero no casaba con sus principios sonsacar el nombre de un paciente que pareciera remiso a darlo.

Un rayo de esperanza, una manifestación de la Providencia, sin embargo,

brilló para Teresa, al descubrir que Sebastian se había dejado la chistera en el recibidor.

Al recibo de la nota de la señora Spedding —porque Chevron House todavía no tenía teléfono—, Sebastian acudió en persona a recoger su sombrero. Por qué acudió en persona, en lugar de enviar a un criado, no lo sabía muy bien; lo único que sabía era que en aquel momento estaba aburrido; que se había cruzado con los ojos de la señora Spedding; que aquellos ojos estaban llenos de interrogantes, de emoción; que él estaba hasta la coronilla de todos sus conocidos; que quería sobre todas las cosas encerrarse en Chevron; y que a falta de ese lujo, que le vedaban sus obligaciones con el regimiento, tenía que ocupar su espíritu en algo, para olvidarse de Sylvia y de la catástrofe que había atraído sobre ella. Se hallaba, efectivamente, en ese estado de ánimo desdichado que sigue a unos amores desafortunados y desafortunadamente concluidos. No le gustaba pensar en Sylvia. Su razón le decía que él no había tenido la culpa de nada; pero a nadie que no sea un sinvergüenza le agrada decirse que ha sido más lo que le han querido que lo que ha querido él. Eso produce una sensación incómoda, aunque enteramente irracional, de culpa. Así que Sebastian acudió en persona a recoger su sombrero.

Aquel segundo encuentro de Sebastian y Teresa no fue auspicioso. Él no había dado noticia previa de su visita, y se hizo anunciar por una doncella sofocada en el momento en que Teresa se disponía a servir el té a su cuñada, venida en el tren barato desde Dorking para pasar el día en su casa. Teresa, esperando a su cuñada, no había cuidado mucho su aspecto; en lugar de eso se había dedicado, no muy en contra de su voluntad, a una tranquila hora de chismorreos sobre la familia de John, y de comparación entre los precios de Whiteley y de John Barker en la campaña blanca de invierno, materias que interesaban por igual a las señoras Spedding y Tolputt. La llegada de Sebastian fue, por poco decir, desconcertante; Teresa se vio penosamente ofuscada para conciliar aquellos dos elementos contradictorios. A pesar de todo, el saldo quedaba claramente del lado triunfal. ¿Cómo si no? ¡Un duque que se deja caer a la hora del té! Así se lo formuló Teresa interiormente; *comme si de rien n'était*, añadió, porque una vez había aprobado un curso de francés, y había retenido

unas cuantas expresiones familiares, aunque no habría podido sostener una conversación en francés durante más de un minuto con la mínima seguridad. ¡Un duque que se deja caer a la hora del té! Y en su mente se desató una actividad frenética, mientras presentaba a Sebastian a la señora Tolputt, buscando los medios de impedir que la señora Tolputt hablase de fundas de almohada, y a la vez impedir que Sebastian dejara traslucir el carácter levísimo y desgraciadamente accidental del conocimiento que los unía.

El comienzo fue bueno. Teresa, aun en medio de su agitación, se dio cuenta. La señora Tolputt se quedó, como ella misma habría dicho, de una pieza. Hasta entonces no había tenido el menor asomo de que Teresa llevara esa clase de vida. ¡Duques, nada menos! Menuda noticia para contársela a mamá mañana. ¿O tomaba el tren antes y se acercaba por casa de mamá aquella misma tarde? La señora Tolputt lanzó una mirada subrepticia a su reloj, que pendía pesado de su cadena, arrastrando consigo las llaves. Teresa sorprendió la mirada, y, no queriendo arriesgar demasiado su precaria seguridad, señaló que Maud debía estar atenta a no perder el tren. La señora Tolputt se indignó. «Teresa, tú sabes que un billete barato de día vale hasta el tren de los teatros, que es el de las once cuarenta; deberías saberlo, con la cantidad de veces que John y tú, cuando vivíais en Dorking...»

Teresa hizo un gesto rápido hacia su cuñada, que la señora Tolputt, que se las daba de buena entendedora, captó al momento. «Ah, por supuesto, hace tanto tiempo que John y tú no vivís en Dorking que ya no te acuerdas. Pero ¿querrá usted creer...»; se volvió hacia Sebastian, y su elocuencia se cortó de pronto en seco porque no sabía a ciencia cierta si había que llamarle «señoría» o «señor duque». «¿Querrá usted creer», continuó, iniciando una nueva vuelta y decidiendo dejarle anónimo, «querrá usted creer que yo vengo a Londres por un chelín y tres peniques, ir y volver? Desde Dorking. Los miércoles, claro. Y créame usted, señor duque», clamó, olvidándose de sí a medida que crecía su entusiasmo, «que no es moco de pavo en época de rebajas. Le aseguro que me ahorro varias veces el precio del billete. Las tiendas de los pueblos es espantoso cómo se aprovechan. No lo creerás», dijo muy excitada, volviéndose a Teresa y retomando el tono que había tenido su conversación antes de que entrase Sebastian, «pero en Judd pretendían cobrarme diez chelines por un juego de sábanas para las criadas, que en Barker lo tienes por siete y medio. Es media

corona de diferencia», dijo, volviéndose a Sebastian, al tiempo que reforzaba la observación golpeándose la palma de una mano con los dedos de la otra; «¡media corona de diferencia! Parece que no es mucho, desde luego, pero entre una cosa de aquí y otra de allá, al cabo del año se nota en el presupuesto, y eso es algo que no comprende ningún hombre. Aunque usted, señor duque», dijo, reportándose de pronto, «me figuro que no habrá tenido que pensar nunca en esas cosas. Me imagino, Teresa», añadió, volviéndose a su consternada cuñada, «que el señor duque tendrá un ama de llaves que se encargue de esas cosas, ¿verdad?; pero seguro que tú sabes mucho más que yo de los asuntos de su casa, ¿eh?»; y soltó una risilla, y sepultó la nariz en la taza de té.

La operación de beber el té puso coto momentáneo a la verborrea torrencial de la señora Tolputt, pero Teresa sintió escaso alivio, porque sabía que Maud volvería a las andadas tan pronto como sacase la nariz de la taza. Se reconcomía al pensar que Sebastian podía haber ido cualquier otro día, cuando no estuviera allí Maud. Y así, por supuesto, no volvería jamás. No hacía más que mirarle allí sentado, tan pulcro, con su indumentaria londinense —«tiene el pelo como de charol», pensó—, con el bastón de ébano depositado en el suelo junto a él, escuchando las efusiones de Maud en actitud de interés y deferencia. ¡Qué seriedad y qué finura en el porte! Pero tenía que estar aburrido, horrorizado, pensó la angustiada Teresa mirando a su cuñada, tan rechoncha y casera y parlanchina, embutida en su corpiño de terciopelo color ciruela como la mujer de cualquier tendero inglés. Observó la bolsa de red de Maud, que, llena de abultados paquetes, reposaba junto a ella en el suelo, y comparó su fealdad con la elegancia del bastón de Sebastian. Era como si aquel contraste entre sus accesorios simbolizara la diferencia que había entre ellos. ¡Ay, pensó Teresa, no poder taparse los ojos y los oídos para no presenciar el horror de aquella escena! No, ciertamente, el duque no volvería jamás.

Pero sí volvió. Al despedirse, apoyándose en el bastón y en el respaldo de la silla para ponerse en pie, le pidió permiso para volver. Ciertamente fue con la disculpa de querer darle las gracias al doctor. «Lamento tanto no haber encontrado en casa a su marido...» Pero Teresa sabía muy bien que el doctor no entraba en esto para nada. Era a ella a quien quería ver Sebastian; lo sabía por su forma de

mirarla, con una mirada sin sonrisa pero atenta, escrutadora; la mirada, en realidad, que Sebastian solía dirigir a todas las mujeres, quisiera significar algo con ella o no. Esta vez sí quería significar algo. Nadie sabía nunca por dónde iban a soplar los vientos del capricho de Sebastian, aunque realmente era muy extraño que se torciesen en dirección a la señora de John Spedding. Pero estaba aburrido; había conocido demasiadas clases de mujeres, y las sabía calibrar a todas: mujeres del gran mundo, prostitutas, aspirantes dudosas a las alturas sociales, buscadoras de fortuna, aprovechadas, parásitas y las señoras ligeras de la farándula; ninguna de ellas encerraba ya más interés para él que el abecedario; pero aquella Teresa, tontuela y guapa, que le miraba con tales ojos de admiración y desconcierto, y que evidentemente estaba muy avergonzada de su simpática y vulgar cuñada, le podía distraer durante una semana, y en cualquier caso sería una experiencia nueva, un tipo que hasta entonces tenía sin aprender. Era quizá un impulso más bien débil, y no muy honroso para Teresa; pero Sebastian no estaba de humor para cosas más nobles. Ni tampoco pretendía hacerle a Teresa ningún daño. Sebastian era una de esas personas encantadoras pero peligrosas que nunca hacen daño si no es accidentalmente; el descontento que por dentro le corroía seguía siendo de su exclusivo conocimiento; nunca daba al exterior otra cosa que aquello que no podía por menos de dar: su aspecto, su gravedad, su sonrisa lenta, sus modales acariciadores, que, unidos a su aire distante, le hacían especialmente atractivo y exasperante para las mujeres. De alguna forma complicada, aquel sentimiento de su propio despegue le persuadía de que ellas estaban a salvo. Estaba jugando a un juego con una pelota blanda; un juego del que nadie tenía por qué salir lastimado. El mero hecho de que le devolvieran la pelota tras su primer lanzamiento preliminar le convencía de que conocían el juego y sus reglas; tras eso, se ponía a jugar en serio.

Si Teresa era una experiencia nueva para Sebastian, Sebastian no lo fue menos para Teresa. La deslumbró totalmente. Su irrupción en su vida le pareció no sólo fantástica, sino increíble. Revolucionó todos sus criterios: en lugar de las mezquinas cuentas y economías de su vida, contemplaba la irreflexiva liberalidad de él; en lugar de su interés envidioso por los grandes, los notorios o los socialmente encumbrados, veía en él una familiaridad hastiada e indiferente; en lugar de los códigos y costumbres de la clase media, con sus cuidadosas restricciones, respiraba el aire más dilatado de una naturalidad más laxa; en lugar

de que toda infrecuente y pequeña desviación de la rutina de todos los días fuera un acontecimiento, entró en contacto con una persona que no hallaba más emoción en esas distracciones que en un trozo de pan. Nunca conseguía adaptarse a los criterios de él. La cuestión de lo que Sebastian pudiera o no pudiera gastar estaba siempre muy presente en su pensamiento; se horrorizaba cuando le llenaba la casa de orquídeas; le reñía cuando les llevaba a John y a ella al teatro y dejaba vacío el cuarto asiento del palco. «¡Qué derroche!», exclamaba con verdadero disgusto. La desconcertaba que a él no le impresionaran las cosas que en ella suscitaban un entusiasmo espontáneo, ya fuera la belleza de una actriz de moda o el aspecto de un coche que pasaba por la calle; le encontraba irrespetuoso, hipercrítico y consentido. Pero por eso mismo le adoraba, y continuamente se hacía propósitos de mostrarse también ella displicente la próxima vez; fruncir la nariz; no darle ocasión de burlarse de su sencillez. Afortunadamente para ella, esos propósitos se desvanecían en el momento en que actuaba sobre ellos alguna presión. Teresa no sabía fingir. Palmoteaba, daba exclamaciones de gozo, solicitaba el consenso de Sebastian tan pronto como veía algo que le agradaba, y demasiado tarde se acordaba de su intención de hacer de gran señora. Entonces, al acordarse, se ponía altiva, y altiva permanecía quizá durante un cuarto de hora. Sebastian observaba con gran deleite todos esos procesos, y cada uno de ellos le encantaba. Le divertía ver la mirada chispeante de Teresa, sentir el tirón emocionado de sus dedos en una manga; le divertía responder en tono ligero y despectivo; ver que por su cara cruzaba un rápido recordatorio, y observar entonces cómo cambiaba de actitud: cómo de un «¡Ah, mire, mire qué bonito!» pasaba a darse aires de mujer de mundo y aparentar que nada le llamaba la atención. Era verdad que sentía cariño hacia ella, como se siente hacia un animalito confiado y juguetón al que tan pronto enseñamos a hacer gracias como ordenamos que salte a nuestras rodillas. Lo único que lamentaba era que para algunas de las gracias se hacía mucho de rogar. A él le habría gustado, por ejemplo, oír historias de la señora Tolputt, cuyos manejos le fascinaron, pero Teresa lógicamente era incapaz de reproducir a la señora Tolputt, y además no tenía las menores ganas de hacerlo, porque aquel interés de Sebastian le resultaba absolutamente incomprensible; lo más que conseguía sacar de ella era alguna que otra anécdota, aducida como ejemplo de las humillaciones que Teresa tenía que soportar.

—Pero ¿por qué lo quiere usted saber? —dijo cuando Sebastian le preguntó si el señor Tolputt formaba parte de la junta parroquial—; pues sí, mire por dónde, y cenan a menudo con el obispo. Bueno, a menudo quizá no —matizó Teresa, que era estrictamente veraz—, pero por lo menos una vez al año. A John y a mí nos invitaron una vez —añadió—, cuando el obispo supo que estábamos en Dorking.

—¿Y? —dijo Sebastian, mirándola atentamente—. ¿Lo pasaron bien?

—¡Fue espantoso..., espantoso! —dijo Teresa, ocultando de pronto el rostro entre las manos.

—Cuénteme —dijo Sebastian.

—Maud perdió un rizo del pelo —dijo Teresa, mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que perdió un rizo?

—Se le cayó en la sopa. Es que era postizo. Ay, fue horrible —dijo Teresa—. Yo no sabía dónde mirar. Desde entonces he tenido otra opinión del obispo. Imagínese que se echó a reír. En vez de mirar para otro lado y hacer como que no se enteraba, se echó a reír. A mí me pareció de muy mal gusto. Claro que también hay que tener en cuenta que es un hombre soltero.

—Y la señora Tolputt, ¿qué hizo?

—Eso fue lo peor de todo. Lo sacó del plato y lo levantó goteando. Lo encontró muy gracioso. No le dio ni pizca de vergüenza.

—A mí me parece que se comportó con gran cordura.

—¡Qué cosas tan horribles dice usted por darle la razón a Maud! Claro que soy yo quien tiene la culpa, por hablarle de rizos postizos.

—¿Porque yo también soy soltero, como el obispo? Cuénteme más cosas de la señora Tolputt. ¿Cuándo puedo volver a verla?

—Ahora se está usted riendo de mí, y es muy cruel por su parte. Mejor cuénteme algo de usted. Dígame qué se siente siendo quien es. ¿Le gusta ser quien es?

—Me gusta ser quien soy cuando me permite usted venir a tomar el té. Por lo demás, no mucho. ¿Por qué me iba a gustar?

Pero Teresa era discreta y no contestaba. Su amistad estaba todavía en una fase muy tentativa, y Teresa se guardaba muchas de las cosas que quería decirle a Sebastian, porque su educación le había enseñado que no hay que tomarse

familiaridades con los jóvenes si se quiere contar con su respeto. Sebastian veía a través de su mentalidad de clase media, y sabía que hasta que no la cortejase no le trataría con naturalidad. Pero no tenía ninguna prisa por hacerlo, sabiendo que aquel tiempo de prueba, cuando en todo encuentro latía el peligro de una confesión, era el más precioso y trémulo de todos; y que una vez que hubiera pasado entrarían al instante en otra fase distinta, que traería consigo sus deleites, pero que habría perdido algo de frescura, tan cierto como que el mediodía ha perdido la frescura de la mañana. Se daba por contento, pues, con recostarse en el sofá de Teresa y escuchar su cháchara, contrastándola con otras mujeres y pensando en lo deliciosamente ingenua que era, lo mismo en sus confianzas que en sus reservas, sin querer forzar el ritmo ni provocar una crisis que alterase la relación. Aunque a veces cavilaba sobre su marido, nunca le hacía preguntas. Ésa era una cuestión que sólo a Teresa atañía. Ni siquiera sabía Sebastian si el doctor estaba al tanto de la frecuencia de sus visitas.

—¿Por qué le gusta a usted venir aquí —le preguntó ella un día—, pudiendo ir como puede a todas partes y ver a todo el mundo?

Él la miró, pero vio que era sincera; no estaba intentando coquetear. Ése era uno de sus encantos: no sabía lo que era una frase de doble sentido.

—¿Le sorprendería saber que prefiero su compañía?

—Me sorprendería mucho. No se lo he dicho, pero una vez le vi en la ópera. Le vi en el palco de lady Roehampton.

Sebastian se levantó y se arrimó a la ventana.

—¿En el palco de lady Roehampton? ¿Aquella noche? ¿En *Tristán*? Pero ¿usted cómo sabía que era lady Roehampton?

—Es muy conocida, ¿no?; de vista.

—Me figuro que lo será. Bueno, ¿y qué?

—Pues que no puede usted preferir mi compañía a la de lady Roehampton.

—Mi querida Teresa, usted no sabe nada en absoluto acerca de lady Roehampton.

Teresa se sintió tremendamente desairada; Sebastian se había puesto de pronto desabrido y distante. Pensó que no debería haberle nombrado a sus amistades. Evidentemente a ella la veía como otra cosa muy distinta; y Teresa, con un escalofrío en el corazón, renunció al sueño de que la invitara una noche a cenar en Grosvenor Square. Ahora Sebastian estaba en pie junto a la ventana,

mirando sombríamente hacia la calle.

—Lo siento mucho —dijo ella a su manera infantil, llegándose hasta él—; claro que yo no sé nada acerca de lady Roehampton, salvo que es muy guapa, ¿verdad? Y seguro que es muy brillante. Únicamente se me ocurrió pensar que cómo podía usted encontrar algo en mí estando acostumbrado a personas así.

Por un instante titubeó la balanza entre que a Sebastian le irritase o le conmoviese su humildad. Entonces bajó los ojos a ella; vio sus labios entreabiertos, su mirada ansiosa; y sonrió. Tuvo en la punta de la lengua decirle que cuanto menos supiese de lady Roehampton mejor, pero una lealtad retrospectiva a Sylvia le contuvo.

—No piense en eso —dijo—; le aseguro que esas personas perderían rápidamente el brillo que tienen para usted si las conociera como yo las conozco. Hablemos de otro tema. Todos mis amigos se parecen entre sí como gotas de agua.

¡Qué hombre tan obtuso!, pensó Teresa; ¿no ve que lo que estoy deseando es que me den la oportunidad de comprobarlo? ¿No ve cómo estoy malgastando mi vida, mi aspecto y mi talento social, encerrada entre médicos y abogados y sus mujeres? Personas muy dignas, pero yo he nacido para algo mejor. ¡No necesito sino que me den la ocasión de demostrarlo! La ceguera de Sebastian la puso casi frenética, pero una mezcla de vergüenza y falta de maña le impidió delatar lo que continuamente tenía en el pensamiento. No podía decirle francamente: «Presénteme a sus amigos». No, ni siquiera con el argumento de ayudar a John podía decir eso. Así que rodeó el tema de lejos, sin darse cuenta de la diafanidad con que Sebastian la calaba, ni del deleite que le producía jugar con ella, tendiéndole un bocado succulento y luego arrebatándoselo cuando ella se adelantaba con las manos abiertas para tomarlo. De todos modos, su audacia iba en aumento. Cada vez que veía a Sebastian le hacía por lo menos una pregunta nueva, como por acaso, y agregaba la respuesta a la suma de sus conocimientos. De ese modo supo que el gran mundo no iba a Henley,* como ella siempre había creído, y también averiguó los tanteos con que se jugaba al *bridge* en las casas de los judíos ricos. Sebastian disfrutaba de lo lindo con aquellos interrogatorios pretendidamente ingenuos; respondía con seriedad, sabiendo perfectamente que a Teresa se le hacía la boca agua de curiosidad y envidia, y todo el tiempo estaba pensando que debía dejar de atormentar a aquella criatura y darle a probar la

vida que tanto codiciaba. Era una vergüenza estar siempre aplazando el festín que podía darle, viendo que se perecía por un favor que no se atrevía a pedir.

—Por cierto —le dijo un día a su madre—, ¿quién va a venir a casa en Navidad?

Lucy recitó una lista de nombres.

—Yo he invitado a dos amigos míos.

—¿Sí, cariño? ¿A quiénes?

—A un médico y su mujer.

—¿A un médico, Sebastian? ¿Y dónde has podido tú hacer amistad con un médico?

—Son los que me atendieron cuando me disloqué el tobillo.

—Pero, cariño, ¿encajarán bien con los demás?

—No, no encajarán en absoluto.

—Hijo, qué ocurrencia. Ya sabes que un elemento extraño puede echar a perder una reunión. ¿No podías haberlos invitado a venir solos un fin de semana?

—No habría servido para lo que pretendo. La señora quiere tener un atisbo de lo que sospecho que para sus adentros debe de llamar la vida elegante.

—¡Cielos, Sebastian, una vulgar esnob!

—Esnob, sí; el esnobismo la devora, pero no es vulgar. Al contrario, es extraordinariamente educada. Y muy guapa.

Lucy dio un gemido.

—Y el médico es verdaderamente una gran persona. Tranquilo, sensato; un poco sarcástico; con el pelo entrecano; saca una pipa y se dedica a mirar mientras hablan los demás.

—¿También él es esnob?

—No, al revés. Me parece que el esnobismo de su mujer le divierte tanto como a mí. De todos modos, van a venir, y tienes que tratarlos bien. Yo te prometo quitarte de encima a la señora durante gran parte del tiempo.

—Ándate con cuidado, Sebastian. Le vas a trastornar la cabeza a esa pobre criatura, para luego cansarte de ella y dejarla. Ya empiezo yo a ver por dónde van los tiros. ¿Por qué no te lo piensas mejor y das marcha atrás? Diles que te has encontrado con que la casa ya estaba llena..., cualquier excusa. Realmente sería mejor para ellos.

Sebastian se echó a reír.

—Mira, madre, confiesa que a ti lo que te importa no es ni la señora Spedding ni sus desengaños. A ti lo único que te importa es tu reunión, y lo aburrida que va a resultar esta gente.

—Pues sí, sí pienso que van a resultar aburridos. De todos modos, la casa es tuya, y tú haces siempre lo que te parece sin consultarme. Para mí son todos los problemas, y para ti toda la diversión. La realidad es que no soy más que tu ama de llaves... —Y la duquesa continuó un rato en ese registro, montando una rabieta; pero al final, viendo que Sebastian se limitaba a contemplarla con sonrisa irónica, se fue a desahogar su irritación sobre la fiel Wacey. Quedaron juntos Viola y Sebastian.

—Viola, nuestra madre me parece adorable de puro transparente. A ti por lo menos te gustará la señora Spedding.

—Mamá, por lo visto, no se acuerda de que todos los que tenía ya invitados son amigos suyos, no tuyos.

—Por supuesto que no se acuerda. Tiene una memoria muy conveniente. ¿Quiénes eran? Sir Adam, Julia Levison, los Templecombe; los demás se me han olvidado. Sean los que sean, a la señora Spedding la emocionarán.

—¿A ti no te emocionan?

—¿Te emocionan a ti?

—¿A mí? Los detesto a todos.

—Pues yo también.

Pocas veces estaban a solas los dos hermanos, y estando a solas pocas veces hablaban, o únicamente de asuntos prácticos y superficiales. En todo momento se sentía Viola dispuesta a aproximarse a su hermano, pero, como todos los demás, evitaba forzar una intimidad en la que él no tomase la iniciativa. Ahora, sin embargo, Sebastian estaba expansivo; como había estado hablando de Teresa, pero obligado a hacerlo de una forma más o menos cautelosa, le apetecía desahogarse, aunque fuera por otros cauces. Además, quería mucho a Viola, aunque a través de esas distancias incómodas que adopta el cariño entre hermanos y hermanas, y muchas veces había pensado que cuando se presentase la ocasión se tomaría un poco de trabajo para averiguar cómo era ella en realidad. Así que, porque era una tarde de invierno y porque había hablado de Teresa; porque estaban sentados en la biblioteca, frente a un gran fuego de leña;

porque su madre se había marchado enrabiada, con gran regocijo de los dos; porque *Henry* yacía dormido, estremeciéndose de vez en cuando, y porque él tenía en brazos a *Sarah*, con el hocico metido bajo su barbilla, y él se entretenía tirándole de las orejas, por todas esas razones respondió cuando Viola le dijo:

—Entonces, ¿por qué te pasas todo el tiempo con ellos?

—Por la fuerza de la costumbre, supongo. ¿Qué otra cosa se puede hacer? Con algo hay que pasar el rato.

—Pero ¿a ti eso te satisface, Sebastian?

—No, por Dios. Me figuro que no le satisface a nadie, como no sea a una cabeza hueca como mamá. Lo que pasa es que te ves atrapado en una maquinaria, y te dedicas a dar vueltas y vueltas con todos los demás, en fila india, como las orugas. Así te evitas problemas. Hay momentos aburridos y momentos divertidos, que supongo que es lo más que se puede esperar de la vida, y hay que darse por contento con que los divertidos sean más que los aburridos.

—Momentos divertidos...; yo no encuentro muchos.

—Es que tú eres muy seria —dijo Sebastian, mirándola con aire de descubrimiento—. Te diré que yo tengo mi lado hedonista. A ti parece que no te lo pusieron. Pero tengo también mi lado serio, y los dos se pelean dentro de mí. Entonces gruño, como estoy haciendo ahora. ¿Tú no te diviertes nunca?

—Muchas veces, pero no con las mismas cosas. No me divierten las fiestas. Ni el cotilleo. No me atrae la vela encendida.

—Tú eres un tipo de persona oculto, Viola; si un día desaparecieras del todo, no me sorprendería en absoluto.

—Tú también eres un tipo de persona oculto, Sebastian; te afanas mucho en esconderte. Yo no creo que tengas interés por nada en el mundo más que por Chevron y por *Sarah*; desde luego, no por ninguna persona.

—Sin embargo, tengo mis amigos.

—Sí..., mujeres que te echan el lazo. Tus amigos del sexo masculino pueden agradecer a la casualidad el haberte conocido. Dime la verdad, ¿has conocido a alguna persona realmente de tu gusto?

Sebastian pensó al instante en Anquetil, pero no quería pronunciar su nombre.

—Sí, una. ¿Y tú?

Viola pensó también en Anquetil, cuya última carta llevaba en el bolsillo.

—Sí, una.

Una leve incomodidad se interpuso entre ellos, echando el freno a sus confidencias; porque cada cual sentía ganas de decir: «¿Quién?», pero su reticencia se lo impedía. Cayó un tronco en el fuego, esparciendo una lluvia de chispas. *Sarah* se despertó y quiso lamer la barbilla de Sebastian; al no permitírsele él, dio un lloriqueo de lamentación y se volvió a dormir con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo crees tú que va a durar la gente como nosotros, Sebastian? ¿Y los sitios como Chevron?

—¡Qué curioso! Yo estaba pensando exactamente lo mismo. —En efecto, la presencia de Anquetil era muy activa en aquella habitación—. ¿Quién sabe? Ya debemos de ser anacrónicos, aunque todavía podemos durar un par de generaciones. Mientras tanto, no veo que hagamos mucho daño.

—Ni mucho bien tampoco. Somos bastante negativos.

—Ah, ¿sí? Yo reconozco que no soy un ejemplar de los mejores; pero, aunque tú me consideres lamentablemente frívolo, de vez en cuando sí me ocupo de la buena marcha de la hacienda.

—No seas tonto, Sebastian. Ya lo sé. En el fondo sé que únicamente lo pasas bien de verdad hablando con Wickenden o andando por el campo con el Bassett. Tú naciste realmente para ser un *squire* de briches y botines, no para estar correteando por Londres detrás de mujeres guapas a las que desprecias. Tú adoras Chevron, y se te partiría el corazón si lo vieras convertido en un museo nacional.

—Claro.

—Sí, claro. Y ésa es nuestra única justificación. Pero no sentimentalicemos. No se te olvide nunca que no somos más que una supervivencia pintoresca, aunque juguemos a vivir todavía en la época de las guerras de las Rosas.

—Por favor, Viola; no sabía que tú tuvieras esas ideas.

—¿No? Sospecho que tú también las tienes, pero no te has enfrentado a ellas. Es demasiado desagradable. Pero sí reconozco que hay cosas buenas en Sebastian el *squire*. No reconozco que haya nada de bueno en Sebastian el petimetre.

—¿Ni en mamá? ¿Ni en lady Templecombe? Pero dime algo más de

Sebastian el *squire*. Me interesa.

—También a mí me interesa. Es una persona real. Existe un entendimiento real entre él y Wickenden y Bassett. Hablan el mismo idioma, aunque Wickenden no pronuncie bien y Sebastian sí. Se respetan mutuamente. Y diré esto en pro de Sebastian: que el día en que Wickenden deje de respetar a Sebastian llegará antes que el día en que Sebastian deje de respetar a Wickenden.

—En eso te equivocas, Viola. Son interdependientes. El Wickenden al que Sebastian deje de respetar ya no será el mismo Wickenden.

—Lo que quieres decir es que Wickenden será el primero en romper con el feudalismo, mientras que Sebastian seguirá embarrancado en él.

—Vas más deprisa que yo. Yo no reconozco la falacia del feudalismo. Lo veo como una roca sobre la que no hemos construido un palacio y una covacha, sino una casa solariega y una casita de campo, una al lado de la otra. Chevron es grande, pero esencialmente no es más que una casa solariega de mayor tamaño. Eso pasó hace siglos, pero sigue siendo válido. Chevron y la casa de Wickenden tienen sus raíces en los mismos cimientos. El mismo terremoto que destruya Chevron destruirá la casita de Wickenden.

—Sólo que no será un terremoto; en Inglaterra no los hay, Inglaterra no es sísmica; será un desmoronamiento gradual.

—Tal vez. Pero el efecto será el mismo. Las dos se desplomarán juntas.

—Pero otra cosa se construirá en su lugar —dijo Viola—; algo menos discrepante.

—Sí...: dos edificios de pisos, iguales en todos los detalles —dijo Sebastian amargamente.

—Mi pobre Sebastian, a ti te resulta odioso, pero tienes que aceptarlo. Intentas contemplarlo desapasionadamente, lo sé, pero llevas cien años de retraso. Cien años nada más: no es necesario remontarse a las guerras de las Rosas. Tú sigues viviendo en la época en que Inglaterra era un país agrícola, no industrial; cuando la población era más pequeña, y el colono era realmente dependiente de su terrateniente, y el empleado de su patrono; cuando sus relaciones eran mucho más personales; cuando al hijo de Wickenden no se le pasaba por la cabeza buscar trabajo en otro sitio que no fueran los talleres de Chevron; cuando el trabajo de Wickenden, como el de Sebastian, era hereditario.

—Hoy ingresa en la industria del automóvil.

—Y a Sebastian eso le duele.

—Pero también a Wickenden. No se te olvide.

—Wickenden, querido hermano, acabará extinguiéndose. Los dos, Wickenden y Sebastian, pertenecen al antiguo régimen. Ahora hay demasiados Wickenden jóvenes; no todos pueden encontrar empleo en los talleres de Chevron. Naturalmente, Sebastian se sostendrá más tiempo que los Wickenden jóvenes. A Sebastian le va muy bien; lleva una vida placentera; tiene mucho dinero; se pasa la mitad del tiempo en Londres, y la otra mitad tutelando muy agradablemente a sus dependientes, cabalgando por su hacienda si hace buen día, dispensando favores, diciendo: «Sí, le arreglaré el tejado»...

—¿Y a quién propones para que arregle el tejado de Wickenden, si no lo hago yo?

—Al propio Wickenden. Un Wickenden que no tenga por qué estar agradecido ni a ti ni a nadie, como no sea a un patrono invisible, quizá el Estado, que le pague un salario justo y exactamente proporcional al trabajo que haya hecho. Ni patrocinio, ni sometimiento, ni obligación.

—Pero qué demonios, Viola, yo le pago a Wickenden un salario justo. Y juro que Wickenden no tiene sensación de patrocinio ni obligación hacia mí. Pregúntaselo. No te entendería.

—Él no, pero su hijo sí.

—El tal Frank. Ese chico no tiene modales, ni siente nada por Chevron.

—¿Por qué lo iba a sentir? Chevron es tu casa, no la de él. Tú respetas a Wickenden porque identificas sus intereses con los tuyos; yo respeto a Frank porque se empeña en tener sus propios intereses. Es otro punto de vista, Sebastian. Nunca estaremos de acuerdo.

—Yo creí que tú querías a Chevron tanto como yo, Viola.

—Y quiero a Chevron. Algo se hizo pedazos dentro de mí el día en que me di cuenta de que no debo aferrarme a Chevron. Todavía siguen saliendo raicillas, y todavía las tengo que arrancar. Me duele, pero las arranco. Para mí nuestro amor a Chevron es una debilidad.

—Todo amor es una debilidad, si vamos a eso, en la medida en que destruye una parte de nuestra independencia. No veo por qué el amor a un lugar tenga que ser más debilidad que el amor a una persona.

—Yo creo que sé por qué, en este caso concreto. Tu amor a Chevron no es

puro. Incluye todo el sistema con que se mantiene Chevron. Incluye a Wickenden, y el banco del carpintero, y el taller de pintura, y la forja, y a los leñadores; e incluye tu relación con ellos.

—No me parece que eso tenga nada que ver —murmuró Sebastian molesto—. No, te voy a decir lo que yo pienso en realidad —añadió, animándose—. Estoy de acuerdo contigo en que Chevron, y yo mismo, y Wickenden, y todo el tinglado, no es más que un espectáculo de figuras de cera, si quieres. Las condiciones del momento actual nos han dejado a todos un tanto vacíos de sentido. Pero yo sigo pensando que es una pena. Yo pienso que en líneas generales habíamos creado un buen sistema, que hacía posible un buen entendimiento entre una clase y otra. Nadie me va a convencer de que las relaciones del *squire* con el artesano, o del *squire* con el jornalero, o del *squire* con el granjero, no encierran principios de rectitud y honestidad y respeto mutuo. Lo único que yo desearía es que la civilización hubiera evolucionado por esa senda. Ya no estamos en los tiempos en que teníamos explotados a nuestros trabajadores y les cortábamos las orejas o les rebanábamos la nariz por robar unos troncos de leña, y podíamos haber aspirado a una época en la que todos viviéramos decentemente juntos, al amparo de un sistema particularmente apropiado para los ingleses. Pero, como tú dices, ahora hay demasiada gente. Hay demasiado industrialismo. Mi Inglaterra idílica se desvanece. La gente como yo y Wickenden está contra la pared. Y lógicamente no nos gusta.

Viola se echó a reír.

—Querido Sebastian, qué bien me imagino lo que va a ser tu vejez: encerrado entre las cuatro paredes de Chevron, diciendo que el país se ha echado a perder, buen tory hasta el final. Qué lástima que no hayas vivido en 1850.

—Muy bien, ya has acabado con Sebastian el *squire*. Ahora háblame de Sebastian el petimetre.

—No me gusta. Sebastian el *squire* sí me gusta, aunque no esté de acuerdo con él. Pero el petimetre... no. Porque peca contra sí mismo; es un impostor. Es muy cautivador y apuesto, y tiene unos modales perfectos y viste irreprochablemente. Hace todo lo que hay que hacer. Baila, juega al polo, asiste a las carreras, flirtea; ¡flirtea de una manera! Se rodea de personas a las que desprecia, pero claro está que nunca les da un atisbo de lo que verdaderamente piensa de ellas. Aparenta hacer suyos sus valores, y lo aparenta muy bien. ¿Me

estaré pasando de lista? ¿Será sólo que es joven y le gusta divertirse?

—Afortunadamente, tiene una hermana que le canta algunas verdades —dijo Sebastian torciendo el gesto.

Lucy entró.

—¿Estáis a oscuras, niños?

—Estábamos teniendo una conversación muy seria —dijo Sebastian, y se levantó a darle un beso a su madre, con gran sorpresa de ésta, porque normalmente no era efusivo.

VI

Teresa

Chevron estaba todavía más hermoso en invierno que en verano; eso pensaba Sebastian. (Pero hay que decir que, cualquiera que fuese la estación del año, el juicio invariable de Sebastian era que le sentaba mejor a Chevron que ninguna otra.) Llevaba dos días allí a solas con su madre y con Viola, y, como de costumbre, se había olvidado de Londres por completo y estaba sumido en su estado de Chevron. Tenía por delante todo un día hasta la llegada de los invitados a las fiestas de Navidad, que vendrían en el tren de las seis. Había esperado aquella reunión con ánimo ilusionado, porque se había hecho el propósito de llegar a algo con Teresa; pero ahora sólo le producía irritación pensar que para la noche la casa estaría llena de gente, aunque entre esa gente estuviera Teresa. Tiempo atrás había descubierto por qué le sentaban mal las reuniones de Chevron, aunque a su manera sardónica fuera capaz de gozar de las de otros sitios; era porque le obligaban a mezclar las dos caras de sí mismo, pues Sebastian tenía la suficiente sinceridad para que no le gustase jugar con dos barajas. Podía estar en paz consigo mismo sólo si mantenía sus dos personalidades netamente separadas. Entonces podía sostenerse pensando que una de las personalidades redimía a la otra. De ese modo, desde que por primera vez le encontramos en rebelión, sentado a caballo sobre el tejado, había ordenado su interior en compartimentos; pero las reuniones de Chevron seguían teniendo el mismo efecto demoledor de confundirle, enfrentando realidad e irrealdad, un modo de estar y otro. La presencia de Teresa complicaría las cosas. Era lo bastante lúcido para saber que seguiría el juego de Teresa; consentiría en

desempeñar el papel que ella esperaba de él; se aborrecería por hacerlo; y lo exageraría por pura exasperación. Lamentaba con todas sus fuerzas haber invitado a Teresa.

Entretanto, Teresa y la reunión distaban cuarenta kilómetros en el espacio y ocho horas en el tiempo, y Sebastian, con *Sarah* y *Henry* a sus pies, había salido al parque cubierto por la escarcha de la mañana. De momento podía darse el lujo de ser feliz. En Chevron todo seguía su curso acostumbrado, como si no se esperasen extraños discordantes; la agitación interna de la casa no se dejaba sentir allí; Sebastian podía olvidarse de que, de puertas para dentro, su madre estaba entrevistándose con el *chef*, la señora Wickenden distribuyendo las sábanas, Wacey luchando con la disposición de la mesa, Vigeon bajando a la bodega, el camarero haciendo la ronda de los escritorios con tinta, lápices y papel, la despensera haciendo bollos en la antecocina. Todo aquel ajeteo de la casa no le concernía a él en absoluto. Deambuló en torno a los muros exteriores, y primero se encontró con una carreta cargada con un árbol caído, y admiró las grupas redondeadas, como castañas, de los voluntariosos caballos; luego se asomó al matadero, donde Hodder, el guardabosques, estaba desollando un ciervo colgado por las patas de una viga; después se cruzó con dos jardineros que empujaban un carrito con remolachas y patatas; y pasó por el cobertizo donde el viejo Turnour estaba partiendo astillas. Turnour alzó la cara ribeteada por un fleco de barbas blancas, sonrió alegremente, se tocó el sombrero y siguió con sus astillas.

—¿Qué, cómo va eso, Turnour? Hace buen tiempo, ¿verdad?

—Muy bueno, señor duque, pero no es normal, no es normal.

—Hombre, Turnour, frío hace; ¿qué, tú esperabas nieve para Navidad?

—Ah, el clima ya no es lo que era, señor duque; una Navidad sin nieve no es natural.

—Seguro que acabamos teniéndola, Turnour.

—Quizá, señor duque, pero de todos modos el clima ya no es lo que era. Por lo menos estamos teniendo un poco de escarcha para que agarren las berzas. Yo he hecho este año una buena plantación de berzas, señor duque, y habría sido una lástima perderlas por falta de un poco de escarcha.

—Sí que lo habría sido, Turnour, una lástima. Y ese reúma, ¿cómo va?

—No demasiado mal, señor duque, para lo que podría ser. Pero ya me pesan

los años.

—Setenta y ocho, ¿no, Turnour?

—Ah, el señor duque sale a su padre en la buena memoria. Setenta y ocho, sí señor; setenta y nueve haré por la Pascua.

—Pues mira, Turnour, va a haber una sorpresa de Navidad para ti y todos los de la hacienda: una subida de cinco chelines a la semana desde el uno de enero.

—¿Qué me dice, señor duque? —dijo Turnour, dejando las astillas para echarse atrás el sombrero y mirarle atónito—; ¡y bien que va a venir, con lo que está subiendo la vida! ¡Bueno, bueno! —dijo Turnour, todavía maravillado ante aquel golpe de suerte—. Si yo siempre lo he dicho: un señor es un señor, pero el señor duque es un señor de verdad. A ver si no llevo razón.

—No es eso, Turnour —dijo Sebastian, obligado a ser sincero—; es que yo puedo pagarlo, y otros no.

—Ah, su señoría quiere quitarle importancia. Pero no a todos se les ocurre, aunque lo puedan pagar. Y que el señor duque ya paga buenos salarios, en comparación con otros. Muy agradecido, señor duque. Mi mujer va a bailar de alegría cuando lo sepa, aunque le duelan los huesos.

Sebastian sonrió, se despidió con un gesto y se alejó, sin demasiada satisfacción en su fuero interno. Sentía que había recibido más gratitud y adquirido más mérito del que merecía. Cinco chelines semanales eran trece libras al año, y, pongamos que tuviese empleados a cien hombres, salían mil trescientas libras al año; muy poco más de lo que gastaba su madre en un solo baile; una suma sin importancia dentro de su presupuesto anual. Le dio vergüenza. Su conversación con Viola le había avergonzado. Dinero aparte, sentía que su relación con el viejo Turnour era falsa. ¿Qué le importaba a él, realmente, el reuma de Turnour, ni su edad, ni el hecho de que todas las mañanas a las cinco, en invierno y en verano, recorriese a pie cinco kilómetros para ir a trabajar, y otros cinco de vuelta todas las tardes? Sebastian podía darse un paseo hasta el cobertizo de las astillas de vez en cuando, y tener diez minutos de palique amistoso con Turnour, y sabía que a Turnour eso le gustaba, y que guardaba todas las palabras de la conversación para repetírselas a su mujer por la noche; pero, suponiendo que una noche fría de invierno Sebastian hubiera encontrado apagada su chimenea, y, al tirar de la campanilla, Vigeon le hubiera dicho que ese día Turnour no había cortado astillas: ¿acaso entonces no habría

bramado de ira, y preguntado para qué creía Turnour que le tenían, si no era para cortar astillas? Y se habría considerado un amo indulgente por no despedir a Turnour sin más averiguaciones. Siguió andando, meneando tristemente la cabeza. Viola le había mortificado. La gratitud de Turnour le incomodaba. Sentía que más bien debía ser él el que le diera las gracias al viejo por levantarse a las cinco todas las mañanas y hacer cinco kilómetros a pie, para que el agua del baño estuviera caliente a las ocho y las chimeneas abastecidas durante todo el día.

Pero era tan hermosa la mañana, y Sebastian tan joven, que su depresión no podía durar mucho. Atravesó el parque, tirándole palos a *Henry* para que los trajera —a *Sarah* no le interesaban los palos—, y de tanto en tanto se volvía a mirar a la casa que yacía allá abajo, tendida como una aldea medieval con sus torreones cuadrados y sus muros grises, y sus cien chimeneas enviando al aire hilos azules. Era suya; recordó la pregunta de Teresa. «Dígame qué se siente siendo quien es.» En aquel momento sabía exactamente lo que se sentía siendo él.

La hierba estaba blanca de escarcha, y cada una de sus hojas se alzaba tiesa como un carámbano. Crujía bajo los pies, y Sebastian, volviendo la vista sobre el llano, veía la huella de sus pisadas formando una línea oscura sobre el helado manto. *Sarah* pisaba delicadamente, y de cuando en cuando se tendía para lamerse las bolas de hielo que se le hacían entre las almohadillas de las patas; *Henry*, que estaba hecho de material más recio, corría a lo loco en círculos, galopando como un potrillo, saltándose las matas, con las orejas y el pelo largo del rabo ondeando al viento. Sebastian le animaba a correr. Le habría gustado poder corretear como *Henry*. Llegaron al borde del llano; Sebastian echó a correr por la ladera abajo; ya estaban en el valle, pero seguían corriendo, asustando a los ciervos que hociqueaban entre los montones de heno esparcidos para ellos. Huyeron a saltos, con los *spaniels* detrás; subieron la ladera pisando los helechos muertos, saltando como si tuvieran muelles en los pies, sus blancas colas centelleando entre los árboles. Sebastian se quedó quieto para mirarlos; sentía como si el corazón le fuera a estallar de tanta felicidad. *Henry* y *Sarah* volvieron, y se arrastraron por el suelo hasta él, asombrados de que no les pegara.

El día de Nochebuena amaneció nevado. A Sebastian le regocijó, al mirar por la ventana de su dormitorio, ver el jardín blanco; le regocijó, porque así Teresa

iba a ver Chevron como esperaba verlo. «Unas Navidades a la antigua», diría. Sebastian estaba de tan buen humor que podía anticiparse con cariño a los cuidadosos tópicos de Teresa. Contempló desde la ventana la conocida escena. Dos jardineros barrían ya la nieve del sendero. *Suis, suis*, hacían las negras escobas, y los hombres se movían detrás, balanceándose de uno a otro pie, como un remedo del hermoso ritmo del segador. La nieve estaba en polvo, y volaba por el aire con cada ramosa pasada de la escoba, apilándose a uno y otro lado en bajos baluartes curvos, limpia y refulgente; iba saliendo la grava amarilla del sendero, vetada de finos semicírculos de nieve entre las pasadas. Sobre el césped caminaban los mirlos, dejando impresas en la nieve sus pulcras marcas. Sebastian no podía quedarse en casa en una mañana así; se puso unos pantalones y un suéter; llamó a *Sarah* y a *Henry*, que estaban todavía en la fase de estirarse y bostezar en sus respectivos cestos —*Sarah* sobre todo era siempre dormilona, y le gustaba saltar a la cama de Sebastian para darse cinco minutos de sentimentalismo antes de despertarse oficialmente—; bajó las escaleras y trató de salir al jardín, pero en todas partes se vio cortado el paso por contraventanas y puertas cerradas, porque a los sirvientes de dentro no se les permitía acceder a esa parte de la casa a tan temprana hora, y ni habían abierto los cerrojos ni alzado las persianas. Sebastian forcejeó impaciente con los cierres, absurdamente irritado con sus criados por la eficiencia con que desempeñaban sus obligaciones. Era la misma irritación que sentía cuando a veces, durante la temporada londinense, llegaba a Chevron sin avisar y se encontraba todos los muebles amontonados en mitad de las habitaciones y tapados con fundas. Entonces le gruñía a la señora Wickenden por una meticulosidad que en realidad le infundía respeto. Por fin salió, tras vencer la resistencia de las contraventanas de la biblioteca; *Henry* se abalanzó a la nieve, levantándola con el hocico; *Sarah* le siguió más circunspecta, husmeando, volviéndose a Sebastian para saber qué podía significar aquella desusada hierba blanca; corrieron los dos, olisqueando aquí y allá, y Sebastian salió detrás, al principio remiso a romper la espesa alfombra blanca, luego alzándola a puntapiés con el placer de ver cómo se deshacía el blanco polvo; y de ese modo cruzó hasta el sendero y los jardineros, y tomando la escoba de uno de ellos le despachó a otros menesteres.

El sol, una bola roja, salía por detrás de los árboles; ya había un largo trecho de sendero despejado; Sebastian barría con tantos bríos que a cada momento

sacaba ventaja a su compañero. El aire frío y el ejercicio le entonaron; sintió crecer su animación; empezó a gastarle bromas al otro por lo lento y acompasado de su avance. «Ya verás como yo limpio lo mío en la mitad de tiempo, Godden.» «Y así será, señor duque; pero su señoría no tiene que seguir trabajando el resto del día. Sin prisas y sin pausas es como se aguanta desde el desayuno hasta la cena.» Sabía, sin embargo, que Godden estaba de buen humor y divertido; divertido como se divierte cualquier profesional ante el entusiasmo precipitado del aficionado. Alzó los ojos a la casa gris; todas las persianas estaban echadas, y al instante despreció a sus invitados por estar durmiendo todavía, en una oleada de esa superioridad que siente todo el que está en pie antes que los demás. Entonces recordó que sólo sus ventanas, de todas las de los dormitorios, daban al jardín; y otra oleada de satisfacción le invadió, por dormir aislado en su ancha torre, donde nadie podía espiarle, y donde no tenía más vecinos que los retratos colgados en las salas de ceremonia que no se usaban, o un Poncio Pilatos que ya no podía juzgar, en el tapiz de la capilla. ¡Cuántas veces, al ir de noche a su habitación y asomarse a la ventana para aspirar el aire del exterior, se había sentido en silenciosa comunión con Chevron, una comunión que a otros se les negaba!

Le gustaba el tacto del mango de la escoba, la madera pulimentada por el uso, suave y tersa como un pergamino. Hasta los nudos eran lisos. Sebastian hizo una pausa para estirar la espalda, y deslizó los dedos por el mango, gozando de la grata textura. También Godden se detuvo, y le contempló con una sonrisa. «¿Salen ampollas, señor duque?» «A mí no me salen ampollas por tan poca cosa», dijo Sebastian, ofendido ante la presunción de que él tuviera blandas las manos; y se puso a barrer otra vez, aunque le habría gustado quedarse quieto un momento, mirando a la nieve reluciente, salpicada de diamantes, y al rojo sol que despuntaba apenas sobre las copas de los árboles, y a *Henry* y *Sarah*, que, locos de contento, se perseguían dando vueltas y vueltas.

Teresa decidió que sería oportuno hacer su primera aparición a las doce de la mañana. De ese modo no mostraría ninguna avidez indebida. Había llegado a Chevron resuelta a comportarse con la mayor cautela; ni una palabra irreflexiva que delatase su agitación, ni una pregunta imprudente que revelase su

ignorancia. Estaría muy tranquila y muy comedida, y, copiando cuidadosamente lo que hicieran los demás, conseguiría pasar los tres días de aquella prueba emocionante, terrible y exquisita, sin vergüenza ni ridículo. Sus modales serían reservados y dignos; no permitiría que nada la impresionara visiblemente; se conduciría como si estar en Chevron fuera para ella la cosa más normal. Ni que decir tiene que de puertas para dentro estaba nerviosa como jamás lo había estado en su vida. El tamaño de Chevron, el lujo, el número de criados, los lacayos empolvados y sus calzones de terciopelo rojo, las grandes chimeneas, la vajilla de oro, la conversación, la compañía selecta, el aire que mostraban de no dar importancia a nada, todo esto había sobrepasado con mucho las expectativas de Teresa. Cenicienta camino del baile no estaba más abrumada que ella. «Conserva la cabeza, conserva la cabeza», no hacía más que repetirse; «no te dejes llevar.» Únicamente cuando antes de la cena la condujeron a su dormitorio, y al poco John se le unió allí, únicamente entonces se dejó llevar. Correteó de acá para allá por la habitación, examinándolo todo, juntando las manos en trance. El conocido «¡Mira, John, mira!» caía en cascada de sus labios. El tocador, el lavabo, el escritorio con todos sus aditamentos, la enorme cama de dosel en la que una mano invisible había extendido ya su ropa, las cortinas echadas, el fuego que ardía con viveza, los almohadones de muselina, el sofá con un cobertor de nudo doblado encima, todas esas cosas llevaron a Teresa de arrebató en arrebató. Se entretuvo largamente con el escritorio, examinando todos sus detalles. Había una tarjeta impresa, con cantos dorados, que decía: «HORARIO DEL CORREO: LLEGADA A LAS 8 A.M. Y 4 P.M.; SALIDA A LAS 6 P.M. DOMINGOS: LLEGADA A LAS 8 A.M., SALIDA A LAS 5 P.M. ALMUERZO A LA 1.30. CENA A LAS 8.30». Del desayuno no decía nada; afortunadamente, pues, no se contaba con que las señoras bajasen a desayunar. Había también papel de cartas de tres tamaños —«¡Mira, John, el mejor papel vitela de MacMichael!», dijo Teresa enseñádoselo; «sé que cuesta una libra la resma»—; pero lo que, por encima de todo, fascinó a Teresa, que no le podía quitar los ojos de encima, era el membrete CHEVRON debajo de una corona ducal. «¡No pone más que Chevron, John!», dijo; «¡nada más, ni la localidad ni el condado! Fíjate si será conocido. Chevron, Inglaterra, y nada más. Si escribes eso en una carta desde cualquier parte del mundo, llega aquí»; y contempló la hoja que sostenía en la mano, recordando que una vez había recibido una nota de Sebastian en aquel

papel, pero había pensado que sería un papel especial para él, y ahora lo tenía aquí en cantidad, en su propio dormitorio, todo intacto, en blanco; «Tengo que escribir a Maud y a mamá», dijo, y decidió para sus adentros enviar felicitaciones de Navidad retrasadas a todo aquel que se le ocurriera; pero esto no se lo dijo a John, porque no dejaba de tener algunas pequeñas reticencias hacia él.

Tampoco acabaron sus gozos en el escritorio, porque todo lo que había en la habitación parecía tener su marca de propiedad. Hasta la funda encintada para envolver la botella de agua caliente mostraba bordadas las ces cruzadas y la corona; también aparecieron en las sábanas, cuando Teresa bajó la colcha para verlas; y éstas, además, llevaban una cinta ancha de satén color de rosa. Teresa no cesaba en sus exclamaciones de lo que todo aquello tenía que costar. «¡Y figúrate, John», dijo, «que todo esto no es en un dormitorio, sino en veinte, en treinta dormitorios! Así que de cada cosa tiene que haber veinte o treinta. Pero a mí la duquesa no me gusta; ¿a ti te gusta, John? Seguro que en la vida privada es muy agria. Tiene una cara muy agria. Tiene una cara muy extraña y arrugada, y apuesto a que se tiñe el pelo. Ojalá hubiera venido lady Roehampton. Esa tal señora Levison tampoco me gusta, aunque sé que está muy en candelerero..., es realmente de la flor y nata. Apuesto a que tiene una lengua viperina. Y lady Viola tiene aspecto de ser más fría que el hielo. ¿No te parece que tiene gracia, John, que una persona que no es nadie, como la señora Levison, esté tan solicitada? Con esta gente nunca se sabe, ¿verdad? Dicen que está intentando imponer la moda de que las mujeres cenén solas con hombres en los restaurantes. A mí no me gustan esa clase de cosas; ¿y a ti, John? Para mí es una indecencia. Ay, hijo, cómo me gustaría tener alhajas que ponerme para la cena. ¿Tú crees que las señoras llevarán diademas? No, quizá en una casa particular no. ¿Quién crees tú que me acompañará al comedor? Yo desearía que fuera el duque, pero me figuro que eso es imposible, habiendo por aquí tantas señoras con título. Hay que decir que estuvo muy simpático al recibirnos, y qué perritos más salados tiene; seguro que pensó que podíamos estar un poco incómodos. Yo no lo estaba; ¿y tú, John? Se está bien mientras no pretenda uno hacerse notar, ¿no te parece? ¡Qué salón tan bonito! Y ¿te fijaste en las flores? ¡Qué lilas, qué rosas! ¡En Navidad! ¿Tú crees que el duque querría enseñarnos los invernaderos? ¿Se lo puedo decir, tú qué crees? ¿O parecerá una tontería?» Así

estuvo discurriendo Teresa, hasta que llegó la hora de vestirse para bajar a cenar y una doncella la asustó al entrar para preguntarle si necesitaba algo.

En casa, al hacer el equipaje, había contemplado su ropa con cierta satisfacción. ¡No había nada en ella que no pudiera someterse al ojo crítico de las doncellas de Chevron! Salvo, quizá, las zapatillas. Las había examinado atentamente, y al cabo se había pronunciado en su favor; era verdad que estaban un poco gastadas por un lado, pero eso no tenía por qué notarse, y realmente no le podía pedir más dinero a John; ya le había dado un cheque generoso. Pero aquí, en Chevron, sus pobres camisillas y su camisón parecían ruines; y en cuanto a las zapatillas, de pronto estaban hechas una lástima. Pensó esconderlas, pero era demasiado tarde; la doncella había deshecho el equipaje y las había visto. Teresa se irritó. Lamentó haber entregado sus llaves antes de la cena, cuando se le acercó un lacayo a pedírselas. Pero ¿cómo decir que ella misma vaciaría el baúl? Eso habría revelado una falta imperdonable de *savoir faire*; y de momento el *savoir faire* era el dios de Teresa. Había entregado las llaves como si de toda la vida estuviera acostumbrada a tener doncella; no sólo eso, sino que había confiado en que todos los de alrededor supusieran que había traído consigo a su doncella, y que el conservar las llaves era accidental. La doncella de Chevron era la única mácula en el paraíso de Teresa.

Después hizo otro descubrimiento, que nuevamente disipó sus molestias en el viento de su excitación. Descubrió un ramillete sobre el tocador: dos orquídeas y una rama de culantrillo. Corrió al vestidor de John, que era la puerta siguiente, y allí descubrió un equivalente masculino: una sola flor para el ojal, un capullo de rosa amarillo, de exquisita curvatura. John estaba ya en el baño. Teresa rodeó el capullo con las manos como si representara la expresión total y definitiva de todo lo refinado y lujoso.

Eso había sido la noche anterior. Durante la cena, el mayordomo había desatado de nuevo los nervios de Teresa al preguntarle: «¿Champán, milady?». Después de cenar, las señoras habían estado arriba, en el gran salón, rodeadas de más lilas y más rosas, bajo la mirada de los retratos de familia que las contemplaban desde las paredes, y que llenaron a Teresa de curiosidad y admiración; pero, como nadie más hizo ningún comentario, juzgó prudente no hacerlo ella tampoco. No se había sentido nada cómoda durante la media hora que pasó allí sola con las señoras, porque a Teresa no le interesaban las mujeres

ni en los mejores momentos, y aquellas damas que le dirigieron unas cuantas palabras por educación, pero que indudablemente habrían preferido no tenerla enfrente, no eran lo más indicado para estar a gusto. Clic, clac, clic, clac, discurría su conversación, como las agujas de tricotar, uno del derecho, uno del revés, uno del derecho, uno del revés, haciendo un complicado dibujo de alusiones, alusiones cruzadas, nombres de pila, sobrenombres y menciones fugaces; hasta que Teresa, que no podía hacer otra cosa que observar, llegó a la conclusión de que aquellos temas les parecían no sólo los más absorbentes del mundo, sino, más bien, los únicos posibles. Las contemplaba con asombro, análogamente a como Anquetil, otro extraño como ella, las había contemplado en otra ocasión; pero sus reflexiones eran muy distintas de las de él. Ella no desdeñaba, sino que envidiaba su prodigiosa autosuficiencia, su exclusión tácita de todo el mundo ajeno a su círculo. Le maravillaba la uniformidad de su aspecto: altas o bajas, obesas o delgadas, jóvenes o viejas, había entre ellas un parecido indefinible, algo en la mirada metálica, la línea dura de la boca, el movimiento de las manos con sus muchos anillos y brazaletes. Aquella mirada era peculiar; aunque penetrante, tenía algo de mortecino, como el ojo de un pez; de vidrioso, como si una leve película oscureciera la visión; y además los párpados tenían un corte recto, como si se les hubiera metido una alforza, lo que despojaba todavía más a los ojos de cualquier generosidad abierta que en algún tiempo hubieran podido poseer. En conjunto, Teresa pensó que lo propio de aquellas señoras sería estar encerradas en vitrinas de museo, tan fijas parecían, tan alejadas de todo posible desorden; sus peinados complicados y perfectos, sus vestidos tan manifiestamente caros y sin embargo tan integrados en su persona, su manera de estar tan a cubierto de cualquier perplejidad o confusión imaginable. Ciertamente, ningún elemento natural podría jamás perturbar aquella espléndida complacencia; ninguna tempestad revolver aquellos cabellos arquitectónicos, ninguna pasión asolar aquellos bustos encorsetados. Ninguna pasión, pensó Teresa con un estremecimiento exquisito, salvo una maldad fría y calculada. Teresa no criticaba; admiraba. Pensaba que eran como todos los retratos de Sargent que había visto —y, como todos los años iba a la Academia con John, había visto muchos—: habitantes divinas de un mundo aparte, para quienes no existía nada sórdido, nada mezquino ni doloroso; servidas por innumerables criados, preparadas para el día o para la noche por innumerables

doncellas, peluqueras, manicuras, especialistas de belleza, podólogos, sastres y modistas; salidas de sus vestidos, perfumadas y ataviadas, para codearse con los grandes con la misma familiaridad que ella con la señora Tolputt.

Sin embargo, tenía que reconocer que no parecían estar diciendo nada que valiera la pena.

Teresa había esperado que su conversación rivalizara con su aspecto. Había esperado quedar deslumbrada por su ingenio y encandilada por sus revelaciones. Por más que lo intentara, no había podido imaginar cómo sería su conversación; pero se había resignado humildemente de antemano, diciéndose que estaba en la misma situación que el niño londinense que no ha visto nunca el mar, o que el mendigo a quien de pronto le prometen un almuerzo en Dieudonné's. No sabía cómo sería, sólo que sería maravillosa. Y ahora se encontraba con que difería muy poco de la conversación de sus amistades, únicamente en que los aludidos eran personas para ella desconocidas, y en que las generalidades eran de escala todavía más monumental. Hasta hablaban del servicio. «Sí, hija mía», estaba diciendo lady Edward, «yo he tenido que acabar despidiendo al *chef*. Descubrimos que gastaba ciento cuarenta y cuatro docenas de huevos a la semana.» Se morían de risa por frases que a Teresa (a su pesar) le parecían de lo más tontas. Había, en particular, una señora cuyo nombre no conocía Teresa, y que no abría la boca sin pronunciar unas cuantas palabras del todo ininteligibles, que desataban inmediatamente la hilaridad. De todos modos, Teresa escuchaba con interés. Suponía que debía de ser una jerga circunscrita a los círculos más selectos, y el hecho de que se usara en su presencia le producía una sensación halagadora de estar en el secreto. Intentó apartar de sí la idea de que realmente era bastante monótona y afectada, y que lo que más le recordaba era un lenguaje cifrado que empleaba en el colegio con sus compañeras, que consistía en añadir las sílabas «ti» y «ta», alternadas, a cada palabra. «¿Ti-vas ti-a ti-ju ti-gar ti-hoy ti-al ti-*ho* ti-*ckey*?» Sólo a la élite del colegio se le permitía usarlo. Este lenguaje de la élite de Londres estaba compuesto, al parecer, sobre un principio muy semejante. Consistía en añadir una terminación italiana a las palabras inglesas; pero, como esa terminación las más de las veces era la terminación de los verbos italianos de la primera conjugación, y como se colgaba de las palabras inglesas sin distinguir si eran verbos, sustantivos o adjetivos, no podía decirse que el resultado reflejase ningún sistema gramatical digno de tal nombre. La elegancia,

no pudo por menos de pensar Teresa, salía así bien barata. «Y después de *cenare*, podríamos tener un poquito de *bailare*», decía esa dama anónima; sugerencia acogida con exclamaciones de «¡Qué idea más divina, Florence! ¿Verdad que no hay como Florence para las ideas divinas?». La facultad crítica, alzando la cabeza en el interior de Teresa por un segundo, aunque inmediatamente sometida, apuntó que no había nada de especialmente original ni divino en la idea de bailar después de la cena. Pero Lucy exclamó: «¡Qué *maravillare!*»; y de pronto, recordando sus obligaciones de anfitriona, añadió: «Hay que decirle a Sebastian que saque de *parejina* a la señora Spedding». Todas aquellas miradas como focos se volvieron hacia Teresa, que ocupaba modesta su rincón. Era lo suficientemente lúcida para darse cuenta de que la duquesa se había acordado de ella, que estaba abandonada a la intemperie, por una punzada de conciencia social. Hasta entonces nadie le había dirigido la palabra si no era con frases como: «¿Vive usted en Londres o en el campo, señora Spedding?», frases que lógicamente no podían tener más continuación que la tímida respuesta concreta. Ahora, gracias al esfuerzo de Lucy, Teresa pasó a ser el momentáneo centro de interés. Todas las señoras respondieron a la indicación, y examinaron a Teresa con una mirada fija que pretendía ser halagadora, pero que, de hecho, era de tal superioridad que suscitó en ella la rebelión. «Lamento no saber bailar», dijo, sabiendo que bailaba muy bien; mucho mejor, probablemente, que todas aquellas señoras talluditas. Apenas lo acababa de decir cuando deseó darse un bocado en la lengua por haber seguido un instinto no autorizado. Sin querer había sido grosera; y aunque media Teresa se alegraba de atreverse a ser grosera, la otra media se asustó. Pero, al parecer, las buenas maneras de aquellas damas eran imperturbables. «No nos lo creemos», dijo Lucy con su risa ligera; «eso no nos lo creemos, ¿verdad que no? Seguro que la señora Spedding sabe *bailare* como una *ballerina*. Y además, si no permite usted que Sebastian la saque de *parejina*, yo le pediré a usted que saque a Sebastian de *parejino*. No sería usted tan cruel como para decirle que no a una madre ansiosa.»

Después de eso dejaron en paz a Teresa, que quedó libre para recomponer sus nervios alterados. Pudo volver a pasear la mirada por el vasto salón, e, inobservada, ir fijándose en los detalles del empanelado, con el friso de sirenas y delfines, colas enroscadas en colas, escamas superpuestas a escamas, con isabelina desmesura; mirar los retratos mientras el clic-clac de la conversación

crepitaba en el fondo de su conciencia; saltar a través de los siglos desde la pintura de Eduardo VI sosteniendo una rosa entre dos dedos a la fotografía, en marco de plata sobre una mesa, de Eduardo VII con sombrero hongo y el pie en el estribo de su primer Daimler. Teresa dedicó buena parte de su atención a la observación furtiva de las fotografías. Gracias a su propia colección particular, pudo identificar a la mayoría de los retratados. Allí estaba lady de T., muy morena y bella, sentada, en traje de noche, en el suelo de un bosque, con unas cuantas ramitas esparcidas a sus pies. Allí estaba lady A., en una *bergère* Luis XV, ocupada con una rueca a la que no miraba, composición ésta favorita de Alice Hughes. Allí estaban las tres hermosas hermanas W., asomadas a un balcón con un perro de aguas. «Para nuestra querida Lucy», decía la dedicatoria, escrita con ondulante letra femenina. Allí estaba la señora Langtry en pieles, vuelta de perfil para lucir su bella y celebrada nariz. Allí estaba la reina Alexandra con corona, y la reina Alexandra con sombrero, y la reina Alexandra rodeada de sus nietos y sus perros. Allí estaba el emperador de Alemania vestido de uniforme, con un yelmo coronado por un águila y ambas manos cerradas sobre el puño de la espada. Esas indicaciones de intimidad hicieron correr escalofríos de gusto por la susceptible espalda de Teresa. Ansiaba merodear a solas por la habitación, y saborear los tesoros que brindaba cada mesa. Pero eso, se dijo, era una necedad. ¿No estaba mejor empleada en observar a los personajes de carne y hueso que la rodeaban? Al fin y al cabo, las fotografías se podían recortar de cualquier periódico ilustrado. Teresa se dejó transportar por un sueño. Consideró la posibilidad de recortar la próxima fotografía que encontrara de la duquesa; comprarle un marco de plata; falsificar una dedicatoria —«Para mi querida Teresa», diría; ¿o sería más verosímil y más convincente «Para mi querida amiga la señora Spedding»?; «Chevron, Navidad de 1906»—, y colocarla encima de la mesa del salón para disfrute de la señora Tolputt y sus amigos. Pero ¿qué diría John? ¿Y qué haría ella si Sebastian los visitaba sin previo aviso? Muy a su pesar, desechó la idea. Se le debía haber subido a la cabeza el champán.

Decidió que no le gustaban las mujeres. Se sintió mucho más a gusto cuando subieron los hombres, y Sebastian inmediatamente se puso a su lado. Aquella noche, en su dormitorio, le volvió a decir a John que Sebastian había estado «muy simpático».

Ahora estaba tendida en su enorme cama, tomando el desayuno en una bandeja. Había escrito ya muchísimas cartas, y las había apilado en montón, como los naipes de la baraja, poniendo arriba del todo una dirigida a la única otra persona de título que conocía: la mujer de un cirujano que recientemente había sido hecho caballero. Estaba muy guapa, desayunando en la cama como si lo tuviera por costumbre de toda la vida, y se sentía tan regalada como un gato al sol. John se burlaba de ella diciendo que después de esto ya no querría volver con él al extremo pobre de Cromwell Road. Al otro lado de la ventana caían silenciosos los copos de nieve; el gran patio estaba todo blanco, la nieve perfilaba cada una de las almenas, y de vez en cuando se oía un ruido blando, porque unos hombres la estaban quitando de los tejados. «¿Tú no sientes», dijo Teresa soñadora, «como si esto llevara pasando cientos y cientos de años...? Quiero decir que cae la nieve, y suben unos hombres a quitarla de los tejados, y cae con el mismo ruido blando, y la bandera cuelga muy quieta, y el reloj da las horas. ¿Cómo será Chevron en verano? Ojalá que el duque nos invite otra vez.»

Pobre Teresa. Había intentado ser tan astuta, y en realidad era tan inocente. No sabía nada de cuáles de sus atributos en particular le agradaban a Sebastian y cuáles no. No tenía ni idea de cómo tratar a Sebastian. Cuando por fin apareció, muy bien vestida con el conjunto nuevo de abrigo y falda de *tweed* que se había hecho para la ocasión, él se adelantó a saludarla con una sonrisa, pero al cabo de una hora ya había conseguido exasperarle a más no poder. «¿Qué le parece esta nieve, Teresa?», había dicho él; y Teresa, acercándose a la ventana, había respondido que era igual que una tarjeta navideña. Ésa era exactamente la respuesta que esperaba Sebastian, pero sorprendió una mirada de sarcasmo en la cara de lady Templecombe, y en un arranque de irritación se ofreció a enseñarle la casa a Teresa. Era la vía de escape más sencilla que tenía a mano. Teresa era amiga suya; estaba bajo su responsabilidad; tenía que apartarla de aquella gente que la ponía nerviosa y la empujaba a ponerse en ridículo. Así que se la llevó al piso de arriba, a lugar seguro. Juntos vagabundearon por las habitaciones de ceremonia.

Hasta entonces ella se había mostrado ante Sebastian con bastante naturalidad; sus ensayos de afectación habían sido breves e improductivos; pero ahora llevaba semanas, en previsión de la visita navideña, preparándose para estar en guardia. Así que no era la Teresa que él conocía la que le acompañó en

su recorrido por la casa. Era una Teresa sosegada, decidida a toda costa a no dejarse impresionar. Interiormente la abrumó aquella nueva revelación de los esplendores del hogar de Sebastian; se imaginaba encontrarle un parecido de familia en todos y cada uno de los cuadros; se pasmaba ante los suntuosos terciopelos, el derroche de plata en mesas y cornucopias; habría querido preguntar de quiénes eran los blasones representados en las vidrieras heráldicas, hacer mil preguntas, dejar correr su admiración, su asombro, su ignorancia. Pero no se permitió ninguna de esas cosas, antes bien se paseaba junto a Sebastian con aire indiferente y despreocupado, haciendo comentarios picantes: «¡Señor, Señor!», dijo cuando se pararon delante de un Ticiano que representaba a Diana y sus ninfas sorprendidas por Acteón; «¡se alegrará usted de que sus antepasadas no se portaran de esa manera!» Todavía más desdichado fue que intentara remedar la jerga de moda. «¡Cuánto *cariñare* les tendrán ustedes a estos saloncitos tan divertidos!» Sebastian apretó los puños dentro de los bolsillos. No esperaba que Teresa manifestara ningún interés inteligente por los tesoros de Chevron, pero por lo menos había contado con gozar de las reacciones de una mente ingenua y desacostumbrada; estaba preparado para reírse de ella cariñosamente, benignamente, aun sabiendo que los móviles que le habían guiado a mostrarle sus posesiones no eran muy encomiables. Pero no se entendían. Sebastian empezó a sentir que aquella cautela de clase media era lo que menos podía soportar. Echó de menos tener por compañía a Romola Cheyne, o a lady Templecombe, o a Julia Levison; o, lanzándose al otro extremo, al viejo Turnour o a Godden. Ellos habrían sido incapaces de darse aquellos aires y aquellas ínfulas. Se preguntó en qué habría estado pensando cuando invitó a Teresa a Chevron. Su mundo y el de ella jamás se tocarían. Turnour era otra cosa; él apreciaba a Turnour porque hablaba de heladas y de berzas; comprendía la importancia enorme, vital, que tenían las berzas para Turnour; le gustaba todo lo que fueran manifestaciones de una naturaleza espontánea y práctica, a tono con la persona correspondiente; por eso le había gustado la señora Tolputt, porque hablaba de rebajas y de sábanas para las criadas, pero recordaba también cómo Teresa había intentado atajarla; le gustaba que lord Templecombe dijera en el desayuno: «¡Maldita sea esta condenada nieve, Sebastian! ¿No puedes hacer nada por arreglarlo? ¡Así no hay quien salga a cazar!». Lo que no podía aguantar era la hipocresía del quiero y no puedo de Teresa. Le gustaba Teresa cuando era,

lisa y llanamente, una esnob. No podía con la gente que fingía ser lo que no era. Decidió que Teresa no era nada, ni práctica ni cultivada ni tosca, y en aquel mismo momento resolvió borrarla de su vida para siempre.

—Wacey —dijo, irrumpiendo en el cuarto de estudio una vez acabada la desdichada expedición a las estancias de ceremonia—, déjeme ver el plan de la mesa para el almuerzo, por favor.

La ajetreada Wacey lo sacó.

—Lo siento —dijo Sebastian—, pero esto hay que modificarlo. Yo no puedo estar al lado de la señora Spedding. Demuestre su ingenio, Wacey. Corra los puestos de todo el mundo.

—Pero la señora duquesa ha dicho... —empezó Wacey.

—Ni caso de lo que haya dicho. Corra los puestos. A mí póngame al lado de lady Templecombe. ¿O puedo venir a almorzar aquí con usted?

Wacey le miró boquiabierta. ¿Se habría vuelto loco? ¿Sería sencillamente que estaba de buen humor, como estaba a veces, y entonces venía a gastar bromas? ¿O habría pasado algo serio?

—Me gustaría mucho más almorzar con usted, Wacey. Y cenar también. ¿No podría ser solos usted, Viola y yo? Así nos reiríamos de todos esos que estarán tan solemnes en el piso de abajo.

La señorita Wace dio con la fórmula oportuna.

—Sería para mí un gran placer, pero las personas de su posición tienen que respetar las apariencias.

—Me suena haber oído eso en alguna parte —dijo Sebastian, pensando en Sylvia—. ¿De verdad? Pero ¿por qué? ¿Por qué hay que cuidar tanto las apariencias? ¿Sabe usted, Wacey, que al señor Anquetil le importan un bledo las apariencias?

—Ha salido una cosa sobre el señor Anquetil en el *Daily Mail* —dijo la señorita Wace.

—¡No me diga! —dijo Sebastian ávidamente—. ¿Qué ha salido? ¿Cuándo? Enséñemelo.

—No sé si lo habré guardado —dijo cautelosa la señorita Wace.

—No diga tonterías, Wacey; usted lo guarda todo, hasta los periódicos atrasados por si hacen falta para encender el fuego. Es una acaparadora nata. Sáquelo.

Wacey se levantó y fue a abrir un armario enorme, donde, como Sebastian había supuesto, había una pila de periódicos muy bien doblados. De entre ellos sacó un ejemplar del *Daily Mail* que llevaba fecha de dos días atrás.

—Ingleses aventureros desaparecidos —leyó Sebastian—. Desde hace tres meses no se tienen noticias de una expedición que en septiembre partió de Manaos con el objetivo de descubrir las fuentes del alto Amazonas. Leonard Anquetil, a quien se recordará como miembro de...

Sebastian dejó el periódico y miró a la nieve que caía al otro lado de la ventana.

—Esta nieve, ¿impedirá que vengan los niños al árbol de Navidad? —preguntó incongruentemente.

—Sólo los que vienen desde más lejos —repuso la señorita Wace, inmediatamente enterada y diligente.

—¡Pobres mocosos! ¡Qué desilusión se van a llevar!

—Pero la señora Wickenden se ocupa de que reciban igual los juguetes y los *crackers*.

—No es igual, Wacey. Se pierden el té y los juegos. ¿Cree usted que les gusta venir?

—Claro que les gusta —dijo la señorita Wace escandalizada—. Es el gran lujo del año para ellos. Todo el año lo están esperando. Como le pasaría a usted si fuera el único lujo que tuviera.

—Sí —dijo Sebastian—, supongo que sí. La realidad es que para mí todos los lujos acaban en desilusión. Y ahora algunos ni siquiera podrán venir.

Y se quedó mirando la nieve que caía; por la razón que fuera, se había olvidado del plan de la mesa del almuerzo que tenía delante.

Las cosas fueron mejor entre Teresa y Sebastian después del almuerzo. La mañana siempre es poco propicia para las relaciones afectivas. Los amantes, o los amantes en potencia, no deberían verse nunca hasta la tarde. La mañana es inhóspita y nada erótica. En el almuerzo Sebastian había estado sentado entre lady Templecombe y Julia Levison, y se había aburrido con su conversación, que era la réplica de una conversación que ya tenía oída mil veces. En un par de ocasiones sorprendió la mirada de Teresa, y volvió a imaginar que había entre

los dos un cierto entendimiento: fue una de esas falacias en las que cae fácilmente la persona temporalmente engañada por el deseo físico. Decidió que aquellos aires y aquellas ínfulas no eran la verdadera Teresa; no eran sino defensas que alzaba, no menos frente al hombre que había en él que frente al duque. Entonces Sebastian las vio bajo otra luz, y le conmovieron y divirtieron desde la misma benevolencia que en un principio sintiera hacia los esfuerzos angustiados de Teresa por controlar a la señora Tolputt. En aquel talante más suave se dio cuenta de que los fingimientos de Teresa eran parte de su ser, tanto como la preocupación de Turnour por las berzas.

Aun así, seguía sintiendo una solicitud intranquila hacia ella; no le agradaba dejarla toda la tarde en manos de su madre, lady Templecombe y los demás. Propuso hacer un muñeco de nieve en el jardín. Todos acogieron la iniciativa con horror, salvo la propia Teresa e, inesperadamente, John; Teresa se olvidó de la compostura y palmoteó; John se quitó la pipa de la boca y dijo que, ¡caramba!, no había hecho un muñeco de nieve desde que era un chiquillo. El alivio de Lucy fue manifiesto. En seguida organizó tres mesas de *bridge*, y dirigió una mirada de aprobación a Sebastian, que de ese modo resolvía el problema de entretener durante la tarde a sus dos incongruentes amigos.

Había dejado de nevar; estaba helando; la nieve caída estaba en excelentes condiciones. Sebastian, John y Teresa salieron muy animados. Teresa, además, tenía un aspecto delicioso, con un bolero ceñido de terciopelo estampado, un gorro de piel de foca y las manos resguardadas en un manguito de la misma piel. Iba dando trompicones alegremente entre ellos dos, parloteando y volviendo su lindo rostro del uno al otro. Aquello era mejor que Londres, decía; en Londres la nieve se ponía sucísima, y en menos de nada era barro. Mientras Teresa seguía charlando, John y Sebastian buscaron un lugar apropiado para el muñeco. Pero antes de poner manos a la obra necesitaban instrumentos: un muñeco tan ambicioso como el que proyectaban no se podía hacer sólo con las manos. Sebastian y Teresa dejaron a John dando patadas en la nieve y se fueron en busca de las palas necesarias. Tenían que ser palas de madera; Sebastian sabía, por sus experiencias infantiles, que la nieve se pega a las palas normales de acero; pero tendría que encontrarlas él solo, porque por ser Nochebuena los hombres habrían abandonado el trabajo pronto. En efecto, al llegar al cobertizo de los jardineros encontraron la puerta cerrada. La disciplina de la infancia seguía siendo fuerte en

Sebastian; vaciló por un instante ante la puerta cerrada, remontándose a los tiempos en que Chevron, aunque oficialmente suyo, no lo era hasta el punto de hacer y deshacer a su antojo; luego, con súbita determinación, empuñó un martillo y rompió la puerta, entre exclamaciones mixtas de consternación y admiración por parte de Teresa. Sebastian, aunque complacido de poder mostrar ante ella su fuerza y sus poderes, no pudo evitar un íntimo sentimiento de culpa, como si todavía fuera niño. Al adentrarse en el oscuro cobertizo, tropezándose con bancos y máquinas de cortar el césped mientras buscaba las palas, recordó análogos desafíos de la ley años atrás, cuando sólo su madre y su niñera se atrevían a reñirle; recordó cuando en verano se escapaba de la casa a las cinco de la mañana, escalando el muro del jardín porque entonces no le dejaban la llave maestra que abría las verjas de hierro forjado (ahora metió la mano en el bolsillo y acarició la llave allí sepultada); recordó cómo corría cruzando el parque hasta el huerto; recordó cómo se arrastraba por debajo de las mallas para comerse los gruesos y frescos fresones, aún húmedos del rocío del amanecer; recordó cómo se le enredaban los dedos en las mallas, y cómo las levantaba adrede para que escaparan los asustados tordos, con una sensación de deslealtad hacia Chevron, porque eso de dejar escapar a los tordos ladrones no podía estar bien. Recordó que una vez había robado dos melocotones del invernadero. Comer la fruta que crecía al aire libre, la fruta corriente, no era tan criminal; pero la de invernadero sí. Recordó que otra vez había encontrado a Diggs, el jardinero mayor, llevando una banasta de uvas, y le había pedido unas pocas, pero Diggs había apartado la banasta, diciendo: «No, porque el señor duque me ha mentado»; y él no entendió, y aún seguía sin entender, a qué se refería Diggs. Estaba seguro de no haber dicho mentiras nunca, aborrecía la mentira; y todavía ahora, a los veintiún años, guardaba un resentimiento hacia Diggs, que era sin duda un buen servidor, sólo por aquella frase de trece años atrás. Así que se alegró de haber descerrajado la puerta del cobertizo; a Diggs le molestaría, pero no podría quejarse. Y Wickenden la tendría que arreglar. El señor duque podía hacer lo que quisiera con lo que era suyo. Entretanto había encontrado las palas.

No fue un muñeco de nieve lo que hicieron, sino una muñeca. Tenía de todo, hasta botones por el frente del vestido, y un moño en la nuca, y un sombrero ladeado sobre la nariz, y dos piedrecitas por ojos. Se rieron mucho haciéndola, mientras el sol que Sebastian había visto despuntar sobre los árboles por la

mañana se hundía lentamente tras los árboles del otro lado de la pradera, la misma bola roja que había sido durante todo el día. Reinaba un silencio absoluto, el silencio que sigue a una nevada intensa, y que para Sebastian, criado en el campo, era lo esperado y natural; pero a Teresa, pequeña *cockney*, le parecía anormal, y según ella sólo podía ser anuncio de tormenta. Sebastian se burlaba de ella, pero amigablemente, muy lejos de los hoscos monosílabos de la mañana. «¡Tormenta! Esta nieve, a menos que haya un deshielo repentino, durará días y días; mañana verá usted salir a todo el pueblo a deslizarse por el parque en tobogán. Nuestra muñeca tendrá un carámbano colgando de la punta de la nariz.» Siguieron trabajando, dando los últimos toques bajo la luz del día menguante; los tres estaban de buen humor, y sus voces y sus risas reverberaban en la nieve y rebotaban en los muros de la casa. Hasta el taciturno John se animó y demostró ser muy competente como escultor, modelando el busto de la señora y quitándole nieve de la cintura hasta que Sebastian gritó que si seguía haciéndole más talle de avispa se partiría por la mitad; mientras, Teresa daba forma a la cola del vestido de la dama, reuniendo en frunces la nieve del suelo. De rodillas, alzaba hacia Sebastian la cara risueña, refulgente bajo el gorro de piel, batiendo las manos para sacudirse la nieve de los guantes; él no pensaba más que en lo guapa que era, lo encantadora, y ya no sentía el menor deseo de tener por compañía a Julia Levison ni a lady Templecombe.

—En seguida habrá que ir a darles los regalos a los niños —dijo Lucy después del té—. Tendréis que organizar el *bridge* sin mí. Yo os acompañaré cuando vuelva. Estas invitaciones son un engorro, pero hay que aguantarlas, ¡qué remedio!

—¿Qué niños son, Lucy?

—Los de la hacienda nada más. Siempre por Navidad se les pone un árbol, cómo no. Eso significa que la cena de Nochebuena no se puede hacer en la sala grande, y antiguamente yo pasaba unos miedos terribles de que Sebastian y Viola cogieran alguna enfermedad. La verdad es que no me parece muy buena idea darles esos caprichos a niños pobres; no sirve más que para engolosinarles con cosas que no pueden tener; pero es muy difícil cortar con una institución de toda la vida.

—En mi opinión —dijo Julia Levison, que no tenía ni haciendas ni niños en ellas, pero que siempre se había mantenido un tanto precariamente sobre la base de su ingenio—, hacemos demasiado por esa gente. Educamos a sus hijos a cambio de nada, y yo creo que la mitad de las veces ni quieren que se les eduque; mantenemos hospitales para ellos enteramente por caridad, les damos ropa vieja de abrigo y asilos: ¿qué más quieren? Alfred Rothschild hasta les da un par de guantes y un par de faisanes a los conductores del ómnibus por Navidad.

—Nosotros siempre, después de una cacería, le damos una liebre y un faisán a cada batidor —dijo con suficiencia lady Templecombe.

—Y bien se lo ganan —dijo lord Templecombe inopinadamente—; ¿te gustaría a ti estar metiéndote por setos y espinos de la mañana a la noche, haciéndote jirones la ropa?

—Vamos, Eadred, tú sabes que disfrutan —dijo Lucy, con su risa ligera—. Tú eres como Sebastian: ¿sabéis lo que ha hecho ahora? Subirles el sueldo a todos los hombres de la hacienda desde Navidad, cinco chelines a la semana. ¿Habéis oído cosa semejante?

—¡Pero, muchacho! —dijo lord Templecombe, colocándose el monóculo para mirar a Sebastian—, ¿cómo se te ha ocurrido? Ya sé que no es cosa mía, pero es un gran error. Un gran error que estropea el mercado para otros menos afortunados que tú. Además, no lo agradecerán. No harán sino esperar más.

Todos miraron a Sebastian como si hubiera cometido un crimen.

Entró Vigeon, seguido de dos lacayos con bandejas para retirar el té.

—Los niños están preparados; cuando quiera la señora duquesa —le dijo a Lucy en voz baja.

—¡Cielos! Pues ya nos tenemos que ir —dijo Lucy, levantándose del sofá—. Despachémoslo pronto. Yo siempre pienso que las cosas tediosas hay que despacharlas pronto. Y siempre pienso que si se hace una cosa, hay que hacerla bien. Siempre me pongo el mejor vestido para los niños; estoy segura de que les gusta. A sus madres, por lo menos, sí les gusta. Ven, Viola. Ven, Sebastian. Necesito que me apoyéis los dos.

Teresa tomó una decisión tremenda. Sabía que ninguna otra de las señoras querría ir al árbol de Navidad, pero, en parte porque temía quedarse a solas con ellas, y en parte también porque tenía muchísimas ganas de ver la ceremonia del

árbol, resolvió abandonar su política de imitar lo que hicieran los demás. «¿Puedo ir yo también, duquesa? Como no juego al *bridge*...»

El estrépito de voces y de patadas que salía de la sala de banquetes cesó bruscamente al abrirse la puerta para dar paso a la duquesa y sus acompañantes. La sala estaba llena de niños, y sobre el estrado, en solitario esplendor, se alzaba el gran árbol, resplandeciente con cien candelas y centelleante con cien bolas de cristal coloreado. Por entre sus oscuras ramas entraba y salía el espumillón de plata; tufos de algodón figuraban copos de nieve; también la maceta estaba envuelta en algodón, y una muñeca que era un hada con lentejuelas y una media luna en el pelo coronaba gloriosamente la cima. Sobre la mesa se apilaban los regalos; a uno y otro lado estaban dispuestas una banasta de naranjas y otra de manzanas rojas, ambas destapadas. Los niños rebullían excitados por medio de la sala, entre las criadas de Chevron, que corrían de acá para allá tratando de mantener el orden. Las madres estaban sentadas en grupo en torno al vivo fuego de la chimenea, muchas con niños de corta edad sobre las rodillas, pero al entrar Lucy todas se levantaron, y algunas hicieron reverencias, y un murmullo se extendió por la sala, y algunos de los muchachitos, que habían sido cuidadosamente preparados para ello, saludaron.

Ahora que Lucy se veía en presencia de su público, dominándolo desde el estrado, todo signo de fastidio se desvaneció de su semblante. Pensaba, como había dicho, que si se hacían las cosas, había que hacerlas bien; además, no era insensible al favor que otorgaba, ni a la cualidad dramática de su propia aparición, respaldada por el árbol rutilante que aureolaba de luz su hermosa cabeza y hacía refulgir los brillantes de su pecho. Esperó un momento, pasando la vista sobre la multitud infantil, hasta que se apagaron los últimos murmullos y las últimas pisadas; entonces habló. Resonó su voz clara con la fórmula que venía empleando desde hacía veinticinco años: «Bueno, niños, espero que os haya gustado el té».

Más murmullos; aquí y allá se distinguió un: «Sí, gracias, señora duquesa».

Lucy siguió adelante, tras recompensar a todos con una gran sonrisa. «Y ahora supongo que querréis vuestros regalos, ¿no es así?»

Entonces se adelantó la señora Wickenden, que hasta entonces había estado al fondo, esperando a que Lucy diera esa señal. La invitación a los niños de la hacienda era siempre un día grande en el calendario de la señora Wickenden. Se

adelantó con una larga lista en la mano.

—¿Leo los nombres, señora duquesa?

—Sí, señora Wickenden, haga el favor.

Hacía veinticinco años que la lista la leía el ama de llaves, ya fuera la señora Wickenden o su antecesora; pero esa pequeña ceremonia no se omitía nunca. La señora Wickenden no habría dado crédito a sus oídos si hubiera oído a Lucy decir: «No, yo la leo». Así que, aclarándose la voz y colocándose cuidadosamente las gafas, avanzó hasta el borde del estrado y comenzó a llamar a los niños uno por uno. Estaban clasificados por familias, del mayor al menor, y las familias ordenadas según una estricta jerarquía: primero los hijos del mayordomo, después los del carpintero mayor, luego los del jardinero mayor, y así hasta los del hombre que barría las hojas en el parque. Al oír su nombre, cada niño se destacaba de las filas y se acercaba al estrado; los niños vestían trajes gruesos de *tweed* oscuro, las niñas vestidos de *voile* de color rosa, malva, azul o verde. Algunas de las niñas mayores llevaban de la mano a un hermanito pequeño. Lucy, inclinándose graciosamente para depositar el regalo en las manos ansiosas, tenía palabras amables para todos. «¡Pero, Doris, qué alta te estás poniendo...! Bueno, Jacky, yo te doy esta navaja tan bonita, pero me tienes que prometer que no vas a arañar los muebles de tu madre... ¿Y éste es el último, señora Hodder?» Lucy tenía muy buena retentiva para los nombres. «A ver, ¿y qué edad tiene ya?, ¿siete meses? ¡Cuatro meses nada más! Pues es un buen mozo, ya puede usted estar orgullosa; aquí tiene un bonito sonajero para él. Tendrá que esperar unos años para que le demos una navaja, ¿verdad?» Ésta era una broma que, por mucho que se repitiera, no dejaba nunca de hacer reír. La señora Wickenden permanecía a un lado, radiante; pero estaba atenta a corregir los modales de los niños: «Dale las gracias a la señora duquesa, Maggie; Bob, se te ha olvidado saludar; hazle una inclinación como tú sabes a la señora duquesa»; y también la propia Lucy, en medio de toda su benevolencia, era capaz de mantener la disciplina, diciendo: «Bueno, si no das las gracias por la navaja, Jacky, me la quedo yo». A Sebastian, que escuchaba, le daba un poco de vergüenza ver que se reprendía a los niños de esa manera; trató de decirse que seguramente su madre y la señora Wickenden hacían bien; su incomodidad habría sido menor, sin embargo, si hubiera podido convencerse de que su madre no disfrutaba realmente con ello. Viola y él tenían su parte en la ceremonia:

entregarle a cada niño una manzana, una naranja y un *cracker* después de que Lucy le diera el juguete. También aquí supervisaba e intervenía la señora Wickenden, tomando por los hombros al niño olvidadizo y dándole la vuelta: «Mira, Stanley, también el señor duque y lady Viola tienen algo para ti».

Pero de vez en cuando no había respuesta a la llamada, y tras el debido titubeo surgía un murmullo entre las madres reunidas en torno al fuego, y la señora Wickenden decía: «¿No está?», y se volvía a Lucy con la explicación: «Está con paperas, señora duquesa», o: «Viven muy lejos, señora duquesa, y con la nieve no han podido venir».

Teresa estaba hechizada. Permanecía modestamente a un lado, fascinada por las luces, por la gran sala, por las filas y filas de rostros, por aquella lista de nombres que no parecía tener fin. Observó, también, cuántas familias había del mismo apellido, Hodder y Godden, Bassett y Reynolds. «¡Feudal!», se repetía para sus adentros; «¡realmente feudal!» Era para ella una fuente de enorme satisfacción estar en el estrado con Lucy, Sebastian y Viola; se sentía privilegiada y elevada; aunque, de haber llegado hasta ella lo que se cuchicheaba alrededor del fuego, su vanagloria podría haber sufrido un revés. Las madres habían sentido gran curiosidad por saber quién era la desconocida, porque la señora duquesa no solía estar acompañada por invitados, y habían preguntado a las doncellas de Chevron, que estaban con ellas en calidad de semianfitrionas, jugueteando con los niños que tenían en brazos. Pero las criadas habían contestado con desdén: «Una tal señora Spedding, la mujer de un médico»; y la pobre Teresa, sin darse cuenta, había sido una desilusión.

Llegó la entrega del último regalo, la última manzana, la última naranja y el último *cracker*; Lucy se dispuso a pronunciar su discursillo de despedida. Hubo que sofocar un conato de alboroto, porque los niños impacientes habían empezado ya a tirar de sus *crackers*, las botas claveteadas golpeteaban en el suelo de piedra, y uno o dos de los muchachitos habían disparado una pistola de pistones ensordecedores; así que la señora Wickenden gritó: «¡Silencio, niños!», alzando una mano, y el ruido cesó. «Bueno, niños», empezó otra vez Lucy, «espero que a todos os hayan gustado los regalos, y ahora espero que todos disfrutéis con vuestros juegos, y con esto os digo adiós hasta el año que viene. Adiós, niños, buenas noches y adiós a todos.»

Vigeon se irguió muy majestuoso en el centro de la sala.

—¡Niños, tres hurras por la señora duquesa! —vociferó—. ¡Todos bien fuerte! ¡Hip, hip...!

—¡Hurra! —gritaron todos a pleno pulmón.

—Y ahora por el señor duque. ¡Hip, hip...!

—¡Hurra!

—Y por lady Viola. ¡Hip, hip...!

Teresa parpadeó para apartarse las lágrimas de los ojos. ¡Qué bonito era! ¡Qué jóvenes, qué guapos, qué patricios eran Viola y Sebastian! ¡Cómo debían de adorarles los niños!

—¡Hurra!

Restalló un *cracker*. Lucy escapó. Sebastian se deslizó, rodeando el árbol, hasta su hermana.

—¿Nos quedamos a jugar con ellos, Viola?

—¿Y la señora Spedding?

—Puede quedarse también.

Se quedaron todos. Vigeon ya había dado cuerda al gramófono, y su enorme bocina atronaba, pero los niños no estaban como para escuchar ni siquiera a Dan Leno. Querían hacer ellos el mayor ruido posible. Si había que controlarlos de alguna forma, tendría que ser organizando juegos. Sebastian y Viola lo sabían todo al respecto, porque siempre se les había permitido quedarse con los niños, y de hecho a Sebastian, cuando era pequeño, siempre le había desconcertado lo de jugar a las nueces de mayo, porque, como le explicaba a su niñera, las nueces son en septiembre, no en mayo.

Las doncellas eran unas anfitrionas admirables. Vestían sus mejores vestidos negros; hacían su papel con sumo gusto; conocían a cada niño por su nombre; se mostraban inventivas y competentes; sabían encontrar sillas suficientes para jugar a las sillas musicales, y un pañuelo limpio para jugar a la carta, y una buena bufanda gruesa para jugar a la gallina ciega; todo lo que hiciera falta, en fin. Vigeon fue una gallina ciega terrible. Una docena de veces hubo que salvarle de caerse al fuego. Se movía de un lado para otro agitando los brazos de tal manera que nadie se atrevía a acercarse a tocarle en la espalda o tirarle de los faldones del frac, tan rápido era para enderezarse y darse la vuelta. Atrapó al señor duque, que fue demasiado atrevido —siempre lo había sido, desde pequeño—, y todos los rodearon sin respirar mientras Vigeon palpaba la cabeza

y la nariz de su señoría, y al cabo le identificaba con acierto. Hubo alaridos de risa cuando el señor duque se tropezó con el empanelado y atrapó a uno de los leopardos heráldicos, palpó su rabo con mucho cuidado, hasta la punta, y dijo: «La señora Wickenden». Después quisieron jugar a buscar la zapatilla, pero la señora Vigeon dijo que hacía mucho frío para que los niños se sentaran en el suelo de piedra. Así que en lugar de eso jugaron a las sillas musicales, y Vigeon manejó el gramófono con mucho ingenio; el señor duque y la señora Spedding se quedaron los últimos, y tuvieron una emocionante pelea por la última silla, que acabó en que los dos se sentaran a la vez, cada uno intentando desocupar al otro. Al llegar a ese punto ya estaba todo el mundo muy animado, y hasta a la señora Wickenden se le olvidó regañar a los niños por faltarle al respeto a su señoría. Jugaron a las nueces de mayo, balanceándose en dos largas hileras de punta a punta de la sala, una vez acabada la delicada tarea de distribuir los bandos; Vigeon formó uno, y la señora Wickenden el otro, como correspondía a su dignidad. Vigeon, muy galantemente, había escogido a la señora Spedding, y la señora Wickenden le respondió escogiendo al señor duque. Así que Teresa y Sebastian quedaron frente a frente, cada uno sujeto por las manitas calientes de un par de niños excitados. Teresa era consciente de una extraña agitación, que atribuyó, en su inocencia, al fermento general de la tarde; Sebastian, igualmente alterado pero menos inocente, la vigilaba de cerca; esta intimidad con ella, en medio de una aparente frivolidad, era muy de su gusto. Desde que sacaron las palas del cobertizo, desde que hicieron la muñeca de nieve, venía coqueteando con Teresa, no muy abiertamente todavía, pero aun así con más atrevimiento que hasta entonces. Ahora se reía de ella alegremente, teniéndola de enemiga en el bando de enfrente; ella veía su rostro risueño desde el otro lado de la brecha que los separaba. Y, como esos humores son contagiosos, la hilera de niños y criados se balanceaba atrás y adelante, arrastrando consigo a Sebastian y Teresa como una ola, cantando: «¿Quién queréis por las nueces de mayo, nueces de mayo, nueces de mayo?». «A la señora Spedding por las nueces de mayo, nueces de mayo, nueces de mayo, en la fría mañana.» «¿Y quién mandaréis que la vaya a buscar, que la vaya a buscar, que la vaya a buscar?» «El señor duque que la vaya a buscar, que la vaya a buscar, que la vaya a buscar, en la fría mañana.»

Tendieron un pañuelo en el medio, y Sebastian y Teresa se adelantaron, en medio de muchas risas, para medir sus fuerzas.

—¡No vale! —gritó Teresa, resistiéndose a las muchas manos que la empujaban.

—¡Tonterías! —dijo Sebastian rotundo—; todo vale en... —y la miró, pero no terminó la frase.

Juntaron las manos sobre el pañuelo; hubo un breve forcejeo, y Sebastian la arrastró con facilidad a su lado. Ella se dejó llevar, jadeando, riendo, sumisa; mirando a su captor mientras todos aplaudían. Por primera vez desde que se conocían, tuvo miedo de él; por primera vez desde que se conocían, él estuvo seguro de tenerla conquistada. Viola los observaba; comprendió la situación; lo sintió por Teresa, lo sintió más por John Spedding. Pero, por supuesto, a Sebastian era inútil intentar pararle los pies.

Bien lo sabía el propio Sebastian. Había sido circunspecto, había sido paciente, pero ahora estaba resuelto a cazar a Teresa, y nada podía detenerle. De todo hacía una circunstancia que la acercara más a él, y lo hacía con una seguridad y una osadía que la arrastraban por el mismo camino irreflexivo. Era él únicamente el que mandaba. Por todo el laberinto de niños parecía perseguirla; Teresa se lo encontraba a cada paso a sus espaldas, o a su lado, o ante ella, donde menos le esperaba, riéndose de ella alegremente, o alternando sus risas con una mirada ardiente que la turbaba hasta regiones inexploradas de su alma. Todo se le juntaba a Teresa: la experiencia nueva de Chevron, las luces del árbol de Navidad, el griterío de los niños, la fantasía, la inverosimilitud, la sensación de aquel hombre que venía hacia ella como un fuego, un hombre implacable que no le daría descanso: todo esto hizo que Sebastian, el más inesperado juguete que ella había tenido nunca, se convirtiera en un terror sofocante aunque todavía indefinible. Él vio en sus ojos el espanto, y, experto en interpretar los signos, se llenó de gozo. No sabía aún de qué manera tan lastimosa se equivocaba.

Entretanto jugaban. Jugaban a los juegos infantiles, con el juego de adultos a sus espaldas. Jugaron a naranjas y limones, con Sebastian y Viola haciendo el arco; dejaron pasar a una docena de niños, pero a Teresa la pillaron cuando trataba de escurrírseles, y por primera vez Sebastian sintió el cuerpo menudo de Teresa aprisionado entre sus brazos, y el latir de su corazón contra su propio costado. Ella, presa entre los dos hermanos, giró riendo, mareada, del uno al otro, viendo el grave ceño de Viola vuelto hacia ella con gesto interrogante, y los

ojos de Sebastian oscurecidos por una pregunta que exigía respuesta. «¿Naranjas?», dijo Sebastian. «¿Limonas?», dijo Viola, y Teresa vio que tenía que ir a engrosar la fila de niños de uno o del otro. «Limonas», dijo, lanzándole a Viola una mirada que era una súplica, que era como decirle: «¡Sálvame de él!», intuyendo que de aquella mujer fría y reservada podía esperar algún masónico apoyo femenino; pero al mismo tiempo las naranjas que le ofrecía Sebastian parecían jugosas y cálidas, frente a los amargos limones del séquito de Viola. El mismo color de las frutas, al visualizarlo en el sensitivo estado en que se hallaba, le pareció simbólico: el fuego rojizo de la naranja, el amarillo inmaduro del limón. Aun así dijo: «¡Limonas!», y fue a ocupar su puesto detrás de Viola, repudiando con un gesto todo lo que Sebastian podía ofrecer.

Pero él no la dejó escapar, porque su desafío sólo había servido para enardecerle; siguió acosándola, suavemente, subrepticamente, incluso cuando el árbol se prendió y el salón se llenó de pronto de un olor acre a abeto quemado. Una de las velas se había consumido, y el gancho que la sujetaba se dio la vuelta; el chico de recados que había quedado al cuidado con una esponja húmeda atada a una pértiga, tentado por los juegos, había abandonado su puesto, pensando que nadie se daría cuenta; no tenía más que catorce años, así que había que disculparle; se alzó una llamarada, corrieron todos a ayudar; trajeron cubos y arrojaron agua sobre la conflagración; casi todos los años pasaba lo mismo, pero aun así Vigeon, con su teoría de la disciplina, se negaba a aceptar la realidad de que un chico de catorce años no fuera la persona adecuada para vigilar un árbol de Navidad mientras hubiera en torno otros entretenimientos. No pasó nada, sólo un poco de excitación añadida a la excitación general; y la mano de Sebastian había asido a Teresa por la muñeca y la había apartado de un pedazo de algodón en llamas. No pasó nada más. Pero, por lo que fuera, el incidente puso fin a los juegos. El chico culpable salió corriendo a poner la mesa para la cena de los criados, un niño de mantillas que estaba junto al fuego se despertó y empezó a berrear; la señora Wickenden se notó fatigada; las madres recordaron que tenían una larga marcha por la nieve hasta llegar a sus casas; a los niños les entró un cansancio repentino; las doncellas cayeron en la cuenta de que tenían que llenar las botellas de agua caliente; a Sebastian se le ocurrió que era hora de vestirse para la cena; y Vigeon puso punto final al jolgorio invitando a todos a cantar «Es un muchacho excelente». Sebastian lo escuchó subido al estrado, entre Viola y

Teresa. No le dio la satisfacción que le habría dado a su madre, pero lo soportó como cosa inevitable. Teresa tuvo que parpadear, otra vez, para apartarse las lágrimas de los ojos.

—Señora Spedding, véngase usted de charla conmigo. Usted no juega al *bridge*, y yo tampoco, por lo menos cuando tengo algo mejor que hacer. Vamos a dar una vuelta por la casa. Nos llevaremos una luz. Veá: ya se han instalado todos. Nadie se dará cuenta. Huyamos. ¿Tendrá usted frío?

Impetuoso, echó mano a una capa que estaba tirada sobre el respaldo de un sofá.

—Pero esa capa es de su madre.

—Es igual.

Sebastian se la echó sobre los hombros. Era de tisú de oro forrado de piel de marta. Ya antes se había fijado en ella la mirada femenina de Teresa. La suave piel acariciaba sus hombros desnudos. Parecía propio que Sebastian la envolviese en una prenda así; pero de todos modos dirigió una mirada a John, que en ese momento estaba ordenando atentamente las cartas que tenía en la mano. John le había comentado con disimulo que estaba un poco asustado por la cuantía de las apuestas; esperaba no perder más de lo que pudiera pagar. ¡Pobre John, que le había dado cincuenta libras para gastar en ropa, pensando en esta invitación! Pobre John. Pero la marta era un contacto cálido y suave sobre su piel desnuda; era la primera vez que sentía una caricia así; Sebastian abrió la puerta para ella, y Teresa salió a las oscuras galerías, con la esperanza de que las otras mujeres los hubieran visto marchar, con la esperanza de que John no hubiera levantado los ojos.

Sebastian llevaba en la mano un candelabro de tres brazos, que le iluminaba la cara, pero dejaba en sombra las habitaciones. Daba muestras de estar en un estado de ánimo sereno, ni sarcástico, ni excitado, ni burlón; soñador, como si tuviera mucho tiempo por delante y estuviera dispuesto a hacer alguna revelación de sí mismo como nunca hasta entonces la hiciera delante de Teresa. Recorrieron la larga galería, hablando en voz baja; de tanto en tanto Sebastian se detenía delante de un cuadro y, alzando el candelabro, hacía un comentario o contaba una anécdota mientras las tres pequeñas lanzas de luz parpadeaban sobre el corpiño de una dama o la barba de un rey. Entonces las doraduras del marco cobraban vida y el rostro los miraba con gesto grave, hasta que, reanudando la

marcha, dejaban que el retrato volviera a sumirse en las tinieblas y despertaban a otra imagen de su sueño pintado. Ahora no había entre los dos ninguna fricción, como la había habido por la mañana, entre un Sebastian irritable y una Teresa cautelosa. Hablaban con naturalidad pero en voz baja, reduciendo sus voces casi a un murmullo por respeto a las estancias silenciosas y durmientes, donde la luz de la luna se extendía en ajedrezados lagos sobre el entarimado, y la mano enmudecedora de los siglos parecía haberse tendido suavemente sobre el clamor de la vida. Respiraban el aire de un mundo totalmente apartado de la realidad, un mundo del que Sebastian era habitante natural, y en el cual había dejado entrar a Teresa como quien descorre el cerrojo de una puerta. Sebastian, sentía Teresa, le había mostrado todas sus joyas con principesca generosidad. Le había mostrado a sus amigos —y, aunque él quizá no los valorase, ella los valoraba extremadamente—; le había mostrado su carácter de niño y su sencillez; ahora, al introducirla en aquel encantamiento, le había revelado otro aspecto de sí mismo, el más secreto, el más romántico de todos. Porque no hay ni que decir que, a los ojos de Teresa, Sebastian era la esencia de lo romántico. Fuera acudiendo a tomar el té con ella en Cromwell Road desde el fondo misterioso de su vida londinense, o sentado a la cabecera de su mesa semioculto por la vajilla de plata y las orquídeas, o riendo mientras esparcía la nieve, o murmurando en las salas bañadas de luz de luna, en cada momento le parecía a Teresa que no podía desempeñar otro papel. Y ahora, al verle en medio de la magia suprema de la luna y los antiguos aposentos, pensó que por fin le veía todo entero. Las piezas encajaban unas en otras; era, triunfantemente, una unidad. Del revoltijo de sus impresiones se alzó una figura perfectamente clara. Teresa tuvo su momento de revelación; experimentó el choque extático con que se aprehende verdaderamente una obra de arte.

O eso, al menos, pensaba Teresa; sólo que no se lo formuló para sí en términos de aprehender obras de arte. Sebastian era más sabio, y más frío. Había calculado —y, hasta cierto punto, con exactitud— el efecto que las oscuras galerías producirían en ella. Su técnica, cuando quería, era impecable; lo era en aquellos momentos. (No se le podía culpar, realmente, por haber errado el cálculo en un único detalle esencial.) Se mostraba muy dulce con Teresa, advirtiéndola de no tropezar en un peldaño, apartando a un lado el tapiz para dejarla pasar por debajo; se mostraba protector, aunque impersonal: las historias

que le contaba eran las más propias para adentrarla más en aquel mundo poético donde la realidad dejaba de tener el menor peso. Quería hacerle sentir que él y ella eran sus únicos habitantes, y que era una posesión de los dos, en la que podían volver a entrar en cualquier momento que les dejara juntos y en soledad. Así, poco a poco, empezó a hablar de la gente que habían abandonado en el salón —«urracas parleras», decía—, y de la diferencia que había entre ella y aquellos otros; y hablaba con elocuencia, porque a medias se había persuadido a creer lo que estaba diciendo. Teresa también lo creía. Con aquella su composición final de Sebastian, había llegado a afianzarse en la convicción de que ella «le entendía». Él debía de saberlo, pensó; pues de otro modo no la habría llevado a aquella casa suya, hermosa y secreta. Su reverente adoración de él se tornó ligeramente maternal.

Aunque iban sin prisas, habían recorrido ya dos galerías cuando se encontraron en la Alcoba de la Reina Isabel, donde el gran dosel de la cama, de plata y satén rosado, se alzaba hasta el techo, y los perfiles del famoso mobiliario de plata fulgían débilmente bajo un rayo de luna. Sebastian fue hasta la ventana y descorrió las cortinas. Sabía que el día entero no había sido más que un prelude para aquel momento, pero el primer impacto de la belleza que se ofreció a sus ojos le hizo casi olvidarse de Teresa y de su cuidadosa maquinación. El jardín se extendía blanco bajo la intensa claridad de la luna. La habitación antes oscura se iluminó de golpe; las figuras del tapiz parecieron rebullir, el lecho se llenó de sombras, los salientes de la plata relumbraron, el suelo encerado se hizo un lago de luz plateada. Suavemente Sebastian apagó las velas, y al desvanecerse sus tres lanzadas de oro la habitación quedó sumida por entero en aquel fulgor argénteo. También la capa dorada de Teresa se tornó de plata cuando ella se acercó al hueco de la ventana y se apoyó en él, al lado de Sebastian. Los dos permanecieron silenciosos, ora contemplando el blanco jardín entre el emplomado, ora volviéndose al interior del hermoso aposento y dejando vagar la mirada por sus rincones. El brazo de Teresa, fuera de la capa, descansaba sobre el antepecho de la ventana. Sebastian volvió en sí; recordó el propósito con que la había llevado hasta aquel lugar; su deseo se reavivó, pero sintió cierto asombro al descubrir que el deleite de Chevron, siempre renovado, podía eclipsar siquiera por un momento su deseo de una mujer; no era demasiado tarde, sin embargo, para reparar el error; alargó la mano, y la posó sobre la de

Teresa.

También Teresa volvió en sí al sentir su tacto. Le miró con cierta sorpresa. Había estado tejiendo un sueño sobre él, en el que le veía vagando sin fin, como un fantasma, entre aquella belleza increíble. Aquel momento en que creyó verle por entero había sido muy valioso e iluminador para ella. Pero había acentuado ligeramente la irrealidad de Sebastian. En conjunto, y a pesar de su impulso maternal cuando se dijo que «le entendía», había tenido el efecto de convertirle más en una figura de cosmorama, en algo más decididamente alejado de ella. En la misma medida en que acrecentó su romanticismo, disminuyó su realidad. Así que ahora, al sentir que sus finos dedos se cerraban sobre su mano, se quedó sorprendida, y desconcertada, y no pudo relacionar el contacto físico con la imagen de él que se había formado.

Una vez más, no se entendían.

Él se inclinó hacia ella, y ella, intensamente perpleja, oyó que empezaba a derramarle al oído palabras de amor. «Teresa», dijo, en un tono que ella nunca le había oído utilizar, como nunca le había oído llamarla por su nombre de pila; y descubrió que le estaba hablando del gran lecho sombrío, y del deseo que sentía de su cuerpo, y de la soledad y seguridad en que estaban, y de lo hermoso y apropiado de la hora. «Allá estarán con el *bridge* por lo menos hasta la medianoche», dijo, y procedió a pintar un cuadro de los goces que podían vivir durante muchos años. Pero el momento inmediato era el más apremiante, dijo. La nieve de fuera, la luna, su aislamiento; todo aquello alegó a impulsos de su deseo. El pensamiento de Teresa voló a John, que estaría sentado en el gran salón, jugando al *bridge* por apuestas que sabía superiores a sus posibilidades; John, a quien había convencido contra su voluntad para venir a pasar la Navidad en Chevron; John, que le había dado un cheque por cincuenta libras; John, que una vez le había preguntado, con mirada penetrante, si «no había nada» entre ella y aquel joven duque, y había aceptado al instante, casi excusándose, su indignada negativa. Apartó a Sebastian de un empujón. Casi le odiaba.

—Tiene usted que estar loco —dijo— para pensar que soy esa clase de mujer.

Sebastian, a su vez, se quedó igualmente perplejo. ¿No llevaba toda su vida entre mujeres que se tomaban como un juego ese tipo de infidelidades? Además, ¿no había visto adoración en los ojos de Teresa?

—Teresa —dijo—, no perdamos el tiempo. No finja. Usted sabe que me ha enamorado, y yo creo que usted también está enamorada de mí, ¿a qué darle más vueltas?

Teresa se llevó las manos a los oídos para cerrarlos a aquella profesión repentina de unos principios bárbaros y escandalosos.

—¡John! —clamó en voz baja, como pidiendo ayuda.

—¡John! —dijo Sebastian, atónito; la propia mención de su marido en semejante momento le pareció un detalle de mal gusto—. Pero si John lo sabe todo, puede estar segura; si no, no habría consentido en traerla a esta casa.

—¿Cómo? —dijo Teresa, apartando las manos y clavando en él una mirada de verdadero estupor—. ¿Eso piensa usted? ¿Que John sabía que usted se ha enamorado de mí, y lo daba por bueno? ¿Eso cree? ¿Cree que John y yo somos esa clase de personas?

—Vamos —dijo Sebastian, enloquecido hasta la exasperación—, no siga diciendo «esa clase de mujer» y «esa clase de personas»; todo eso no quiere decir absolutamente nada.

—Claro que quiere decir —dijo Teresa, descubriendo de pronto muchas cosas sobre sí misma, y sintiéndose más firme de lo que nunca se sintiera—; quiere decir que John y yo nos queremos, y que cuando nos casamos era para seguir queriéndonos y guardarnos fidelidad el uno al otro, y que es así como entendemos el matrimonio. Ya sé que no es como lo entiende usted, ni como lo entienden sus amigos. Si le he dado la impresión de estar enamorada de usted, lo lamento. No creo haberlo estado nunca, y si lo hubiera estado, le habría pedido que se fuera y no volviera a verme jamás. Usted me ha deslumbrado, le he admirado, le he contemplado y he pensado en usted, en cierto modo le he venerado casi, no me importa reconocerlo, pero eso no es lo mismo que estar enamorada.

Tras pronunciar rápidamente ese pequeño discurso, hizo una pausa para tomar aliento. Se cerró la capa, y fijó en Sebastian una mirada desconsolada pero valiente.

—Yo no le quiero hacer daño —dijo con más suavidad—, pero debo decirle las cosas como son exactamente. Me figuro que será tan difícil para usted comprender nuestra manera de pensar como para nosotros comprender la suya. Ya sé lo que estará usted pensando: le molesto, y se estará preguntando por qué

habrá perdido el tiempo con una burguesita convencional como yo. A decir verdad, yo también me lo he preguntado. Le diré más: yo sabía que le atraía, y eso me halagaba. Pero nunca me lo tomé en serio. Si me lo hubiera tomado en serio, se lo habría dicho a John inmediatamente. Pero no me lo tomé en serio, y en cualquier caso fui débil, porque usted representaba todo lo que yo había anhelado siempre. Le soy así de franca porque quiero que lo entienda. Tal vez en ningún momento llegué a pensarlo bien; estaba tan emocionada con usted que cuando me invitó a Chevron casi me muero de alegría. Ahí tiene, ya sabe hasta dónde puede llegar mi necesidad. Usted me ofrecía caramelos, y yo los cogí. Pero yo quiero a John, y es mi marido.

—¿Y si no le quisiera? —preguntó Sebastian con curiosidad.

—Sería lo mismo —dijo Teresa—. El matrimonio es el matrimonio, ¿no? Quizá en su mundo no, pero en el mío sí, y a eso me atendería. Ni uno solo de mis parientes me volvería a dirigir la palabra si yo le fuera infiel a John. No me diga que eso no lo sabe.

Sebastian no podía simpatizar con esos sentimientos. Había reconocido la dignidad de Teresa en sus primeras palabras, pero ahora le parecía que había pasado de algo fundamental a algo despreciable. Una cosa era el amor, y otra la virtud de la clase media. Esto valía tan poco como lo de Sylvia Roehampton, que era capaz de sacrificarlos a los dos para salvar su posición social. Sebastian se encolerizó, porque vio su capricho estrellado contra una roca. ¿Es que en ninguna parte del mundo, demandó, existía la valentía moral? En aquellos momentos le pareció que era la única cualidad que valía la pena tener. (Ya se ha aludido, quizá con demasiada frecuencia, a la naturaleza intemperante de sus cambios de ánimo.) Había probado la mejor sociedad y había probado la clase media, y en las dos su espíritu aventurero se había quedado pegado en la goma del convencionalismo y de la hipocresía. Los convencionalismos eran distintos —Sylvia no había vacilado en entregarse—, pero la hipocresía era la misma en todas partes. Rabió y tronó. Esgrimió la ira, nada fingida; esgrimió la persuasión, pero ni con una ni con otra pudo conmover a Teresa. Ella se mostró dolorida, apenada, pero blandamente obstinada; ni siquiera parecía capaz de entender la mitad de las cosas que él decía. En verdad, fue tal el torrente que desató Sebastian que nadie más que él mismo habría podido seguir sus argumentos; es decir, nadie que no hubiera crecido como él había crecido, con la sensación de

estar preso y condenado a una existencia prefijada; que no hubiera luchado unas veces contra sus ataduras, y otras apretado más los nudos; que no hubiera amado sus cosas buenas y se hubiera despreciado por amarlas; que no hubiera intentado solazarse con placeres y con mujeres que no significaban nada para él; que no hubiera vacilado, infeliz y confuso, entre un papel exterior que se le imponía casi a la fuerza y la pasión interior por Chevron, que era lo único estable y valioso de su vida. No es de extrañar que dejase pasmada a Teresa por los insultos que derramó sobre ella y por la hiel que echó sobre sí.

El gran reloj, al dar la hora allá en las alturas, hizo que Teresa reparase de pronto en su ausencia. ¿Qué pensaría John, qué pensarían todos?, clamó.

—Tenemos que irnos —gritó, tirando de él; ahora estaba atemorizada por la escena que había habido entre ellos; lo único que quería era volver a la seguridad y a John—. Venga, por favor —imploró.

Sebastian, apoyado en el antepecho de la ventana, desquiciado e indiferente a los ruegos del mundo, se negaba a moverse.

—¡Por favor! —clamó ella puerilmente; y añadió desesperada— : No puedo dejarle aquí solo, pero yo tengo que volver. —E hizo el único alegato que significaba algo para ella; fue una elección desafortunada—. Piense en mí —dijo—; piense en John, piense en mi reputación.

Al oír esto Sebastian se echó a reír. El contraste entre la súplica de Teresa y sus propios sentimientos era, o le parecía, de una ironía excesiva.

—¿Su reputación? —dijo—. ¿Qué importa su reputación? ¡La esposa apocada y virtuosa!

La conciencia íntima de estar conduciéndose no sólo mal, sino histriónicamente, reforzó su terquedad. Estaba agudamente avergonzado de sí mismo, porque, por primera vez en su vida, se veía a través de otros ojos; veía lo que valían su egoísmo, su existencia regalada, su arrogancia, sus fútiles devaneos. Aun así, no cedió. Era tan pueril como ella; porque estaba, como habría dicho Wacey, fuera de sí; y cuando la gente se pone fuera de sí, todos los problemas de su vida se alzan y cierran filas con su dolor inmediato. Había querido a Teresa; Teresa le había rechazado; de modo que recordó que había querido a Sylvia y Sylvia le había rechazado, y así, por un proceso natural, se acordó de todo lo demás: de Chevron, y del odio que sentía por sus amigos, y los grilletes que le habían atado como cintas desde la cuna, y el sarcasmo de

Leonard Anquetil.

—No la dejaré marchar —dijo, haciendo un movimiento hacia Teresa.

Ella se le escapó; salió corriendo del hermoso aposento, dejando caer la capa tras de sí, en un charco de luz de luna. Sebastian se quedó mirándola. Su oro arrugado se había tornado plata. Su forro de marta era tan oscuro como las sombras interiores del gran lecho. Estaba tan vacía y tan arrugada como todo lo que él había deseado en la vida.

VII

Anquetil

Habían transcurrido cinco años cuando, por segunda vez en esta crónica, pero probablemente por milésima vez en su vida, Lucy volvió a descargar su corazón ante la señorita Wace. Pero fue con ánimo esperanzado, no de desesperanza, como en esta ocasión se encaminó al cuarto de estudio en busca de Wacey.

—¡Estoy pensando seriamente que de esto puede salir algo, Wacey! —dijo con aire de triunfo pero bajando la voz, como si temiera que la pudiera oír algún espíritu maligno—. Ayer se pasaron toda la tarde jugando al tenis, y ahora se la ha llevado a pasear por el parque. ¿No te parece a ti que eso es señal de que algo se trae entre manos? Ya sabes qué odio les tiene a las chicas en general. Yo, por supuesto, no me atrevo a preguntarle; si le pregunto, lo mismo se sulfura y se marcha. Es capaz de irse con Viola, o cosa peor. Ya sabes qué manía tiene de no dejarse vigilar ni preguntar. Podría echar a perder todas nuestras esperanzas. Es una buena chica, Wacey. No es guapa, pero eso quizá sea mejor. Es de muy buena familia, y eso compensa por lo que le falte de físico; es dócil, y está clarísimo que le adora. Y de su manera de vestir ya me ocuparé yo cuando no esté por medio la rancia de su madre. ¿Por qué no dices nada, Wacey? Parece que te han comido la lengua.

Lucy dirigió sus pasos a Julia Levison, y dejó a Wace lamentando el vulgar aspecto de la posible novia. Todas sus esperanzas de una pareja espléndida se desvanecían. La chica era decididamente fea, y la señorita Wace no podía creer que Sebastian estuviera enamorado de ella. Había una gran diferencia entre la pareja espléndida y el sentar la cabeza. Sebastian estaba pensando sentar la

cabeza. Así era como lo veía la señorita Wace. Suspiró.

Julia Levison adoptó un punto de vista más razonable.

—Yo que tú, Lucy —dijo—, estaría encantada. Con esa chica no vas a tener ningún problema, que es lo mejor que se puede decir de una nuera. No veo razón para que no sigas viviendo aquí cuando se casen. Tú no tienes ninguna gana de irte de Chevron, Lucy, y la alternativa sería la casa de viuda o sir Adam. En todos estos años no has podido decidirte sobre sir Adam y ahora te alegrarás de que así haya sido. Si manejas bien las cartas lo podrás arreglar todo a tu gusto. Sebastian parece que no se entera de la mitad de lo que pasa; como que a veces yo pienso que Sylvia le hizo más daño de lo que creímos entonces; y la chica jamás se atrevería a levantar un dedo contra ti. Estará entretenida con los niños. Parece buena para cría —dijo groseramente Julia Levison—, y seguro que Sebastian le hace la vida absolutamente insoportable, así que entre la maternidad y las preocupaciones no tiene por qué darte muchas molestias.

—Tú siempre has tenido un gran sentido común, Julia —dijo la duquesa.

—En cambio —continuó Julia Levison, desarrollando el tema—, una nuera guapa y animada te traería por la calle de la amargura. Entre otras cosas, Sebastian podría estar enamorado de ella, y en ese caso la apoyaría en todo contra ti. Allá que te irías, hija mía. Esta chica no le importa un pepino, y cuando esté casado no querrá más que cerrar los ojos a todo lo que pase. Tú no soportarías estar de segundona, Lucy.

—Pues no —dijo Lucy con franqueza—. Al fin y al cabo, Julia, los años no pasan en balde, y cada uno se aferra a lo que tiene. Con tanto socialismo como hay por ahí no se sabe lo que puede pasar; y ahora que se ha muerto el rey, me imagino que todo irá a peor; yo siempre he pensado que con él las cosas estaban más o menos en su sitio —dijo vagamente—. ¡Ay, hija, cómo se deshace todo! Romola se ha ido a la China, Sylvia ha desaparecido de nuestras vidas, y Harry hecho un pelma, y todo el mundo metiéndose con sir Adam ahora que ya no tiene al rey guardándole las espaldas; y ahora ni que decir tiene que la corte va a estar aburridísima.

—Pobrecillos —dijo Julia Levison, refiriéndose, aparentemente, a los nuevos soberanos—; tenemos que hacer todo lo posible por ayudarles.

—Sí —dijo Lucy poco convencida. No estaba segura de hasta qué punto agradecerían el rey Jorge y la reina María las ayudas de Julia—. Mientras tanto,

¿qué va a ser de nosotros? Eadred Templecombe dice que Inglaterra va a la ruina. Y así parece si una chica como Viola puede desafiar a su propia madre y marcharse a vivir sola en Londres. Yo siempre he pensado que había que ser firme con ella, y le dije que yo me lavaba las manos para siempre, pero Sebastian se puso de su parte, y ya no pude hacer nada. Sabe Dios lo que hará en Londres ni a quiénes verá. En todas partes se está perdiendo el amor propio. Sebastian tiene una curiosísima teoría de que la gente se está volviendo más sincera. Yo lo único que puedo decir es que quizá nosotros no fuéramos sinceros, pero por lo menos sabíamos comportarnos. Todo es muy desconcertante. Claro que se aferra uno a lo que sea.

—De todos modos, tú no te puedes quejar porque tienes mucho dinero —dijo Julia Levison, con la nota amarga que siempre asomaba en su voz al hablar de las fortunas ajenas.

—Por ahora, pero vaya usted a saber hasta cuándo. Los rumores que corren son terribles. Sebastian es un necio completo; está casi tan mal como Viola. Ahora dice que va a entrar en el partido socialista. ¡Un duque socialista! ¿Cuándo se ha oído semejante cosa? Si no estamos todos juntos y apoyando a nuestra clase, ¿cómo vamos a acabar? Eso es lo que yo le digo. Pero Sebastian siempre ha sido raro. ¿Te acuerdas de aquella horrible temporada de hace dos años, cuando amenazó con casarse con la hija del guardabosques? Yo nunca llegué a saber si lo decía en serio. Y últimamente he oído que le han visto por ahí con una modelo de Chelsea.

—Lo mejor será que formalice el compromiso con Alice cuanto antes —dijo Julia Levison con firmeza.

—Desde luego que sí. Yo estoy en ascuas cada vez que está la chica en casa —dijo Lucy—. Cada vez que entra Sebastian en mi habitación, le miro a ver si trae algo que decirme, pero siempre se tira en el sofá a leer el *Tatler*. De todos modos, yo creo que algo hay. Es la primera vez que demuestra interés por una chica; por una chica de su clase, quiero decir; porque, por supuesto, a la hija del guardabosques no la cuento. Pero ahora lleva ya tres semanas seguidas haciéndome invitar a Alice.

—¡Y tú tienes que soportar a sus padres! ¡Pobre Lucy!

—Ya. No dan mucha guerra. Lord O. habla con Sebastian de sus granjas. Y lady O. me divierte. Está desgarrada entre las ganas que tiene de casar a su Alice

con Sebastian y lo reprobables que le parecemos todos los demás. ¡Hay que ver cómo se esfuerza por ser amable, y el trabajo que le cuesta! No está acostumbrada más que a tratar con gente como los Wexford y los Porteviot. ¿Te he contado lo que me dijo anoche Potini? Ya sabes lo pesado que se pone con sus ideas sobre el carácter inglés. Pues me dice: «*Ma petite duchesse*» (siempre me llama así), «*ma petite duchesse*, en lady O. tiene usted personificada a la aristocracia territorial inglesa. Fíjese en su pecho: es como un par de nabos. Fíjese en sus dientes: son como una docena de pedruscos».

Julia Levison soltó su relincho de hilaridad exagerada, al que debía la mitad de sus éxitos en una sociedad a la que en rigor no pertenecía. Pero, realmente, Lucy había hecho una imitación exacta.

—¡Ay, Lucy, eres *impayable*! Qué pena me da cuando me acuerdo de lo que disfrutaba el pobre rey con tus imitaciones. Eras una de las pocas personas que siempre le entretenían. Qué terrible es pensar que ya han pasado aquellos buenos tiempos. Vamos a ser como un rebaño de ovejas sin cabeza. —Nadie habría contado con que las metáforas sobre ovejas de Julia Levison fueran muy ajustadas a la realidad—. Tendremos que hacernos un templo para nosotros, con nuestras ruinas. Tú y Romola: entre las dos, cuando vuelva Romola, lo tenéis que hacer. Tenemos que defender la plaza, ¿eh, Lucy? —Eché una mirada a Lucy, y, percibiendo con su sagacidad que esa tesis no era bien recibida, cambió de tema. No en vano siempre se había apoyado en su ingenio—. Claro que mientras tanto habrá que pasar por la coronación antes de que las cosas se vuelvan a normalizar, pero un compromiso matrimonial no tiene por qué esperar a una coronación, ¿no? No hay razones para no anunciarlo en seguida. Todavía quedaría mucho tiempo por delante —al decir tiempo por delante, Julia Levison quería decir tiempo hasta el final de la temporada—, todavía quedaría mucho tiempo para la boda. La coronación no es hasta el veintidós de junio. Estaría bien que pudierais celebrar la boda en la primera semana de julio, por ejemplo.

También Lucy pensaba que eso estaría muy bien. Entretanto era necesario que Sebastian se decidiera. Había todo un mundo de distancia entre una proposición tácita y una proposición expresa. Lucy, con sus vagos temores de perturbaciones en ciernes y su disgusto por la disgregación de su mundillo, habría dado cualquier cosa por ver resueltos sus asuntos de familia. Siempre había vivido con el miedo de que Sebastian hiciera una boda horrible o

excéntrica, o se dejara prender permanentemente en una relación impresentable; pero ahora la llegada de la Alice de Lady O. parecía prometer una solución que para Lucy sería como arrellanarse en un sillón confortable. No podía decir que Sebastian se mostrara muy ardiente en su galanteo. Lo mantenía, en realidad, con la mayor desgana; pero lo mantenía. Eso era lo importante. Una y otra vez hacía que su madre renovara la invitación a Alice —invitación que, huelga decirlo, era siempre aceptada—, y cuando Alice estaba en Chevron la acaparaba convenientemente; la llevaba con él de paseo y a caballo; le dejaba jugar con los cachorros de *Sarah* y *Henry*, mientras *Sarah* y *Henry* miraban muy serios; reconocía que «se le daban bien los perros», y la consultaba acerca del nuevo campo de golf que estaba proyectando. Lucy no podía imaginar que el interés de su hijo por una chica tan sosa y tan sumisa pudiera brotar de otra cosa que del deseo de casarse. Tampoco ella, como la señorita Wace, podía creer que Sebastian estuviera enamorado.

Se aferraba a Sebastian como a la única esperanza que le quedaba en la vida. Empezaba a sentir el peso de la edad, y las cosas de su juventud se iban achicando a su alrededor. Era desagradable ver cómo habían cambiado los valores. Viola, por ejemplo, todavía en 1906 se dejaba llevar a todas las fiestas de rigor, pero en 1910 Viola se había rebelado; una noche inolvidable, estando en Chevron, después de cenar, anunció que había alquilado un piso en Londres. «Tú me has impedido ir a Cambridge, madre, pero esto no me lo puedes impedir. Soy mayor de edad.» Aquella frase se le había clavado a Lucy en el alma como un puñal. Era la primera vez que la oía aplicada a una chica; siempre la había oído aplicar a hombres, relacionada con festividades, y fuegos artificiales, y bailes de los colonos, y regalos de bandejas de plata con una doble columna de nombres grabados. Así, la frase era propia y estaba en razón; en labios de una chica era imprevista; era inmodesta. Pero era también irrefutable. La autoridad de Lucy se arrugó como una muselina en el fuego. Y al arrugarse su autoridad legal, también su autoridad personal se convirtió de pronto en algo que nunca había tenido existencia real. Frente a la lógica fría aunque pesarosa de Viola, no le cupo otra cosa que balbucir y llorar. Apeló a todos los principios de que pudo echar mano.

—¡Si no quieres pensar en mí —dijo—, piensa por lo menos en tu posición y en el ejemplo que vas a dar!

Viola sonrió, paciente pero inexorable.

—¡Querida madre —dijo—, eso no son más que tonterías!

Para Lucy no eran tonterías; eran los cimientos de su vida. La angustia le hizo revelar los secretos de algunos que no habían querido transgredir el código.

—Mira a los Templecombe —dijo—; veinte años de sufrimiento antes que dar un mal ejemplo al mundo. Acuérdate de Lavender Garrow, que se escapó con Caryl Thorpe y no se volvió a saber de ella. Eso fue todo lo que sacó a cambio de su independencia.

—Pero yo no me quiero escapar con nadie —dijo Viola—. Lo único que quiero es vivir mi propia vida.

—Eso es casi peor —gimió Lucy—; porque, hasta cierto punto, a una persona que se ha enamorado se la comprende, aunque, por supuesto, no se la pueda recibir; pero lo de que una mujer se vaya sola no se ha visto nunca. La gente no lo entenderá. Vas a salirte de tu clase, Viola, completamente. No te invitarán a ninguna parte. Serás mi vergüenza y la de Sebastian. ¿Qué excusa vamos a poder dar cuando nos pregunten adónde te has ido?

Al llegar a ese punto fue cuando Sebastian la abandonó. Dejó de tirar a Sarah de las orejas; la dejó caer al suelo de golpe, con gran indignación de la perra; y se irguió ante la chimenea de la biblioteca.

—Yo estoy totalmente de acuerdo con Viola, madre —dijo—; creo que tiene todo el derecho del mundo a vivir su propia vida, como ella dice, si es eso lo que quiere. Da la casualidad de que tiene dinero propio, pero si no lo tuviera yo desde luego le daría lo que le hiciera falta. Ojalá tuviera yo el mismo valor; se lo envidio. Viola no se va a dejar ahogar por ti ni por Chevron. Quiere ser una persona por derecho propio, no una figura encajada en un cuadro. En cuanto al ejemplo que dé, yo espero que lo sigan muchas chicas. Cuando tú seas una viejecita de ochenta años —dijo, haciéndose un hueco en el sillón que ocupaba su madre y echándole un brazo alrededor de los hombros—, dirás que estuviste orgullosa de tu hija.

Lucy no tenía aún ochenta años, ni muchos menos; y aún no estaba orgullosa de su hija. Distaba tanto de estarlo, y seguía dando tantas excusas de su ausencia, que sus amistades empezaron a preguntarse si tras el insólito comportamiento de Viola no habría, en efecto, algún motivo muy deshonesto. «*Qui s'excuse*», dijo la nueva duquesa de D., «*s'accuse*»; y Viola fue borrada de la lista. Así vio Lucy

justificada su predicción, con una mezcla de satisfacción y de dolor. Era un consuelo poder decir «¡Te lo avisé!», pero era mortificante ir a la casa D. sin la compañía de una hija. Y era todavía más mortificante ver que a Viola le daba igual.

De todos modos, tenía a Sebastian. Sebastian aún no había soltado las amarras. Gruñía y rezongaba, con rumor de tormenta que se acerca; pero eso llevaba haciéndolo desde los dieciséis años. Lucy suspiraba al recordar cómo decía la pobre Sylvia Roehampton que Sebastian enfurruñado era irresistible. Hacía años que Sebastian se enfurruñaba a temporadas. Su madre le había tenido siempre un poco de miedo. Quizá ahora fuera de agradecer que ventilase su mal humor en enfurruñamientos intermitentes, repartidos a lo largo de tantos años, en lugar de fingir docilidad como Viola, hasta escaparse un buen día como Viola se había escapado. «Soy mayor de edad.» Eso Sebastian no lo había dicho nunca, ni nada parecido. Sus obstinaciones habían sido siempre mucho más suaves, mucho más acordes con las tradiciones que Lucy entendía; había momentos, ciertamente, en que se ponía cargante; le había dado sustos, como cuando amenazó con casarse con la hija del guardabosques; pero nunca había hecho nada que fuera más allá de las extravagancias naturales en un joven consentido. La peor de sus amenazas fue la de entrar en el partido socialista; y eso Lucy podía darlo por tan imposible que no ofrecía ningún peligro serio. Tenía, además, el sano y tradicional convencimiento de que el matrimonio le curaría de tales fantasías, que formaban parte, hasta para Lucy, de la categoría que la señorita Wace clasificaba bajo la etiqueta de locuras de la juventud.

Sebastian la intrigaba; pero, siendo mujer, sus especulaciones no iban más allá de las aventuras que hubiera tenido con mujeres. La aventura mayor, la de su espíritu, no le interesaba. Apenas había tenido sospecha de las verdaderas perplejidades de su hijo; o, si había notado sus signos externos en sus inopinadas reticencias, su mal humor, sus comentarios cortantes, inmediatamente las había atribuido a un amor fracasado. La imaginación de Lucy no podía salir de esa órbita. Sentía toda la curiosidad que siente una mujer por la vida de un hombre, aunque ese hombre resultara ser su hijo. Cualquier revelación emanada del propio Sebastian le habría sido más dulce que la miel; pero, puesto que esa revelación no se producía nunca, tenía que contentarse con las visiones que ella misma pudiera componer para sí. Desde su punto de vista, Sylvia había sido sin

lugar a dudas el más satisfactorio de los amores de Sebastian; pues, partiendo de su propia experiencia, podía hacerse una reproducción muy detallada de cómo habían sido sus relaciones. Se había recreado, con un placer casi incestuoso, en la visión de su hijo en el papel de amante de Sylvia. Pero ¿y las otras mujeres que Sebastian había conocido? ¿Y la modelo aquélla, por ejemplo, que decían que había conocido en Chelsea?

La modelo aquélla hacía, en realidad, el número cuatro de los experimentos de Sebastian. Echando la vista atrás sobre su vida, veía que tomaba cierta forma, y que sobre el revoltijo se destacaban cuatro experimentos. (La multitud de otras mujeres no significaba nada; habían sido meros incidentes; inevitables, nauseabundos *a posteriori*, y, por encima de todo, tediosos.) Sólo cuatro mujeres habían hecho alguna mella en él; y, ahora que podía contemplarlas con despego, observaba con interés y sorpresa que cada una de ellas procedía de una casta distinta: Sylvia; Teresa; la hija del guardabosques; y ahora la modelo. Ninguna de ellas le había satisfecho. Se había visto derrotado por el código de Sylvia; derrotado por el de Teresa; la hija del guardabosques —un recurso desesperado, del que echó mano en un momento de rebelión simultánea contra la clase alta y la clase media— había herido su sensibilidad desde el primer momento con sus hábitos personales. En vano se había dicho que esas cosas no tenían por qué importar. Sí importaban. Era una buena chica, una chica sana, amigable, sensata, que le llamó la atención por primera vez cuando la vio haciendo su recorrido con un cubo de gachas para los pollos de faisán; pero pronunciaba mal y sorbía, y Sebastian, examinándose severamente, había llegado a la conclusión de que le iba a costar demasiados sinsabores cada vez que se la tuviera que presentar a sus amigos. Estaba contento, por lo menos, de haberse retirado de aquel experimento antes de que se le pudiera echar en cara haberse portado mal. Pasó por un período de la desesperación más negra cuando se dio cuenta de hasta dónde llegaba en él —¡incluso en él!— la tiranía de la costumbre. Se despreció por no ser mejor que Sylvia ni que Teresa; ellas tenían sus códigos, y él tenía el suyo; todos estaban presos, aherrojados. Se preguntaba, escépticamente, qué iría a sacar Viola de su nueva libertad. «Pero Viola es más dura que yo», pensaba con abatimiento; «yo soy demasiado blando para dar la batalla hasta el final.» Sentía,

en efecto, que en todo lo que emprendía no hacía más que entretenerse sin llegar a nada.

Entonces, en el piso de Viola, conoció a Phil, la modelo. Antes de saber lo que estaba pasando —tal era la exageración de sus cambios de ánimo—, Sebastian se lanzó a la defensa de la vida bohemia. La excitación de su nuevo descubrimiento se derramó como un torrente sobre Viola, a quien desde su emancipación trataba con algo menos de reserva. No mencionaba concretamente a Phil, pero volcaba todo su lirismo en encomiar la independencia del artista; la alegría, la valentía moral, la vida despreocupada. Viola escuchaba, no hacía ningún comentario, sonreía, adivinaba con gran exactitud lo que había pasado, y para sí profetizaba exactamente cuál sería el fin probable del nuevo capricho. Entretanto, Sebastian flotaba entre nubes; creía haber encontrado su salvación, haber roto las ataduras de su mundo; creía haber descubierto lo que era ser dueño de sí, liberal, libre de espíritu. Su convicción era mayor porque, hasta que él apareció, Phil había llevado lo que se dice una vida virtuosa; porque no quedó nada impresionada por las posesiones mundanas de Sebastian; y porque se le entregó sin aspavientos, a las veinticuatro horas de conocerle, simplemente porque le había caído bien. Todo esto se lo explicó ella en los más sinceros términos, añadiendo que en el momento en que se cansara de él le despacharía con viento fresco. A Sebastian, que no estaba acostumbrado a que le trataran así, le encantó aquel discurso. Tendido en el diván de Phil, entre las ruinas de la cena de los dos, la fue empujando de declaración en declaración, de revelación en revelación. Se había escapado de casa a los diecisiete años; había trabajado en un salón de té; y allí la había visto Augustus John.

—¿Y qué pasó?

—Que me pintó. Dijo que era su tipo. —Y sí que lo era, con el cabello negro cortado recto; la boca roja, generosa; el cuello blanco y grueso; y colores brillantes, sobre todo cuando se inclinaba, como una gitana, sobre la guitarra.

—¿Y qué más?

—Que me pintaron muchos otros.

—¿Pero no viviste nunca con ninguno de ellos?

—Tú deberías saber que no.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustaban. A veces estaba en las últimas, además.

—¿A qué llamas estar en las últimas?

—A no tener para comer.

—¿Literalmente?

—Literalmente.

—¿Pasabas hambre?

—Un hambre horrible. Me desmayaba.

Por primera vez cayó en la cuenta Sebastian de que había personas, aparte de las viejas reumáticas que vendían cerillas bajo los soportales, que no tenían bastante que comer. Recordó las comidas de Chevron; las comidas interminables que él había tenido que aguantar.

—¿Te desmayabas? ¿De hambre? —dijo incrédulo.

A ella le hizo reír su incredulidad.

—Pues claro. Como le pasa a mucha gente. Cada vez que estaba boyante, traía gente aquí y les daba una comida.

—¿Qué clase de comida?

—Pues huevos..., sardinas..., salchichas. Según. Si estaba muy boyante, podía ser una carne fría.

—¿Y ellos no hacían lo mismo por ti cuando no estabas boyante?

—Por supuesto. Nos ayudábamos unos a otros. Pero a veces estábamos todos sin blanca a la vez. Pero ¿para qué lo quieres saber? Era todo muy sórdido, y no especialmente interesante. A ti te parece interesante sólo porque no lo has conocido nunca.

—En eso consiste lo romántico —dijo Sebastian con gravedad.

Phil le miró fijamente.

—Eres demasiado inteligente para mí. No te parecería romántico si lo conocieras. Pero no hablemos de eso. Ahora ya no tengo que preocuparme por esa clase de cosas.

—Ni volverás a preocuparte nunca —dijo Sebastian resueltamente.

—Ah, sí —dijo Phil alegremente—; cuando tú te canses de mí, o yo me canse de ti. Pero ¿para qué pensar en el futuro? Vamos a poner el gramófono. Vamos a bailar. Vamos a hacer algo. ¿O salimos? —«Salir» era ir al Café Royal —. Podríamos encontrarnos a Viola.

—¿Viola suele ir ahí? —preguntó Sebastian con curiosidad. Poco a poco, muy poco a poco, iba descubriendo la verdad sobre la vida de Viola.

—Sí va —dijo Phil sin darle importancia—; va hace años. Antes iba bajo otro nombre. La llamábamos Lisa, porque la encontrábamos muy tersa..., como la Gioconda, ¿sabes? Pero desde que se vino a vivir a Londres va con su nombre de verdad. Yo no sé por qué se molestaba en ocultarlo. Todo el mundo sabía perfectamente quién era.

Sebastian no se sintió con fuerzas para explicarle a Phil por qué Viola se molestaba en ocultar su nombre. Ya se había percatado de que esa clase de explicaciones no significaban para ella absolutamente nada. Pensó que su madre debería haber oído algunos de los comentarios de Phil en aquellos tiempos en que él cometía el error de intentar explicarle ciertas cosas.

«No salgamos», dijo, aunque había momentos en que le agradaba estar sentado con ella en el café. «Me gusta hablar contigo.» Era verdad. Ahora Sebastian se admiraba de haber podido soportar alguna vez la conversación de Julia Levison o de la duquesa de D. Phil era ruda y franca cuando no era ni frívola ni sensual; se había educado en una dura escuela, que reforzó su espontaneidad innata. A su lado, Sebastian pensaba que su experiencia había estado acolchada entre algodones. Phil le había calibrado con acierto cuando le comparó con la princesa que a través de veinticuatro colchones seguía notando el guisante. Él tenía que amoldarse a su esquema de valores, porque nada de lo que dijera hacía en ella la más mínima impresión. Físicamente frágil, espiritualmente era robusta; hacía mucho tiempo —ahora tenía veintidós años— que resolviera para sí qué era lo que valía y lo que no valía la pena; y sus juicios eran extraordinariamente puros. No era víctima Sebastian de un espejismo de enamorado cuando se dijo que en su naturaleza no había nada falso. Lo mejor de él había reconocido lo mejor de ella. Sus gustos, también, en literatura, en arte, en música, aunque no educados, eran directos y certeros; lo mediocre, para su modo de pensar, no merecía siquiera consideración; en esas materias, como en la vida, no había compromiso posible. Pero a menudo la falta de sentimentalismo de Phil le hería, a la vez que le tonificaba; no se podía acostumbrar a su brutalidad insobornable. «Es que a mí me gusta la verdad», decía si él la reprendía; «si los hechos son hechos, ¿por qué no afrontarlos?» Sí, los hechos eran hechos para ella, como las berzas eran berzas para el viejo Turnour, o las rebajas de invierno para la señora Tolputt, o la reputación para Sylvia. «Tú no me vas a querer siempre», decía, «así que más vale que me vaya haciendo a la

idea. Y me imagino que yo no te querré siempre, aunque ahora mismo casi podría creerlo. Tú y yo nos parecemos como un huevo a una castaña»; ésa era una de sus frases estereotipadas favoritas, que contrastaban tan extrañamente con su carácter independiente. «Un día querré a alguien que sea de los míos. Entonces seguramente seguiré con él hasta que me muera. A ti te quiero, pero no eres de los míos. Tú me quieres, pero yo no soy de los tuyos. No lo podemos remediar. ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué no disfrutar del presente? Mañana todos podemos estar muertos, o puede haber una guerra, o un terremoto», añadía vagamente; «a mí personalmente no me importa mucho vivir o morir; ¿a ti sí? Lo que me gusta más que nada es ir contigo en tu coche a toda velocidad, pensando que en cualquier momento nos podemos matar. Yo creo que cuando más se disfruta de la vida es cuando se hace peligrosa. Por ahora, te quiero una barbaridad», decía, rodeándole con sus brazos como para compensar con pasión lo que le faltaba de ternura, «y con eso me basta; me hace sentir que soy como una cosa real, un árbol, una piedra, algo que se ve y se toca y se tiene; algo que sabes que no existe sólo en tu imaginación. Mañana quizá no esté, pero hoy está aquí: está aquí ahora, *ahora*»; y le abrazaba con más fuerza y recalcaba la palabra, como si un terror supersticioso la impulsara a intentar atrapar el instante antes de que se desvaneciera.

Sebastian exultaba; creía haber encontrado lo que venía buscando desde que Sylvia le excitara por primera vez. Adoptó los cánones de Phil, las expresiones de Phil; mientras duró su relación, ella consiguió efectivamente deshacer un tanto sus convencionalismos, mitigar la inevitable rigidez de su credo. Cosas que él tenía por importantes se las quitó Phil como telarañas. Todo lo que fuera formalismo le hacía reír; todo sentido de una obligación social era para ella motivo de exasperación y de burla. Si Sebastian, por ejemplo, tenía una cita, Phil le obligaba a faltar, y eran frecuentes los mensajes telefónicos para distintas señoras diciendo que Sebastian lamentaba mucho que imprevistos de última hora le impidieran ir a almorzar, o a tomar el té, o a cenar; y en lugar de atender al compromiso comía con Phil en su estudio, o se la llevaba en el coche a Kew o a Richmond. Al principio era tal su embriaguez que le deleitaban aquellas travesuras, y las tomaba como un acto de desafío, un gesto de desdén; quería a Phil tanto más por aquella capacidad suya de obligarle a hacer cosas que iban en contra de toda su educación. Sylvia no había podido nunca obligarle a hacer

nada que él no quisiera hacer, ni impedirle nada que él se propusiera. Pero al cabo de un tiempo la despreocupación de Phil empezó a irritarle. El hábito de la cortesía estaba muy arraigado en él; además, le gustaba llevar un cierto orden en su vida; si se había hecho un plan, le gustaba cumplirlo; el sistema de improvisación de Phil se le hacía realmente muy cuesta arriba. Luego el extremado desorden de aquella vida empezó a molestarle; llegaba a su estudio a las cuatro de la tarde y la encontraba desayunando, con los platos sucios de la cena del día anterior sin recoger y un dedo de polvo por todas partes. Phil era incapaz de entender su desagrado. «Qué correcto eres», le decía burlona. Según sus ideas, había que comer cuando se tenía hambre, dormir cuando se tenía sueño, vestirse cuando a uno le daban ganas, estar toda la noche en pie si a uno le apetecía, tirar las cartas al fuego si no se estaba en vena de contestarlas, echar a la gente de la casa si ya se estaba harto de ellos. «Venga, fuera», le había oído decir a sus amigos; «ya no os aguanto.» Cuando él se lo censuró, ella le señaló que sus amigos no lo tomaban a mal; y era verdad. Eran «de los suyos», y estaban acostumbrados a ella. Sabían que no quería ofenderlos, y no se ofendían. Su total franqueza en cuanto a sus relaciones con él mismo también le azaraba; él estaba acostumbrado a tratar con personas que, comoquiera que fuese su vida privada, observaban el decoro en público; nadie que les viera juntos a Sylvia y a él podía sospechar que hubiera otra cosa entre ellos que amistad, pero Phil le trataba abiertamente como a su amante cuando sus amigos invadían el estudio; le besaba impetuosamente, le cubría de ternezas y se apretaba contra él en el diván, o se sentaba sobre sus rodillas. Sebastian pensaba que, puesto que no era una prostituta, no debía comportarse como si lo fuera. No podía enfadarse con ella, porque sabía que por debajo de aquella superficie de desfachatez poseía el alma más honesta que él había conocido, aparte de la de Leonard Anquetil; pero poco a poco estaba llegando a la conclusión de que su incursión en la bohemia no había sido un éxito. Las gentes tan dispares hacían mejor en no mezclarse. En cualquier caso, aunque Phil le hubiera hecho romper compromisos, le dejaría marchar tan pronto como él diera el menor indicio de que ése fuera su deseo. Siempre se había entendido que no había obligación por ninguna de las partes. Phil no pretendería nunca retenerle contra su voluntad. Le podría doler mucho —en eso Sebastian no quería pensar—, pero era valiente, era orgullosa; no gimotearía; le diría que se fuese, y lo zanjaría pronto. Le diría adiós con la mano

antes de cerrar la puerta tras él, aunque después se arrojase a llorar sobre el diván y desgarrase los almohadones con los dientes. Era precisamente esa convicción lo que le retenía y le hacía vacilar.

Sebastian era hombre de escrúpulos, y ciertos convencionalismos establecidos le habían forzado a tranquilizar su conciencia.

—¿Te casarías conmigo si te lo pidiera? —había dicho un día.

Ella había soltado una carcajada.

—Querido, precioso Sebastian mío, me estaba esperando exactamente esa pregunta. Sabía que te sentirías obligado a hacerla. Tú eres un caballero, y has seducido a una chica inocente: ¿no es ésa la situación? Pues la respuesta es no, mil veces no, muchas gracias. ¿Yo duquesa, y teniendo que vivir en tu horrible caserón, y vestirme para la cena todas las noches, y darte un heredero, y darles la cabezada a todas tus abuelas y tías viejas, y dar órdenes a un montón de criados, y jamás volver a ser dueña de mí misma? ¡Yo no valgo para eso! Además, cariño, a ti te gustaría tan poco como a mí. Yo no encajaría. No; cuando llegue la hora te casarás con una señorita formal, que sepa cumplir con sus deberes hacia ti. Puedes invitarme a la boda si quieres. ¿Dónde será? ¿En la abadía de Westminster? Me gustaría verte de uniforme, guapísimo. Ya está; ya pasó. Reconoce que te quedas más tranquilo.

Sebastian se quedó más tranquilo. La quiso con redoblado ardor.

Pero llegó el día en que ya no aguantó más. Como había previsto, ella no armó ningún alboroto. Aceptó su marcha como había aceptado su venida. Se negó a su sugerencia de pasarle una renta de mil libras al año; y le dio a entender que con eso, y no con su abandono, la había ofendido. Un momento antes de su separación salieron al exterior muchas cosas. Sebastian descubrió que su amor al orden la había molestado a ella tanto como el desorden de ella a él. «No era posible que nos durase mucho. No hubo nunca nada más que el amor que nos uniera.»

En esas dos frasecillas tristes y sabias resumió Phil la tragedia de un gran combate por la felicidad.

Durante un tiempo Sebastian se sintió destrozado. Sólo el sentido común le contuvo de volver a ella. Después, fiel a su temperamento, se alzó del bache y pasó al extremo contrario. Se puso a buscar a la señorita formal. Y optó por la chica más sosa, más buena y más fea que pudo encontrar; optó por la Alice de

lord y lady O.

No le gustaba la Alice de lord y lady O.; casi la aborrecía. La aborrecía por ser tan exactamente lo que tenía que ser. Siguiendo la broma familiar de remedar a la señorita Wace en su costumbre de ponerle etiquetas a todo, se laceraba etiquetándola como habría hecho Wace: «la esposa perfecta», se decía; «eminentemente apropiada». Alice era en verdad muy apropiada, eso no se podía negar; tenía un profundo conocimiento de Chevron —lo cual a Sebastian le molestaba mucho, aunque no podía por menos de reconocerlo—; tenía verdadero talento para granjearse la confianza de personas como el Bassett; entendía a Sebastian, al Sebastian fundamental, como no le habían entendido ni Sylvia, ni Teresa, ni Phil. Sin embargo, era tal el espíritu de contradicción de Sebastian, que, cuanto mayor era la comprensión de ella y más agudo en él el reconocimiento de sus méritos, más le desagradaba. Varias veces estuvo a punto Alice de hacerle volver a Phil y sus hábitos de desidia, en momentos en que le parecía preferible que Phil pusiera patas arriba todo Chevron a que Alice llevara adelante su gobernación ordenada y jerárquica. Alice, para él, simbolizaba la derrota; simbolizaba la renuncia definitiva a su independencia, la confesión de no haber encontrado ninguna salida, el cumplimiento de las predicciones de Anquetil. Si se casaba con Alice, podría prever lo que iba a estar haciendo en cualquier fecha durante todos los años que le quedaran de vida. Así pensaba, encontrando un placer siniestro en la insoportable perspectiva. Muy siniestro estuvo Sebastian en aquellos meses que siguieron a su separación de Phil. Resentido, él mismo buscaba su daño. Estaba tejiendo con sus propias manos las coronas sacrificiales para el altar.

Posiblemente le afectara el inicio del nuevo régimen, por sentir, como todo el mundo, que con la muerte del rey se había cerrado una era concreta, y que el futuro estaba cargado de inquietud e incertidumbre. Posiblemente le afectara a la inversa, impulsándole a buscar seguridad en el mismo momento en que su espíritu aventurero podía haber agradecido que se le dieran nuevas oportunidades. No menos para consolarse que para intranquilizar a su madre, pregonó sus teorías democráticas; anunció su intención de alinearse con los socialistas; denunció el privilegio en todas sus formas; juró a voz en cuello que

por nada del mundo tomaría parte en la mascarada de la inminente coronación. Pero continuamente —tal era su debilidad— sus actos desmentían sus palabras. Bastaba Alice para probarlo. Sebastian, como dijera Anquetil, había nacido preso; y les tenía cariño a sus cadenas, aunque aparentase luchar contra ellas.

—Con su permiso, señor duque. ¿Debo mandar a limpiar el manto del señor duque?

—¿Manto? ¿Qué manto?

—El manto de la coronación, señor duque.

—¿Por qué? ¿Se ha apolillado el pelo?

El mayordomo puso cara de horror, y corrigió con severidad la inexacta expresión de Sebastian.

—En modo alguno, señor duque. El armiño se guarda en alcanfor y se airea dos veces al año.

—No merece más. Entonces, ¿por qué hay que mandarlo a limpiar?

—El forro, señor duque, parece estar un poco sobado alrededor del cuello. El abuelo de su señoría, el décimo duque, lo vistió en la coronación de la reina Victoria.

—Yo no pienso ir a la coronación.

—No, señor duque. Pero ¿lo mando a limpiar de todas maneras?

Sebastian fue a la coronación. Le llamaron a las siete de la mañana del 22 de junio; el día estaba nublado, y, a pesar de la suavidad de la mañana de estío, la hora parecía inhóspita. Sebastian, mirando por la ventana mientras se ponía los briches blancos del uniforme, pensó cuánto más propia sería una mañana así sobre las islas del oeste de Escocia que sobre las verjas de hierro de Grosvenor Square. Pero era inútil pensar en las islas del oeste de Escocia, ni en los buenos días que allí había pasado, cuando por todas partes le rodeaban tantos arreos de pompa y circunstancia. El manto desplegaba su rojo terciopelo y su armiño sobre el respaldo de una silla; sobre una mesa contigua estaban preparados la corona y los guantes. El ayuda de cámara, en plena apoteosis de la vida de un ayuda de cámara, bullía a su alrededor con la guerrera y las botas, dispuesto a estirar, a ajustar, a abotonar. La carroza esperaba a la puerta: la carroza antigua de la familia, que había llevado a su dueño a la coronación de la reina Ana, de todos

los Jorges, de Guillermo IV y de la reina Victoria; la carroza de la familia, engalanada en los costados con un enorme escudo de armas, picaportes de plata y ballestas de plata enroscadas en forma de serpiente. Sobre el alto pescante ornado de flecos se sentaba el viejo cochero que había enseñado a Sebastian a montar a caballo, feliz de verse reintegrado a su función natural aunque sólo fuera por un día; pues recientemente le habían separado de sus caballos y convertido en chófer. Sebastian bajó la vista a la carroza, y se la imaginó traqueteando desde Chevron el día anterior, un objeto incongruente que provocaría una curiosidad burlona en los suburbios de Bromley,* lo mismo que su automóvil provocara una curiosidad burlona no muchos años antes. ¡Señor!, pensó, ¿tendré realmente que ir metido en ese féretro? Y miró incrédulo a los dos lacayos, con librea de gala, que en ese momento estaban sobre la acera, borreguiles pero sintiéndose importantes, y mirando con recelo a la trasera donde en seguida habrían de balancearse. De pronto Sebastian cobró conciencia de su propio cuerpo. Lo vio, lo sintió, como un saco relleno de paja, un fante al que había que colgar ropajes de terciopelo y meter en aquella antigualla grotesca, para que allí se comportase con toda la dignidad de que pudiera hacer acopio, y al cabo tomara parte en una representación organizada junto a cientos de otros cuerpos semejantes, todos moviéndose en un ritual solemne, ensayado y vacío. Sin duda, pensó Sebastian, el rey también se estará despertando en su habitación del palacio de Buckingham.

Pero, ya que su ayuda de cámara se tomaba en serio el asunto, también Sebastian tenía que tratarlo con el debido decoro. Se dejó colocar sobre los hombros el manto carmesí; recibió los guantes y la corona con la correspondiente seriedad. El ayuda de cámara repasó la figura de su señor, no sólo con satisfacción, sino con admiración también. Era la viva estampa del confiado y saludable esnobismo de la raza inglesa. A un señor como el duque era un placer vestirle. Gracias a su elegancia natural, los botones brillaban más, la blancura de los briches parecía más deslumbrante, el lustre de las botas rivalizaba con el brillo del pelo. El polvo de limpiar la plata, la pasta de blanquear y el betún habían encontrado un digno aliado. Así pensaba el ayuda de cámara; pero Sebastian, al echar una ojeada en el espejo largo antes de salir de la habitación, pensó que el espejo devolvía la imagen de un personaje de pantomima. Sintió tedio, asco; le habría gustado estar lanzando con mosca en el

Tay.

Abajo, en el rellano, se topó con un grupo de mujeres; las doncellas, las muchachas de la cocina se habían reunido todas para verle salir. Sebastian tuvo que sonreír a la fuerza, mientras, azarado, se recogía el manto como se recoge una chica su primer vestido largo. Un murmullo de apreciación corrió por el grupo; los ojos se salían de las órbitas; las doncellas y las muchachas de la cocina se sintieron en contacto con los linderos de un misterio inalcanzable. La asamblea entera, en aquel momento, estaba más o menos enamorada de su señoría; para algunas, habitantes del sótano, era la primera vez que le ponían la vista encima, y ahora, al verle con toda la panoplia, imaginaban vagamente que ése debía de ser su aspecto normal. No les habría sorprendido oír que el señor duque recorría los campos de golf con el manto de la coronación. Inconscientemente, Sebastian extravió varios corazones; no sabía nada del pesar que corroía el corazón de la señora Wickenden, y hasta de la señorita Wace, recluidas en Chevron. Tras aquella sonrisa tímida y modesta de reconocimiento siguió bajando rápidamente las escaleras, inconsciente del revuelo que hacía tras él el paño carmesí y de la emoción correspondiente que llenaba el pecho de sus fámulas. Qué pinta de memo debo de tener: ése era su único pensamiento, si algún pensamiento abrigaba sobre sí mismo.

En la acera se había congregado un pequeño gentío; una coronación sólo se daba una vez cada muchos años, y el espectáculo de una carroza en Grosvenor Square no era cosa de todos los días. Sebastian, llevando la corona debajo del brazo de modo que pareciera en todo lo posible un paraguas, tuvo que soportar las miradas curiosas mientras los lacayos forcejeaban torpemente con la escalerilla desacostumbrada, pillándose los dedos con sus muchas bisagras, hasta que la escalerilla bajó y Sebastian pudo subir al coche y quedar encerrado en la privacidad de la extraña y mohosa tapicería. Se sentó dando un suspiro, no de alivio, sino de desahogo. Media hora por lo menos estaría encerrado, solo, en aquella caja oscura que se bamboleaba; media hora por lo menos tendría que transcurrir antes de que le llamaran a seguir desempeñando su papel en aquel espectáculo fantástico. La sensación de lo irreal no le había oprimido con tanta fuerza desde que Sylvia le metiera a hacer de heraldo en el desfile de Earl's Court.

Pero Sebastian era tan joven que su niñez seguía siendo realidad. No había

salido la carroza a Berkeley Square y ya estaba él echado hacia delante examinando los accesorios, probando las cortinillas de las ventanas para ver si corrían —pero la seda estaba pasada, y la atravesó con el dedo—, aspirando el olor del alcanfor, palpando los viejos asientos, levantando la cartera de los bolsillos, volviéndose a un lado y a otro para mirar a las conocidas calles que lentamente desfilaban por la ventana. De pequeño se había subido a la carroza muchas veces: le gustaba su olor a rancio, y brincaba para que la carroza se balanceara sobre sus exageradas ballestas; muchas veces le había regañado por ello su niñera —«Sal de ahí, Sebastian; si no sales inmediatamente, iré a decírselo a la señora duquesa; ese armatoste no es para que tú te metas a enredar»—, pero en aquellos juegos prohibidos no había previsto nunca que un día había de ir efectivamente subido a la carroza, al trote de sus caballos, con el viejo cochero sobre el pescante y dos lacayos precariamente colgados de las correas de la trasera. Mientras fisgaba, hurgaba, exploraba y olisqueaba, iba preguntándose qué pensarían el cochero y los lacayos. Decidió, y con acierto, que seguramente irían muy satisfechos por tener una carroza y un señor que iba en ella a la coronación. Ciertamente estimaban ese privilegio mucho más que él. Se imaginaba cuánto habría habido allá en Chevron de abrillantar, restaurar, cepillar y presumir, y la ceremonia de la partida, cuando por fin saliera la carroza traqueteando sobre el empedrado de las caballerizas; se preguntó si *Sarah* y *Henry* habrían estado presentes y si habrían ladrado; se imaginaba la asamblea de los de la hacienda, encabezados por Diggs y Wickenden, y probablemente reforzados por todos aquellos niños inexpresivos y sin gracia que iban al árbol de Navidad. ¡Mi Chevron querido!, pensó Sebastian, embargado sentimentalmente, de pronto, por el olor a alcanfor. Y metió la mano en un bolsillo inexplorado, casi con la esperanza de encontrar allí dentro el antifaz olvidado de su bisabuela.

Luego se volvió a echar atrás, se recostó, y se entregó al ritmo de su avance. Parecía muy lento, y augusto, después de la velocidad acostumbrada de su automóvil. De pronto era como si la vida se hubiera vuelto a desacelerar. Este viaje en la carroza era una experiencia; una experiencia extraña, porque toda la cronometría de la vida parecía haber cambiado y haber vuelto a como fuera en otro tiempo. No había ninguna prisa; sabía que cuando ya estuviera cerca de la abadía de Westminster se abriría paso para él. Pensó en Phil. ¿Habría salido, con

una banqueta plegable, para esperar horas y horas entre la multitud? Había habido multitudes, eso decían los periódicos, esperando toda la noche, aunque no tan grandes como se pensó, hecho éste que el *Times* explicaba gravemente como debido a la popularidad de los cinematógrafos; ¿para qué iba a esperar la gente en la calle, se preguntaba el *Times*, pudiendo ver el espectáculo esa misma noche por tres peniques? Pero Phil no estaría allí; los reyes, las carrozas y las coronaciones no significaban nada para ella. Phil estaría vagueando en su estudio con aquella vieja bata china que tenía hecha jirones, sin acordarse de ninguna coronación; agasajando al sucesor de Sebastian, quizá; friendo tocino para el desayuno, y atufando el estudio de olor a grasa quemada. Podía incluso haberse sentado a arrancar un par de acordes de la guitarra. Su alegría invencible lo mismo podía estallar a las siete de la mañana que a cualquier otra hora. Teresa, en cambio, daría cualquier cosa —menos su virtud— por conseguir buenas vistas. Sebastian lamentó, irónicamente, que Chevron House no estuviera en Carlton House Terrace,* en ese caso le podría haber ofrecido a Teresa un balcón. Su almita barata no habría alcanzado al gesto de rechazarlo. Luego pasó a las otras. ¿Alice? Alice estaría en la abadía, llevando la cola de la reina. Dentro de poco tendría que decidir si se casaba con Alice o no. ¿Sylvia? Inesperadamente descubrió que no le apetecía volver a ver a Sylvia. Hacía cinco años que no la veía. Pero sabía que lord Roehampton había regresado de sus cinco años de servicio como gobernador, y por lo tanto, supuso, vería a Sylvia entre las filas de las esposas de los pares.

Su vida desfiló ante él con la misma lentitud con que las calles conocidas desfilaban ante las ventanillas de la oscilante carroza. El balanceo de las ballestas le acunaba, resucitando su infancia. La atmósfera cerrada inducía en él una retrospectiva de sus años más recientes. El pasado, el distante y el inmediato, se le hizo opresivo. Se dio cuenta de que no había picaporte del lado de dentro de la puerta. ¡Así que no podía salir aunque quisiera! Se inclinó para bajar la ventanilla. Estaba atascada. Hasta la carroza de la familia había entrado en la conspiración para aprisionarle y no dejarle respirar.

La carroza de Sebastian se detuvo, con admirable balanceo, en la entrada occidental de la abadía. Por el camino había adelantado a numerosos pares del reino y sus esposas, que, dejando atrás la carroza o el coche, avanzaban a paso ligero, con sus ropajes y sus plumas, por la húmeda Victoria Street; porque había

empezado a caer una fina llovizna. Sebastian miró, divertido, la insólita visión que presentaban aquellas damas y aquellos señores con todas sus galas a las nueve de la mañana; la sobriedad usual de Victoria Street se había transformado en vistosidad y disipación. Vio a los Templecombe; lady Templecombe iba recogiendo la falda con una mano, y las plumas que llevaba prendidas al pelo temblaban desangeladas bajo la brisa. Sebastian se alegró de no tener que andar, porque un pase del Conde Mariscal le daba entrada directa. En las puertas de la abadía tuvo que afrontar una multitud mayor que la que había acompañado su salida de Grosvenor Square, pero aquí al menos tenía la tranquilidad de pensar que el interés personal era insignificante; nadie del gentío había tenido tiempo de preguntar a los lacayos de quién era la carroza; pudo entrar rápidamente en la abadía sin que un murmullo susurrara su nombre a los pináculos del Parlamento ni a las reverberaciones del Big Ben. Había pasado a ser un mero participante. Había dejado de ser él.

En el interior del atrio todo era sosiego y dignidad. La actividad reinante se llevaba a cabo con el sigilo adecuado a tan augusta ocasión y tan venerable templo. Un funcionario instruido al efecto se acercó a Sebastian, tomó su nombre, y acto seguido le precedió con blandas pisadas hasta el lugar que se le había asignado. Sebastian miró en derredor y saludó con la cabeza a los hombres que conocía. Ya no se sentía tan a disgusto, en compañía de otros que llevaban su mismo atavío. Enderezó los hombros bajo el pesado manto. Se sintió, incluso, poco vestido, en tanto en cuanto todos los demás, hombres mayores, lucían las insignias de alguna orden, que a él por su juventud se le negaban. Estaba el duque de Northumberland con la Jarretera; lord Waterford con la Estrella de San Patricio. Todos eran hombres de cierta edad y experiencia; Sebastian les conocía personalmente, o les había oído hablar en la Cámara de los Lores. Sintió como si tuviera que disculparse por su juventud, y por el rango que le daba derecho a estar entre ellos. Cada uno tenía detrás un muchacho, su paje, vestido de blanco y rojo; y el propio Sebastian sentía que ese papel le habría convenido más que el papel activo que tenía que desempeñar. Su propio paje se le acercó; era un primo pequeño, un muchacho de Eton; se le acercó con evidente alivio de que hubiera llegado, y le descargó de la corona, que se metió debajo del brazo casi como si hubiera agarrado un balón que le pasaran en el fútbol. Sebastian le sonrió con simpatía. Era un chiquillo de mejillas lustrosas; seguramente estaba más

contento por el permiso especial que le había librado del colegio que por el privilegio de estar presente en la coronación.

Durante la espera Sebastian siguió mirando a su alrededor. Sobre la mesa, las insignias regias; allí, los grandes dignatarios del Estado; los arzobispos de Canterbury y York, y siete obispos con sus grandes mangas de linón; muchos pares, y bastantes gentileshombres. Estaban esperando el momento en que se les hiciera entrega de las insignias regias, pasando primero de las manos del Lord Chambelán de la Casa a las del Lord Condestable, y de las manos del Lord Condestable a las manos del Gran Chambelán, y de las manos del Gran Chambelán a las del par o prelado designado para portarlas en la procesión. Allí estaban la corona de Eduardo el Confesor; la esfera, el cetro, las espuelas de oro; las espadas de la justicia; la Curtana, la espada de la misericordia. Para Sebastian venían a tener el mismo significado que los bastos del Tarot, pero había algo dentro de él que respondía a aquellos extraños emblemas de los siglos y la soberanía. Miró con espíritu de propiedad, humorístico pero cariñoso, al pequeño y críptico objeto medieval que había de corresponderle a él; y, recordando que también había estado en las manos de sus antepasados, se preguntó si por un instante les habría preocupado la posibilidad de dejarlo caer. El viejo Sebastian, el primer duque, siguiendo a la reina Isabel por el pasillo central de esta misma abadía, ¿lo habría llevado con tanto cuidado, y tan impaciente por ver el momento de devolverlo sano y salvo a su custodio? Sebastian miró fijamente el pequeño objeto, que sólo él tenía derecho a portar; y según lo miraba sintió como si en torno a él se alzara la larga línea de sus antepasados como otros tantos fantasmas, apuntándole con el dedo y diciendo que no había escapatoria.

En la nave de la abadía, los congregados pasaban el rato lo mejor posible, contemplando la llegada de los distinguidos invitados. Veían a los representantes de la realeza escoltados a sus asientos en el coro; allí estaban el príncipe heredero de Alemania y su esposa, el archiduque Francisco José de Austria, el gran duque Boris Vladimírovich, el príncipe Chakrabhongs de Phitsanulok y Dejasmach Kassa de Etiopía. El etíope llevaba su tocado envuelto en una erizada melena de león, con la que hacía cosquillas en la cara a su vecino del

asiento contiguo cada vez que volvía la cabeza para observar los movimientos de algún nuevo dignatario que iba a ocupar su posición. Esa desventura, sin embargo, quedaba oculta a las miradas de los de mediano pelo que llenaban la nave de la abadía; sólo se revelaba a los pocos privilegiados del palco real y los transeptos. Estos pocos privilegiados también entretenían el tiempo observando la llegada, la llegada sigilosa y casi subrepticia, de los adelantados de la ceremonia principal. Y bien que necesitaban algo con que entretener el tiempo. Casi todos estaban en sus puestos desde las ocho de la mañana. Ya empezaban a mirar indecisos los paquetitos grasientos de emparedados que habían llevado consigo. Ya empezaban a meditar sobre la viabilidad de otros acomodos de carácter más íntimo. Entretanto podían solazarse contemplando los detalles de aquellos preparativos que habían tenido cerrada la abadía durante tantos días, mientras los carpinteros iban y venían con sus mandiles, y en el vasto recinto, ahora rumoroso con los acordes del órgano, sólo resonaba el golpe de los martillos sobre las tachuelas. Al principio la luz, que se derramaba únicamente desde los ventanales del piso alto, era escasa; pasaron algunas horas antes de que las luces doradas de los candelabros empezaran a palidecer y a amenguarse las sombras, revelando a la vista muchas figuras inmóviles, como las de los alabarderos de la nave, que hasta entonces habían pasado casi inadvertidos. Había, en efecto, mucho en que fijarse, y la vista vagaba alternativamente de los esplendores arquitectónicos de bóvedas y columnas a las figuritas que se movían sobre el pavimento, tiesas como muñecos con sus ropajes multicolores. El azul y plata de las colgaduras de terciopelo, el manto azul del príncipe de Gales, las plumas grises de garza de su gorra, las sedas de los príncipes indios, los losanges del tabardo de un heraldo, el rojo carmesí de los pares y sus esposas aglomerados en los transeptos, la variedad de tonos de un rico vitral, el silencio del trono, la leve agitación, la ausencia de voces, la majestad del órgano, las llegadas sigilosas, la sensación de espera, todo componía en su conjunto una significación inmensa y confusa. Cabe dudar de que en toda la asamblea hubiera una sola persona con una idea clara en la cabeza. Más bien eran palabras y sus asociaciones desfilando en una grandiosa cadena, unas de la mano de otras: Inglaterra, Shakespeare, Isabel, Londres; Westminster, los muelles, la India, el Cutty Sark, Inglaterra; Inglaterra, el Gloucestershire, Juan de Gante; la Magna Carta, Cromwell, Inglaterra. Vagos, inexplicables epítetos revoloteaban por la

mente, familiares incluso en su rareza: Unicorn Pursuivant, Portcullis, Rouge Dragon, Black Rod, O’Conor Don, Lord of the Isles, Macgillicuddy of the Reefs.* ¿Qué significaban todas esas palabras? ¿Qué podrían significar para un extranjero? ¿Qué sentido podían tener para Dejasmach Kassa de Etiopía, cuya melena de león cosquilleaba en aquel momento en la cara de su vecino? No más que el que pudieran tener las danzas guerreras de Dejasmach Kassa para el rey de Inglaterra. La organización del planeta era, en verdad, una cosa muy extraña.

Así pensaba Sebastian, portando su pequeño objeto medieval en el séquito del rey. Por allá por las galerías que se alzaban sobre él había un coro de quinientas voces gritando: «*Vivat! Vivat rex Georgius!*», mientras la procesión, sobre la estrecha senda de la alfombra azul, se detenía un momento ante los tronos vacíos. Allí estaba el rey, con su manto de ceremonia y su gorra de ceremonia sobre la cabeza, escoltado por obispos, con ocho jóvenes pajes sosteniendo la cola de su manto, flanqueado por veinte gentileshombres, y asistido —falta le hacía serlo, pensó Sebastian— por el Mayordomo del Guardarropa. Allí estaban la figura diminuta de lord Roberts y la figura colosal de lord Kitchener. Allí estaban los estandartes colgando lacios de sus mástiles. Allí estaba la reina...; pero basta. La ceremonia había empezado.

Sebastian sostenía con cuidado su pequeño objeto. Era preciso estar inmóvil como una estatua, en medio de los vuelos del pesado manto; era preciso no volver la cabeza, ni manifestar, por la relajación de ningún músculo, estar vivo. Era como una pieza de un juego de ajedrez; tenía que pasar, rígido como un pedazo de madera, a la siguiente casilla prescrita. Pero sus ojos podían vagar. Vagaron; encontraron a Alice entre el rebaño de jóvenes que rodeaba la cola de la reina; encontraron a Sylvia, tan bella como siempre, entre las esposas de los pares. Le estaba mirando, y sus miradas se cruzaron de lado a lado del templo, escudriñándose mutuamente en busca de algún signo de cambio al cabo de aquellos cinco años. Ése era el momento que había temido Sebastian; entonces, cuando llegó, su corazón permaneció muerto; ni Alice ni Sylvia tenían ningún poder para devolverle a la realidad. Era como si toda vida hubiera quedado ahogada para siempre en su interior, asfixiada bajo la magnificencia del ceremonial y el sudario de su manto carmesí. Ya que había consentido en prestarse a aquella mascarada, se dejó poseer por un espíritu de abnegación completa; de allí en adelante sería un pedazo de madera, se movería como un

pedazo de madera; iría a donde le mandasen; haría una reverencia; respondería conforme a lo que se esperaba de él; una terrible pasividad le abrumó, y la aceptó con fatalista superstición. Nunca se había sentido tan perdido, tan abandonado, y al mismo tiempo tan resignado, como en aquel momento en que renunció a su libertad. Se dio cuenta de que era un momento de inmensa importancia para él. Westminster, y los poderes temporales y espirituales, le habían vencido. (Pero aun entonces le pareció que era demasiado el enorme aparato puesto en acción para tan mezquino propósito.) Se casaría con Alice. Se declararía el sábado, en los Ballets Rusos; el Príncipe Igor brindaría un digno acompañamiento. Cumpliría la profecía de Anquetil hasta el último detalle. Dejaría de luchar. Daría gusto a la sociedad, a su madre, y a los fantasmas de sus antepasados, que habían estado allí donde él estaba ahora.

Mientras, el soberbio espectáculo se desarrollaba de rito en rito. El indubitado rey de este Reino había sido presentado a su pueblo en cada uno de los puntos cardinales, y en cada uno de los puntos cardinales había sido reconocido con sonoras y reiteradas aclamaciones, y con estridor de trompetas resonante en las piedras, desde el suelo hasta el techo. El altar ya dispuesto había recibido la Biblia, la patena y el cáliz. Se había invocado al sacerdote Sadoc y al profeta Natán, y se había recordado la coronación de Salomón.

Cuatro caballeros de la Jarretera habían alzado un dosel de paño de oro sobre el rey. Se había ungido su cabeza, su pecho y sus manos con óleo de la *ampulla*, derramado desde el pico de la aguililla de oro. Se habían secado sus manos con algodón. La túnica blanca del *colobium sidonis* y el palio blanco de la *supertunica* habían sustituido a sus ropajes de ceremonia, dejando al descubierto, en su cogote, la piel quemada por el sol. Las espuelas de oro habían tocado sus talones; se había tendido el *armill* sobre sus hombros; se le había ceñido la espada, redimida después con cien chelines en una bolsa de terciopelo rojo; le habían sido entregados la esfera, el anillo y los cetros; el señor de Worksop le había ofrecido un guante. Se había colocado la corona sobre su cabeza, habían sonado trompetas y timbales, el pueblo había gritado: «Dios salve al rey».

Y, en el momento en que la reina era coronada, también las esposas de los pares se habían puesto sus coronitas, con un único gesto de exquisita belleza, alzando los blancos brazos con un rumor de agitadas alas de ave y un arqueo altivo como el del cuello de un cisne. A continuación salieron los espejitos, y,

con ojeadas furtivas de aquella femineidad arracimada, las manos volvieron a alzarse disimuladamente para ajustar, para enderezar. Muchas damas viudas que miraban desde las galerías de arriba murmuraron su desaprobación. En sus tiempos, dijeron, las señoras no sacaban un espejo en público. Bien se echaba de ver, dijeron, que el reinado de Eduardo VII había acabado, y con él el tiempo de la decencia.

Todo el mundo salió de la abadía con sumo alivio. Estaban cansados, pero ¡qué impresionante había sido! Y, gracias a Dios, nadie había arrojado una bomba. Damas y caballeros charlaban en grupitos, esperando sus carruajes. Se veían estampas incongruentes: un par de los que nunca iban a la Cámara se había puesto un sombrero de paja que formaba un extraño contraste con sus ropajes, otro había envuelto su corona en una hoja de papel de periódico. Alguien estaba diciendo que el viejo lord X había dejado sueltos sus emparedados dentro de la corona y se los había tirado todos por encima de la cabeza en el momento de la coronación.

Uno por uno llegaban y se iban las carrozas, los coches de caballos y los automóviles. Sebastian se encontró una vez más encerrado en su caja mohosa, solo. Estaba agotado, no tanto por las largas horas de esperar y estar de pie cuanto por la catástrofe espiritual que le había acaecido, y de la cual sentía que no se recuperaría nunca. Vanamente se decía que se había dejado derrotar por un mero simbolismo: era la realidad que había detrás de aquel simbolismo lo que le había derrotado. Tenía que recordar eso. Era importante. La realidad que había detrás del simbolismo.

Se apretó la cabeza con las manos, allí donde había sentido el peso de la corona.

Entonces un atasco del tráfico detuvo la carroza, y, mirando distraídamente por la ventanilla a los rostros de la multitud alineada en las calles, Sebastian se topó derechamente con los ojos de Leonard Anquetil. Le reconoció al instante, aunque hacía seis años que no le veía. Era inconfundible aquel semblante extraño, acribillado por la pólvora azul, señalado por el golpe de sable; un semblante pálido y sarcástico entre sus dos tufos de pelo negro. Anquetil iba sin sombrero, y su ropa podría haber sido la de un artesano. Llevaba las manos

enterradas en los bolsillos. Tenía el aire de un pilluelo de la calle que se ha escurrido hasta la primera fila para contemplar el paso del espectáculo. No había envejecido; su aspecto era recio y saludable; en su boca ya no había aquel rictus de amargura; parecía extraordinariamente feliz.

Sebastian buscó frenéticamente el picaporte antes de acordarse de que no lo había. Se volvió, arrancó la cortinilla de atrás y aporreó la ventanita con tanta violencia que la rompió. A través del vidrio astillado vio las cuatro pantorrillas de seda blanca de los dos lacayos. En el coche entró una ráfaga de aire. Sebastian vociferó a las pantorrillas de seda blanca, recordando en el mismo momento cómo una vez había vociferado al cochero por la trampilla del techo de un *hansom*. «¡Abran la puerta; abran la puerta!» Wilfrid se descolgó consternado, creyendo que su señor estaba enfermo, y corrió a forcejear con los complicados cierres. Los coches de delante ya habían echado a andar, y un policía, celoso de su deber pero también atento a no molestar a un joven par que viajaba en tan suntuosa carroza, se acercó a conocer la causa de la demora. «¡Sube!», dijo Sebastian, echándose hacia fuera y gesticulando; «¡entra, no podemos cortar el tráfico! Deje usted el peldaño», dijo con impaciencia al lacayo, «el señor Anquetil podrá pasar sin él.» El señor Anquetil pudo. De un salto se metió dentro; Wilfrid cerró la puerta de golpe, y Sebastian prosiguió su camino con Anquetil a su lado.

—¡Bueno! —dijo Anquetil, recorriendo con la mirada a su acompañante—. Eso sí que es ir elegante. Y qué cosa tan bonita —añadió, cogiendo la corona de Sebastian y dándole vueltas y vueltas entre sus manos robustas—. Hojas de fresa. Armiño. Bolitas. —Y la volvió a dejar en el asiento de enfrente—. ¡Cómo me alegro de verte después de tantos años!

El absoluto convencionalismo de la frase sirvió para relajar la tensión de Sebastian como ninguna otra cosa la habría relajado. Rió como no se había reído desde la última vez que jugara con *Henry* y *Sarah*.

—¡Ay, Leonard, Leonard! —dijo después, poniéndose una mano sobre los ojos y meneando la cabeza desvalidamente, porque no tenía palabras. Una felicidad inexplicable le embargaba—. Ay, Leonard, ¿por qué me abandonaste?

—¿*Lamá sabactani*? —dijo Anquetil.

—*Lamá sabactani*. —La carroza seguía rodando—. ¿Qué has estado haciendo? El *Daily Mail* dijo que se te daba por perdido. Luego salieron unas líneas en el *Times* diciendo que te habían encontrado. ¿Qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

—¿Y tú? —dijo Anquetil—. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Nada —dijo Sebastian, cogiendo su corona—, ¡nada! —Recorrió con los dedos el perfil de las hojas de fresa—. Es horrible haber nacido duque, Leonard; es paralizante. No es justo. Vale más, muchísimo más, ser hijo de un pescador. Acababa de resignarme a mi destino.

—¿Acababas? ¿Hace cuánto tiempo?

—Hace dos horas.

—¿Durante la coronación? ¿En la abadía de Westminster?

—Durante la coronación. En la abadía de Westminster. ¡Leonard, sácame! Si no me sacas tú, estoy perdido.

—Pobre Sebastian. ¿Aplastado bajo el peso de ese hermoso manto?

Lo palpó.

—¿Perdido en un bosque de tradiciones?

—Tú lo entiendes. No puedes saber nada de lo que es, y sin embargo lo entiendes. Tú entiendes un lado y el otro.

—Nuestras hartas infrecuentes conversaciones —dijo de pronto Anquetil— parecen desarrollarse siempre en circunstancias insólitas.

—La última vez estábamos sentados sobre el tejado de Chevron.

—Sebastian —dijo Anquetil—, ten cuidado. Te estás dejando engañar por un símbolo.

—¿Sí? —dijo Sebastian, sobresaltado—. Pero ¿detrás del simbolismo no hay siempre una realidad?

—Sí —dijo Anquetil—; en eso está el peligro del simbolismo. —La carroza seguía rodando—. Tengo que decirte —añadió Anquetil— que me voy a casar con tu hermana.

—¿Con Viola?

—Sí. Ayer llegué a Inglaterra; anoche le pedí que se casara conmigo.

—¡Pero si no la conoces!

—Hace seis años que nos escribimos todas las semanas.

—¡Ah! —dijo Sebastian, comprendiendo—. Así se explican muchas cosas.

—Pero no nos vamos casar —se apresuró a decir Anquetil— hasta dentro de tres años. La semana que viene me marcho otra vez de Inglaterra. Si quieres, puedes venirte conmigo. Repito la invitación que te hice hace seis años.

—Siempre creí —dijo Sebastian— que cuando acabases de descubrir las fuentes del Amazonas te dedicarías a la política.

—La política no me llama todavía. No estoy maduro.

—Si tú no estás maduro, ¿cómo estaré yo?

—¿Maduro tú? Tú apenas has florecido aún, ni mucho menos echado fruto. Tú hasta ahora no has tenido ningún contacto con la vida. Ven conmigo, y entérate de que la vida es un hueso duro de roer. Luego, al cabo de tres años, es posible que vuelvas con algún sentido de la proporción. O para entonces puede haber una guerra que te quite de en medio. No me cabe la menor duda de que te conducirías con la mayor valentía; y hasta estoy dispuesto a admitir que la tradición, que tanto te preocupa, te serviría entonces en lugar de la experiencia. Mientras tanto, ¿te vienes?

—¡Chevron! —dijo Sebastian, debatiéndose en una última lucha.

—Serás mejor amo de Chevron.

—Está bien —dijo Sebastian—. Iré.

La carroza se detuvo en Grosvenor Square.

Notas

* El registro anual de la alta nobleza inglesa. (*N. de la T.*)

* Forma familiar de Wace. (*N. de la T.*)

* Nombres de un tribunal de justicia señorial, el repaso periódico de cuentas entre propietario y colono, y dos tributos señoriales. (*N. de la T.*)

* Así comienza una retahíla inglesa de las que se emplean en los juegos infantiles para echar a suertes. (*N. de la T.*)

* Rotten Row es una pista para jinetes situada en el interior del Hyde Park londinense. Durante mucho tiempo fue el lugar donde paseaban y se lucían, los domingos por la mañana, los elegantes de la ciudad. (*N. de la T.*)

* A comienzos del siglo XX, la zona de Earl's Court, al oeste de Kensington, quedaba fuera del Londres elegante. (*N. de la T.*)

* Ciudad de Suffolk famosa por su hipódromo. (*N. de la T.*)

* El pintor sir Joshua Reynolds (1723-1792). (*N. de la T.*)

* Nuevamente se alude aquí al registro de la nobleza inglesa. (*N. de la T.*)

* Población del Oxfordshire, a orillas del Támesis, que es punto de partida de importantes regatas. (*N. de la T.*)

* Localidad próxima a Londres. (*N. de la T.*)

* Carlton House Terrace es el nombre de un grupo de mansiones situado junto al Mall, en el recorrido desde el palacio de Buckingham hasta la abadía de Westminster. (*N. de la T.*)

* *Unicorn Pursuivant*, *Portcullis* y *Rouge Dragon* son nombres de heraldos de las cortes escocesa e inglesa. *Black Rod* es el nombre de un ujier de la Casa Real y de las Cámaras de los Lores; *Lord of the Isles* es uno de los títulos del príncipe de Gales, alusivo al señorío de las islas Hébridias; *Macgillicuddy of the Reefs* es el nombre de una cordillera de Irlanda. (*N. de la T.*)

Los eduardianos
Vita Sackville-West

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Edwardians*

Ilustración de la portada: *Las hermanas Windham*, John Singer Sargent. Óleo sobre tela (1899), Nueva York, Metropolitan Museum of Art. © Akg-Images / Album

© 1983 by Vita Sackville-West

De la traducción: © María Luisa Balseiro, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9066-559-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltallerdellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA **LITERARIA**



¡Síguenos en redes sociales!



